

DAVID ORELLANA

LA VIUDA DEL PINTOR

Secretos en la villa de los últimos cuadros

La viuda del pintor

La viuda del pintor

Secretos en la villa de los últimos cuadros

David Orellana

La viuda del pintor: Secretos en la villa de los últimos cuadros

© David Orellana, 2024

Todos los derechos reservados.

*A quienes indagan en
los secretos de lo cotidiano.*

Índice

Prólogo

— 1 —

— 2 —

— 3 —

— 4 —

— 5 —

— 6 —

Entreacto I

— 7 —

— 8 —

— 9 —

— 10 —

— 11 —

— 12 —

— 13 —

Entreacto II

— 14 —

— 15 —

— 16 —

— 17 —

Entreacto III

— 18 —

— 19 —

— 20 —

Epílogo

Sobre el autor

Prólogo

Creyó ver de refilón que algo corría a ocultarse en la arboleda, al otro lado del campo salvaje. Quizá se trataba de una persona. Resultaba difícil asegurarlo.

No sabía si era grande o llevaba una carga que agrandaba el conjunto, lo había vislumbrado solo un momento. De todas formas, Ernesto calló para no escamar a sus dos acompañantes; después de todo, no parecía tan extraño. Debido a que era forastero, llevaba todo el rato pensando que cualquier cosa que hacía era inapropiada o llamaba demasiado la atención.

Bajo el atardecer, transitaban a pie un camino de tierra que dividía el paisaje en dos mitades. Aún quedaban algunos charcos que una tormenta de verano había dejado días atrás. La brisa del mar venía desde su derecha, donde había un pequeño acantilado, y cruzaba hacia los cultivos a su izquierda, bañándolos de maresía, como llamaba su padre al olor del mar. Un término que, al menos allí, en la costa mediterránea, no se utilizaba.

«Una lástima —pensó Ernesto—, porque es una palabra bonita». Como también era bonita la campiña, enormes campos de siembra hermosamente curvados en forma de suaves colinas. «Olas detenidas», se dijo, admirándolas.

Aquel era el tipo de lugar que, en condiciones normales, lo relajaba. Pero esa vez no se trataba de un paseo de placer. Era un ridículo paripé al que se veía obligado por culpa de una cagada que esperaba que no se le fuera de las manos. Deseaba disimular su mentira, solventar el trámite al que había venido y largarse cuanto antes.

—Pobrecilla tu niña —dijo la muchacha, de unos dieciocho años. Vestía un pantalón gris de deporte y una camiseta roja de manga corta.

—Pues sí —se lamentó Ernesto.

—Debe de estar pasándolo realmente mal —dijo el abuelo de ella—. Como todos en su casa, supongo. —El hombre llevaba bastón, traje blanco de lino y sombrero a juego.

Ernesto asintió con ojos de corderito. Su barriga de cuarentón descuidado le dificultaba la marcha, aunque tampoco ayudaba la camisa de manga larga, que ni remangada le aliviaba el calor, y menos aún los pantalones de recio vaquero. Caminaba entre Maite, la dicharachera joven que se había ofrecido a echarle una mano, y don Arturo, su estirado abuelo, a los que conocía desde hacía apenas una hora.

—Fíjate —dijo Maite—, el perro ha llegado aquí desde el *camping* de Los Llanos, ¿no fue allí donde se perdió?

—Ahí estábamos veraneando, sí —confirmó Ernesto.

—Y ha sobrevivido en la naturaleza más de una semana —continuó ella—. Lo que es el instinto, ¿a que sí?

—Eso si el perro que viste era el de este señor —puntualizó don Arturo.

—Eso —dejó escapar Ernesto con más énfasis del que hubiera querido. No había pasado tanta vergüenza en su vida como en esos momentos, interpretando un papel indigno.

—Lo vi entre aquellas cañas —señaló Maite en una bifurcación.

—¿Allí? —Don Arturo apuntó con el bastón—. Echemos un vistazo. ¿Vamos, caballero?

—Claro —se forzó a decir Ernesto.

Observó que el sol, de camino a ocultarse al otro lado del mar, llenaba la zona de luces verdaderamente cautivadoras. Un riachuelo sonaba cerca, o puede que fuera una acequia; Ernesto

no había localizado el origen, pero sí notó que el sonido aumentaba sus ganas de mear, no sabía cuánto más aguantaría.

Y encima la preocupación hacía que se muriera por otro cigarro. El abuelo le había puesto mala cara cuando se había encendido el último, estando al aire libre, y otra aún peor cuando había tirado la colilla a tierra. Aunque venía de la ciudad, se sentía un bruto en ese entorno rural. Los lugareños le parecían refinados, incluso de más, como don Arturo, el ricacho que poseía Viñaseca, el precioso cortijo donde lo habían citado. Tan pronto lo había visto, Ernesto se había dicho que era más espectacular de lo que había imaginado. Después había caído en la cuenta de que no había imaginado nada porque había ido todo el trayecto batallando con sus propias miserias. De hecho, se había parado en un bar de carretera para tomarse un par de vermús, y también para perder unas monedas en unas tragaperras; las lucecitas de aquel entretenimiento lo relajaban al principio, luego se enojaba con la máquina y con él mismo, y regresaba al mundo con más tensión; una tontería de vicio. Por eso no había pensado en el sitio; pero, si lo hubiese hecho, no habría sido ni mucho menos como aquello, tan amplio, con pequeñas casas que rodeaban una gran casona central de color blanco, un palacio rural de la costa. Intuyó que don Arturo era un tipo influyente en la comarca. Eso incrementaba su intranquilidad. Además, se sentía mal ante esas personas que creían estar ayudándolo.

La chica le había contado que estaba de vacaciones en el cortijo de su abuelo y que supuestamente se había encontrado con Chorritos, el perro con el nombre más ridículo del mundo. El pobre Chorritos. Se le partía el corazón cada vez que se acordaba del animal. Pero la verdadera víctima era su propia hija, sufría más que nadie por culpa de él. ¿Cómo podía ser tan miserable de fingir que se preocupaba por el amado perro de su hijita?

Mientras se acercaban a las cañas, echó una nueva mirada a los campos a su alrededor. Era curioso el contraste: había cultivos muy bien cuidados, pero también áreas indómitas de áspera vegetación. Desde ahí no se veía la carretera principal ni las vías de servicio, y el pueblo costero más cercano lo habían perdido de vista tras una curva.

«Mucha naturaleza para mí», se dijo Ernesto. Sentía como si eso fuera demasiado exótico para un hombre tan simple. El lugar tenía algo extraño. Por un lado, era precioso, sí; pero, por otro, amenazante. No sabía decir si se debía al entorno silvestre, que parecía estar al acecho, o a las reglas locales que no terminaba de entender.

Ya en el lujoso cortijo de Viñaseca, donde don Arturo y su nieta lo habían esperado, percibió que incluso los miembros del servicio se comportaban con una solemnidad que lo incomodaba.

«Será solo un rato más, puedo soportarlo. Pero no estoy seguro de si aguantaré las ganas de mear».

La noche no tardaría en llegar, pronto tendrían que irse. Ernesto deseaba que pasara cuanto antes para marcharse y no volver.

—Aquí cerca vive un fantasma —dejó caer de golpe la chica—. ¿Lo sabías?

«Lo que faltaba».

—Ah, ¿sí?

—Por favor, no crea eso —intervino don Arturo—. Qué tontería.

Maite soltó una carcajada.

—Bueno, es lo que dicen. Un monstruo más bien, una tarasca. Hay quien la ha visto moverse entre la vegetación.

—¿Una tarasca? —preguntó Ernesto—. ¿Como el maniquí de la procesión?

—La tarasca es el dragón —aclaró Maite—, el maniquí va encima.

—Ah. —No creía que lo que había visto correr fuera un fantasma ni un monstruo.

—Tonterías —insistió don Arturo—. Serán cazadores furtivos. En la comarca hay jabalís y otros animales.

—Pues la verdad es que prefiero un bicho imaginario a que un perdigonazo perdido me dé en el culo —rio Ernesto.

Maite y don Arturo lo miraron sin entusiasmo. Al acordarse de que debía poner cara de circunstancias, cambió la expresión. Había momentos en los que sospechaba que lo sabían, sobre todo don Arturo. Probablemente, el abuelo lo tomaba por un sinvergüenza que les contaba esa patraña por alguna razón retorcida. Y lo cierto era que, si pensaba eso, se estaba quedando corto.

—Mira, abuelo —dijo Maite—, ya se ven las luces de Villa Bombilla.

—La majestuosa villa de Almunia del Mar —apuntó don Arturo.

Ernesto levantó la vista para ver unas luces que aparecían paulatinamente al sur, al final del sinuoso camino.

—¿Esa es la famosa villa de los cuadros?

—La finca de la viuda de Francisco Iborra —confirmó el abuelo.

—No tenía ni idea de que estábamos tan cerca. Son vecinos de la mujer —dijo, sorprendido.

—Prácticamente. La visito de vez en cuando, aunque antes más que ahora.

—Dicen que en persona es bellísima, ¿es verdad?

—¡Más! —dijo Maite—. ¿A que sí, abuelo?

—Cierto.

—Yo la vi una vez —continuó Maite—. Me llamó la atención lo joven que era y cómo vestía, moderna pero elegante.

—Una señora elegante —dijo don Arturo—, eso se lo reconozco.

«¿Hay cosas que no le reconoce?», se preguntó Ernesto.

—También dicen que tiene un carácter duro —dejó caer para que el abuelo se animara a contar chismes.

Se cruzaron con unos agricultores que estaban regando un huerto. Se saludaron. Ernesto sintió más ganas de orinar.

—El problema no es el carácter duro. En estos campos eso no está de más. El problema es que cada cosa tiene su sitio —dijo don Arturo.

«¿Y eso qué significa?».

—Por aquí vi a Chorritos. —Maite salió del camino. Habían llegado a las cañas.

Durante unos segundos, Ernesto se había olvidado del marrón al recordar las glamurosas imágenes de la villa de los cuadros que había visto en la tele, un lugar de ensueño lleno de lujos y obras de arte. Pero tenía que volver a la cruda realidad: Chorritos.

Hacía unos días, Maite había visto uno de los carteles que avisaban de que el perro de la hija de Ernesto había desaparecido; debió de ser uno de los cien carteles que su ex le obligó a poner por toda la comarca. Luego, se había cruzado con un perro en aquellos caminos, por donde ella solía correr. Le había parecido que era Chorritos, pero no tenía el móvil para hacerle una foto porque nunca lo llevaba cuando corría y había perdido de vista al animal rápidamente, así que se había quedado con la duda. Unos días después, se había repetido la misma situación, pero esta vez lo había visto mejor. Estaba segura de que era Chorritos, por eso había llamado al número de los carteles. Y por eso Ernesto estaba ahí, enviado por su ex, siguiendo a esos buenos samaritanos con la docilidad del que no está en su casa. No podía decirle a nadie que era imposible que se tratara de su perro.

Porque Chorritos estaba muerto.

Para hacerle más llevadero el divorcio a su hija, le habían comprado un cachorro, un perro lanudo. Costó un dineral. Hasta entonces, Ernesto no se había interesado por los perros y no sabía que los perros «de raza» no tenían necesariamente aspecto de fieros. Lo importante era que su hija se divertía con aquel bicho peludo, y parecía que casi se había olvidado de la guerra que hubo entre sus padres. Sin embargo, el comportamiento del perro fue errático desde el comienzo. No solo lo mordisqueaba todo, no solo se comía cada cosa repugnante que encontrara, no solo era desobediente hasta lo insoportable, sino que además se iba meando por cualquier sitio; una vez lo había hecho encima de unas facturas que Ernesto tenía sobre una mesa. A su hija le hacían gracia estos escapes y por eso lo llamó Chorritos. Ernesto se dijo que con el tiempo el perro dejaría de actuar así; pero, ya fuera por la mala educación que le daban su hija y su ex o porque el perro estaba sonado, Chorritos seguía haciendo honor a su nombre donde le salía de las pelotas.

Una semana antes de esa visita a la costa, en el *camping* donde veraneaba con su hija, se llevó al perro a pasear porque la niña tenía dolor de tripa. Ernesto no sabía bien para qué lo sacaba, porque el animal siempre esperaba a estar de vuelta para mearse en la caravana, pero había que cumplir con el manual del buen padre. Se le ocurrió ir a una zona que él no conocía, para así explorar y no aburrirse. El perro ese día estaba especialmente nervioso y le dio por morderle las zapatillas playeras; para quitárselo de encima, le lanzó un palo lejos, pero que muy lejos, tras unos peñascos, y el chucho salió corriendo detrás y saltó las rocas. Al cabo de unos minutos, como no regresaba, Ernesto se acercó al sitio para comprobar, horrorizado, que había una caída de quince metros. Bajó a la carrera y allí se encontró a Chorritos, reventado en medio de un charco de pis. Ernesto no sabía cómo salir de aquella situación, las cosas estaban muy tensas con su ex. Ella se había negado a que llevara a la niña a aquel *camping*, pero él había insistido. Y lo peor, ¿cómo iba a superar su hija la pérdida de lo único que la había salvado de la locura del divorcio? ¿Qué debía hacer? ¿Decirle a la niña que el perro había muerto estando bajo su cuidado? Tenía que minimizar el impacto del suceso.

«Eché a correr detrás de otro perro y no volví», fue lo mejor que se le ocurrió cuando les explicó, primero a su ex y luego a su hija, la ausencia de Chorritos. La preocupación inicial de la mujer suavizó su furia; pero, a medida que transcurrieron los días, el ambiente no difería mucho de cómo habría sido de haber contado la verdad. Había hecho algo terrible por proteger a su hija del dolor y ya no podía reconocer que había enterrado a Chorritos cerca de donde murió.

—No entiende la naturaleza de este lugar —dijo don Arturo.

—¿Cómo? —preguntó Ernesto, que salió así de sus memorias.

—La viuda, su problema. Se dejó convencer para crear en sus tierras cultivos e instalaciones que desentonan con lo que se ha hecho aquí toda la vida, y eso le ha acarreado enemigos.

—Creía que se había vuelto rica con los cuadros que pintó su marido.

—Y nunca debió apartarse de eso, no había ninguna necesidad. Aún le quedan los últimos cuadros, cada vez más demandados. Pero la avaricia siempre tiene hambre, la de ella o la de aquellos que la aconsejan.

La campiña brillaba dorada bajo los últimos rayos de sol de la tarde. Antes de meterse entre las cañas, Ernesto volvió a percibir la armonía en las formas de los collados y en las líneas de la siembra. Pensó en separarse del abuelo y su nieta para orinar, pero temía ser sorprendido en plena faena. Y no sabía si don Arturo lo miraría mal de nuevo si confesaba que necesitaba echar una meada.

—Se va a hacer de noche —se le ocurrió objetar.

—Sí, no podemos quedarnos mucho más —estuvo de acuerdo don Arturo.

—¡Jo! Si es que has llegado muy tarde al cortijo —le reprochó Maite. Tenía razón, se dijo él, pero era porque no le apetecía estar tantas horas buscando un perro que no podía ser el suyo—. Quizá se haya escondido por aquí. ¿Por qué no lo llamas? Si oye tu voz, vendrá.

—Tal vez el perro que viste no fuera Chorritos —dijo Ernesto para rebajar las expectativas de la chica. Ella lo miró sin conseguir disimular una mezcla de sorpresa y decepción. «Me va a pillar, no parezco alguien que quiere recuperar a su mascota»—. ¡Chorritos! —gritó. Había pensado que nunca más tendría que vocear el absurdo nombre.

—¡Chorritos! —repitió Maite.

Ambos lo llamaron durante unos minutos mientras don Arturo registraba la zona apartando cañas con el bastón.

Al cabo de un rato, Maite resopló por no encontrar al perro.

—Deberíamos irnos —dijo Ernesto—. Mañana volveré temprano y lo buscaré todo el día.

—Yo te ayudaré —dijo Maite.

—No, no, no hace falta —dijo Ernesto, sin intención alguna de regresar. Ya tenía la coartada: al día siguiente, llamaría a su ex e inventaría que había visto al perro y que no era Chorritos; la chica corroboraría la versión de que él estuvo allí si su ex contactaba con ella—. Habéis hecho más que suficiente, os lo agradezco mucho, de verdad. No os preocupéis: si encuentro a Chorritos, seréis los primeros en saberlo.

—Ya lo has oído, Maite —dijo don Arturo—. Nos avisará.

La chica se quedó un poco triste. Ernesto no estaba seguro de si el abuelo lo decía por sentido común o porque sospechaba que les mentía. Dio unos pasos de vuelta al cortijo para animarlos a hacer lo mismo. Don Arturo lo imitó.

—Claro, os avis... —estaba diciendo Ernesto cuando un perro salió de la vegetación, pasó entre ellos y se fue por el camino que habían dejado atrás.

—¡Chorritos! —exclamó Maite, que corrió detrás del perro.

—Maite, espera —dijo don Arturo mientras la seguía torpemente.

Pero Ernesto fue incapaz de reaccionar.

«Hostias, pues sí que se parece a Chorritos».

Repasó su memoria con rapidez: ¿de verdad lo había enterrado o solo lo había pensado? Sí, desde luego que lo había hecho, recordaba haberlo tocado por si aún tenía vida, recordaba el dolor en las manos cavando un hoyo con un trozo de madera, recordaba echarle tierra encima al cuerpo inerte y destrozado de Chorritos, hasta recordaba sentir la punzada de remordimiento por enterrarlo en secreto.

—¡Chorritos! —voceó para, a continuación, correr tras el perro.

El animal se había metido en los campos en dirección a la arboleda por la que habían pasado antes. Ernesto alcanzó a la joven, que serpenteaba entre las zarzas; don Arturo quedó rezagado.

Tras unos minutos de carrera, pensó que el perro jugaba con ellos, estaba a punto de echar el hígado. Maite, en mejor forma física que él, lo dejó atrás y se adentró sola en lo más profundo de la vegetación.

—¡Espera! —le advirtió Ernesto, que no quería poner a la chica en peligro, y menos por una mentira. Pero ella estaba decidida a atrapar al perro y desapareció de su vista.

Él paró de correr, no podía más. Miró atrás, pero no vio a don Arturo. Por un momento, sintió inquietud, era más de noche que de día y lo rodeaban matorrales y árboles. Se esforzó para seguir

a la joven.

Mientras caminaba, pensó que había docenas de perros parecidos por esa costa y que sería cualquiera de ellos. Quizá este se parecía un poco al suyo, pero estaba claro que... Maldita sea, no podía asegurarlo. Lo había visto solo un segundo. Le helaba la sangre imaginar que el perro hubiera vuelto a la vida. ¿No había dicho la chica algo de fantasmas?

—¡Maite! —la llamó.

Pero ella no contestó. Incapaz de aguantar más, buscó unos arbustos altos y meó. El lugar era un poco siniestro, lo incomodaban las zonas al abrigo de la luz. Entonces vio al perro a cierta distancia, escarbando en el suelo. Se recompuso como pudo y corrió hacia él. Esta vez, el animal se dejó atrapar.

—¡Aquí! —gritó Ernesto.

El perro estaba lleno de polvo y barro seco, y tenía un collar. Tiró de él para moverlo, pero seguía escarbando.

Al poco, la joven llegó corriendo.

—¡Lo has encontrado!

—¿Por qué te has alejado? —recriminó Ernesto.

—Ay, no seas tan protector. Aquí no pasa nada. Lo del monstruo era mentira, ¿sabes?

Él se agachó para examinar mejor al perro.

No, no era Chorritos. Aunque de la misma raza y con el pelo igual de largo, este era un poco más grande, con ojos distintos, patas más curvadas y cola más larga. Su perro estaba muerto y enterrado. El descanso que sintió no podía ser mayor. Esta vez, no le importó que se le notara.

—¿Es Chorritos? —preguntó Maite.

—No es Chorritos. —Le hizo una foto con el móvil, su ex debía convencerse por ella misma.

—¿No? —La chica, decepcionada, miró al animal—. Bueno, me lo llevaré de todas formas, de alguien tiene que ser.

—¿Qué es esto? —Él señaló un retal medio cubierto de tierra.

—No sé —dijo Maite—, lo habrá sacado el perro.

Ernesto tiró de la tela. Parecía un trozo de una chaqueta manchada de... ¿sangre?

Al intentar volver, temió no encontrar la vereda, pero finalmente la localizaron. Se reunieron con don Arturo, que apareció jadeante, y le explicaron lo sucedido. El anciano dijo que ese perro era, casi con toda seguridad, de un agricultor que conocía, se lo llevaría al día siguiente. Ernesto también le entregó el trozo de chaqueta. El abuelo lo miró, extrañado.

Era de noche cuando llegaron al cortijo de Viñaseca, en cuya puerta estaba aparcado el coche de Ernesto. Se despidió de la chica, del abuelo y del perro sucio.

—No deberías andar sola por esos caminos —le dijo a ella antes de marcharse.

—Por aquí no hay problema mientras no se le haga de noche —dijo don Arturo.

—Ya te he dicho que no hay ningún monstruo —reiteró Maite.

Él se encogió de hombros y se subió al vehículo.

—Gracias de nuevo.

Condujo en dirección a la carretera principal. Estaba condenado a mantener la mentira de Chorritos toda la vida. Ese precioso lugar lo apenaba profundamente, le traía recuerdos dolorosos. Y también le imponía respeto.

«No habrá monstruos —se dijo al girar la cabeza hacia los campos—, pero lo que vi esconderse entre los árboles salió corriendo por algún motivo».

El faro había velado en otra época por los barcos que se aproximaban a la costa. Carmela, apoyada en la barandilla de una placeta del pueblo, contemplaba las paredes ruinosas del viejo centinela a través de unas grandes gafas de sol que ocultaban las ojeras de no haber dormido bien en los últimos días.

La cara yerma del monte le tapaba el paisaje del este, al que se dirigía, un entorno del que había oído maravillas. Pero divisaba el mar, así como las enormes rocas que la separaban del faro. Sobre las suaves olas, la luz del mediodía dejaba brillos tan intensos que se le antojaron perlas mágicas; lo que decían del lugar empezaba a ser verdad. En ese instante, unas aves que se acomodaban en un hueco abierto en las maltrechas paredes del faro alzaron el vuelo.

—Anda que te han agradecido los servicios prestados, ¿eh, farito? —dijo la joven, y dio una calada a su porro.

Se terminaba el verano. El viento le agitaba el pelo castaño, largo y liso; junto con sus finas manos, era lo único de su cuerpo regordete de lo que estaba orgullosa. Bueno, uno de sus pequeños tatuajes, la flor del tobillo, también le gustaba.

—¡Oye! —dijeron los ocho años que se acercaron por detrás—. Nos vamos pronto, no te puedes alejar.

Carmela disparó el porro hacia las rocas con un dedo, agitó la mano para airear el lugar y se dio la vuelta. El crío y su madre también iban en el autobús que estaba haciendo un descanso ahí.

—Tranqui, pequeño guardián —dijo Carmela con media sonrisa, lamentando ya haber desperdiciado un porro recién encendido—. Estoy más atenta de lo que parece.

—La chica de la sonrisa bonita —dijo la madre. «Eso dicen», pensó Carmela, quizá era otra de sus pocas virtudes—. ¿Te sientes mejor? —La mujer era cordial, pero también un poco plasta. Para zafarse de la conversación sobre trivialidades del tiempo que había mantenido con la desconocida, Carmela había alegado que se sentía indispuesta. No era mentira del todo.

—Me ha sentado bien la brisa del mar. —Tampoco era verdad del todo.

—¿Eso qué es? —preguntó el niño.

—¿El qué? —preguntó Carmela.

—Eso de ahí. —Señaló lo que ella había tirado a las rocas.

—Ah, nada.

—Sí —rio—, lo he visto volar.

—Anda —dijo la madre, cogiendo la mano del niño—, déjate de investigar, que eres un investigador.

—Solo era un cigarro —dijo la muchacha.

—Ahí no se tira —replicó el niño.

—Pero bueno —protestó la madre, sacudiéndole la mano al hijo—. Ya vale, ¿no?

Carmela sonrió.

—Te gusta cuidar las normas, campeón. De mayor te veo patrullando con un uniforme y una porra.

—Solo falta una hora de viaje —dijo la mujer, cambiando de tema—, llegaremos pronto.

Carmela se acomodó el tubo verde que llevaba al hombro, uno de esos en los que se enrollan documentos grandes.

—A mí solo me faltan veinte minutos.

—¿Y eso? —se extrañó la mujer.

—Hay una parada antes, en la carretera. Si avisas al conductor.

—No lo sabía. ¿Pero cuál es tu destino?

—La villa de los cuadros.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

—¿Eso es un pueblo? —preguntó el niño.

—No, una mansión con muchas tierras alrededor —le aclaró la madre. Luego volvió a mirar a Carmela—. ¿Y a qué vas, si no es mucha indiscreción?

—Voy a currar allí como una más del proletariado —dijo con cierto orgullo.

La mujer se mostró asombrada. El famoso lugar estaba prohibido a los mortales, solo unos pocos privilegiados tenían acceso.

Para dar buena impresión en su nuevo empleo, Carmela se había puesto su mejor blusa, la burdeos de encaje, y una falda del mismo color, que se le ceñía hasta las rodillas y que la estaba matando desde el almuerzo, y eso que se había quedado con hambre por la puñetera dieta. Quizá habían tenido algo que ver las cuatro cervezas que se había tomado.

—Eso es estupendo —dijo la mujer—. Entonces, conoces a la viuda.

—Claro. Más o menos.

Ni siquiera había hablado con ella, y eso la molestaba. La viuda había alegado estar muy ocupada, rechazando día tras día la propuesta de Joaquín de que hablase antes con Carmela.

—¿Y qué vas a hacer exactamente allí? Oh, perdona, me meto donde no me llaman.

—Sin problema. Voy a ser la secretaria de Eugenia.

La admiración de la mujer creció. La viuda era un personaje célebre por su lujosa villa y sus cuadros, pero su vida personal resultaba un misterio. Carmela quería demostrar su competencia para cumplir con el honor que le habían concedido. No era especialmente buena con los números, pero tampoco mala. No era rápida entendiendo las cosas, pero tampoco lenta, si no fumaba ni bebía demasiado. Estaba dispuesta a conseguirlo; le encargara lo que le encargara la viuda, podría con ello. Tenía que poder con ello, de eso dependía todo.

—Bueno, bueno —dijo la mujer—, qué maravilla. Enhorabuena.

—Gracias. A ver qué tal me va.

—Seguro que bien, hija. Además, dicen que el sitio es precioso.

Eso decían, sí. Y no solo la villa, sino toda la zona circundante. Joaquín le había asegurado que era especial, que destacaba entre los litorales del Mediterráneo. La curiosidad por el entorno y los nervios la apremiaban a llegar a un espacio más abierto que le permitiera avistar el lugar.

—Disculpa —dijo la mujer—, voy a llevar a este al servicio, que estamos a punto de salir.

Cuando se quedó sola, Carmela volvió a sentir los retortijones de tripa; la ansiedad regresaba, si es que se había ido. Y, para colmo, esa mañana le había venido la regla. La ponía siempre de tan mal humor que se reservaba una camiseta para esos días. Por detrás decía «Tengo la regla» y, por delante, «No me lo toques». Pero no le pareció una prenda apropiada para el primer día en su nuevo trabajo.

Se dijo que le daba tiempo a encenderse otro porro, lo necesitaba. Esta vez no lo tiraría ni aunque se acercase el niño acusica. Se agachó para coger las cosas de la mochila que tenía a los pies, pero el susto por un ladrido a su lado casi hizo que se le cayeran. Cuando se volvió, comprobó que se trataba de un perro que guiaba un rebaño de ovejas, con más aspecto de lobo que de perro. Al joven pastor que comandaba los animales parecía importarle entre poco y nada

que los ladridos y las cagarrutas incordiaran a los viajeros de la ciudad. Algunos, como ella, tuvieron que apartarse para no ser lentamente arrollados por la impasible horda ovina.

Al poco, el conductor del autobús se dignó a aparecer con un palillo de dientes en la boca. El viaje se reanudaba. Carmela respiró hondo.

A través del cristal, veía desfilar las turbinas eólicas por el paisaje. Un gran puente moderno destacaba en ese lado de la carretera. Por la otra fila de ventanillas, con el mar de fondo, pasaba el blanco pueblo que ascendía desde la playa hacia el monte. Se prometió volver para visitarlo en condiciones. Pronto surgieron bonitos chalets repartidos entre las vías de servicio. Y también muchos cultivos y zonas con árboles, lo cual le sorprendió, no imaginaba tanta vegetación en la costa. Admiró la playa, larga y sinuosa. Alcanzó a ver en el mar que las pequeñas embarcaciones de ocio daban paso a barcos pesqueros.

Sentada sola en la última fila, Carmela se preguntó si, aprovechando que el autobús no estaba lleno, podría abrir la ventana superior y fumarse un porrito sin que se notara.

«Seguro que el enano picoletto se chiva al conductor».

Necesitaba calmarse. De la mochila, que descansaba en el asiento de al lado, junto al tubo verde, sacó la libreta grande y el boli. Retomó el monólogo por donde lo había dejado.

«Los animales no son muy inteligentes —escribió—, pero ese no es motivo para comérselos. Porque, si nos pudiéramos comer a los tontos, esto iba a parecer *The Walking Dead*. Aunque también es verdad que comerse a los tontos daría para acabar con el hambre en el mundo, las cosas como son».

Escribir monólogos de humor, además de ser un entretenimiento que la ayudaba a sobrellevar sus ansiedades, le había hecho ganar algún dinerito actuando en clubs de la ciudad, aunque estaba lejos de considerarse profesional. Simplemente le daba salida a la payasa que llevaba dentro. Desde muy joven, soltaba chorradas e impertinencias en los momentos más inoportunos; controlarse era superior a sus fuerzas. Todavía recordaba que su hermana mayor, Toñi, se había puesto como una furia en el funeral del padre cuando, durante la misa, Carmela había imitado al fallecido para contar un chiste.

Se acordó de Nuria. Cogió el móvil para hacerse un selfi mostrando una v con los dedos. Inmediatamente se lo envió a su amiga del alma, mucho más comprensiva con ella que la sargento de su hermana.

—Cerdita —le dijo en un audio—, esta es la pinta de una secretaria que trabaja para el uno por ciento. Estoy más gorda. Lo digo para que veas que yo también me he dado cuenta.

Contempló el horizonte del mar. Luego miró el tubo verde. Por primera vez en su vida, deseaba con todas sus fuerzas que llegara la ayuda.

El conductor abrió el maletero lateral del autobús.

—Fin del safari —dijo Carmela mientras sacaba su enorme equipaje—, no olviden devolver las escopetas.

Estaban en la carretera, en un ensanchamiento del arcén.

—El autobús pasaba antes cerca de la villa —explicó el conductor—, por esa vía de servicio. Pero prohibieron a los vehículos grandes girar en el siguiente cruce. Esta parada es todo lo que nos podemos aproximar.

—Pero no está lejos, ¿no? —deseó Carmela—. Cinco o diez minutos.

El conductor osciló la cabeza de un lado a otro.

—Veinticinco o treinta. Y quizá más.

Carmela miró hacia el camino de tierra que comenzaba a pocos metros del arcén y estaba bordeado por vegetación.

—Qué bien.

—¿No vienen a recogerte? —El conductor cerró el maletero de un portazo.

Nadie se había ofrecido. Ella había estado a punto de pedirle a Joaquín que alguien fuera a buscarla, pero en internet estimó a ojo que no había tanta distancia.

—Me sirve para mantener la línea.

El autobús se alejó mientras el niño con el que había hablado en la placeta le decía adiós por una ventanilla. Carmela hizo el saludo militar. De la mochila extrajo un sombrero de tela de rayas blancas y azules que se puso en la cabeza. Se recolocó el tubo verde y la mochila, estiró el asa de la gran maleta e inició la marcha, sin más compañía que el traqueteo de las ruedas de su equipaje.

El sol doraba los ordenados campos de cultivo y los plásticos de los invernaderos, que se alternaban con algunas áreas de vegetación silvestre. Le inquietaban un poco ciertos tramos que pasaban entre cañas muy altas, le cortaban la vista del horizonte. Pero lo que más le preocupaba era lo que le esperaba en la villa, sus nuevas responsabilidades y... lo otro. Llevaba andando unos veinte minutos y no tenía ni idea de si le quedaba mucho. No había elegido la mejor ropa para una caminata así, la falda se estrechaba cada vez más. Al menos, se había cambiado de compresa en el pueblo. Pero la regla y el calor combinaban muy mal. Decidió sentarse unos minutos en una roca a la sombra de un árbol, junto a una curva.

Soltó los bultos a un lado y se abanicó con el sombrero. Estaba empapada de sudor. Se desabrochó un botón de la falda, lo que le procuró un alivio mayor de lo que esperaba. Vaya, había engordado más de lo que creía. Estaba a pocos kilos de ser oficialmente gorda. No es que alguna vez hubiese tenido tipazo, ni mucho menos, siempre se había caracterizado por una figura de tonelito, pero tampoco había sido una albóndiga. Ahora le costaba cada vez más controlar el peso, lo que la perjudicaba bastante de cara a conseguir tíos que merecieran la pena. Porque, aunque no era fea de cara, tampoco se trataba de una belleza; si no se cuidaba un poco, saldría del mercado de carne muy pronto.

Cogió una botellita de plástico que guardaba en la mochila y apuró los dos dedos de agua caliente que le quedaban. Tenía tanta sed que no se avergonzaría de meter la cabeza en una acequia, una de cerveza fresquita. Y encima los nervios no aflojaban. Un porro no parecía lo más indicado para aliviar la sed, pero era lo único que se le ocurría para sosegar. Sacó el papel de fumar, los filtros y la bolsita de maría, y se puso la libreta de los monólogos en las rodillas para apoyarse; en menos de un minuto lo tuvo listo. Cuando lo iba a encender, sonó el móvil. Era su hermana. Pensó en no atenderlo, pero al final dejó el mechero sobre la libreta.

—Estoy llegando —dijo Carmela nada más descolgar.

—¿Todavía estás de camino? —preguntó Toñi, al otro lado.

—Estoy llegando —repitió. Tenía veinticinco años; odiaba que Toñi la tratara como a una adolescente.

—¿Cómo has dormido?

—Con los ojos cerrados.

—¿Pero bien o mal?

Carmela chasqueó la lengua.

—Más o menos bien —mintió.

—¿Te has llevado las pastillas?
—Toñi, ¿cuándo he dejado de cargar con las putas pastillas en todos estos años?
—No empieces, que tampoco te estoy diciendo nada. Te llamaba para ver que todo iba bien y desearte suerte.

—Agradecida me hallo —dijo, serenándose.

—Hoy es un día importante.

—Lo sé.

—Esto es muy bueno para ti, Carmela.

—Lo sé.

—Tienes que tomártelo en serio.

—Más que un entierro.

—¿Estás fumando?

«Joder».

—Solo tabaco.

—¿Y bebiendo?

—Una cerveza en el almuerzo.

—Confío en ti —dijo Toñi. «Se ve», pensó Carmela—. No dejes que te asuste lo que dicen de esa mujer. Tú compórtate con seriedad y todo irá bien. Nadie se come a nadie.

Había quien aseguraba que la viuda sí se comía a la gente. El glamur que la precedía contrastaba con las rarezas que se contaban de ella. Decían que era exigente y que despedía a sus empleados por puro capricho. Joaquín, amigo íntimo de la viuda, la había tranquilizado insistiendo en que se trataba de exageraciones, que realmente la viuda era comprensiva y amable. Fuera verdad o no, ella necesitaba aprovechar la mejor oportunidad que había tenido jamás y demostrar su valía.

—Hablando de comer —dijo Carmela—, ¿le das el pienso al señorito?

—Ese gato tuyo se encarga de recordármelo a todas horas, no te preocupes. Llámame en cuanto llegues a la villa.

—Lo haré cuando esté instalada, no dejaré que antes me coma ningún lobo. Un beso.

—Un beso.

Al colgar, miró el porro. Si Toñi se enteraba, se la iba a cargar. No es que Carmela no tuviese derecho a hacer lo que quisiera a su edad, pero después de tanto exceso en su adolescencia, después de tantos bandazos, después de lo que les había costado a ella y a su hermana encarrilar su vida, comprendería que se cabreara; y menuda era su Toñi cuando se cabreaba. No quería causarle más sufrimiento, pero Carmela necesitaba de vez en cuando un pequeño apoyo para calmarse, y un porrito tampoco era tan malo. Cosas peores se había metido en el pasado.

Sin embargo, su hermana le había cortado el rollo. Y además la sed arreciaba, si se fumaba el canuto se le iba a quedar lengua de corcho. Lo guardó en la mochila y recogió los bultos para ponerse de nuevo en marcha. Tras la curva, observó que a poca distancia el camino llegaba a una estrecha carretera asfaltada que prometía ser más amable con la maleta.

Fue rumiando su preocupación. Había algo que no le había dicho a Toñi. Los nervios apenas se debían al nuevo trabajo. No podía revelar a nadie lo que verdaderamente planeaba hacer en la villa.

Llevaba acumulados cuarenta minutos de caminata sofocante cuando, al fin, la carretera desembocó en una valla blanca que delimitaba una parte de la finca. Sobre las rejas superiores se alzaban las ramas de unos frondosos árboles que ocultaban el interior, pero al menos le regalaban

una acogedora sombra.

Un poco más adelante estaba la entrada, a su derecha, donde un guarda de seguridad paseaba, fumando un cigarrillo. Cuando el hombre la vio acercarse, tiró la colilla al otro lado de la carretera y se metió en una garita que había dentro del recinto, junto al portón abierto. Carmela se acercó. Un camino de terracota se internaba en la villa.

—Buenas tardes —dijo por la ventanilla de la garita.

—Buenas tardes —respondió el guarda con la suspicacia propia de su oficio.

—Me llamo Carmela Alvarado. Me están esperando.

El hombre buscó con pereza alguna nota al respecto entre los papeles que tenía por ahí.

—¿Eres conocida de doña Eugenia?

«Doña Eugenia. Espero que no me pida que la llame así o me descojonaré en su cara».

—Soy su nueva y flamante secretaria. Vengo de parte de Joaquín, el galerista.

Eso le otorgó todo el permiso que necesitaba.

—¿Me dejas el DNI?

Mientras él apuntaba el número del documento, Carmela observó que, aunque la garita no era grande, había sitio para unos monitores que mostraban imágenes de varios puntos de la villa. Ese detalle no le gustó.

—Sigue el camino —le indicó el guarda cuando le devolvió la identificación—, no tiene pérdida.

El control no era precisamente el de Alcatraz, pero le preocupó. Una vez más, deseó que la ayuda llegara pronto.

El sendero discurría entre unos bordillos blancos, custodiado por numerosos árboles que refrescaban el lugar. Una curva a la derecha dejaba al otro lado un sencillo edificio de una planta de nueva construcción. Pero no era comparable a lo que encontró en una explanada. La entrada se asemejaba a la de un palacio moderno, aunque mantenía la estética rural mediterránea con fachadas blancas, enredaderas de hierro en los floreados balcones y tejas rojizas. La enorme casa, de tres plantas, parecía sacada de una telenovela de familias ricas. El terreno bajaba tras la residencia y se veía el mar de fondo. Unos jardines impecables le marcaban a su izquierda el tramo final que la llevaba a las puertas de la lujosa mansión, cuya espalda miraba al suroeste. En uno de los jardines, un hombre con un mono de trabajo azul cortaba las ramas de un arbusto. Más lejos, otro vestido igual cargaba una escalera al hombro.

«Limpiar todo esto tiene que ser una movida».

De cara a la mansión, vio que a la izquierda había unas bonitas casas adosadas entre ellas y que a su derecha continuaba el camino por el que iba, que más adelante se perdía entre otra edificación de una planta y una tupida arboleda. Un hombre con sombrero de paja avanzaba hacia el fondo, cargando un par de cubos. Carmela se asombró de que la vista no llegara a los confines de la villa. La seguridad era escasa para un lugar con tantos puntos de acceso.

Sentía que le flojeaban las piernas. El cansancio y la sed, a las que se sumó el hambre, la apretaban para que no se entretuviera más. Ya tendría tiempo de explorar el entorno.

Arrastró la maleta hasta la doble puerta de madera y tocó el timbre, que imitó el tintineo de unas campanas. Unas exquisitas plantas en maceteros de barro adornaban la entrada bajo la protección de una cúpula blanca sostenida por cuatro pilares. Todo estaba limpio como una patena pese a encontrarse al aire libre.

Alguien le abrió.

—¿Sí? —dijo con gesto serio una mujer de unos cincuenta, con el pelo moreno, corto y

rizado, apenas cubierto por una cofia blanca. Vestía un sencillo pero elegante uniforme negro, con discretos adornos blancos, abotonado por delante.

—Hola —sonrió la joven—. ¡Uf! Pensé que la parada estaba a cinco minutos. Alguien tiene que volver con una fregona para recoger la mitad que me falta —rio—. Soy Carmela, ¿cómo estás? —La mujer le echó una mirada de arriba abajo, en silencio—. Hoy tenía que verme con Eugenia —añadió Carmela al ver su impasividad. Esperaba que le permitieran asearse antes de reunirse con la viuda.

—Entiendo —dijo por fin la mujer—. Un momento.

La puerta se cerró con cierta brusquedad.

«¿El segurata me deja pasar y esta me vacila?».

Una empleada, que iba por uno de los caminos para llevar a otra casa lo que parecían sábanas o toallas dobladas, se cruzó con un joven con un pantalón de pinzas, una camisa remangada y la mano en el bolsillo. El muchacho, de porte refinado, miró a Carmela unos instantes. Ella estaba a punto de saludarlo con un gesto cuando él volvió la cabeza y continuó su paseo. Al girarse, Carmela reparó en que una cámara discretamente colocada en una esquina apuntaba a la entrada. La puerta se abrió de nuevo.

—La señora dice que no hace falta —informó la mujer del uniforme, con semblante formal—. Gracias de todas maneras.

—Que no hace falta... —murmuró, perpleja—. Soy Carmela Alvarado, la nueva secretaria de Eugenia. Me envía Joaquín.

—Sí, sí, la señora lo sabe. Pero puedes irte.

—¿Perdona?

—Ha cambiado de opinión. No necesita secretaria.

Carmela torció la boca en una sonrisa incrédula.

—No puede hacer eso.

—Ah, ¿no? —El tono de desafío se dejó notar.

Por su mente desfiló la imagen de Joaquín cuando, lleno de entusiasmo, le había confirmado que era la nueva secretaria de la famosa viuda de los cuadros. Carmela se había despedido de sus antiguos compañeros de trabajo, y se lo había contado a su hermana y a sus amigos. Todos se habían alegrado.

—Quiero que ella me lo diga —exigió.

—Eso no es posible. Buenas tardes.

Y le cerró definitivamente la puerta en las narices.

El laberinto de rosas rojas y blancas estaba impecablemente cuidado. El espacio dibujaba intrincadas formas, altas y bien perfiladas, que dificultaban seguir la ruta correcta. Carmela calculaba que era algo más grande que una pista de tenis. Suficiente para marearse, sobre todo si se estaba dolorida por la regla, hambrienta, sedienta y noqueada por un revés como el que acababa de sufrir.

Debería haber pedido, bajo amenaza de montar un escándalo, un vaso de agua y un servicio donde adecentarse, pero el *shock* le revolvió los pensamientos y, cuando quiso darse cuenta, no solo se había alejado, sino que además se había equivocado de dirección. Creyendo que volvía por donde había venido, en los jardines de la entrada había girado hacia un lateral de la gran casa, penetrando en el laberinto. Tuvo que desandar sus pasos varias veces hasta encontrar la salida entre las rosas. Apareció ante una enorme arboleda, tan espesa que en su interior todo era oscuridad.

Se sentó en un banco junto a un camino entre el laberinto y la arboleda. Sus bultos de viaje descansaban a su lado. Sabía que aún estaba dentro de la villa, aunque desconocía dónde exactamente. Intentó hablar con Joaquín, pero, para rimar con el resto del día, no había cobertura. No tenía ni idea de qué hacer.

Un gato blanco se acercó; le recordó al suyo. Nada le apetecía más en ese momento que acariciarlo, así que se levantó y lo llamó. Sin embargo, el gato se metió en la arboleda. A punto de seguirlo, una turbadora figura negra junto a un árbol cercano hizo que se detuviese. Probablemente era una estatua, porque estaba quieta sobre un pedestal, pero desde la entrada solo se veía la silueta como una sombra. Retrocedió y se sentó de nuevo en el banco.

Se acordó de Nuria. Su amiga le había prometido visitarla en la villa. Otra persona a la que decepcionar.

—Cerdita, voy a trabajar en la villa de esa viuda pija —le había dicho aquel día, en cuanto Nuria le abrió la puerta de su piso.

—¡Ole! —Ambas se abrazaron, riendo—. Voy a avisar a las cerditas para montar una buena juerga. —Entraron en la vivienda.

Carmela movía los brazos como si sonaran bulerías.

—¿Qué es poesía? —recitaba—. ¿Y tú me lo preguntas? Poesía es pillarse un colocón con las amigas.

Nuria encendió un equipo de música en el que unas bulerías de verdad retumbaron a todo volumen. Las dos bailaron mientras hablaban.

—No sabes cómo me alegro, cerdita —dijo Nuria.

—Lo sé, cerdita —dijo Carmela.

—Esta noche van a tener que venir otra vez los municipales para que nos callemos.

—Si son guapos, están invitados.

—¿Pedimos pizzas?

—Corre de mi cuenta. Estoy harta de congeladas.

—Pondré las cervezas.

—Voy a traer una maría riquísima.

—Tengo ahí una botella de tequila que estaba deseando abrir.

—Con una no nos alcanza.

—Oye —dijo Nuria al recordar algo—, dicen que la viuda es guapísima.

«Y una hija de puta», debió haberle aclarado en aquella ocasión.

Había estado trabajando tres años para Joaquín, el galerista, socio de la viuda en el negocio de los cuadros. Aunque Carmela no entendía de arte, como administrativa se ocupaba de todo lo que tenía que ver con papeles. Cuando oyó a Joaquín contar que la viuda buscaba a alguien para organizar su contabilidad y sus asuntos personales, Carmela aprovechó para ofrecerse. Supuso que, dada la buena relación entre la mujer y Joaquín, él estaría dispuesto a cederle a su administrativa. Al fin y al cabo, el galerista ganaba un buen dinero vendiendo los cuadros de la viuda, que había paralizado eso hasta poner en orden sus cosas; le convenía que lo solucionase pronto. Pero Carmela no confiaba en que su jefe lograra convencerla. Una semana después, para su sorpresa, Joaquín le dio la buena noticia.

Su sueño había empezado aquel día. Hoy terminaba.

Se propuso contar lo que le acababa de ocurrir en un monólogo. Creía en la importancia de reírse de una misma. Era la mejor de las protecciones contra sus penas y sus miedos; en especial, contra sus miedos. Se acordó de su porro y lo recuperó de la mochila. Le acercó el encendedor.

—Aquí no se puede fumar, señorita —dijo un hombre de hombros anchos que rondaba los sesenta. Vestía vaqueros y camisa azul. Su actitud era de censura a pesar de que sonreía. Carmela puso los ojos en blanco y volvió a guardar el porro—. ¿Puedo ayudarte?

—No, gracias. Bueno, sí. ¿Dónde hay cobertura para el móvil en esta apartada orilla?

—Por aquí hace falta un operador local. Si no, tienes que llegar casi a la carretera.

—Casi a la carretera —lamentó. Estuvo a punto de pedirle el móvil al hombre, pero aún no sabía qué decirle a Joaquín, si llorarle o insultarlo—. ¿Y algún sitio donde beber agua?

—Sí, mira, sigue por ahí. —Señaló a la derecha de Carmela—. Encontrarás una fuente junto al almacén. ¿Buscas a alguna persona?

—Algo así, pero... —No sabía cómo terminar.

—Unas veces se gana y otras se pierde —dijo el hombre.

«Este se piensa que soy una vendedora rechazada con la maleta llena de productos. La película».

—Debe ser eso.

—En otra ocasión te irá mejor —dijo mientras se marchaba—. Con Dios.

—Con Dios —dijo imitando la voz del hombre.

Bebía con ansias el agua que salía del caño incrustado en la pared de piedra. Se mojó la cara.

—Ay, Lawrence de Arabia —dijo, mirando al cielo—, ahora te entiendo, pobretico mío.

Carmela identificó que el lugar estaba en la continuación del camino por el que había llegado; menos mal, no tenía que volver al laberinto de rosas. Cuando arrastraba la maleta de ruedas en busca de una sombra donde pensar, con la mochila y el tubo verde a la espalda, se cruzó con el muchacho que había visto antes, el del pantalón de pinzas y el porte refinado. Él se plantó con una mano en la cintura para mirarla con gesto burlón.

—Lo siento —dijo Carmela, deteniéndose—, no tengo suelto.

—Dudo que aguantes mucho aquí —sonrió él. Sus modales eran algo amanerados.

—¿De verdad? Eres un profeta.

—Al fin alguien se da cuenta. Pero basta con que me llames Rodrigo. —Le tendió la mano.

—Carmela —dijo ella, dándole la suya—. Está mojada por la fuente.

Él, sin dejar de sonreír, sacó un pañuelo blanco para secarse.

—Me he enterado de lo tuyo. Lo estaban comentando las empleadas.

Se había sentido tan despreciada que agradecía que alguien considerara su caso digno de ser comentado.

—¿Me prestas un móvil para hacer una llamada? —preguntó ella.

—No lo llevo encima, aquí no hay cobertura. Me vale con el internet que hay en la casa y en algunos puntos más.

«¿Me tocará pedirselo al segurata?».

Observó al joven; aunque un poco mayor que ella, no llegaba a los treinta. Sus rasgos finos y su cutis le causaban envidia.

—No tienes pinta de jardinero. ¿Vives aquí?

—Paso las vacaciones. Eugenia siempre guarda alguna habitación para mi novio y para mí.

—A lo mejor yo también debería haber venido con un novio para que no me diesen una patada en el culo. Un novio boxeador.

—¿Ves? —rio—. Si te lo tomas así, no durarás mucho. Cada sitio cuenta con sus reglas, y aquí no hay pocas.

—Solo por curiosidad, ¿cómo dicen las reglas que debo tomármelo?

Él miró unos instantes hacia la gran casa de aspecto señorial. Carmela hizo lo mismo. Divisó el mar de fondo, bajo las luces de la tarde.

—Eugenia también tiene novio —dijo Rodrigo—, ¿lo sabías?

—Déjame adivinar. ¿Satanás?

El joven no pudo evitar reír.

—Un tío bueno que organiza fiestas para la alta sociedad. Ella lo usa como un juguete sexual.

—No tengo la culpa de que haya discutido con él.

—Me refiero a que Eugenia es una persona. Deberías aprender a entenderla.

—Habiéndome deportado, va a ser un pelín difícil.

—Cierto. Pero ese es tu problema. Arréglalo —concluyó, poniéndose de nuevo en marcha.

«¿Quién se ha creído este?», pensó, molesta.

Rodrigo la miró por encima del hombro mientras se alejaba.

—Te ha echado porque la fiesta de anoche la indispuso —apuntó él—. Dentro de un rato es capaz de preguntar por ti.

La mujer del uniforme se acercó a la puerta cuando las campanas del timbre todavía resonaban. Al abrir, se encontró con Carmela airada. ¿Ella debía tragarse el mal humor de la regla, pero la caprichosa pija podía descargar sus miserias contra una pobre? En esos momentos, notaba fuego en su interior.

—No me iré sin hablar con Eugenia —amenazó—. Si tiene resaca, le puedo hacer un café. —La tarde presagiaba volverse noche en breve. Le urgía resolver el problema.

—La señora no bebe —aseguró, disgustada, la mujer. De nuevo, la miró de arriba abajo—. Un momen... —dijo mientras intentaba cerrar, pero Carmela puso el pie en la puerta.

—Necesito ir al servicio, o me lo hago en una maceta.

La mujer dudó, pero luego le hizo un gesto con la cabeza para que pasase.

El lujo de la casa concordaba con el aspecto de fuera. Dejó los bultos sobre una elegante silla y la mujer le indicó un servicio a pocos metros.

Tras salir, algo más aseada, no vio a nadie por ahí. Observó un teléfono fijo en una mesita de la entrada. Sacó el móvil para ver el número del galerista y lo marcó.

—¿Sí? —dijo él cuando descolgó.

—Joaquín, soy Carmela.

—¡Hola, Carmela! —exclamó, jovial, al otro lado de la línea—. Ya estás ahí. ¿Ha ido bien?

—Ha ido bien, excepto la parte que ha ido fatal, que ha sido todo. No se ha dignado a recibirme.

—¿No te ha recibido?

—No me ha recibido. Me ha soltado a una *rottweiler* con cofia para decirme que ya no quería secretaria y que ahuecara el ala.

Oyó la risa del galerista.

—¿Dónde está la gracia, Joaquín? —se quejó Carmela—. Estoy cansada, hambrienta... Jodida.

La voz de él cambió a un tono reconciliador:

—Vale, vale. Debe de ser una confusión. Ayer mismo le recordé que mañana nos reuniríamos los tres. La llamaré.

—Yo voy a hablar ahora con ella. Me va a oír.

—Espera, espera. Mejor que hable yo antes.

Reconoció que su cabreo podía estropearlo todo.

—Dile que no pedía un abrazo al llegar —«Aunque tampoco hubiera sobrado»—, tan solo cumplir con lo que se acordó. Empiezo a no estar segura de esto, Joaquín —dijo Carmela por orgullo.

—Lo entiendo —dijo, pacificador—, se ha portado mal. Pero ella es... tímida a su manera, y tú, un elemento nuevo en su rutina. No la creas tan desinhibida como dicen. En cierta forma, te considera una amenaza.

—¿Una amenaza? ¿Yo?

—Todos tenemos nuestras aprensiones, Carmela. Eso hace que a veces cometamos errores.

—No pretendas que sea comprensiva con esto.

—Tú déjame hablar con ella. Lo arreglaré. ¿De acuerdo?

Carmela suspiró.

La luminosa entrada era enorme, ahora podía fijarse mejor, más grande que el salón de su antiguo piso y que el del piso de su hermana juntos. La decoración era exquisita, repleta de madera tallada, jarrones de cerámica local y preciosos objetos de taracea: estanterías, cofrecitos, marcos de espejos y un reloj de pared. Desde ahí salían cuatro pasillos en distintas direcciones. Mientras esperaba en la acogedora silla, junto a sus bultos, vio otra cámara de vigilancia. De repente, se sintió culpable y los nervios volvieron a aflorar. Estaba en juego más de lo que sus amigos y sus familiares creían.

—Carmela —dijo la mujer del uniforme con un tono más amable—, la señora quiere disculparse contigo. —Con un gesto, le indicó que la acompañara. A la joven se le escapó un suspiro de alivio. La siguió—. Por cierto, me llamo Amparo.

«Será arrastrada la tía, se presenta ahora que su ama me acepta».

Avanzaron por un pasillo con cuadros en las paredes. Carmela se sintió sobrecogida y emocionada. La mayoría eran cuadros impresionistas pintados por el difunto marido de Eugenia, reconocidos como verdaderas obras de arte. Había visto algunos en el pasado, en la galería de Joaquín y también en catálogos, pero en esa casa mostraban una luz especial. Por desgracia, no podía pararse. Tenía que ir tras el ama de llaves, que caminaba rápido. Se cruzaron con una

muchacha de cara redonda que vestía el mismo uniforme, cargada con productos de limpieza.

—Marta —la detuvo Amparo—, ¿has limpiado el pasillo de la exposición?

—Ahora voy —contestó.

—¿Eso es amoniaco? —preguntó Amparo, alarmada.

—No es para ese pasillo —se defendió, nerviosa—. Es para el distribuidor.

Amparo le echó una mirada suspicaz y continuó el camino.

—Hola —saludó Carmela a la muchacha mientras se alejaba.

—Hola —respondió Marta, mirándola con curiosidad.

El pasillo era realmente largo y contó otros dos laterales. Uno de ellos, el de su izquierda, tenía otra cámara de vigilancia. Se preguntó si estaban siempre funcionando. Cuando llegaron al final del pasillo, subieron por una espléndida escalera. Toda la casa era muy luminosa. En la planta de arriba, caminaron hasta un cruce que dejaba sendos pasillos a los lados; avanzaron un poco más y se detuvieron frente a una puerta cerrada.

—No hables alto —pidió Amparo en voz baja antes de abrir—, le duele la cabeza.

Entraron.

—Señora —dijo el ama de llaves, reverente—, esta es Carmela.

Después de tanta luz por el resto de la casa, sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra de la habitación. Las cortinas estaban corridas, salvo las de una ventana cubierta solo por un visillo. Hacia ahí miraba un sillón que les daba la espalda, ocupado por una mujer.

—Carmela —repitió la viuda, girando parcialmente la cara hacia ella. Su voz era cálida y serena—. Celebro que estés aquí.

Se puso de pie, pero la joven aún no podía verla bien, solo la delgada silueta a contraluz.

—Yo también me alegro —dijo Carmela, en un esfuerzo por tragarse el desplante sufrido.

—Es un placer conocerte. —Eugenia se le acercó—. Gracias a ti, ahora tengo una jaqueca mayor.

«Menuda disculpa».

—Siento haber improvisado este encuentro previsto desde hace semanas —dijo Carmela con sarcasmo. Luego dudó de que el comentario fuera apropiado.

Eugenia hizo caso omiso de sus palabras y le dirigió un gesto a Amparo, quien se apresuró a descorrer una cortina. La viuda se quejó brevemente de un dolor en la sien debido a la luz. Después, le tendió la mano a Carmela. Esta apreció sus bonitas manos, mejores que las de ella, y el suavísimo tacto de su piel.

Cuando sus ojos se adaptaron de nuevo a la luz, comprobó, impresionada, que las fotos y los vídeos no hacían justicia a la extraordinaria belleza de la viuda. Sus teóricos cincuenta y tantos aparentaban fácilmente quince menos. Lucía el tipo de una delicada modelo con una fina rebeca púrpura sobre un jersey negro; los pantalones anchos de lino llevaban un cinturón anudado con un lazo enorme. Era un poco más alta que Carmela. El pelo negro lo recogía en una coleta que realzaba su cuello esbelto. Tenía un rostro angelical, pero sus ojos grandes y expresivos de color azul verdoso le regalaban una mirada casi provocadora, bajo unas cejas arqueadas. Su nariz, sin ser prominente, era recta y armoniosa, y sus labios delgados estaban bien definidos. Al contrario que la piel de Carmela, malograda por el acné del pasado, la de la viuda era de porcelana. Los pómulos, ligeramente marcados, le otorgaban sofisticación. Pero su semblante permanecía serio.

—Lamento el malentendido —continuó Eugenia—. Debido a mi indisposición, di a Amparo instrucciones poco claras. Te ruego que no la culpes a ella.

Carmela miró al ama de llaves, a la cual no parecía importarle que la estuvieran dejando con

el culo al aire.

«Arrastrada profesional».

—No hay problema —dijo Carmela—. ¿Verdad, Amparo? —Sonrió a la empleada con regocijo por el cambio de tornas.

—Desde luego —asintió ella—. Ha sido un malentendido, como dice la señora.

Eugenia se cruzó de brazos con elegancia.

—A pesar de todo, aquí nos esforzamos para que las cosas funcionen como debe ser —le dijo a Carmela—. Y esperamos que quienes vengan a la villa pongan todo su empeño en ello.

—Claro —asintió Carmela, a la espera de más detalles.

A la viuda se le escapó un suspiro.

—Joaquín me ha recordado que mañana tenemos una reunión. Hablaremos entonces de tus tareas y de lo que quieras. Amparo te acomodará.

—Sí, tanto hablar nos va a dejar la boca seca —ironizó Carmela.

La viuda la miró unos instantes. La joven temió que se enfadara, pero entonces Eugenia sonrió, lo que la hacía aún más hermosa. Sin embargo, Carmela se inquietó al vislumbrar algo oculto en esa sonrisa. Finalmente, la viuda se dio la vuelta para dirigirse otra vez al sillón.

—Eso es todo.

Un nuevo pasillo, y luego otro. Carmela, que conducía su equipaje tras el ama de llaves, dudaba si antes habían pasado por ahí.

—Siempre me pregunto cómo hacen para limpiar un sitio tan grande.

—Aquí viene todos los días un regimiento, hija, una empresa de limpieza. —Amparo parecía haberla aceptado con naturalidad.

—Creo que vi a algunos fuera. Llevan monos azules, ¿no?

—Muchos sí, el personal externo. Los que trabajamos para la señora los vamos dirigiendo. Pero no todo el mundo puede entrar en cualquier parte. Eso es lo primero que tienes que aprender. La villa se divide en tres zonas, accesibles según el nivel de confianza.

—¿Fuera de la casa?

—Principalmente dentro. Si la señora te deja entrar en la villa, te otorga confianza de invitado y puedes moverte por la mayor parte. Pero existe una zona restringida. A esa solo se accede con permiso. Está formada por el sótano este, la bodega, el pasillo de la sala de exposiciones, la escalera de atrás, la buhardilla clara, el dormitorio de la señora y su despacho.

«No me he quedado con ningún sitio».

Amparo se detuvo.

—Y luego está la zona prohibida —dijo muy seria—. A esa no puedes acercarte a no ser que te designe personal autorizado, o que la señora o yo te demos consentimiento expreso. La componen el ala oeste del sótano, la sala de seguridad, la sala de exposiciones, excepto cuando hay apertura pública, y la buhardilla oscura.

«Tampoco me he enterado».

Avanzaron un poco más, hasta pararse en una puerta.

—Y por las noches —continuó Amparo—, la zona restringida es también zona prohibida. —«Madre mía, qué follón»—. Pero en esta parte puedes estar.

—Menos mal —bromeó Carmela—, no sabía dónde ponerme.

Amparo no se rio.

—No es complicado. Ya lo irás pillando.

La empleada de hogar abrió la puerta para mostrarle la habitación.

—Tu dormitorio. Tiene baño dentro.

—Hala, qué bonito. —A Carmela le pareció acogedor, primorosamente decorado con muebles claros. Y tenía un balconcito. Enseguida metió sus bártulos.

—Además —prosiguió Amparo—, está prohibido fumar en toda la villa, poner la música alta, desordenar las habitaciones comunes, comer en el salón, tener animales y traer acompañante sin permiso.

Carmela recordó que Rodrigo había comentado que ahí había muchas reglas. No había mentido.

—Voy a tener que anotar todo en una libreta. O dos.

—La cena es a las ocho —dijo Amparo—. Como la señora hoy no cenará, puedes hacerlo en el comedor con nosotras, con el servicio.

—De acuerdo. ¿Ella siempre recibe así a la gente? —preguntó sin poder evitarlo.

—La señora está ocupada con asuntos importantes, es normal que le afecte.

—¿Los últimos cuadros?

Joaquín le había dicho que debía hacer lo imposible para que Eugenia reanudara pronto la venta de las últimas obras del fallecido pintor.

—También hay otros temas que requieren su atención.

—A eso he venido —dijo, risueña—, a ayudar.

—Se agradece.

—Ahora necesito una ducha.

—Una última cosa: no debes hablarle así a la señora.

—¿Así cómo?

—Como le has hablado antes.

«Pues vais listas ella y tú». Pero estaba demasiado cansada para discutir. Y quizá le convenía aprender a morderse la lengua o difícilmente podría llevar a cabo su plan. Lo de las zonas de confianza era un imprevisto, le complicaba moverse por la casa si no se fiaban de ella. Había supuesto por error que, siendo secretaria, empezaría gozando de algún privilegio.

—Intentaré moderarme —aceptó de mala gana.

Mientras se desnudaba en la habitación, puso el manos libres del móvil para llamar a su hermana. Se conectó por WhatsApp usando la contraseña del wifi que le había dado Amparo. Con la excusa de que estaba agotada, le dijo que se había instalado y poco más.

Leyó un mensaje de Nuria: «No estás gorda, estás en tu mejor momento. El uno por ciento no te merece. Hablamos».

Dejó que el agua caliente llenara la bañera a la vez que ella se lavaba en el bidé. Enseguida se fabricó un *sploof* con un rollo de papel higiénico, donde introdujo un puñado de toallitas húmedas hechas una bola. Cogió de la mochila el porro y el encendedor, y se metió en la bañera. El humo lo expulsaba por el *sploof* para que disimulara el olor. Después de casi dormirse en el agua, se frotó el cuerpo con una esponja rebosante de espuma. Al salir, se puso una compresa y se tomó un analgésico. Se vistió con unos pantalones negros de tela y una camiseta amarilla que sacó arrugados de la maleta, y bajó a cenar.

No se veía a nadie por ahí. Eran algo más de las ocho; de hecho, casi las diez. Le costaba cumplir las normas, lo reconocía. La casa se había quedado en silencio. Afortunadamente, las habitaciones abiertas y los pasillos estaban iluminados con luces suaves. Buscó el comedor. Ya fuera por suerte o por el olor de la comida, lo encontró: una sala enorme de decoración rústica

con una gran mesa rectangular en el centro y muchas sillas alrededor. Vio sobre la mesa una bandeja tapada. El hambre no le permitió preguntarse si sería para otra persona. Se sentó y devoró la riquísima cena de carne, verduras y puré de patatas, regada con un exquisito vino tinto; dejó la jarra de agua para otro día. De camino a su habitación, no se atrevió a explorar la casa. Estando tan cansada, temía meterse sin querer en la zona desmilitarizada, o como se llamara, y arriesgarse a que un francotirador le volara la cabeza.

«Mañana».

Se sentó unos segundos en la cama, más exhausta que pensativa. Vio esturreadas por el suelo las cosas que había sacado del equipaje. Entre ellas, había una tableta con unas pequeñas pastillas azules. «Dos», dijo para sí. Esa era la dosis que le habían recetado. Siempre dos. Toda la vida llevaba preguntándose por qué no las hacían más grandes para que así bastara con una. La imagen de las pastillas la deprimía. De nuevo, pensó en cuándo llegaría la ayuda.

Se acercó a un cuadro colgado en la pared, donde unos agricultores trabajaban en el campo; uno tenía gesto de estreñido. No le pareció que se tratase de una obra del difunto Chisco, el genial pintor.

Miró el tubo verde que había traído, del que extrajo una de las láminas enrolladas, de un metro de alto y más de un metro de ancho. La apoyó en la pared, sobre una cómoda, sirviéndose del marco de un espejo y de una lamparita para mantenerla abierta. Se retiró unos pasos para contemplarla.

Era una réplica del cuadro de los perros, una de las pinturas más célebres de Chisco. Según decían, muy valorada por su esposa. En el fondo se veía una ermita en medio de un frondoso entorno verde, y, delante, cinco perros de distintas razas, algunos deambulando y otros tumbados. Un paisaje que, en principio, transmitía relajación. Pero un elemento alteraba la paz de aquel que se fijara: en una esquina del cuadro, dentro del hueco oscuro de un viejo y enorme tronco, se apreciaba la silueta negra de otro perro, con unos inquietantes ojos rojizos y una boca amenazadora que enseñaba los dientes.

«El perro negro», se dijo Carmela con desazón.

En algún lugar de esa casa guardaban el original, la pintura que la obsesionaba desde niña, la fuente de sus pesadillas nocturnas, el trauma que había torcido su vida.

El cuadro que había venido a destruir.

—¿Ópera? —se extrañó Carmela. Todavía tenía cara de sueño.

—A la señora le gusta —respondió Marta, la joven empleada—. Todos los días se pone a las ocho y veintitrés de la mañana.

«Ocho y veintitrés —se repitió ella—. Digno de una maniática».

La mañana se desperezaba con esas voces cantantes. No sonaban altas como para ser desagradables, pero se oían por toda la planta baja. Carmela se había levantado con un temor que le atenazaba el corazón. Sus pesadillas se habían cebado con ella esa noche como no lo habían hecho en los últimos años; violencia y sangre entre ladridos, siempre escenas difusas. No le sorprendió, teniendo en cuenta lo cerca que se sentía del cuadro que buscaba. Sin embargo, aunque no eran bulerías, esa música la ayudó a sosegar. Charlar también la animaba. Se había puesto un vestido azul para la reunión; no estaba nuevo precisamente, pero era lo mejor que tenía.

—Vas a limpiar arriba, imagino. —Carmela señaló los enseres de limpieza que cargaba Marta.

—Los dormitorios. Se me ha hecho tarde.

Reparó en que Marta era mayor de lo que parecía, aunque hablaba como alguien más joven.

—¿Los limpias tú sola?

—No —dijo como si fuera una barbaridad—. Ahora vienen a echarme una mano. Hay muchos dormitorios. Seis grandes. No, siete, contando el de la señora. Y tres pequeños. Dos más si preparamos la sala de la esquina y la buhardilla clara. Ah, y también están los dormitorios de los barracones, que son otros tantos.

—Madre mía, sí que tenéis sueño aquí.

—¿Cómo?

—¿Y limpias la habitación de los cuadros? —No había visto la maldita pintura por los pasillos y sospechaba que estaría en alguna estancia aparte.

—¿La sala de exposiciones o la sala de seguridad?

—Las dos, por ejemplo.

—Limpio la sala de exposiciones cuando Amparo me pide que la ayude.

—Esa sala está por ahí, ¿verdad? —preguntó, señalando el pasillo de la cámara.

—Sí.

—¿Y la sala de seguridad?

—Arriba, pasando el despacho de la señora.

—¿Vas a limpiarla ya? —Pensaba ofrecerse a acompañarla.

—No —dijo como si Carmela no se enterara—, solo los dormitorios, ya te lo he explicado. Ahí no puedo entrar sin Amparo.

—Claro, claro. Es zona fortificada.

—Prohibida. Además, estos productos no se echan en esos sitios. —Marta suspiró—. La señora solo deja usar paños especiales.

—¿En serio? Debe ser duro limpiar así.

—Vaya que sí. Y no lo comprendo. Si se va con cuidado, no tiene por qué salpicar a los cuadros. Pero la señora no lo permite. Incluso el suelo de esos cuartos los fregamos con productos muy suaves.

Carmela cayó en que las manías de la viuda dificultaban la vida de los empleados. Dejó a Marta continuar con sus tareas y se dirigió a la cocina. Faltaba poco para la reunión con Joaquín y Eugenia y quería averiguar qué más debía tener en cuenta. Si la pillaban antes de cargarse el cuadro, perdería su salud mental, y si la pillaban después, ganaría un presidio. Recordó la primera vez que lo había visto.

Ella tenía siete años. Su padre alquilaba un espacio de uno de sus locales para las obras del pintor, quien no podía pagar mucho. Un día que ella jugaba allí, había encontrado el cuadro en un rincón y tuvo una experiencia terrible. Sintió un escalofrío al mirar los ojos del perro negro. Aquella había sido la primera noche que sufrió las pesadillas. La primera de miles. Era tal la obsesión que los recuerdos habían acabado confundiéndola. Incluso había creído que, cuando ella era una cría, el perro negro había matado a una niña del vecindario tras salir del cuadro. Su familia le había asegurado que aquello solo estaba en su imaginación, como ella misma había constatado investigando. No había muerto ninguna niña. Pero las pesadillas siguieron.

La viuda aún guardaba esa obra y Joaquín quería convencerla de que la vendiera a un cliente de otro país para ganar un buen dinero. Si eso pasaba, Carmela perdería definitivamente la pista del cuadro de los perros. No debía apresurarse, pero tampoco se podía relajar.

En la cocina conoció a Mercedes, una gruesa cocinera de risa sonora que enseguida le cayó bien a base de pan recién hecho, aceite de oliva, lonchas de queso y de jamón, picatostes, mantequilla, miel y mermeladas.

—La señora solo quiere comida ecológica —explicó Mercedes—. Todo aquí es de primera calidad.

—Doña Eugenia nos ha inculcado a todos un estilo de vida saludable —dijo Antonio, que también estaba desayunando ahí.

Era el hombre que el día anterior le había llamado la atención por tratar de fumar delante de la arboleda. Al parecer, tenía autoridad. Si Amparo era la responsable de la casa, Antonio lo era del exterior.

—Qué malamente voy a llevar la dieta —se lamentó Carmela antes de darle un bocado a la rebanada de pan con jamón.

Mercedes y Antonio rieron.

—¿Ha traído Josefa los manteles limpios? —preguntó la afable cocinera.

—Estará al llegar —contestó Antonio. Miró a Carmela—. Los que han llegado son tus amigos. Los de la galería.

«Esos dos no son mis amigos».

—Sí, me avisó Joaquín. Tengo que hablar con ellos antes de la reunión.

Germán y Sandra habían sido sus compañeros en la galería. Esperaba que se fueran pronto y no verlos nunca más.

—Están en el almacén —dijo Antonio—, donde la fuente.

Carmela se acabó el café.

—Vamos p'allá.

—Aprovecha para darte una vuelta —propuso Antonio—. La villa es preciosa.

—Lo haré después de la reunión.

—Pero procura evitar los campos salvajes —advirtió el hombre—, los que están sin cultivar. No es que sean peligrosos, pero últimamente ha habido actos vandálicos en las cercanías de la villa.

—Qué sinvergüenzas —dijo Mercedes mientras cortaba nabos.

—La guardia civil cree que los que sean se mueven por esos campos —apuntó Antonio—. Son unos cobardes, aunque mejor no encontrárselos.

—No os preocupéis —dijo Carmela—. Soy chica de ciudad, no me va la selva.

—La selva. —Mercedes no pudo contener la risa.

—De todas formas, ahí fuera está mi perro —sonrió Antonio—. Él te puede proteger.

—Pobrecito —dijo la cocinera—. La señora no deja meter animales en la casa.

Tras despedirse, Carmela se fue por un pasillo corto y salió de la mansión por una puerta lateral. El cielo lucía despejado y el olor del mar llegaba hasta ahí. Entonces lo vio.

El perro de Antonio violaba todas las normas de la estética. El muñón de la cola era lo mejor: lo agitaba, feliz. A lo largo de su lomo curvado, la delgadez le hincaba los huesos en ese pellejo de pelo disperso lleno de calvas. Pero es que sus patas eran tan espantosamente flacas que desentonaban con el resto. Asimétrico, bizco, con joroba sobre un omóplato, un hocico retorcido, una boca que enseñaba parte de los dientes por un lado mientras por el otro derramaba la lengua, una oreja en punta y la otra doblada hacia atrás, dejando el oído al descubierto, y un mechón blanco encrespado en la cabeza, el estropicio no conseguía disimularlo ni el bonito pañuelo rojo que llevaba al cuello. Era imposible dilucidar el cruce de razas del que provenía, si es que no pertenecía a una peculiar así de inarmónica. Carmela pensó que, si se presentaba a un concurso de perros feos, fijo que el jurado mandaría hacerle el antidóping. A pesar de todo, el bicho no daba miedo, al contrario, parecía cariñoso y con un aire inocente. Entraban ganas de abrazarlo y, a continuación, sacrificarlo con los ojos llenos de lágrimas para que no sufriera más.

El perro se acercó con agilidad, pidiendo un mimito. Mientras Carmela le acariciaba el mechón de la cabeza, se dijo que, aunque desconocía su nombre, tenía claro cómo lo llamaría en lo sucesivo.

«Tiposo».

Al llegar a los jardines delanteros, vio a varias personas desempeñando tareas de mantenimiento, algunas llevaban mono de trabajo y otras no. Dos que no iban con mono limpiaban los cristales de las casas adosadas cercanas a la mansión: uno era un hombre tan alto que tocaba el marco superior; la pequeña mujer que había a su lado estaba subida en una escalera.

Evitó el laberinto de rosas para no poner a prueba de nuevo su sentido de la orientación, y alcanzó el cruce que conectaba la arboleda, unos huertos lejanos y el almacén, junto al que estaba aparcado el coche de Germán. Era tan poca la gana que tenía de encontrarse con «esos dos» que se desvió hacia los cultivos, en busca de una sombra donde echarse antes un canutito.

Giró a la derecha por un sendero. Ahí, se topó con un cartel de «Cuidado con el perro» y miró a su alrededor, pero no vio ningún perro. Le hizo gracia imaginar que el aviso se refiriera a Tiposo. Entonces atisbó a cierta distancia a alguien con un sombrero de paja subido a un árbol. No parecía trabajar, más bien se diría que estaba comiendo lo que arrancaba del árbol.

—¡Oye, no pises ahí!

El agricultor que había a su lado le dio un buen susto. Sin querer, Carmela se había metido en un sembrado. Regresó rápido al sendero mientras oía la risa de un señor mayor impecablemente vestido con un traje de lino beis, sombrero y bastón.

—Lo que usted decía, don Arturo —dijo, molesto, el agricultor—, los de fuera nunca entenderán el campo.

A Carmela le ofendió el comentario, ya se sentía bastante desplazada. El agricultor volvió a sus tareas cuando el hombre del traje se acercó a ella.

—¿Una empleada de doña Eugenia?

—La nueva secretaria, Carmela. —No pudo reprimir el sarcasmo—. Para servir a Dios y a usted.

—¡A mí no! —rio don Arturo—. Seguro que ya tienes bastante con tu jefa.

No se atrevió a contradecirlo. La reunión de esa mañana aclararía cuáles iban a ser exactamente sus funciones y se temía cualquier cosa de la viuda.

—Siento haber pisado —se disculpó.

—No pasa nada —sonrió el hombre—. Que los de fuera piséis el sembrado es el menor de los problemas que creáis.

«Otra persona difícil. ¿Aquí todas son así?».

—¿Puedo preguntar con quién tengo el gusto de hablar? —preguntó con retintín.

—Arturo Cedilla. No soy del coro de la doña. Mi propiedad es el cortijo de Viñaseca, no está lejos de aquí. He venido a hablar con mi vecina, pero parece que hoy está... ocupada —añadió en tono de reproche.

—Sí, dentro de un rato tiene una reunión.

—Mira por dónde, puedo pedirte a ti que me hagas un hueco en su agenda.

—Te lo haré en cuanto me den esa agenda.

El hombre asintió.

—¿Conoces los cultivos de la villa? Puedo enseñártelos yo. A mi vecina no le importaría, en eso somos permisivos por aquí.

—Gracias, pero debo volver. —«Otro porro perdido»—. En otra ocasión. Me vendrá bien, necesito conocer esto.

—Es interesante. Al principio, este lugar fue una almunia. Y antes de eso, una alquería. —«Verás que todavía se enrolla»—. Además de cuadros, doña Eugenia dispone de instalaciones para el aceite, los productos hortofrutícolas y los derivados textiles —dijo, señalando varios puntos a lo lejos—. O al menos tenía todo eso antes del asunto del gestor.

—Algo he oído. Aún les falta contarme los detalles. —El escándalo había sido clamoroso. El gestor se había fugado con lo desfalcado durante años. Los agujeros que ocasionó en las cuentas obligaron a la viuda a detener casi todo su negocio agrícola. Muchos trabajadores se habían marchado a sus casas con la incertidumbre de si volverían a sus antiguos puestos. A Carmela no le parecía que al hombre le doliese lo que le había ocurrido a su «vecina», más bien adivinaba en él cierto regocijo—. Ahora tengo que irme —añadió.

—Por supuesto —dijo don Arturo—. Espero que nos veamos pronto. Y bienvenida a esta comarca. —Su sonrisa no denotaba bienvenida.

«Hay mucho que aprender aquí —pensó mientras se alejaba—. Demasiadas cosas raras... Y la ayuda sigue sin aparecer».

Cuando llegó al almacén, encontró a Sandra sacando la última caja de papeles del coche.

—Mira esta, a buenas horas. Podrías haber venido antes y echar una mano.

—Mi tarea es leer los papeles, guapa, no cargarlos —repuso Carmela.

—Te veo estupenda —le dijo Germán. Salía del almacén, sacudiéndose las manos.

«Asqueroso».

—Será porque estoy estupenda —contestó secamente.

Habían sido pareja durante unos meses. Ambos trabajaban en la galería, él como el principal ayudante de Joaquín. Pero Germán no la había tratado bien durante su corta relación. No la llevaba a las fiestas sociales donde a él le gustaba venderse, y ella se enteró de que la engañaba

con otras, Sandra entre ellas.

—Qué bien te lo has montado para que te eligieran —dijo la excompañera.

«Envidiosa. Y asquerosa».

—Les propuse traerte conmigo, pero no tienen parvulario.

Así estaban siempre en la galería. Sandra era peor que Germán, le había puesto toda clase de zancadillas para dejarla en evidencia por fallos que no eran su culpa. Carmela, harta de amargarse, se había acostumbrado a plantarle cara. Al menos Germán, aunque inepto, tenía ambición, pero Sandra solo aspiraba a dar un braguetazo con algún cliente rico de Joaquín. Lo más denigrante para Sandra era que, cuanto peor la trataba Carmela, más dócil se volvía.

—Ha sido un coñazo reunir todo esto —se quejó Germán—. Aquí está la documentación de las empresas de Eugenia que hemos encontrado en las oficinas del gestor. Y también los papeles que había en la galería sobre los cuadros. Tienes para entretenerte un año.

—Tranquilo, podré con ello mucho antes. —No estaba segura de eso.

—Siempre puedes pegarle fuego al almacén —bromeó Sandra como una tonta.

Esa bobada, sin embargo, le dio una idea a Carmela para su plan de destruir el cuadro. Siempre había dudado cómo hacerlo. No le iba a pegar fuego a nada, arriesgándose a matar a alguien, pero recordó lo que le habían dicho en la cocina. ¿Y si le cargaba el muerto a los vándalos que ya habían actuado por la zona?

En ese momento, un magnífico y ruidoso deportivo llegó a toda velocidad hasta los jardines delanteros, donde se detuvo con un violento frenazo. El vehículo biplaza era de un amarillo tan deslumbrante como el sol. Los tres se quedaron mirando al individuo que salió del coche. Era joven y con una barba corta, vestido con un chaleco de cuero negro que dejaba al aire unos brazos fuertes y llenos de tatuajes. También llevaba unos pantalones ajustados del mismo material y unas sandalias oscuras. Se puso un bombín negro y se dirigió a la mansión.

—Gustavo —dijo Sandra. Carmela creyó verla babear.

—El noviete de la viuda —sonrió Germán—. Me parece que vuestra reunión se va a posponer. ¿Qué te apuestas?

Carmela se alegró de no haber apostado. Al rato, recibió un mensaje de Joaquín confirmando que la reunión se retrasaba hasta la tarde. Según le contó Germán, la viuda tenía la costumbre de «atender» a su novio en cuanto llegaba. Carmela no podía creerse que los caprichos de esa tía estirada fueran aceptados tan servilmente por todos a su alrededor. Pero no se iba a quejar en esa ocasión. Dedicaría ese tiempo para buscar el cuadro. Quién sabía si, con suerte, terminaría su verdadero cometido antes de lo esperado.

La ópera aún sonaba cuando traspasó la puerta lateral que daba a la cocina. Al parecer, solían dejarla abierta. Cruzó la habitación sin que Mercedes se percatase; la cocinera estaba de espaldas y canturreaba, afanada en sus guisos. Carmela tomó nota de la estrategia. Contaba con la posibilidad de entrar en la casa sin que lo advirtieran las personas que había dentro; pero, claro, quedaba por resolver el detalle de las cámaras. Aunque el segurata no estuviera mirando las imágenes, de ocurrir algo malo en la casa, sin duda revisarían las grabaciones, si estas existían.

El terror irracional y obsesivo que le provocaba el cuadro de los perros la empujaba a esa locura. La misma que la había llevado a trabajar en la galería de Joaquín con la esperanza de destrozar la endemoniada obra; pero la viuda jamás había accedido a exponerla en público. Los médicos habían achacado sus pesadillas a miedos inconscientes que Carmela asociaba al cuadro, pero ella nunca había dado crédito a ese diagnóstico. Sabía que la pintura reflejaba una oscuridad que ella era capaz de percibir. No quería echarle la culpa de sus adicciones, aunque reconocía

que la pérdida de sensibilidad que le producían las drogas la ayudaba a sobrellevar sus temores. Ni las terapias ni las sustancias terminarían con el influjo del cuadro de los perros; la única solución era destruirlo, estaba convencida.

Llegó hasta un salón espectacular con vistosos muebles claros repletos de adornos y acogedores sofás sobre los que descansaban infinidad de cojines. En un pasillo, unas escaleras bajaban hasta un gimnasio con bicicletas estáticas, cintas andadoras y grandes pelotas de ejercicio. Desde unas cristaleras que daban al césped que rodeaba la piscina, se atisbaba el mar. Decidió explorar el exterior trasero de la casa.

Debía conocer bien la villa de los cuadros. El inesperado rechazo que había sufrido el primer día le había enseñado que no podía descuidar su tapadera de secretaria sumisa y eficaz. Un error y se vería de muslitos en la calle. Se fijó mejor en las cámaras: unas enfocaban espacios de paso; otras, orientadas hacia áreas sin sentido, probablemente estaban apagadas. De algunas dudaba. Las medidas de seguridad no parecían férreas, pero eran obstáculo suficiente para complicarle los movimientos.

La zona de la gran piscina casi la dejó sin aire. Palmeras, tumbonas, una cocina de piedra bajo un soportal, una fuente, un mirador con sofá y sillones de mimbre que ofrecía una panorámica inigualable del mar y de la costa del oeste. Un camino llevaba hasta una pista de tenis. Una ardilla que correteaba por ahí se subió a una de las palmeras.

Optó por inspeccionar más tarde la sala de exposiciones debido a que, por desgracia, se cruzó con Amparo, quien le recordó con aspereza que esa parte todavía no le estaba permitida. Recorrió los pasillos llenos de cuadros, muchos pintados por Chisco. El marido de Eugenia había creado obras realmente preciosas. Pero ni rastro de los perros. También subió al primer piso, donde descubrió una biblioteca con una sala audiovisual. En el despacho de la viuda, se atrevió a asomarse lo justo para comprobar que el cuadro no colgaba de esas paredes. Por cierto, menudo despacho de madera de ébano. Al lado se hallaba el dormitorio de Eugenia, cerrado. Imaginó, no sin morbo, que ahí le estaba dando el recibimiento a su novio.

Le parecía que la viuda era una mujer sofisticada. Vivía en un lugar aislado y paradisiaco, donde los lujos la resguardaban del mundo. El entorno rural era tan distinguido y complicado como ella. Sin duda, se trataba de una persona exigente. Incluso si Carmela lograba cumplir con su verdadero propósito, debería trabajar un tiempo para Eugenia si no quería ser una prófuga; necesitaba aprovechar bien su coartada. Y eso requería ponerse sumisamente a las órdenes de la viuda.

Casi de puntillas, avanzó hasta una puerta blindada, a la vista de otra cámara, quizá encendida o quizá no.

«La sala de seguridad».

Si no tenía la suerte de que el cuadro estuviera abajo, en la sala de exposiciones, seguro que se encontraría ahí dentro. Probó a abrir la puerta; si sonaba una alarma, diría que se meaba y tal. Cerradísima, lo esperado. Volvió sobre sus pasos y confirmó que había tantos dormitorios como le había dicho Marta. Una de las habitaciones era una agradable sala de estar, donde una bella escalera de caracol subía a otra planta. Debía de conducir a las buhardillas de las que le habían hablado. Pero ya era suficiente exploración por ahí. Tocaba probar en la sala de exposiciones.

Se sentía incómoda caminando por el pasillo, posiblemente vigilado por una cámara. Si la pillaban, después de que Amparo se lo hubiese prohibido de manera expresa, debería simular un despiste poniendo ojitos, y lo mismo no colaba. Confiaba en que nadie la estuviera viendo por los monitores o, al menos, que quien fuera desconociese que no tenía permiso.

«Qué locura».

Había más cuadros en el pasillo. Al final, tras unas cortinas recogidas, se topó con la puerta de la sala de exposiciones. Esta sí se abrió. Entró despacio por si había alguien. Pero solo encontró algunas vitrinas y unos pocos cuadros. La luz era generosa gracias a las ventanas; conectadas a una alarma, por cierto. El lugar se unía a otras salas.

Recorrió la siguiente para comprobar que abundaban los huecos. Notó que el frescor pasaba a través de unos tragaluces abiertos. Y algo más, el olor a pintura. Le llamó la atención porque la galería de Joaquín no olía tan fuerte. Nada más asomarse a la última, oyó pisadas por el pasillo. Corrió a esconderse junto a una estantería que apenas la tapaba. Se le aceleró el pulso. Las voces de Amparo y de Marta se acercaban, discutiendo. Afortunadamente, se detuvieron en la puerta. No las veía, pero escuchó que el ama de llaves reprendía a la sirvienta por una mancha en el suelo. La chica defendió que sin amoniac no podía quitarla, pero se acabó disculpando.

Las empleadas se alejaron para alivio de Carmela, que se apresuró a salir en cuanto dejó de oírlas por el pasillo. Le temblaban las piernas.

No había registrado bien la última estancia de la gran sala, pero solo vislumbró dos cuadros pequeños. De cualquier forma, así, a escondidas, todo iba a ser muy difícil. Necesitaba moverse con libertad. Cuando encontrase el cuadro, si no veía clara la excusa del vandalismo, daría el cambiaz por una de las réplicas que había traído. Con eso ganaría tiempo para borrar huellas. Una vez más concluyó que, si quería disfrutar de esa libertad, debía ganarse la confianza de la viuda.

La visión del mar la calmó un poco. Desde el borde de la villa que daba a la costa, se apreciaba ese esplendor del que todos hablaban. La luz bailaba sobre las ondulaciones del agua, de un brillante turquesa. A su izquierda, a lo lejos, había un imponente acantilado. Y, al oeste, el bonito pueblo se curvaba sobre el arco de la playa, en parte encaramado a un cerro. Apoyada en un poste, dejó pasar el tiempo. Para terminar de sosegar, se le ocurrió ir a la arboleda; allí se fumaría un porro más tranquila que en su habitación.

La entrada natural de la arboleda era un espacio abierto entre la tupida vegetación. Se aventuró en su interior sin quitarle ojo a la negra figura que le había inquietado el día de antes. Poco a poco, la percibió mejor. En efecto, se trataba de una estatua.

«San Espanto», la bautizó.

Al parecer, pretendía ser un ángel de la guarda, casi del tamaño de una persona, pero con un rostro amenazador y unos ojos hundidos que eran todo oscuridad. Se asemejaba más a una gárgola grotesca. Junto a la base, entre la hierba, vio una amplia rejilla, supuso que para acceder a tuberías o desagües. Se adentró más mientras sacaba de un bolsillo los utensilios del porro, pero los escondió tras la espalda al oír voces delante. Se encontró de cara con el vanidoso Rodrigo, que iba acompañado de otro joven que también vestía pantalones de pinzas.

—Carmela —la llamó Rodrigo—. Me alegro de que te hayas quedado.

—Una suerte, sí —respondió ella, pretendiendo sonar irónica.

—Este es Leo, mi novio.

—Encantada.

—¿Qué tal? —El muchacho le tendió tímidamente la mano.

Tenía un aspecto aún más delicado que Rodrigo. Carmela creyó que la fina mano de Leo podría romperse como el cristal con solo apretarla un poquito.

—Nos gusta pasear por aquí —dijo Rodrigo—. Un lugar precioso, ¿verdad, Leo?

—Íntimo y natural.

—Ya lo creo —dijo ella.

«Natural, sí. Íntimo, no tanto».

—¿Qué llevas ahí? —Rodrigo sonrió al ver la bolsita de marihuana—. Por nosotros no te cortes.

Carmela mostró lo que llevaba en las manos.

—No me gusta saltarme las reglas nada más llegar, pero...

—Aquí no hay problema —dijo Rodrigo—. Acabamos de enterrar las colillas de nuestros cigarros. —Leo miró a Rodrigo.

—Me dijeron que aquí estaba prohibido fumar —dijo Carmela.

—Eso es fuera de la arboleda, a la vista —alegó Rodrigo—. Aquí se puede. Ven, vamos más adentro.

No necesitó que le insistieran, empezó a liar el porro con una habilidad que impresionó a los muchachos.

—La secretaria de Eugenia —dijo Leo mientras caminaban—. Qué bueno, ¿no? —Parecía risueño.

—Que sea bueno está por ver —repuso Carmela—. Pero sí, es lo que quería. Confío en que al menos mejore mi imagen pública.

Leo rio con cierta amargura.

—No sé si lo dices de broma, pero a mí me preocupa demasiado lo que los demás piensen de mí. Tener buena imagen es importante. Ojalá consigas eso y todo lo que has venido a buscar.

—Conseguir lo que uno quiere... —intervino Rodrigo—, eso da seguridad. Te envidio, te envidio con malicia.

—No digas eso, Rodrigo —objetó Leo—. Nos alegramos de corazón.

—Gracias —respondió ella—. Y vosotros, ¿a qué os dedicáis?

—Yo estudio Medicina —dijo Leo—. Rodrigo se prepara para ocuparse de las empresas de su padre.

Carmela se detuvo para encender el porro y darle una calada tan profunda que casi resultó agónica.

—Te veo estresada —rio Rodrigo—, pero no hay razón. —«Qué sabrás tú»—. Para llevarte bien con Eugenia, solo tienes que comprenderla. Y hacer sin rechistar las extravagancias que te pida.

—No la preocupes —dijo Leo—. Seguro que te acabas llevando bien con ella. En el fondo, todos queremos la paz. —Rodrigo soltó una carcajada sin miramientos. Leo lo miró, molesto—. Eugenia necesita algo —le dijo a su novio—, y creo que Carmela se lo puede aportar.

—Eso tendrá que demostrarlo —dijo Rodrigo.

Ella no sabía a qué se referían, pero prefirió darle otra calada al porro antes que preguntar. Entonces se fijó en que la cara de Leo se descompuso. Carmela miró hacia donde dirigía la vista el joven y casi se le escapó un grito. Por ahí venían Eugenia y Antonio.

—Y este hay que podarlo por completo —dijo el hombre, señalándole un árbol a la viuda—, si no, extenderá el tizón a los otros.

«¡Joder, qué mala suerte! —se desesperó Carmela—. ¿No estaba tirándose al novio?». Dudó entre dejar caer el porro con disimulo o comérselo. Pero el desconcierto le impidió hacer ninguna de las dos cosas. Aun estando acostumbrada al olor a marihuana, le pareció más fuerte que nunca.

—Hola —dijo Antonio. Eugenia reparó en ellos.

—Hola —dijo Rodrigo, jovial. Leo lo miró con expresión censora.

—Mis invitados y mi secretaria —dijo Eugenia al acercarse—. Veo que ya os conocéis.

La viuda lucía otro espléndido conjunto: una blusa roja con escote y una falda blanca hasta las rodillas con un estampado floral. El vestido barato de Carmela, algo desteñido y demasiado apretado a la altura de los muslos, no podía competir con el buen gusto y la calidad del vestuario de la viuda.

—Le estábamos enseñando la arboleda —dijo Rodrigo con una sonrisa—. Es un bonito lugar de recreo.

—Para respirar aire limpio —dijo Antonio, Carmela temió que como indirecta.

—Siento haber pospuesto la reunión a esta tarde —se excusó Eugenia—. He tenido una visita inesperada y otros asuntos que atender.

Carmela se avergonzó de haber pensado mal de la viuda.

—Sin problema —dijo Carmela, intentando aguantar la dignidad con el porro consumiéndose entre sus dedos—. Esta tarde lo hablamos todo. Aprovecharé para echarle un vistazo a la documentación que han traído los de la galería.

—Han sido muy amables —dijo la viuda—. No es su trabajo, y ha debido de resultar tedioso reunir tantos documentos.

—Por lo que me han dicho, no tanto. Ellos estarán encantados de que les encargues más cosas así.

—Seguro —dijo Eugenia. No había habido tono sarcástico en las palabras de Carmela, pero intuía que la mujer había captado la mentira. La viuda volvió a mirarla de arriba abajo y sonrió, para la incomodidad de la joven—. He de seguir con mi tarea. Por cierto, Carmela, no te sientas la única evaluada, recuerda que yo también estoy siendo evaluada por ti. Es un periodo de prueba para las dos.

«O sea, que me puedo ver en la calle en cualquier momento».

—Sí, vale —contestó, nerviosa—. Es que todavía tengo que conocer cómo funciona la vida aquí y todo eso. Es importante.

—Es importante. —Eugenia le dedicó una sonrisa—. Nos vemos más tarde.

La viuda se marchó, pero Antonio, antes de acompañarla, le echó un último vistazo al porro de Carmela y luego a ella con una mueca de desaprobación.

Rodrigo rio a carcajadas cuando se alejaron. Leo, indignado, le propinó un ridículo golpecito en el hombro. A Carmela no le hizo ni puta gracia. Su plan para ganarse la confianza de Eugenia había empezado fatal.

La cojera de Joaquín apenas se notaba, ese era el propósito de llevar una suela más gruesa que la otra. No necesitaba bastón, aunque desde hacía unos meses se acompañaba de uno que tenía un distinguido tallado victoriano. Caminaba con decisión entre los jardines de la villa junto con Carmela. El galerista repartía saludos con una deslumbrante sonrisa bajo el bigote. Transmitía ese aire extravertido que tanta confianza generaba en la gente.

Al entrar a trabajar en la galería, Carmela había recelado de él por ese exceso de afabilidad. Pero luego no había ocurrido nada que justificara su reticencia, al contrario: Joaquín siempre resolvía los problemas de forma práctica y serena. Por eso había acabado fiándose de él.

Con los sesenta cumplidos, vestía moderno, usualmente con pantalones de algodón elásticos y camisas estampadas, ropa elegante pero quizá más idónea para otras edades. Sin embargo, había que reconocer que eso mejoraba su deslucido físico: un poco calvo, bajito, ancho de pecho, de cuerpo velludo, con los ojos juntos y una enorme nariz de porra; o sea, más bien feo.

—Todavía tenemos unos minutos antes de reunirnos con nuestra querida Eugénie —apuntó Joaquín, que solía llamar a la viuda con el nombre en francés.

El galerista había llegado en su todoterreno después de comer. Carmela había almorzado con el servicio porque Eugenia lo había hecho en privado con su novio, Gustavo. La nueva secretaria se alegraba de ver a su antiguo jefe en ese entorno extraño.

Mientras avanzaban por los jardines, camino de la mansión, Carmela se preguntó una vez más por qué no le contaba a Joaquín su problema con el cuadro. O incluso a Eugenia. Pero si su propia familia y los médicos la habían tomado por desquiciada, ¿qué no iban a pensar los demás? No, tenía que callar o le sería imposible acercarse a la obra.

Acababan de dejar a Germán y a Sandra en el almacén, tras revisar por encima la documentación que habían traído.

—Son muy apañados —dijo Joaquín—. Puedo estar tranquilo con los dos, ¿no te parece?

—Apañadísimos —dijo Carmela, agitando la mano. Esperaba que no se notara el pitorreo.

No tenía estómago para decirle que, esa misma mañana, Germán había asegurado que, si tuviera los contactos «del cojo presumido», le sacaría más pasta a la galería. Joaquín no era tonto, estaba segura de que conocía la perversidad de Germán y de Sandra. Pero, como le servían bien, blanqueaba la calaña de sus dos hienas.

—¡Buenas tardes! —exclamó Joaquín hacia una terraza, donde Rodrigo lo saludaba en bañador—. Vaya par, este y su novio —comentó, riendo—, no dejan pasar ni un día sin darse un baño en la piscina.

—¿Pero quiénes son?

—Amigos de Eugénie. Bueno, hijos de sus amigos. Ella tiene muchos amigos. Siempre se queja de que la villa parece un hotel, pero sé que le alegra que haya gente que amenice un sitio tan grande. La conozco.

Por detrás de Joaquín, Carmela le mostró un dedo a Rodrigo cuando el joven le hizo el gesto de pedirle un cigarro. «Todavía me cargo a este en vez del cuadro».

El galerista se movía por la villa como si fuera suya. A ella le llamó la atención que usase el truco de entrar en la casa por la cocina. El hombre saludó cariñosamente a Mercedes y se dirigió a otro pasillo que Carmela no había visitado. De las paredes colgaban caretas, animales de madera y otros adornos tribales. Joaquín le contó que Eugenia creía que traían buena suerte. No

era la primera vez que le hablaban de las supersticiones de la viuda.

Llegaron a una sala de estar, donde Joaquín sacó un documento de un archivador que había en una estantería, manteniendo el bastón debajo del brazo.

—Nos hará falta esta lista en la reunión —dijo él. Señaló la estantería—: Mañana llevaremos estos otros papeles al almacén para que lo tengas todo junto. No me gustaría que te volvieras loca —sonrió—. ¿Y tu hermana? ¿Qué dice de este cambio de trabajo?

—Está contenta, cosa difícil. Ya sabes, todo lo que hago le parece mal.

—Se preocupa demasiado —añadió en tono afable—. Dile que aquí permanecerás a salvo. Tú te encuentras tranquila, ¿verdad?

—No tengo ningún temor.

«Ojalá».

—Muy bien, no hay por qué tenerlo. Este sitio es muy bello. ¿Has visto la torre abandonada? ¿Los humedales? ¿El arrecife? ¿La cueva?

—Llegué ayer, Joaquín —suspiró Carmela—, no soy el Correcaminos.

—Es verdad —rio—, con calma. Aquí lo único malo que hay es la parálisis. La parálisis de unos negocios por culpa de un gestor corrupto que se fugó, y la parálisis de unas transacciones de arte. —Miró con determinación a Carmela—. Pero ese es tu cometido: lograr que todo esto se mueva otra vez. —Le puso una mano en el hombro—: Sobre todo la venta de los últimos cuadros.

El despacho de Eugenia era señorial. Destacaban una mesa de ébano y unas estanterías a juego. Los muebles estaban bien distribuidos, creando un espacio amplio. La viuda se sentaba con las piernas cruzadas en el gran sillón de cuero granate, tras la mesa. Tenía la espalda erguida y los hombros relajados, como una pianista, tan regia como el despacho. Joaquín paseaba para contemplar los cuadros que ya conocía, poniendo nerviosa a Carmela, que se había sentado en uno de los confidentes delante de la mesa. Intentaba parecer tan majestuosa como la viuda, pero sospechaba que no lo conseguía.

—¿Cuándo se van tus cachorros? —preguntó Eugenia, que hurgaba en un cajón del escritorio.

—Dentro de un rato —contestó Joaquín—. Están terminando de ordenar la documentación que han traído.

—Toma —dijo Eugenia—, aquí tienes otra. —Le tendió una llave de esas grandes de otra época.

—¡Oh, Eugénie! Excelente. —El hombre la cogió y la examinó con detenimiento.

—Ni siquiera sé lo que abre —dijo Eugenia mientras se limpiaba el óxido de los dedos con una toallita de papel—. Te comenté que la había visto por algún sitio, pero no volví a encontrármela hasta ayer.

Carmela conocía la afición de Joaquín de coleccionar llaves antiguas. Las guardaba en su casa, dentro de vitrinas.

—Te lo agradeceré de la mejor manera posible —dijo el galerista en tono jocoso, metiéndose en un bolsillo la llave envuelta en un pañuelo—. Mi administrativa más competente es ahora tuya. No sé qué voy a hacer sin ella.

—No es para tanto —dijo la joven, más avergonzada por la teatralidad que por el reconocimiento.

Eugenia miró a Carmela. Esta temió percibir escepticismo.

—Supongo que tendrás una idea de cuáles van a ser tus funciones —dijo la viuda.

—¡Traer el café! —soltó ella con una risotada.

Joaquín se limitó a sonreír. Eugenia ni eso. La joven, sonrojada, lamentó no haber aprendido todavía cuándo ser prudente. El galerista rompió el incómodo silencio:

—¿Sabes que Carmela, además de una magnífica trabajadora, es monologuista?

—¿De veras? —preguntó Eugenia.

—Actúa en clubs —dijo Joaquín.

—Como aficionada —aclaró Carmela, que sentía que su rubor se intensificaba—. Solo como aficionada.

—Nos puede venir bien —dijo la viuda—. Si las cosas no salen adelante, al menos nos reiremos.

Un puñetazo le hubiera sentado mejor a Carmela. Joaquín se apresuró a intervenir:

—Eh... Si os parece, ¿entramos en materia?

Y entraron en materia. Durante un buen rato, el galerista expuso la situación de las empresas agrícolas, cuyas cuentas estaban siendo reclamadas por Hacienda. La viuda se tocó la sien dolorida cuando él relató el desfaldo del gestor, que había robado durante años sin que nadie se percatase.

—Confié en ese... —Eugenia desistió de buscar un adjetivo.

—No te sigas castigando —pidió Joaquín—. Se arreglará, ya lo verás. Estamos dentro de los plazos y hemos reunido la documentación. Tú solo tendrás que firmar donde te diga Carmela.

La viuda asintió. Por lo visto, Joaquín poseía el don de tranquilizarla. Le pintaba todo de color de rosa y ella parecía agradecerlo.

—¿Aún no lo han pillado? —se interesó Carmela.

Joaquín negó con la cabeza.

—Se escondió en algún lugar de América. Desde allí se atrevió a enviarme una carta para pedir dinero a cambio de las claves del ordenador y otros datos, cosas que afortunadamente no hicieron falta. Pero la policía no ha conseguido encontrarlo.

—Entiendo —dijo Carmela—. Por mi parte, empezaré con esos requerimientos de la Administración.

—No me preocupan el fugado y Hacienda tanto como la batalla de aquí —dijo Eugenia.

—¿La de aquí? —preguntó Carmela, curiosa.

—Se han formado dos bandos —explicó la viuda—. Los trabajadores y los políticos de la comarca me presionan para que reabra las instalaciones cuanto antes. Y no sé si eso pasará algún día.

—Si tú quieres, pasará —la animó Joaquín, poniéndose un poco pesado en su apoyo incondicional, a juicio de Carmela.

—Y luego están los otros —continuó Eugenia—, ciertos hacendados de la región que nunca me aceptaron. —Carmela enseguida pensó en don Arturo, el abuelo del sombrero—. Tacharon mis decisiones sobre los cultivos de irrespetuosas con el lugar. Me pintan como una bárbara, pero yo siempre tuve cuidado de asesorarme bien.

—Los sindicalistas están contigo —dijo Joaquín.

—Algunos —repuso ella—. Los demás creen que quiero aprovechar esto para liquidar las empresas. —Suspiró—. Hay personas influyentes en ambos bandos. Unos me meten prisa para que reabra las instalaciones. Otros, para que las cierre definitivamente y me limite a... vender cuadros —apostilló con cara de asco. Su frustración era notoria. Carmela desconocía que el negocio del arte fuera tan insuficiente para ella.

»Quiero reabrir las instalaciones —dijo, seria—. No soportaría que mis enemigos se salieran con la suya. —Miró por la ventana—. Y también quiero vender algunos de los cuadros que me quedan de mi marido.

—Eso nos daría aún más tranquilidad —se apresuró a decir Joaquín—, te vendrían bien esos ingresos extra.

«Los últimos cuadros son los más valiosos —pensó Carmela—. Lo que le gustan los billetes a este hombre».

—Lo sé —dijo Eugenia—. Pronto tendremos que organizar la venta.

—La galería está siempre lista para ti.

—Falta restaurar algunas obras —objetó la viuda.

—En cuanto se haga, prepararé los catálogos.

—Me inquietan esas ventas —dijo Eugenia con gesto de preocupación—, hay que llevarlas a cabo de la mejor manera posible. De ello depende el futuro de la villa.

—Encontraremos la forma —dijo Joaquín.

Carmela no pasó por alto que la viuda frunció el ceño. Pero se tenía que centrar. La prioridad era ganarse su confianza para moverse con libertad por la casa.

—Te ayudaré, Eugenia —dijo Carmela, decidida—. Haré todo lo que esté en mi mano.

La viuda la miró un momento.

—Gracias. Es bueno saber que hay cerca alguien como tú.

—Humildemente —dijo la joven—, creo que es bueno para... —meditó las palabras—, para así sentirse apoyada. —Carmela le dedicó una amplia sonrisa.

—Más bien para tener que recordar que está prohibido fumar e insistir en que en esta villa hay reglas. Sí, todo un apoyo.

Carmela sintió el nuevo golpe. Intentó contenerse. Por todos los santos que intentó contenerse.

—Es lo que tiene despreciar a los demás como una consentida —espetó la joven—, que esas reglas no se hacen valer. —De inmediato se arrepintió. Joaquín apartó la vista hacia la pared. Aunque la viuda no cambió el semblante, Carmela supo que se había pasado. Recordó por qué estaba ahí y tragó saliva—. Pero me disculpo por lo de la arboleda. No volverá a pasar. —Quizá no era suficiente—. Y también lamento lo que acabo de decir —añadió sin saber dónde mirar.

Eugenia, impasible, la observó durante unos segundos eternos, hasta que Joaquín carraspeó.

—Seguro que Carmela trabajará con su mejor voluntad. —Se acercó a la espalda de la joven y le dio golpecitos en los hombros—. Ella es la más válida para esto. Y estoy convencido de que al final os llevaréis muy bien. Terminemos de concretar sus tareas. Cuanto antes arranquemos, antes se normalizarán las cosas. Ya lo veréis.

Carmela se propuso seriamente no volver a cagarla; al menos hasta que hubiese alcanzado su objetivo. «Me lo prometo».

Joaquín le dio a la viuda la lista que había sacado del archivador. Ella reconoció el papel y se lo tendió a Carmela, que lo cogió para leerlo.

—Deberás clasificar la documentación del almacén —dijo Eugenia—: facturas, impuestos, modelos de la Administración, balances, contratos con los bancos, nóminas, proveedores, informes de producción... Gestionarás los requerimientos y atenderás el teléfono de las empresas; aunque oficialmente están cerradas, pueden llamar los bancos, Hacienda o los sindicatos, entre otros.

»También quiero que lleves el presupuesto de la villa, me gustaría controlarlo mejor en

nuestra nueva situación. Amparo te irá informando de los gastos de la casa y Antonio, de los del resto de la finca. Por cierto, le echarás una mano a la pobre Amparo ordenando las habitaciones por las que paso. —Miró a Joaquín—. Admito que soy un poco desastre a veces. —El galerista arrugó la nariz para restarle importancia—. Despacharás mis cuentas de correo electrónico, te daré las claves. Atenderás mi teléfono y concertarás las citas en mi agenda. Para ello, dispondrás de mis horarios del club social, de mis viajes y de mis demás actividades. Solo me lo comunicarás cuando esté todo agendado.

»Trabajarás en un despacho que hay en la biblioteca, junto a la sala audiovisual. Quiero que además me hagas encargos personales, algunas compras, pequeños recados, cositas así, todo muy fácil.

Eugenia miró a Joaquín satisfecha, se había acordado prácticamente de todo. Joaquín miró sonriente a Carmela, la viuda accedía a encargarle tareas. Y Carmela miró lo desgraciada que era, reflejada en la lista que leía con el rostro descolgado como una puerta vieja. ¿Todo eso podía hacerlo una sola persona? ¿Cómo iba a llevar a cabo su plan con tanto trabajo? Se hubiera quejado, pero prefirió no matar tan pronto su reciente promesa.

—¿Qué pasa con la documentación que hay en el viejo archivo? —preguntó Eugenia al galerista.

—¿La del sótano? —Él se rascó la barbilla—. Yo la llevaré al almacén. Carmela podría hacerse un lío ahí abajo.

«Qué considerado», pensó la joven, francamente irritada.

—Como quieras —dijo la viuda.

—Querida —le dijo Joaquín a Eugenia—, que no se te olvide decirle a Carmela lo de la escuela de pintura.

—¿La qué? —preguntó Carmela con voz desafinada.

—¡Huy! —exclamó la viuda—. Menos mal. También pondrás en marcha la nueva escuela de pintura, una que vamos a abrir dentro de la villa, en honor a Chisco, para todo el que quiera aprender a pintar.

—Pero... —dijo, aturdida, Carmela— yo no entiendo nada de pintura. Nada de nada.

—La que ha trabajado en una galería —murmuró Eugenia.

Joaquín soltó unas risitas estúpidas.

—Sabes lo que es un cuadro, ¿no es cierto? —preguntó él. Carmela asintió—. Pues con eso basta. Las clases las dará un profesor que contrataremos. Tú solo tendrás que llenar la escuela de muebles.

—Pedir los materiales también —señaló Eugenia.

—Los materiales también, es verdad —corroboró Joaquín.

«Estoy muerta», se dijo Carmela, totalmente sobrepasada. Se había propuesto ser resolutiva, pero todo eso era una burrada. No lograría hacer ni la mitad de lo que le pedían. Ella no disponía de tanta energía ni capacidad.

—Ah —dijo Eugenia con una sonrisa—, y traerme el café.

Supuso que llegó a la cocina tambaleándose, conmovida por la zurra que le acababan de dar en la reunión. Desconocía lo que iba a ser de ella. Repasó lo que había a su favor; pero, quitando los ánimos de Joaquín, no existía nada. La ayuda, cualquier ayuda, se negaba a asistirla. No se atrevió a pensar más, o podría caer en la cuenta de algún otro marrón que se le venía encima y en el que aún no había reparado.

—Tengo hambre —se encontró diciendo.

—Siéntate —dijo afectuosamente Mercedes—. Ahora mismo te sirvo la merienda.

Carmela se desplomó en una silla.

—Gracias, Mercedes. —Hubiera agradecido hasta un puntapié en la espinilla, la amabilidad de la cocinera casi la hizo llorar.

—De nada, hija. Todo sea por ver si vuelve esa preciosa sonrisa que tienes. —Mercedes preparaba varias bandejas con distintos alimentos. Así solía disponer la comida de todos, en grandes bandejas individuales—. Me han dicho que se han marchado tus amigos, los que han traído los papeles. —«Que no son mis amigos»—. ¿Te has despedido de ellos?

—Sí —mintió—. Me han dado recuerdos para todos.

—Qué bonicos.

Desde el exterior, entraron Marta y un muchacho que Carmela no conocía, cargaban una enorme caja que dejaron sobre la encimera. La chica resopló como si hubiera transportado un edificio.

—Pero, niña —rio él—, cada día estás más floja.

—Rafa, ya te vale, pesa un montón.

Carmela se fijó en que el muchacho, algo mayor que ella, tenía un cuerpo delgado pero fuerte, la piel bronceada, el pelo moreno rizado y las facciones marcadas. Le resultó atractivo. Demasiadas cosas se lo parecían cuando estaba decaída, pensó tan pronto como Mercedes le puso delante una bandeja con tostadas, dulce de membrillo, un cuenco lleno de arándanos, otro de moras, una taza de leche con cacao y veinte viandas más. Se veía incapaz de mantener la dieta más allá de un mal rato.

—Marta —dijo la cocinera—, llévale esa otra bandeja a Gustavo. Creo que está en la habitación.

«El mazao del novio —pensó Carmela—. La tía al menos tiene con quién desahogar las penas».

—¿Yo? —objetó Marta—. ¿Está solo?

—¿Y qué más da? —dijo Mercedes—. Venga, anda.

Marta salió de la cocina con la bandeja.

—Buenas tardes —saludó el muchacho a Carmela.

—Hola —respondió ella con la boca llena de arándanos.

—Esta es Carmela, Rafa —dijo Mercedes—, la secretaria de la señora.

—La catadora, más bien —dijo ella después de tragar—. Solo me ha contratado para probar la comida.

—Para probar la comida —rio la cocinera, que contagió a Rafa—. Es muy graciosa.

«Esa soy yo, la que se ríe sin tener nada de lo que reír».

—Pues nada, bienvenida. —Le guiñó un ojo con un descaro tan imprevisto como seductor. Carmela pensó que iba de chulito, pero eso no evitó que se sonrojara—. Mercedes, no encuentro al campero. Quiero devolverle el cortasetos.

—Nadie sabe nunca dónde está ese hombre —dijo Mercedes—. Ponlo en la pila de fuera, junto a la ropa que han traído, Alonso lo verá cuando venga a recogerla. —Rafa se dispuso a irse—. Espera, mejor déjaselo en el lavadero de dentro, que se lo dé Antonio mañana. Fuera no me fío, por si roban otra vez.

—Tanta seguridad para no estar nunca seguros —dijo Rafa mientras se marchaba, sacudiendo la cabeza.

La pastora de óleo observaba el colorido rebaño pacer entre trazos de hierbas, con pinceladas de árboles al fondo. La pintura estaba en uno de los pasillos, donde había otros cuadros. Carmela la miraba, preguntándose si en esas obras del pintor también habría detalles inquietantes, como el perro negro.

—Ese lo pintó en Florencia. —La viuda venía por el pasillo con su habitual elegancia al andar. Carmela le cedió espacio para que se pusiera delante del cuadro a contemplarlo—. Ya entonces atravesábamos dificultades económicas, pero pintar los campos era suficiente lujo para él.

Se decía que el matrimonio había vivido en la pobreza, que llegaron a pasarlo bastante mal en Italia, a donde se trasladaron para ver frustrados sus sueños de fama y dinero, y que el pintor había fallecido en la miseria. La cruel ironía era que sus obras, despreciadas durante su vida, se habían revalorizado enormemente tras su muerte y habían hecho rica a su esposa.

—Lo lamento, debió de ser duro. —Carmela sintió algo de compasión al recordar la historia.

—Quedó atrás. Después de sobrevivir a esa época, me vino esta nueva. Y no la quiero dejar pasar. —La viuda se volvió hacia Carmela con una expresión tan serena que resultaba fría—. Mi familia me negó su ayuda cuando más la necesitaba. Menosprecié su boyante industria papелera para largarme con un bohemio romántico, y en mi familia somos orgullosos; eso al menos lo he heredado. —Echó a andar mientras hablaba, Carmela la siguió—. Pero, antes de enemistarnos, mi madre me armó de buenos consejos, entre los que estaba no cometer dos veces la misma equivocación. He pasado todas las penurias que tenía que pasar. En esta villa me comporto como una consentida. Me esfuerzo cada día para que así sea. Quiero ser clara —dijo, deteniéndose para mirar a Carmela—, solo hay sitio para ti en esta casa si lo entiendes.

Captó la advertencia, que carecía de sutileza. Aunque la sinceridad de la viuda la sacudió, realmente era su plan lo que le daba fuerzas para claudicar.

—Sin problema. —«Pero olvídate de que te llame “señora”».

La viuda sonrió. Continuó su paseo, junto a la joven.

—Lo cual no quita que nuestra relación sea correcta. La mantengo con todos aquí, no solo con Amparo y Antonio, que son mi mano derecha y mi mano izquierda.

«¿Y yo qué seré, un pie?».

—Solo tengo que acostumbrarme a esto —dijo Carmela—, y me hace falta un poco de tiempo, nada más.

—Naturalmente. Pero no tardes mucho en adaptarte. No lo digo por mí, sino por todo lo demás. La villa podría usarte de comida. No sé si me explico.

—Sí. —Pero decidió que no merecía la pena mentir en eso—. La verdad es que no sé qué quieres decir.

—Este lugar tiene vida propia, en eso radica su belleza y su peligro. Hay pautas que todos debemos aprender para que el caos no nos devore.

Seguía sin enterarse.

—Sí, sí, ahora lo pillo.

—Tus nuevas funciones serán la mejor forma de familiarizarte con la villa.

—Aprovecharé la oportunidad.

—Lo harás bien —asintió la viuda. El tono no le gustó a Carmela, había algo que no le inspiraba confianza. Se detuvieron ante una puerta que parecía la de un sótano—. Por cierto, me preguntaba si bajarías al viejo archivo para ordenar la documentación que hay allí.

—Pero Joaquín dijo que eso lo haría él. —Después de todo lo que le habían asignado, debía de ser un buen lío para que el galerista tuviera esa consideración.

—Por dáselas de caballero, pero él ya se encarga de bastantes tareas. Son inventarios de la villa. No hay tantos, te lo aseguro. Pero nos interesaría que estuvieran pronto junto con el resto, en el almacén. Si bajas por esa puerta, giras a la derecha y luego otra vez a la derecha, encontrarás el viejo archivo. ¿Te animas? —Eugenia le dedicó una mirada comprensiva—. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

Tras pensarlo un segundo, Carmela decidió que debía aceptar.

—De acuerdo. —Quizá fuera el momento de iniciar su reconciliación con la viuda. «Confianza mutua —pensó—. Debo creerme el papel».

—Bien, nos vemos luego. —Mientras se iba, Eugenia añadió—: Hablé con Amparo, debe haberte dejado las llaves del sótano en tu cuarto.

La luz del ocaso tiñó la villa de un rojizo melancólico. Carmela se pasó lo que quedaba de tarde en el almacén del exterior. Había empezado a clasificar los documentos sobre una gran mesa metálica. Como sospechaba, Germán y Sandra habían hecho un trabajo horrible. Dejaría para el día siguiente la visita al sótano, no se sentía despejada para hacer una excursión a las catacumbas.

Un nuevo acceso de hambre interrumpió su labor y la sacó en volandas del almacén con la noche ya encima. Mientras cruzaba los jardines, observó las numerosas luces que se habían encendido en torno a la casa. Con razón la llamaban jocosamente Villa Bombilla: desde lejos debía parecer una feria.

Después de poner la mesa del salón, la viuda no se dignó a aparecer a la hora de la cena. Nadie sabía dónde estaba. Sospecharon que había salido sin decir nada en compañía de Gustavo. Decían que no eran raras esas ausencias.

«Consentida».

Antonio y Marta se sentaron con Carmela para que no cenara otra vez sola, aunque solo comieron ellas. Marta resultó ser muy dicharachera, pero sus historias rozaban la fantasía de una adolescente imaginativa.

«Mi hermana diría que se parece a mí».

Ese pensamiento le recordó que tenía que llamar a Toñi. Cuando llegó a su cuarto, torció el gesto al ver unas llaves encima de la cómoda, las del sótano. Además de la intromisión en un espacio que se suponía personal, se constataba que la viuda se había reído de ella haciéndola creer que podía elegir. La conversación con su hermana fue la previsible. ¿Joaquín te está echando un ojo? ¿Qué te has llevado de ropa? ¿Comes bien? Pero dentro de la dieta, ¿no? ¿Estás fumando? Sentada en la taza del váter, le dijo a Toñi todo lo que quería oír mientras echaba el humo del porro por el *splroof*, junto a una papelería con un puñado de envoltorios de chokolatinas.

Afortunadamente, tomaba la precaución de esconder sus objetos más personales cuando salía del dormitorio, en especial la ilustración de los perros. El tubo verde cabía en su maleta vacía, protegida por un cierre con combinación de números. No quería que nadie se extrañara de su devoción por el cuadro.

Después de ponerse una camiseta y un *culotte*, sacó de nuevo la réplica y la extendió en la cómoda como la primera noche. La observó. Por su mente volvieron a pasar todas sus preocupaciones, aumentadas por las tareas que le habían encomendado y la difícil actitud de la viuda.

«Estoy engañando a todos, lo sé, la mala soy yo. ¿Pero por qué ella me trata de esta manera? No le he dado motivos hasta ese punto».

Joaquín le había dicho que Eugenia trataba a todo el mundo igual y que en el fondo no era tan dura, pero eso no la consolaba. Recordó la compasión que había sentido por la viuda en el pasillo. Por un instante deseó que las cosas fueran de otro modo, que ambas pudiesen llevarse bien.

Se giró para coger una goma del pelo que había sobre el escritorio y hacerse una coleta. Entonces ocurrió.

—Miente —dijo la voz canina detrás de ella.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Percibió que la temperatura de la habitación bajaba, oyó el suave silbido de una brisa y el dulce olor de la pradera estalló en sus fosas nasales con el aroma de mil flores.

—¡Guau! —ladró la misma voz—. ¡Miente!

Había llegado. La ayuda. Tan ansiada como temida. Por eso llevaba días sin tomarse las dichas pastillas azules. Se dio la vuelta despacio. La réplica parecía viva, una ventana a un mundo de coloridos trazos impresionistas en movimiento.

Otros ladridos se sumaron al anterior. Se acercó con lentitud a la ilustración; jamás se había acostumbrado al fenómeno, siempre inquietante. Los perros se desplazaron por la pradera; al principio con parsimonia, dejando un rastro borroso. Pero luego con soltura y nitidez, mientras la brisa mecía las plantas.

Carmela nunca podía interaccionar con la escena. Si tocaba el dibujo, notaba el tacto normal. Intentar comunicarse con los animales no servía de nada. La relación con el fenómeno era unidireccional, todo iba desde la pintura hacia ella, nunca al revés. Tampoco nadie más experimentaba eso aunque estuviera junto a Carmela en ese momento. El fenómeno podía ocurrir con casi cualquier réplica del cuadro de los perros, bastaba con que fuese medianamente buena.

«Si he aguantado esto —se dijo—, aguanto lo que me eche esa consentida».

—¿Por qué miente? —preguntaba un perro juguetón que perseguía una mariposa—. ¿Por qué miente? ¿Por qué miente?

«Revoltoso».

A cada perro le había puesto un nombre. Un par de ellos eran traviesos, uno casi siempre dormía, otro pasaba de todo... En cuanto el fenómeno se producía, el perro negro se ocultaba en el interior del tronco viejo y nunca hablaba, algo que Carmela agradecía enormemente.

Las pastillas la insensibilizaban para que esta experiencia no ocurriera. Fue lo único que los médicos pudieron hacer por ella. Pero el absurdo espectáculo, en su extraño desarrollo, le revelaba en ocasiones pistas de lo que sucedía a su alrededor. Antes de ir a la villa, había dejado de medicarse porque pensaba que para cumplir su plan necesitaría toda la información que le dieran los perros. Aunque a menudo era tan críptica que no lograba interpretarla.

—Demasiado viejo —dijo Tozudo, el perro que había hablado al principio; arañaba el suelo con las patas. Mudito y Tristán se acercaron a olisquear el lugar; mientras, Azuquítar jugaba a lo lejos—. El hueso que piden —añadió Tozudo. Se sentó sobre sus cuartos traseros y se rascó detrás de la oreja con una pata.

«Demasiado viejo —repitió Carmela—. El hueso que piden».

Miró el punto donde el perro había arañado. Una sospecha tomó forma en su mente.

«¿El archivo del sótano?».

La puerta del sótano se abrió sin apenas hacer ruido. Esas horas de la noche lo agradecían. Un interruptor hizo que se derramara luz sobre la escalera. Se preguntó si tendría miedo ahí abajo. Le hubiera gustado poder elegir la respuesta. Los escalones la llevaron hasta una bifurcación donde giró hacia la parte derecha, iluminada, dejando tras de sí un inquietante túnel de oscuridad que no tenía intención de explorar. Continuó por el pasillo hasta desembocar en otra bifurcación. Escogió de nuevo la derecha y llegó a una puerta. La abrió.

Al encender la luz, vio que el lugar tenía varias filas de estanterías con cajas, papeles, portafotos, figuras y objetos así, viejos adornos que seguramente habían sido sustituidos sin que nadie se atreviera a tirarlos.

Después de echar un vistazo, se centró en la documentación. La fue extrayendo de las cajas, algunas etiquetadas con años y con asuntos de la villa. Se apoyaba en una estantería para leer, sentada en una escalera de mano que había encontrado en un rincón.

Al cabo de una hora, no había sacado nada en claro. Casi todos los papeles eran inventarios de bienes. Algunos estaban mal clasificados, pero, quitando eso, no apreció ninguna anomalía.

«Espera».

Sí, había algo... ¿Dónde estaba? Buscó uno de los inventarios que había revisado. Comprobó otra vez que consistía en una lista de electrodomésticos y herramientas de jardinería aún por adquirir; seguramente, compras que Carmela tendría que llevar a cabo. En el inventario no figuraba fecha, pero en la caja de donde lo había sacado sí: unos días antes. Qué raro para estar en un archivo que llamaban «viejo». También se fijó en que una de las herramientas pendientes de comprar era un cortasetos. «Pero aquí ya tienen una cosa de esas, el tal Rafa lo mencionó. ¿Será que quieren otro? ¿O quizá...?». Salió a toda prisa del archivo con el inventario en la mano.

En el lavadero, inspeccionó cada objeto. Se fijó en una aspiradora, en las secadoras y en las planchas. Parecían nuevas y, según el inventario, iban a ser sustituidas.

«Demasiado viejo. El hueso que piden».

Entendió la trampa que le había tendido la viuda.

«Los inventarios del sótano están desactualizados —dedujo—. La consentida pretende que los mezcle con los del almacén antes de que Joaquín los descarte».

No necesitaba pruebas irrefutables, ella conocía el poder de los perros del cuadro.

«El lío que yo habría provocado hubiera sido monumental, comprando cosas que no hacen falta. La consentida tendría la excusa ante Joaquín para despedirme, después de humillarme delante de todos».

Al día siguiente, compartió mesa con la viuda en el desayuno. Percibió la contrariedad en su rostro cuando le dijo que había detectado inventarios antiguos en el archivo del sótano.

—Ah, ¿sí? —dijo Eugenia, arqueando una ceja—. No me lo esperaba.

«Que yo lo descubriese era lo que no esperabas».

Servirse del fenómeno de los perros siempre le había puesto los pelos de punta, pero era su único aliado. Sin duda, le haría falta para sobrevivir en la villa y llevar a cabo su plan de destruir el cuadro. Ni se entristeció ni se enfureció por la declaración de guerra de Eugenia.

Se alegró.

La torre abandonada se encontraba cerca de las viviendas del servicio, al este de la mansión. Desde sus ventanas, con la luz del sol apenas nacida, Carmela veía el grandioso mar al sur y, hacia el levante, unos prados más allá de la villa que llegaban casi al acantilado. Esa pequeña atalaya realmente había sido un palomar, desalojado por orden de la viuda, a quien le daban asco las palomas. Aunque, al no superar la altura de la mansión, no permitía divisar el poniente, donde se hallaba el pueblo, servía de humilde mirador para todo lo demás. El recinto estaba tranquilo; un empleado con mono azul barría las hojas junto a los barracones.

Los últimos días, desde el primer fenómeno de los perros, se los había pasado trabajando de ocho a ocho. La renovada confianza se diluyó rápidamente hasta acabar en enfado. Algunas cosas le habían cundido más de lo que pensaba, como clasificar la documentación, pero otras aún necesitaban invertir muchísimas horas. Solo había tomado descansos para comer y fumar porros, aunque esto lo hacía con extrema discreción. No sabía cuánto más aguantaría ese ritmo. Y encima Joaquín, del que al menos esperaba ánimos, le seguía lanzando indirectas para que la venta de los cuadros se reanudara lo más rápido posible; eso sí, siempre entre sonrisas y palabras amables.

Comprobar que la torre no tenía nada que inventariar era una de las pocas tareas que se había propuesto hacer esa mañana antes de ir al pueblo, por eso se había levantado tan temprano. Casi estaba nerviosa. No había salido de la villa desde su accidentada llegada. Lo único que había hecho el galerista por ella había sido convencer a Eugenia de que esa semana le diera a su secretaria un día libre extra para que conociera el pueblo. La viuda en principio había aceptado; pero, en cuanto Joaquín se marchó, puso una excusa para reducirlo a medio día, y después aprovechó para pedirle a Carmela un encargo en el pueblo.

Al bajar del palomar con su carpeta debajo del brazo, tomó el camino que conducía a la entrada principal de la villa, pero se detuvo en la curva, donde se encontraba el edificio que iba a albergar la escuela de pintura.

Entró con sus nuevas llaves. Al recorrerlo, volvió a sentir la frialdad del lugar vacío que ella debería llenar. Solo había una silla plegable y una mesa de campo, donde descansaban algunos papeles. De entre ellos sacó un inventario, uno de los mil que manejaba. Lo había copiado del archivo de otra escuela de pintura que la viuda había tenido en el pueblo, pero que acabó cerrando. Se trataba de su única referencia para completar lo que faltaba en la escuela, que era todo. Eugenia se había limitado a darle una lista inicial con algunos de los materiales de pintura más importantes, para que los consiguiera pronto a través de internet. Todo era carísimo. Le pedía herramientas y productos de la máxima calidad para aprovisionar una escuela para novatos. «Otro capricho de la consentida», pensó.

El inventario que sostenía en la mano parecía más sensato. Iba anotando aparte algunas cosas por si las encontraba en el pueblo, sería más rápido que comprarlas por internet.

—Trementina. Aguarrás. Médiun. ¿Es que vamos a invocar a un espíritu? —se dijo mientras repasaba la lista—. Spirit. Mira, pues sí.

Luego, siguió hasta el almacén, donde dejó algunos papeles de la carpeta. El estómago le rugió, reclamándole el desayuno, y decidió ir en busca de Mercedes.

Se desvió hasta la solitaria fuente de piedra. Le habían dicho que beber esa agua en ayunas era buena para adelgazar. No había nadie por ahí.

Al agacharse para llegar al caño, se extrañó al ver a Marta a lo lejos. Había salido de detrás de unos matorrales a la entrada de los cultivos, arreglándose la ropa. Pero más le extrañó que un hombre con barba saliera después de ella, el que llevaba sombrero de paja y llamaban «el campero». Carmela se quedó con la boca abierta, juraría que se estaba abrochando los pantalones. Tras echar un vistazo a su alrededor y creerse solo, le dio una palmada en el culo a Marta, a la que se le escapó un grito de diversión antes de taparse la boca con ambas manos. El campero se marchó hacia los cultivos y Marta hacia la casa. Carmela se apresuró para no cruzársela, le daba vergüenza la situación.

Al entrar en la vivienda, todavía haciendo un esfuerzo por quitarse de la cabeza lo que acababa de presenciar, le preguntó a Amparo por Eugenia, que otra noche más se había largado sin que nadie la viera. Pero la lacaya favorita de la viuda dijo que no había vuelto aún y que no sabía dónde estaba.

«La consentida es la que primero se salta sus reglas».

Quería hablar con ella sobre los detalles de la escuela de pintura, pero al final agradeció no hacerlo en su mañana libre, su jefa no hubiera perdido la ocasión de fastidiarle el día.

Mercedes era lo mejor de la villa, Carmela lo tenía claro. La agasajó con un surtido de embutidos, pan recién horneado y mermeladas de todos los colores. La joven lamentó comer tan rápido, debía aprovechar la mañana. En cuanto terminó, fue a su cuarto para fumarse un porro en el baño y luego ponerse la ropa con la que iría al pueblo: unos vaqueros finos, una blusa con estampado floral y las zapatillas de deporte. No era como el vestuario de la viuda, pero le gustaban esas prendas y le parecían cómodas para andar.

Se aplicó algo de maquillaje delante del espejo de la cómoda, donde solía colocar la réplica del cuadro de los perros, en ese momento escondida en la maleta. Recordó que había presenciado varios fenómenos más, pero no consiguió descifrar ninguno. Antes de dormir, echaba el pestillo de la puerta y dejaba la ilustración en la cómoda, por si los perros hablaban, algo que era más frecuente durante la noche.

—Suben —había dicho Mudito en una ocasión mientras apoyaba las patas en la pared de la ermita.

Ese perro apenas hablaba, de ahí el nombre que le había puesto, y cuando lo hacía era siempre muy breve.

—El bonito sol de la tarde ha salido temprano —había ladrado en otro de los fenómenos Azuquítar, el más cariñoso de todos. Mordisqueaba la hierba junto a Revoltoso—. ¡Me quema el lomo!

Ninguno de esos acertijos había logrado resolverlo. Había tenido suerte con el primero, no siempre los interpretaba con éxito. Dudaba si se debía a su torpeza, a que las palabras a veces carecían de sentido o a que nunca lo tenían y era ella la que forzaba un significado. En cualquier caso, averiguar algo inspirada por los perros podía suponer la diferencia entre sobrevivir y palmar.

Salió del cuarto con el sombrero de rayas azules y blancas. Le había costado meterse dentro de los pantalones, pero se sentía bonita. Y más sin Eugenia cerca.

Desde una terraza trasera de la casa, unos escalones de baldosas arabescas la condujeron a uno de los preciosos patios, donde la tarde anterior se había dejado la crema solar después de trabajar un rato al aire libre. Notó el frescor de las cuidadas y abundantes plantas que había a su alrededor.

Al contrario que otras veces, esperaba que las cámaras de seguridad la grabaran así de guapa.

Le lanzó un beso a la que vigilaba esa parte. Pero lo cierto era que le preocupaba no haber tenido tiempo para investigar la seguridad de la casa. Había alarmas conectadas a puertas y ventanas, temía no controlarlas todas. Los detalles de la vigilancia no pasaban por ella. El guarda de turno en la garita de los monitores parecía manejar el cotarro y otro hacía una ronda por la villa. Según había dicho Antonio, la empresa de seguridad había insistido en que dos efectivos eran pocos, pero la viuda se había negado a que hubiera más, y ni hablar de meter uno en la casa. A Carmela le extrañaba porque Eugenia parecía miedosa, por mucho que diese imagen de dura, aunque, por otra parte, también era muy celosa de su intimidad.

Amparo le había confirmado que, antes de permitirle el acceso a las zonas restringidas, debía demostrar que podían confiar en ella. Pero, al decirle que necesitaba entrar en las salas para inventariar los cuadros, había conseguido que dudase. Cuando la viuda se había negado, alegando que eso ya estaba hecho, Carmela había recurrido a Joaquín como pretexto: al galerista le urgía asegurarse de que tenía registrados los cuadros vendibles, y si querían confiar en ella, debían facilitarle que hiciera las tareas de control que le habían encomendado. Tras titubear, la viuda le había prometido que, si todo iba bien, pronto le darían el acceso de segundo nivel, el de las zonas restringidas. No había precisado cuándo, pero Carmela lo había percibido como un avance en su plan.

En cuanto llegó al patio, se embadurnó de crema generosamente. Al alzar la cabeza para untarse el cuello, vio al gato de la villa paseando a su antojo por un tejado. Y, entre las ramas de los árboles, atisbó que Eugenia y Gustavo estaban en una terraza superior. La viuda no había salido, después de todo. Llevaba un suéter que dejaba al aire el hombro, por donde él, con el torso desnudo, la besaba con pasión. Carmela no pudo evitar mirar unos segundos más. El novio estaba potente, musculado como un atleta y con una piel depilada y tatuada que brillaba en la mañana.

Se acordó de lo que habían dicho de él Marta y Ramona, una limpiadora bajita y delgada como un boli, un día que habían hablado las tres. Al parecer, a Gustavo lo perseguían las leyendas, algunas contradictorias, todas disparatadas. Una de las historias aseguraba que había estado en la cárcel; por drogas, según unos, por organizar peleas de perros, según otros. Otra, que no tenía casa fija y que cada día despertaba en un sitio distinto. Y otra contaba que se había convertido en un héroe al apagar él solo un incendio en unos invernaderos; aunque las malas lenguas decían que lo había provocado y que luego se había arrepentido.

A Eugenia se le escapó un gemido. Él entonces la cogió en brazos como si fuera de papel y se metieron en la casa. Carmela se sintió mal por no haber apartado la vista por propia voluntad antes de que terminara la escena.

Se fue sin hacer ruido, reflexionando sobre la injusticia de llamar «viuda» a Eugenia. La mujer había rehecho su vida, aunque sus novios fueran efímeros. Le parecía una falta de respeto sobre todo para Gustavo, porque debía sentirse invisible o directamente el muerto.

El camino de los pescadores, como lo llamaban por allí, discurría paralelo a la costa, la cual quedaba a su izquierda, dejando a su derecha unos campos verdes bajo una mañana que no podía ser más clara, aún fresca. Carmela se levantó un momento las gafas de sol para verlos mejor. Aunque Leo se había ofrecido a llevarla en el coche del socarrón de su novio, ella quiso recorrer el trayecto a pie para disfrutar del paisaje y hacer algo de ejercicio. Le habían asegurado que llegaría al pueblo en una hora, menos que cuando había venido en autobús y pateado varios kilómetros cargando con la maleta y con la menstruación. Esa vez solo llevaba un ligero bolso de

tela. De todas formas, no podía demorarse mucho. Tenía que comprar varias cosas en un pueblo que no conocía, unas para ella y otras para su jefa, y estar de vuelta antes de que el sol estuviera en lo más alto.

Pasó cerca de los humedales, unas charcas rodeadas de juncos que decían que eran más profundas en el interior, donde también había un estanque, aunque ella prefirió no salirse del camino. Vio diseminados pequeños chalets y casas entre vías y senderos que se trazaban sinuosos a través de árboles exuberantes. El lugar le pareció bello y místico, bañado por el oro del sol y perfumado con el dulce del verde y el salado del mar azul. Durante el resto del trayecto, se sintió sosegada por primera vez en muchos meses sin necesidad de porros.

Una playa encharcada fue lo primero que encontró con pinta de pueblo, donde unas barcas y unos aparejos de pesca descansaban a lo largo de la orilla, ante una hilera de casas viejas.

«La playa de los pescadores», recordó que le habían dicho.

Lo cierto era que tardó casi hora y media en llegar ahí, más acalorada de lo que esperaba. Pronto se metió de lleno en el pueblo, donde unas preciosas casas de color blanco la recibieron con alegría, rebosantes de plantas y flores que colgaban en sus balcones y ventanas. Unos guiris en sandalias, más rojos que los cangrejos, recorrían los expositores de unas tiendas en una acera abrigada por el frescor de la sombra. Pese a que la ciudad donde había vivido no estaba tan lejos, ese lugar le parecía apartado y exótico.

Al salir por una calle de vuelta al mar, se deleitó con la visión de los barrios sobre los cerros que daban a la playa. Ahí mismo pasó frente a un restaurante llamado El Gnomo. En el porche había una figura de yeso o cartón duro, un gnomo casi tan alto como una persona pintado con colores muy vivos.

Se internó más, atravesando los arcos de un pequeño acueducto romano. Muy cerca, unos baños árabes se sumaron a los vestigios originarios del pueblo. Un bulevar acogía puestos de porcelanas, ropa, semillas y demás mercancía propia de un mercadillo. Suspiró, pensando lo afortunada que sería si la maría pudiera comprarse ahí; no tenía una provisión infinita. Debía racionarla hasta que su amiga Nuria la visitara, llevándole más. No quiso entretenerse, los mercadillos le gustaban demasiado.

Así llegó a la zona de tiendas. Entró en el establecimiento que, según decían, estaba mejor surtido de productos de pintura. Pero más bien era un bazar con algo de contenido en papelería. Cuando le dijo al dueño que era la secretaria de Eugenia, se sintió como una emisaria de la reina.

—La distinguida doña Eugenia —dijo el hombre con gran fervor, parecía a punto de llorar—. Un honor servirla de nuevo. —«Qué exagerado y qué pelota, por Dios»—. Si no tengo lo que quieres, te lo pido y mañana lo recoges. O pasado mañana sin falta.

Buscó por los estantes, pero no había ninguno de los materiales, quitando un par que el dueño la ayudó a encontrar. Si tenía que esperar, mejor lo compraba todo en algún sitio web. De hecho, ya había pedido algunos que había visto a buen precio.

—Podemos mirar fuera —dijo el dueño—. He expuesto material en la calle.

—¿No temes que te lo roben? —A Carmela la enternecía esa confianza que había en algunos pueblos.

—En este lugar no hay peligro de robos.

—¿Es que aquí no hay políticos?

El hombre rio exageradamente, Carmela sabía que el chiste no tenía tanta gracia. Pero, después de inspeccionar los expositores, tampoco halló lo que buscaba.

—No te preocupes —dijo ella—, no importa.

—Antes vendíamos más cosas de pintura —lamentó el hombre—, cuando doña Eugenia tenía la escuela en el pueblo y aquí recibíamos muchos de sus pedidos. Mi hijo se los llevaba. —Su semblante se entristeció.

—¿Pedidos de materiales de pintura? —se interesó Carmela.

—De todo. Bueno, supongo —se apresuró a aclarar—. Porque no abríamos sus paquetes, claro. Pese a lo que dicen por ahí —añadió con el ceño fruncido.

Oh, oh. Lo mismo acababa de cometer una equivocación. No conocía la historia que aquello le sugería. Quizá el hombre había fisgado en las cosas de Eugenia y pensaba que lo había perdonado. Había acudido a esa tienda sin consultarlo con su jefa, quien suponía que todo se pediría por internet y no le había dicho que no se pudieran hacer excepciones. Debía irse de ahí cuanto antes y no mencionar su visita a nadie. Nunca.

—Estupendo, gracias —se despidió Carmela ante la estupefacción del hombre—. Hasta luego.

Paseó por otra calle de tiendas, las cuales se alternaban con enredaderas de flores naranjas que asomaban por encima de los muros de las casas. Volvió a sumirse en la tranquilidad del lugar. Después de inspeccionar varios escaparates de ropa, se lamentó en los probadores de haber engordado una talla. Compró un pantalón vaquero corto, algunas camisetas amplias y otras prendas que le hacían falta. Entró con remordimientos en un supermercado; se proveyó de chocolatinas y otros dulces mientras se decía que, si restringía demasiado la dieta, acabaría provocándole un rebote. Al recordar que no estaba restringiendo nada la dieta, sintió una punzada de culpa.

Eligió una cafetería para tomarse un café con leche desnatada y sacarina. La simpática chica que se lo sirvió aprovechó para conversar con ella. De nuevo, presentarse como la secretaria de la viuda suscitó admiración.

—Por si no lo sabes —dijo la camarera tras un rato de charla—, yo soy amiga de la Marta.

—¿En serio? —Regresó a su mente la imagen de «la Marta» recibiendo una palmada en el culo—. Es la más querida de la villa.

—Y muy predisuelta. Gracias a eso le dieron ese empleo. Hay quienes se quedan a trabajar en el pueblo porque aquí se sienten más seguros. Otros se marchan fuera, buscando esa misma seguridad, porque aquí no hay mucho trabajo estable.

—Claro.

—Pero la Marta consiguió trabajo en la villa de los cuadros, que no es ni quedarse ni irse —rio—. Lo que no tiene es novio.

Esta vez lo que se le pasó por la cabeza fue el campero abrochándose los pantalones, un tipo por lo menos cuarenta años mayor que la empleada.

—El novio lo tiene Eugenia —dijo para desviar la conversación.

—Huy, sí. —La chica puso cara de pícara—. El Gustavo, vaya elemento. La viuda debería andarse con ojo.

—Cuentan cosas raras de él, ¿no?

—Sí, pero yo no me creo ni la mitad. Unos se inventaron que secuestró a una novia. Pero la misma muchacha se rio de esa historia cuando se la contaron.

—¿Cómo pueden calumniar a alguien de esa manera?

—La envidia, supongo. También se rumoreaba que organizaba peleas de perros.

—¿Y es verdad?

La chica negó con la cabeza.

—Seguro que es otro bulo. Yo digo que es un elemento porque se liga a la que quiere, no por otra cosa. Cuentan que ha hecho mucho por el puerto deportivo. Eso ha creado bastante empleo. Él es monitor de buceo allí.

Cuanto más oía hablar de Gustavo, más difusa se volvía la idea que intentaba hacerse de él. Lo único que sabía con certeza era que se trataba de un hombre de carácter hosco, que no solía saludar, pedir las cosas por favor o dar las gracias. Solo lo había visto de cerca una vez; al pasar junto a ella, se había limitado a levantar la barbilla para responder a su «buenos días». Quizá por eso y por la envidia se había granjeado enemigos.

Lo último que compró en el pueblo fue la manta de lana merina que le había encargado Eugenia. Su jefa era bastante friolera según decían todos. Se ve que se preparaba para el invierno. El paquete de la manta abultaba mucho, eso no lo había previsto. Se preguntó si la viuda lo había hecho con toda la idea para fastidiarle la vuelta a pie.

Pero, de regreso por el camino de los pescadores, se relajó de nuevo. Quitando las anécdotas, que hasta le resultaron divertidas, todo había ido bien esa mañana. El pueblo y el entorno eran tan bonitos que casi se olvidó de su objetivo. Notó una sensación placentera y, a pesar del calor y de la manta, el buen ánimo la acompañó durante todo el trayecto.

Saludó al guarda de la garita cuando los pies ya le dolían y sudaba de manera notable. Estaba segura de que al día siguiente tendría agujetas.

Al llegar a la curva donde se encontraba la escuela de pintura, vio venir a Antonio y a un repartidor. Discutían.

—Ahí —dijo Antonio, señalando en dirección a Carmela—. Ese es el límite, de ahí no puedes pasar.

—El otro día el guarda me dijo que lo llevara hasta la puerta —protestó el repartidor.

—Pues mal dicho. La próxima vez lo dejas en la garita. Solo si viene a nombre de Carmela puedes pasar hasta este sitio, el guarda nos avisará y alguien vendrá aquí. —«Lo van a volver loco con las reglas, como a alguien que yo sé», se dijo la joven—. ¿Te encargas, Carmela?

Ella asintió.

—Gracias —dijo Antonio, alejándose—. Yo es que tengo que prepararle el coche a Gustavo, que hace rato que espera.

El muchacho le tendió un gran sobre acolchado.

«Los pinceles», pensó Carmela.

El repartidor se la quedó mirando mientras ella firmaba en la pantalla del móvil con el dedo.

—No deberían poner tu DNI en la pegatina.

Carmela vio que era verdad.

—Ha sido cosa de la web donde hice el pedido, les tiraré de las orejas.

—Yo podría usarlo para fines malos.

No le gustó el comentario. Al fijarse mejor, notó que el tipo no tenía pinta de ser muy listo.

—Esperemos que no —dijo ella con una sonrisa.

—Pero eso ahora nunca lo vas a saber.

El repartidor estaba siendo un poco impertinente. Carmela deseaba que volviera Antonio para ponerlo en su sitio.

—Alvarito, deja en paz a la muchacha, anda. —Una mujer se acercaba desde los barracones. Parecía una maruja del pueblo por su vestido un tanto rancio, aunque no era vieja.

—Solo le advierto para que haga las cosas bien —dijo el repartidor—. Ya me voy.

Cuando se marchó, la mujer se presentó:

—Hola, yo soy Elvira. —Mostraba una sonrisa.

—Ah, Elvira. —Le habían hablado de ella, era una de las empleadas más referidas por los demás. Los últimos días, había estado fuera.

La mujer la besó en ambas mejillas con afabilidad. Le resultaba simpática.

—Ese chico es un entrometido —dijo Elvira—, por eso no quieren que entre.

—Ahora lo entiendo.

—Si tienes problemas con él, avísame, que yo lo sé manejar.

—Gracias. —Le agradaba que una persona fuera protectora con ella, además de Mercedes.

—Podemos ser amigas si tú quieres.

—Yo, encantada.

Carmela se sentía feliz. El trabajo de la villa se hacía más llevadero.

—¿Tienes hijos? —preguntó Elvira a bocajarro.

—¿Hijos? No, qué va —rio—. Ni los quiero. —Elvira relajó la sonrisa—. Pero tengo un sobrinito —añadió por suavizar la cosa, había gente muy sensible con el tema de los niños.

—Qué bien —dijo sin asomo de entusiasmo—. ¿Vas a vivir en la villa o en el pueblo?

—En la villa. Al menos esa es la idea mientras trabaje aquí.

—Como esos se fueron... —dijo Elvira.

Carmela imaginó que se refería a Germán y a Sandra.

—Sí, pero a mí me han dejado una habitación en la casa grande.

—Ah, ¿en la mansión?

Creyó apreciar un puntito de envidia.

—Sí. ¿Y tú? ¿Vives en las casas de los empleados?

—No, yo vivo en el pueblo —dijo con una sonrisa definitivamente forzada.

La conversación con su reciente amiga se estaba tensando cada vez más. En ese momento, las dos oyeron unas voces lejanas que entonaban cánticos. Extrañadas, avanzaron hacia la entrada de la villa y enseguida vieron un grupo de personas que se agolpaba alrededor de la garita. Llevaban pegatinas en la ropa y una pancarta que cogían entre varios. El guarda hablaba con uno de ellos. Carmela no se atrevía a acercarse, pero Elvira le tiró del brazo.

—A ver qué dicen —dijo la mujer como una cotilla.

Los hombres allí reunidos, una veintena, eran una delegación de trabajadores y de sindicalistas que insistían en hablar con Eugenia.

—Solo queremos darle nuestras previsiones y las firmas que hemos recogido —decía el que parecía el líder—. Las instalaciones son viables, aquí están los números.

—No puedo dejaros pasar —dijo el guarda—, lo siento.

—Firma, compañero —le gritó uno de los presentes—. Tú también eres un trabajador.

Muchos más lo animaron. Carmela se dio cuenta de que un chico de la comitiva la estaba mirando, uno un poco calvo con bermudas, que apartó la vista hacia el suelo cuando se vio descubierto. Ella lo creyó un buen momento para largarse, antes de que otros también repararan en las dos mujeres.

—Esta muchacha es la secretaria de doña Eugenia —soltó Elvira alzando la voz, para sorpresa de Carmela—. A ver si puede hacer algo.

Todos se volvieron para centrarse la joven, que se sintió peor que desnuda, y eso que estaba abrazada a la manta. Desconocía las implicaciones que tenía hablar con ellos o coger los papeles. Seguramente no era comprometedor, pero ya podía oír a la viuda llorar ante Joaquín después de

haberla machacado por cometer tan terrible equivocación. Además, esas personas soliviantadas la intimidaban tanto como su jefa. No dudó en que parecía una ovejita desvalida, se notaba temblar.

El líder del grupo se abrió paso para avanzar hacia ella.

—Señorita...

De pronto, todos se sobresaltaron por unos desagradables bocinazos de un coche que salía de la villa. El deportivo amarillo los obligó a apartarse para no ser atropellados, y se detuvo en medio del tumulto. Gustavo, con gafas de sol y pinta de macarra, miraba desafiante a los sindicalistas desde el interior del vehículo. Los presentes lo abuchearon y uno le dio un manotazo a la carrocería. Gustavo se bajó como una centella, en actitud agresiva. Carmela se temió lo peor.

En medio de gritos y amenazas, Gustavo se atrevió a meterse en el grupo. Los sindicalistas se sujetaban unos a otros para no caer en el error de salir en las noticias como los malos, y el guarda de seguridad, agobiado, intentaba llamar por el teléfono de la garita. El ambiente se calentó aún más cuando Gustavo empujó al líder. El joven de las bermudas, el que se había fijado en Carmela, se dispuso a abalanzarse sobre Gustavo, pero lo agarraron entre varios.

—¡Déjalo, Fernando, eso es lo que quiere! —le gritó uno.

Gustavo se quedó mirando con una sonrisa al chico y le dio unas palmaditas en la cara, lo que encendió de nuevo al de las bermudas, pero no logró soltarse.

El otro guarda, el que patrullaba dentro de la villa, llegó para actuar con más contundencia que su compañero. Ordenó a los sindicalistas que salieran a la carretera. Aseguró que la policía venía de camino. El grupo seguía nervioso, pero accedió a regañadientes.

Al final, la cosa no pasó de ahí. Gustavo se fue en su coche entre gritos y silbidos, y los sindicalistas se acabaron marchando, bastante indignados.

De vuelta a la mansión, Carmela, abatida, no conseguía oír el parloteo de Elvira, que disfrutaba de la comidilla. La mañana se había estropeado. No sabía si el novio de Eugenia intentaba proteger la villa o si simplemente era un chulo violento. Su actitud la había intimidado; ese hombre parecía más agresivo que los que protestaban y solo querían recuperar sus puestos de trabajo. No le había gustado nada de nada su comportamiento.

Le resultó triste que ni siquiera aquel lugar tan bello se librara de lo más feo de las personas.

—¿Otra vez? —Incorporada en la cama, la joven estaba perpleja. La escena que le mostraba la réplica era casi idéntica a la de hacía unas noches. Nunca le había pasado.

Los perros se encontraban nerviosos, hasta Mudito, que movía la cabeza como si captara extraños sonidos distantes. Revoltoso y Azuquítar se perseguían con agresividad, lanzaban alguna que otra dentellada al aire y ladraban. Había sido ese alboroto el que la había despertado con el corazón en un puño y el que la hizo encender la luz de la mesita en plena madrugada.

Tozudo se asomó temerosamente al hueco del gran tronco viejo, la guarida del perro negro; pero, nada más meter el hocico, emitió un quejido y se fue llorando. Los demás perros corrieron en manada tras algo, mientras Tozudo temblaba con el rabo entre las piernas. Lo que fuera que persiguieran, era invisible y se movía por la maleza.

La primera vez que Carmela había presenciado esa escena, había creído que era un conejo; pero no se trataba de eso. Pronto los perros le perdieron el rastro y buscaron cada uno por su lado.

—¿Y ahora cómo va a funcionar otra vez? —dijo Azuquítar mientras olisqueaba un matorral—. Riego las macetas del patio.

Al poco, Mudito corrió hacia el fondo. Los demás lo siguieron, incluso Tozudo.

—¡Allí está, vamos! —gritaron.

Los veía más pequeños conforme se alejaban. Mudito se detuvo junto a una pared de la ermita y miró en el suelo, a la vuelta de la esquina. Carmela salió de la cama para acercarse a la imagen. No podía distinguir lo que perseguían, pero notaba el frescor de la pradera del cuadro. Los perros se agolparon alrededor de Mudito.

—Ya no se arrastra —dijo Azuquítar con su suave ladrido. Las voces se oían lejanas.

—Viste de metal —ladró, inquieto, Revoltoso.

—Es una serpiente —bufó Tozudo.

—¡Una serpiente! —lloró Tristón—. Está destrozada.

—¡Ha sido la bestia del árbol! —ladraron todos menos Mudito—. ¡La bestia del árbol!

Emitieron largos aullidos. Del agujero del tronco viejo salió el vaho de una respiración; Carmela sintió un escalofrío.

De pronto, los perros se calmaron. Lentamente, regresaron a sus posiciones habituales, el perro negro reapareció en el hueco del tronco y el fenómeno terminó.

Eso era indescifrable para ella. No tenía ni idea de lo que podía significar, si es que significaba algo. El temor la volvía a visitar; notaba las palpitaciones por haberse despertado así. Se preguntó si el miedo y los fenómenos estaban alimentados por su obsesión con el cuadro, que ella misma fomentaba.

Por la mañana, después de beber en la dudosa fuente adelgazante, entró en el almacén con bolsas bajo los ojos. No había conseguido dormir en lo que quedaba de noche. Abrió de nuevo el archivador que contenía una ficha de cada uno de los cuadros de la villa, con las características, la fecha y otros datos. Inspeccionó por enésima vez la del cuadro de los perros, en busca de algo que se le hubiera pasado, pero no había nada que le llamase la atención. La obra era una más, óleo sobre lienzo pintado en la primera etapa del artista, un día que había visto unos chuchos delante de una turística ermita de Francia; la escena le había hecho gracia al pintor y había sacado los pinceles. No, la rara no era la pintura, la rara era ella.

Su mal humor aumentó cuando, al volver a la casa, todavía en ayunas, se encontró con Rodrigo.

—Menudo aspecto —se mofó el chico—. ¿No te ha dejado dormir la tormenta?

—¿Qué tormenta? —gruñó ella.

—Es verdad, no ha habido ninguna tormenta.

—No estoy de humor, Rodrigo.

—Vale, vale. ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar para aliviarte la mañana? ¿Quizá hablarle bien de ti a tu jefa?

—Sería un comienzo. Aún no te he perdonado que me liaras en la arboleda para que quedase en ridículo.

—Leo tampoco me lo perdona. No debí hacerlo. Me disculpo por ello. ¿Mejor así?

—Claro. Ahora dormiré más tranquila aunque haya tormenta.

—Eso espero. Aquí hay pocas, pero pegan fuerte. A Eugenia le dan pánico las tormentas. ¿Lo sabías?

—Lo sabe todo el mundo. —No tenía ni idea.

El desayuno la ayudó a calmarse. Los invitados desayunaban en su habitación o en el gran comedor, y a Carmela le habían dado la misma opción, pero ella prefería hacerlo en la cocina, a la vera de la amable Mercedes.

Al terminar, subió a la segunda planta y entró en la biblioteca, donde estaba su despacho, junto a la sala audiovisual. Esa mañana le esperaba mucho trabajo delante del ordenador. Se sentía cansada, pero se acordó de que algunos problemas de Eugenia también la afectaban. La viuda le había enviado cantidad de correos electrónicos, unos asignándole nuevas tareas que urgía despachar y otros preguntándole por las tareas que le había mandado un rato antes. Carmela iba todo lo rápido que podía, pero no bastaba. Y eso que Eugenia había tirado de influencias para lograr algunas prórrogas en las gestiones de regularización de sus negocios agrícolas. Tenía ese don: conseguir que los demás hicieran cosas por ella, incluso sin necesidad de pedir las. Tan guapa, elegante y delicada, pocos se resistían.

Eso no quitaba que la mujer sufriera, Carmela lo notaba. Había dejado casi toda su vida social y estaba más localizable que nunca, casi siempre en su despacho. Eugenia llevaba días preocupada por el percance con los sindicalistas. Carmela le había propuesto una solución que, sorprendentemente, había sido de su agrado. La viuda necesitaba la ayuda de su secretaria; la dependencia mutua no gustaba a ninguna de las dos, pero las circunstancias la hacían inevitable. Se sintió mal al pensar que se la estaba jugando a Eugenia al planear la destrucción de una de sus obras más queridas, y todo debido a una quimera imposible de explicar.

Cinco horas de trabajo después, recibió una llamada. A punto estuvo de echarse a llorar al ver que era su Nuria. La puso al día como una niña entusiasmada. Le contó todo, excepto el plan del cuadro y los fenómenos. Su familia y su amiga creían que llevaba años curada de esos delirios. Creía que engañaba a Nuria ocultándoselo.

—Tengo preparada tu habitación. He obligado a Eugenia a que le diera la mejor a mi cerdita.

—¡Viva la clase porcina! —rio Nuria al otro lado del teléfono—. Me da cosa tanta atención para solo una noche.

—Todas las que tú quieras. Te buscaré un novio. Por aquí hay alguno que está aprovechable.

—Ah, ¿sí?

—Mejor le echas un ojo tú misma. Y, si no te gusta, te pago un gigoló. ¡Pero quédate más tiempo!

—¡Pobre mi cerdita! —rio Nuria—. No me hables así, que se me parte el alma. Además, todavía no sé cuándo bajaré.

—Ay, haz todo lo posible para que sea pronto.

—Lo haré, cerdita, que no te quepa duda, iré en cuanto pueda. Te quiero un montón, cuídate mil.

—Te quiero, cerdita.

Continuó trabajando un buen rato. Casi a la hora de almorzar, una mujer delgada de semblante serio entró en el despacho. Llevaba un vestido oscuro, como su pelo, que mantenía realmente largo en sus cincuenta.

—Perdona que interrumpa, Carmela. ¿Tienes ropa para mí?

Josefa era muy correcta en el trato, aunque siempre se mostraba taciturna. No era empleada de la villa, sino que regentaba su propia tintorería con unas pocas trabajadoras. Venía casi a diario del pueblo para llevarse y traer ropa que requería un cuidado especial. En el caso del vestuario de la viuda, era prácticamente toda.

—No, Josefa, gracias. ¿Viniste esta mañana a la villa o me lo pareció a mí?

—Vine esta mañana, sí —dijo en un tono que dejaba entrever una queja—. Amparo me llamó para que volviera porque encontraron más ropa que corría prisa.

«La consentida».

—Deberías cobrar un plus por marearte. Es tu tiempo y tu gasolina.

—Lo sé, hija, lo sé. Tengo que replantearme los precios.

Siempre estaba con el tema de las tarifas, pero nunca se decidía a aumentarlas por miedo a que la criticaran.

Después de almorzar, estiró un poco las piernas en la entrada de la casa. Por ahí fuera vio a Carlos. Era muy alto, de tez pálida, con el pelo cortado a tazón, y se dedicaba casi en exclusiva a limpiar los cristales. Subido en su escalera, parecía un vigía. Contaba como empleado de la villa, pero no era de los que vivían en los barracones. Apenas hablaba. A Carmela le daba un poco de miedo, le recordaba al mayordomo de la familia Addams.

La joven sonrió cuando Tiposo se le acercó, agitando feliz el muñón del rabo. El perro más feo del mundo luchaba por su dignidad con su pañuelo rojo al cuello. Le acarició el mechón. Ramona, cargada con dos cubos, iba con ligereza hacia la casa.

—Qué bueno es mi Lucero —dijo.

«Tiposo», la corrigió mentalmente Carmela. Parecía increíble que una persona tan menudita albergara tanta energía. Ramona lo hacía todo con movimientos vigorosos. Más de una vez había enfurecido a la viuda por romper algún adorno de valor mientras le quitaba el polvo. Por eso solían darle tareas de fuerza bruta, como limpiar suelos de patios, portones y rejas.

Sin darse cuenta, la joven paseó hasta la arboleda. En algún momento, Tiposo había dejado de seguirla. Decidió tomarse unos minutos para disfrutar de un porro en el pequeño bosque. Había descubierto un lugar donde no la pillarían, tras una roca tan alta como una casa, siempre a la sombra; ahí olía un poco a hojas podridas, aunque no resultaba desagradable. Pero, al llegar al sitio, se sobresaltó al encontrarse a un hombre roncando en el suelo, con un sombrero de paja encima de la cara y las manos cruzadas sobre el pecho. Reconoció al campero. Como le había fastidiado el momento, Carmela se fue resignada sin hacer ruido.

Reparó en que la viuda prefería que dentro de la casa solo hubiera mujeres, quitando a Gustavo. Los hombres de la villa hacían las tareas fuera. Solo en una ocasión había visto a Antonio en un dormitorio para arreglar un enchufe, el resto del tiempo no iba más allá del

comedor. Y Rafa ni siquiera pasaba de la cocina.

—¿Qué hace exactamente el campero? —le preguntó a Amparo cuando esta se le acercó al entrar en la casa.

—Cuida los campos salvajes, los que hay alrededor de los cultivos.

—Parece solitario.

—Deja que siga así —dijo el ama de llaves con disgusto—. Es tan grosero como sus campos. —La imagen del manotazo en el culo de Marta regresó para atormentar a Carmela—. La señora quiere hablar contigo, está en su despacho.

Si hubiera alguna tan exquisita como ella en mil kilómetros a la redonda, se sabría, pensó nada más entrar en la habitación. La viuda estaba de pie junto a la ventana, leyendo un informe. A Carmela le causaba tanta admiración como fastidio su extraordinario refinamiento a la hora de vestir. Llevaba un pantalón azul marino, ligeramente acampanado sobre sus afilados zapatos negros, que se le ajustaba en la cintura para marcar su envidiable silueta. Un suéter negro se dejaba ver bajo la preciosa chaquetilla que le llegaba hasta la cadera. La finísima prenda tenía un cuello redondo y unos tramados horizontales blancos y dorados.

—¿A qué hora es la reunión con los del sindicato? —le requirió la viuda nada más verla.

—A las cinco. Antonio ya está avisado para que nos recoja en la puerta a las cuatro y media.

Había sido idea de Carmela que se reuniese con una comitiva para escuchar sus propuestas y disculparse por el incidente con Gustavo. La reunión tendría lugar en una de las instalaciones, mostrando así la voluntad de considerar seriamente la reapertura de los negocios agrícolas. La joven estaba orgullosa de su iniciativa.

Eugenia miró su reloj e hizo algún cálculo. Luego se giró hacia Carmela:

—Aún no están los modelos que te pedí ayer.

—Llevo algo de retraso —contestó, inquieta—. Pensé que los balances que te preparé esta mañana corrían más prisa.

—Al revés. Los modelos tenían que estar antes. —Carmela no supo qué decir, se esforzaba mucho y pensaba que la viuda se lo agradecería—. Y has organizado un buen lío en mi agenda.

—¿Un lío? ¿Dónde? —Sacó el móvil para consultarlo.

Eugenia fue hacia su sillón.

—La firma en el Registro de la Propiedad coincide con la visita del seguro —dijo al sentarse.

—¿Eso no era el jueves? —dijo Carmela mientras pasaba a toda prisa el dedo sobre la pantalla.

—Te envié un mensaje cambiándolo. —«¡Me enviaste mil!», se quejó Carmela para sí—. Y luego has fijado mal la cita del registro. ¿Ahora qué? —La miraba con severidad.

—Voy a... —No tenía ni idea de cómo arreglarlo, no era tan rápida pensando, y encima había dormido fatal.

—No hay más remedio que posponer lo del seguro. A saber cuándo podrán ver los cuadros para tasarlos. Joaquín se va a alegrar mucho —ironizó—. Así no vamos a ningún sitio, Carmela.

—Lo arreglaré —aseveró—. Me pondré con ello enseguida.

La viuda meneó la cabeza.

—A veces creo que esto te supera.

Eso le dolió tanto que estuvo a punto de soltar alguna ocurrencia punzante. Incluso pensó que esa mujer cruel merecía que destrozara el cuadro de los perros. Pero hizo un esfuerzo por serenarse. Destruir la valiosa obra no tenía nada que ver con una venganza personal, se trataba de un tema muy serio. No quería que una enemistad se convirtiese en la causa, ella no era una

matona, solo necesitaba ayuda. Sí, necesitaba ayuda. Y se sentía tan sola...

Fue la sensación de soledad más que la regañina lo que la desmoralizó.

—¿Qué va a ser de nosotras? —preguntó la viuda, dirigiendo la vista hacia la ventana. Después puso sus preciosos ojos en Carmela—. ¿Quién va a mirar por nosotras?

—Nosotras —dijo la joven sin saber por qué.

Una sonrisa sarcástica apareció en el rostro de Eugenia.

—No basta. —Volvió a mirar por la ventana—. El mundo necesita algo más fuerte y despiadado que lo mantenga a raya. —Desconocía en qué pensaba la viuda para afirmar eso. La mujer salió de su meditación con un suspiro—. No me satisface, pero para agilizar las cosas estoy obligada a darte acceso a las zonas restringidas de la casa y, temporalmente, a la sala de exposiciones. Lo mismo tienes que atender tú a los del seguro para que tasen las obras, o no terminaremos nunca. Amparo organizó esta mañana el traslado de los cuadros a ese espacio.

—Vale —fue todo lo que alcanzó a responder.

Que Eugenia dijera que no le satisfacía darle el acceso también le dolió. Al igual que el hecho de que no se hubiera dignado a contarle que iba a mover las obras. No obstante, por fin conseguía el ansiado permiso. Eso le facilitaría encontrar el cuadro de los perros. Era la oportunidad por la que llevaba años luchando, por la que había entrado a trabajar en la galería y posteriormente en la villa de los cuadros. Pero no sintió la emoción que había supuesto. Los azotes de su jefa la habían aturdido.

Cuando Joaquín llegó, Antonio tenía listo el coche para trasladarlos a la reunión. El galerista iba con uno de los abogados de Eugenia. Ellos dos los acompañarían para escuchar a los sindicalistas. Al menos ese era el plan. Sin embargo, cuando Carmela salió de la casa para subirse al coche, la viuda cambió de idea.

—No es necesario que vengas. Tú prepara los modelos.

Joaquín miró a Carmela con cierta compasión. Pero ella se dijo que, si Eugenia pretendía con eso darle más golpes, empezaba a no sentirlos. Lo vio por el lado bueno: los sindicalistas le imponían, prefería que le contaran un resumen.

En su lugar, aprovecharía para hacer la ansiada visita al cuadro original de los perros, el que solo había visto una vez cuando era niña y que la había dejado marcada para siempre.

La primera buhardilla, la escalera que llegaba a las terrazas, el dormitorio de la viuda, su despacho. Intentaba recordar los lugares que conformaban la zona restringida, a la que por fin podía acceder sin necesidad de esconderse. Amparo se los había enumerado cien veces, pero siempre se le olvidaba alguno y tenía que consultar sus apuntes. Había otro, ¿cuál? Ah, sí, la bodega de los jardines de atrás. Y el pasillo que conducía a la sala de exposiciones, por el que caminaba en esos momentos, a la vista de la cámara de vigilancia. Bajo la chaqueta, llevaba mal disimulado el tubo con la réplica, y, escondido en un bolsillo, un bote de disolvente.

Tenía que andarse con ojo, todavía no le habían dado acceso a la zona prohibida, la cual incluía la sala de seguridad, en la planta de arriba, donde había más obras. Eso significaba que la viuda no confiaba del todo en ella. Y el cuadro podría encontrarse allí, no en la sala de exposiciones.

La puerta estaba cerrada, pero le habían prestado las llaves. Entró. La sala se componía de tres estancias conectadas entre sí por puertas, todas cerradas. Se paseó, inspeccionando las obras. Se extrañó de que no había demasiadas. Salvo que hubiera más en las otras habitaciones o, si la viuda no había sido precisa, en la sala de seguridad, ahí faltaban pinturas. Según las fichas del

almacén, existían más cuadros que ella aún no había visto.

«Los últimos cuadros del pintor», se recordó.

Tampoco encontró muchos en la siguiente estancia.

«¿Dónde? —se preguntó—. ¿Dónde están todos esos cuadros?».

Giró la llave en la nueva cerradura y penetró en la tercera estancia, la que apenas había logrado ver en su primera incursión. Había tres cuadros más, pero no estaban los...

La respiración se le cortó. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta erizarle el vello.

En la pared de su derecha, más imponente de lo que recordaba, se encontraba el cuadro que buscaba desde hacía tanto tiempo. El cuadro de los perros.

El corazón le bombeaba con fuerza. No lo había visto en casi veinte años. Se acercó, temerosa, hasta una distancia prudente, como si la pintura se le pudiera echar encima en cualquier momento. Los colores eran más vivos que en la réplica y los trazos se apreciaban mejor. No, la copia que escondía bajo la chaqueta no engañaría a nadie a menos de dos metros.

Se emocionó al contemplar de verdad a los perros, sus perros. Los auténticos Tozudo, Revoltoso, Mudito, Tristón y Azuquítar disfrutaban del prado. Se fijó en el hueco del árbol, donde la silueta del perro negro, apenas diferenciada de la oscuridad a su alrededor, la amenazaba con temibles ojos de rubí y dientes afilados que asomaban por la boca entreabierta. A punto estuvo de dar un paso atrás. Realmente sentía que el perro podía abalanzarse sobre ella, atraparle el cuello con sus fauces y sacudirla con violencia.

Perros guardando la ermita, se acordó. Ese era el verdadero nombre del cuadro.

Las reflexiones de esa mañana volvieron, la posibilidad de que fuera su obsesión la que la destrozaba, y no el perro negro. Se forzó a tocar el cuadro. El tacto rugoso le resultó agradable, pero no había vida ahí. Solo se trataba de un dibujo. Los perros no eran más que trazos de pintura. Todo estaba en su mente.

La oportunidad, sin embargo, le parecía inmejorable, puesto que pronto le quitarían el permiso para entrar en la sala. Se llevó la mano al disolvente. Solo tenía que echárselo a la obra. Era un crimen, lo sabía. Con toda seguridad, iría a la cárcel, pero se libraría de las pesadillas y de los fenómenos. Quizá. O podía dar el cambiazio por la réplica; con suerte, tardarían días en descubrirlo, y entonces otras personas también serían sospechosas. Se le ocurrió pasar por delante de la cámara de vigilancia con ropa de hombre y una capucha, tal vez colara como un sindicalista vengativo que... ¿Se podía ser más miserable?

«No —se dijo con firmeza—. Ni hablar».

Sacó la mano del bolsillo, vacía. Se apresuró a salir de la habitación y a cerrar con llave.

«El perro negro no es más que un monigote siniestro y yo estoy como una cabra —se repitió mientras iba cerrando puertas tras ella hasta alcanzar finalmente el pasillo—. Joder, qué alivio».

Volvería a visitar a los médicos. Puede que alguno diera con lo que tenía, puede que hubiera alguna medicación nueva. Fumaría el doble de porros y bebería el triple de cerveza. Pero no iba a cometer esa locura. El perro negro no había salido nunca del cuadro, no había matado a nadie.

Entregó las llaves de la sala de exposiciones a Amparo, que la miró con extrañeza.

—Todo bien —dijo Carmela—. No necesito hacer más comprobaciones para Joaquín. Cuando vengan los del seguro, mejor que los atiendas tú u otra persona, yo ni entiendo ni dispongo de tiempo. Si no me habéis necesitado para mover los cuadros, no me necesitáis ahora —dijo para simular enfado y se alejó dejando a Amparo desconcertada—. Debo rellenar urgentemente unos modelos para Eugenia.

«Y no me devuelvas las llaves ni aunque te lo suplique», estuvo a punto de añadir.

Tras deshacerse del disolvente, se sumergió varias horas en el trabajo, intentando no pensar en otra cosa. Hizo una breve pausa para ir a la cocina y abalanzarse como una salvaje sobre unos embutidos. Logró sentirse un poco mejor. Apenas hubo terminado los modelos, oyó llegar un coche.

Carmela se reunió ante los jardines de la casa con Joaquín, que venía solo.

—¿Y los demás?

—Ella ha preferido volver caminando con algunos del sindicato. —Le costaba ocultar el enojo—. Antonio y el abogado la acompañan.

Carmela entendió la frustración. La cojera de Joaquín no le permitía andar grandes distancias.

—¿Para qué? —preguntó Carmela—. ¿Para tomar el sol?

—Quiere mostrarles los campos, que vean que se siguen cultivando.

—Buena idea —reconoció.

—Una pérdida de tiempo —protestó Joaquín—. Ella cree que la reunión ha sido un éxito, que ha ganado tiempo al conseguir el apoyo de los sindicatos. Pero me temo que cambien de opinión más adelante y que esas instalaciones no le vayan a traer otra cosa que no sean quebraderos de cabeza.

—Pensaba que estabas de acuerdo en reabrirlos —se sorprendió Carmela.

Joaquín no respondió, fue hacia la casa apoyándose en su bastón.

—Necesito refrescarme. —Se desabotonó el cuello de su colorida camisa—. El coche estaba al sol y el aire acondicionado apenas se ha notado.

Amparo le abrió y el galerista entró. Carmela nunca lo había visto tan molesto. Decidió dejarlo estar. Dudó entre regresar al trabajo o tomarse un descanso; sentía la mente cargada; si forzaba, podía meter la pata otra vez en algo.

—¿Ya has vuelto de la reunión esa? —dijo Rafa al pasar con una caja de herramientas, sonreía.

A Carmela le llamó la atención que estuviera al tanto, su buena idea la precedía. Miró mejor al muchacho; no es que fuera un guaperas de Hollywood, pero no estaba nada mal. Ese era el «novio» que le había ofrecido a Nuria. Pero no sabía si sería suficientemente bueno para ella, le parecía un pelín sinvergüenza.

—Me han dejado en tierra —dijo Carmela—. Luego me harán el resumen deportivo de la jornada.

—Pues me lo cuentas cuando quieras, un día que quedemos tú y yo. —Le guiñó un ojo.

«¿Me está tirando los tejos?», se preguntó mientras lo veía alejarse. Pero no tenía el cuerpo para esas cosas.

Esta vez, su rincón tras la gran roca de la arboleda se hallaba disponible. Se fumó un porro saboreándolo con parsimonia. Lo necesitaba más que nunca. Pensó que su idea de reunir a Eugenia con los sindicalistas en las instalaciones había salido bien. La viuda estaría contenta con ella; o debería. Quizá podría trabajar en la villa muchos años como una mera secretaria, olvidarse del cuadro de los perros y ser feliz. Se le ocurrió destruir las réplicas que había traído, a ver si así se libraba de las pesadillas y de los fenómenos; ya se las apañaría sin los chivatazos.

No estaba segura de que funcionara con el cuadro original tan cerca, pero tenía que intentarlo.

El sol se acercaba al horizonte cuando cuatro sindicalistas, Antonio y el abogado llegaron, escoltando a la viuda. Mientras Carmela seleccionaba documentos, pasaron por delante del almacén. Salió al encuentro del grupo.

Eugenia charlaba animadamente con uno de los sindicalistas, el líder del otro día. También reconoció al chico de las bermudas que casi se había liado a tortas con Gustavo. De nuevo, lo pilló mirándola, y de nuevo él desvió la vista al suelo.

—Carmela —dijo su jefa al verla, sonriente—. Eduardo te enviará el acta de la reunión. Cuando la recibas, avísame para que nos pongamos a trabajar.

La joven cambió de parecer: deseó haber ido. Quizá ahora le costara entender lo que habían hablado.

—¿El abogado? —dijo Carmela—. Muy bien.

—Me han dado tu correo —dijo el aludido, que venía rojo por el calor, con la chaqueta colgada del brazo—, te enviaré el acta mañana mismo.

La viuda ofreció un coche a los sindicalistas para que Antonio los llevara. Los hombres montaron mientras Eugenia sonreía, estaba de buen humor.

—¿Has cenado? —le preguntó a Carmela.

—No tengo hambre —contestó con sinceridad.

—¿De veras?

La pregunta le resultó indiscreta, los sindicalistas podían haberla oído. Pero se lo perdonó, no parecía haberlo dicho con mala intención. La viuda se mostraba inusualmente contenta. Sonreía mucho, y eso la hacía aún más bonita. Esos hombres no lo habían pasado por alto: se despidieron de ella con cara de embobados; excepto el chico de las bermudas, que seguía serio.

Al poco, Joaquín y el abogado también se fueron. Ni siquiera se quedaron a cenar. El galerista decía tener prisa.

La viuda y Carmela estuvieron un rato en el salón, hablando sobre la reunión con los sindicalistas. Eugenia le contó lo bien que había ido, habían llegado a acuerdos amistosos sobre cómo se harían las cosas cuando se abrieran las instalaciones. No felicitó a Carmela por la idea, pero a la joven le bastó con el entusiasmo de la viuda, que incluso la trató con amabilidad. Por un momento, se convenció de que las cosas fluían entre ellas.

El timbre sonó cuando acababa de anochecer. Amparo apareció en el salón con cara preocupada. La guardia civil quería hablar con Eugenia. Extrañada, la viuda acudió a la puerta, seguida de Amparo y de Carmela. A la joven le embargó un mal presentimiento, pero se dijo que quién no lo tendría en esa situación.

—Lamentamos las horas —dijo uno de los dos agentes—, pero debemos informarle de que hemos hallado ropa ensangrentada y otros indicios sospechosos cerca de su villa, al otro lado del límite oeste. Por los análisis preliminares, creemos que se trata de algo serio.

Carmela se sobrecogió, y lo mismo apreció en las otras mujeres.

—¿Pero han encontrado un cuerpo? —preguntó Eugenia.

—Aún no —dijo el hombre.

—¿Se sabe de quién puede ser?

—Todo está en malas condiciones. El grado de contaminación es alto. Probablemente, el suceso se produjo hace meses. —El estremecimiento de Carmela aumentó—. Nos dieron el aviso de que habían visto un trozo de chaqueta con sangre en ese lugar. Al acudir a inspeccionar, descubrimos más restos. Si no es mucha molestia, nos gustaría que mañana viniera usted al cuartel por si identificara alguna de las pertenencias de la posible víctima. Siempre es mejor en persona.

—¿Yo? —preguntó Eugenia con un hilo de voz.

—Se lo estamos pidiendo a todos los que viven por la zona. Venga acompañada de los empleados habituales de la villa. Cuantos más, mejor. Por si acaso.

La viuda pareció de pronto una niña indefensa, se había esfumado su seguridad. A Carmela le había pasado lo mismo.

—De acuerdo —dijo Eugenia—. Pero ¿no hay nada que lo identifique?

El agente negó con la cabeza.

—Nada concluyente. Lo más llamativo es un cinturón con el broche de una serpiente.

A Carmela se le congeló la sangre. Notaba las manos frías como el hielo, y de pronto se sintió mareada. La golpeó el recuerdo de los perros nerviosos, la serpiente muerta, el vaho que salía del árbol, la acusación al perro negro...

—¿Piensan que ha sido un asesinato? —preguntó la viuda con voz temblorosa.

—Tememos que alguien haya muerto, sí. Pero creemos que fue atacado por un animal salvaje.

Entreacto I

El alma de la bestia

Yo soy el que mira desde la oscuridad, lo que protejo es parte de mi ser. El mundo me amenaza. Cada momento supone un desafío, necesito vivir. Tengo derecho a vivir. Por eso esta noche fría, bajo la suave lluvia, le arrebataré la vida.

Persigo al hombre sudoroso por la tierra indómita. Quiere escapar, mas no puedo permitirlo. Si llegara a la civilización, sería el fin. Mi sustento depende de que acabe con él antes de que eso ocurra. El éxito de su huida significaría la muerte. Por eso yo también siento temor; me siento el temor mismo.

El hombre sudoroso se ha dejado ropa y sangre. Están en las espinas de los tallos y en los bordes afilados de las rígidas hojas, que reaccionan a la presencia de los humanos. Pero no necesito nada de esto para seguir su estela. Son suficientes el sonoro jadeo y, sobre todo, la percepción de su pánico, que, tan cercano, ni la lluvia lo puede ocultar.

Se ha escondido entre los matorrales altos con la esperanza de que eso me haga perder su rastro. Iluso. La Naturaleza es mi diosa. ¡Oh, Naturaleza! Te he recorrido con fervor, he contemplado tu gloria, he tocado tu tierra, tu verde y tu azul, te he amado apasionadamente, porque solo desde la pasión concibo el amor. Yo te entiendo como nadie, siento tu salvajismo, y tú me has bendecido con tu brío.

Penetro en los matorrales y ahí encuentro al hombre sudoroso; tiembla. Se le escapa un alarido. Al abalanzarme sobre él, logro derribarlo, pero se escabulle. El miedo le ha insuflado fuerza, sé bien lo que es eso. Sale a un claro para correr más rápido a la escasa luz de la luna. En mi avance frenético, me noto ágil, poderoso. No me diferencio de lo que me rodea. Soy el riachuelo, soy el cielo nocturno y las estrellas entre las nubes, soy el barro bajo la hierba empapada, soy las ramas que se quiebran a mi paso; nada me es ajeno, salvo el hombre sudoroso.

Se cae al pisar un charco y se levanta. Grita. Pero aquí solo estamos él y yo, no hay escapatoria. Ya casi lo tengo, está a mi alcance. Una fuerte descarga por poco me revienta la cabeza. La presa ha actuado rápido, se ha vuelto para golpearme con una serpiente de vil metal enrollada en la mano. El aturdimiento me hace besar el barro. El hombre sale del claro y desaparece entre la espesa vegetación.

Me incorporo, tambaleante; no permitiré que escape. Me cuesta ver entre la maleza, la sangre me empaña los ojos. No encuentro su rastro, y el aguacero arrecia. El tiempo se agota, la perversa imagen del futuro se aproxima, amenazante. Es el miedo. Pero lo uso para aumentar mi furia, que se revela a través de la garganta. No importa que el hombre sudoroso me oiga. Lo encontraré y lo mataré.

La pestilencia de su sudor ha quedado disimulada por la lluvia; la de la ira que me vincula a él, no. He perdido las huellas, pero corro, me dejo llevar. Sé que está por aquí. Alzo la vista y lo veo entre unas ramas. Lo tengo. Trepo ante sus ojos aterrados. Trata de golpearme de nuevo con

la serpiente, pero los brazos del árbol se lo impiden. La Naturaleza viene en mi auxilio. Agarro al grotesco reptil por la cabeza y se lo arranco de las manos; la serpiente sale despedida. El hombre intenta subir más, pero me aferro con fiereza a su ropa y tiro. Me hago a un lado y él cae mirando al cielo. Un sonoro impacto contra la tierra me dice que ya es mío.

Incapaz de moverse, la presa entrega a la noche lluviosa chillidos de angustia. El terror ha terminado de apoderarse de él, sabe lo que va a pasar.

Entrégamelo, terror, me pertenece. Deja que yo acabe con su sufrimiento.

Salto desde el árbol, encima de mi presa, y oigo crujir sus costillas. Trata de gritar, pero de su boca no sale sonido alguno. Sus ojos horrorizados ya no suplican, solo proclaman su fin. Un día más, todo lo que soy vivirá. Al notar mi cálido aliento sobre su cara, se percata de que me conoce desde los albores del mundo.

Yo soy el que caza, el que engendra, el que protege. Yo soy la bestia que habita en lo más oscuro de la Naturaleza.

Se había acostumbrado al aroma dulce y salado en el que se fundían las plantas y el mar. La explanada gozaba de una vegetación baja que permitía divisar un espacio inmenso a su alrededor, adornado por los destellos que el sol de la mañana encendía en las hojas. Lejos, más al este, el oleaje besaba los pies de un corpulento acantilado; se rumoreaba que por allí estaba la cueva donde iban las parejas a recitarse poemas.

«Una forma romántica de decirlo», pensó Carmela. Con un solo ojo abierto, seguía la yema de su dedo que acariciaba la larga línea del horizonte y luego subía por el acantilado. Había transcurrido un mes desde la funesta visita de la guardia civil. La joven se sorprendía por la calma casi gozosa que notaba al amparo del lugar.

Llevaba el vestido celeste, una rebeca blanca de hilo y el sombrero de rayas. Se encontraba en un viejo sofá, con las piernas dobladas encima. Habían abandonado el mueble ahí, en medio del campo; a nadie parecía importarle desde cuándo ni hasta cuándo. Lo acompañaban otros enseres que habían corrido la misma suerte; entre ellos, una cómoda a la que solo le quedaba un cajón y una silla tan podrida que no se atrevería a sentarse en ella ni el más canijo.

«Le pregunté si creía en el matrimonio —escribió en la libreta—, y me dijo que sí, que por eso se había casado cinco veces». Ese monólogo aún carecía de dirección, era una retahíla de chascarrillos. La ayudaba a olvidar las preocupaciones.

Durante una semana, todo habían sido paranoias por el misterioso caso de la posible muerte de un desconocido; el cadáver no aparecía. Pero por mucho que unos y otros se advertían de que debían tener cuidado hasta que la policía aclarara el asunto, al poco, la relajación había resultado tan inevitable como bienvenida. Y más con la finca casi desierta. Rodrigo y Leo se habían marchado, ocasionándole a Carmela una inesperada nostalgia. No venían los sindicalistas ni nadie ajeno a la villa. Hasta creía que había menos empleados trabajando.

Ella desempeñaba relativamente bien sus funciones gracias a que había aprendido algunos trucos. Por lo demás, nada estaba ocurriendo como había planeado. No había conseguido que le dieran acceso a otras zonas, ni siquiera Joaquín la apoyaba en eso. El amago de buen humor de la viuda había desaparecido, se mostraba más caprichosa y perversa que nunca.

Carmela abrió otra chocolatina y se la comió de un bocado. Metió el envoltorio en un hueco del roído sofá. Había ido al moderno gimnasio de la casa para ponerse en forma, pero había llegado a la conclusión de que la lucha interior la debilitaba aún más, así que se había rendido tras una racha ininterrumpida de un día. Lo que se había tomado más en serio era la dieta. Comía exactamente la mitad de lo que le daba Mercedes. Solo se permitía las chocolatinas en sus horas libres. Y una cervecita de vez en cuando. Y los porros.

«Los funerales a veces se ponen muy serios —continuó escribiendo—, creo que no volveré a ninguno. (Expresión de sorpresa) Bueno, hay uno al que sí iré. De ese no me libra nadie».

Carmela no solo atendía sus tareas administrativas, también le llevaba el café a la viuda, ordenaba los espacios que ella desordenaba y le cubría las espaldas, como cuando daba la cara por ella ante los bancos y otras hierbas mientras Eugenia desaparecía cada vez más a menudo. Su última ocurrencia había sido encargarle la digitalización de uno de los archivos, dos mil folios de escrituras notariales, contratos e informes, grapados en tamaños de papel de lo más variopintos. No tenía sentido escanearlo todo, hasta Joaquín coincidía en eso, pero la viuda se empeñaba en amargarle la vida a su secretaria. Sin embargo, Carmela le había preparado una sorpresita.

El frío la levantó del viejo sofá, la rebecca no la protegía de la rasca. El verano también se había ido de la villa.

De regreso, con las gafas de sol puestas, se regocijó del paisaje que le regalaba la altura del lugar. Se oía el rumor de la brisa y de las gaviotas lejanas. El espacio pertenecía a la viuda a pesar de que esa zona, a tanta distancia de la casa, no la delimitaban las vallas; era un rincón olvidado.

Caminaba sin miedo. La guardia civil y los agricultores habían peinado la zona en busca del peligroso animal que podía ser el culpable de la muerte de un hombre sin identificar. Habían creído dar con él al toparse con un gran jabalí atropellado en la autovía. Pero poco después dijeron que no había podido ser ese. A Carmela le desaconsejaron moverse sola por la villa y le prohibieron ir andando al pueblo. Sin embargo, ella sospechaba que no hallarían al asesino en ningún campo ni en ninguna ciudad. Estaba en un cuadro.

Se desorientó un poco y pasó cerca de un muro cubierto de matorrales. En un hueco, un grafiti de colores rojos y negros reclamaba justicia para los trabajadores de las instalaciones; las letras parecían cuchillos. El extraño dibujo puso a prueba su confianza. Aceleró la marcha.

Al cabo de un rato, con el recinto de la mansión a la vista, lo vio salir por la reja lateral. Tiposo se había encariñado con ella y corría a su encuentro en cuanto la divisaba. Su trote era oscilante, tan irregular como todo lo demás que tenía.

—Menos mal que tú no sales en el cuadro —dijo Carmela mientras le acariciaba el mechón—. No lo venderían nunca.

«Y me costaría destruirlo».

De todos modos, lo haría. Estaba decidida, no vacilaría como la otra vez. Por mucho dinero que valiera, solo se trataba de un cuadro, y si los fenómenos y los miedos no eran locura sino una capacidad intuitiva prodigiosa, quizá salvase alguna vida. Tal vez ella estaba destinada a poner fin a una aberración antinatural.

Pero tampoco quería ir a la cárcel si podía evitarlo. Intentaba retomar su plan, pero la viuda le denegaba un nuevo acceso temporal a la sala de exposiciones, y más después de que Amparo le contara el desplante de Carmela. Y había surgido un problema mayor: estaban restaurando varias obras. Joaquín, que también era restaurador, supervisaba el trabajo de dos colaboradores. Siempre tenían la sala ocupada o cerrada con llave. Además, aunque había aparecido algún cuadro en las paredes de la casa que Carmela no tenía controlado, se habían llevado otros con el mismo propósito y ella desconocía si el de los perros estaba entre ellos. Quiso sonsacárselo a Marta sin mencionar explícitamente el cuadro, pero la chica no sabía nada. Y Amparo se negó a dar ninguna información; estaba de hocicos con ella por la sencilla razón de que su dueña lo estaba.

Puede que fuera porque se sentía una criminal o porque la viuda sospechaba algo, pero le parecía que Antonio y Amparo la vigilaban de cerca. Carmela temía que un día entraran en el baño como los geos y la pillaran fumando un porro en el váter, con las bragas en los tobillos.

Para sustos el de una noche que se había despertado sudando por una de sus pesadillas. Con el fin de tranquilizarse, había ido a la cocina a coger un zumo. Al bajar las escaleras, creyó percibir unos pasos en la planta inferior. En la casa solo estaban ella y, quizá, la viuda, porque el servicio siempre dormía en los barracones o en el pueblo. Dudó de su oído, pero se asustó y volvió a su cuarto para beber agua del lavabo. No quiso imaginar más; ya tenía bastante con su réplica del cuadro de los perros.

Los fenómenos habían aminorado el ritmo, solo dos desde la escena de la serpiente. Uno no lo

había entendido para nada y lo había dejado por imposible. Pero el otro le había hecho un favor. La viuda estaba fuera de sí porque no encontraba una escritura de una de las instalaciones y había tenido a Carmela todo un día buscándola sin éxito.

—Llora desde la almena brillante cuando no separa las cosas —le había dicho Tristón con las orejas caídas a Revoltoso, que pasaba del tema, correteando sin rumbo por la ilustración.

No había ninguna almena en la casa, pero sí una bonita buhardilla, muy acogedora e iluminada. Le había bastado entender eso para hallar la escritura en un cajón. Al entregársela a la viuda, Carmela había estado a punto de pedirle que volviera a poner cara de pasmada para hacerle una foto.

Elvira la llamó agitando una mano cuando ella entró en el recinto de la casa acompañada de Tiposo.

—El mensajero ha dejado varias cajas junto a la escuela —dijo la mujer—. ¿Te ayudo?

—Qué va, yo me las apaño, gracias. —Carmela no pudo evitar una sonrisa malévola que Elvira no comprendió.

Cuando llegó al montón de cajas, las metió en la escuela y se despidió de Tiposo con un «luego nos vemos»; el perro tampoco la entendió. Comprobó que casi todas contenían materiales de pintura. Se aseguró sobre todo de que estaban los disolventes; quizá los necesitase en el próximo plan para destruir el cuadro. Pero su atención se centró en la última.

El moderno escáner digitalizaba en un segundo las dos caras de un folio, del tamaño que fuera, y tenía un alimentador automático enorme. Lo pensaba esconder ahí, en la escuela. La viuda no se hubiera negado a comprarlo, pero, al enterarse de que existía uno tan rápido, habría maquinado otra maldad contra su secretaria. Carmela solo tendría que quitar las grapas de los documentos, ponerlos en el escáner intercalando separadores y después volverlos a grapar. Dejaría de nuevo a la consentida con la boca abierta cuando digitalizara todo en la mitad de tiempo; o, mejor, simularía el mismo tiempo para poder dedicarse a tareas más importantes.

«Así es como se sobrevive aquí —se dijo—. Esto es la jungla».

Llegó al despacho de Eugenia para retirar la taza de café vacía. Marta colocaba en la ventana unos visillos subida en una escalera.

—Sí que has crecido, Marta —dijo Carmela—, estás hecha una mujer.

—Hola, Carmela —dijo, risueña, la chica.

La viuda estaba en el sillón, leyendo unos papeles. Lucía una camisa blanca, una chaqueta rojiza de punto y una falda azul marino con bandas blancas. No sabía si se debía a que la ropa era maravillosamente refinada o a que, se pusiera lo que se pusiera, parecía siempre una modelo. Carmela llevaba uno de sus vestidos viejos. Se preguntó qué pensaría Eugenia de su parco fondo de armario.

—¿Por qué no funciona aún la calefacción? —le preguntó la viuda. Siempre hacía lo mismo: en cuanto entraba, le exigía una explicación de algo.

—Amparo dice que el campero está viendo qué pasa.

El hombre se encargaba de alimentar la caldera del sótano, de donde manaba el calor de toda la vivienda. Eugenia era muy friolera, Carmela lo había confirmado. Ella, por el contrario, era calurosa. Nada más meterse en la casa, se había quitado la rebeca para dejar los brazos desnudos, y eso que no le gustaba enseñar sus chichas fofas.

—He perdido uno de los contratos... —murmuró Eugenia, buscando en una pila de papeles.

«Si llego a ser yo, me cae una buena».

—Le puede pasar a las mejores. ¿Te ayudo?

—No, déjalo —se rindió—. Ya aparecerá.

El tema de los negocios se había detenido. Los trámites no obtenían respuesta de la Administración para seguir avanzando, y habían descubierto que el gestor fugado no guardó todos los documentos que esperaban. Una gestoría les echaba una mano en algunos asuntos, pero Eugenia prefería mantener el control. Los plazos, generosos hacía un mes, ejercían cada vez más presión. Si no se cumplían, las sanciones y los conflictos podrían hacer inviable la reapertura de las instalaciones.

—Tengo unas propuestas para la escuela de pintura —dijo Carmela ojeando un folio de notas que llevaba consigo—. Tu estrategia actual está mal planteada, no es la que Napoleón aprobaría. Nos retrasa inútilmente. Si se cambiaran algunas cosas, podríamos abrirla dentro de un par de semanas. —En verdad creía que era posible y que eso les daría ánimos. Esperaba que Eugenia no pospusiera despachar este tema con ella, como solía hacer.

—Vamos a tomar el aire. —La viuda se levantó del sillón, ante una resignada Carmela.

Salieron juntas de la casa. La joven llevaba las gafas de sol colgadas en el escote, quería ver bien los jardines delanteros, que presumían de colores resplandecientes. Al dirigirse al oeste, se cruzaron con Rafa, que venía del almacén.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa—. Buenas tardes ya —se corrigió.

—Buenas tardes —dijeron las mujeres.

Rafa ni le guiñó el ojo ni le lanzó ninguna indirecta, como hacía a menudo. Con la viuda delante, se comportaba como el caballero que no era. Marta y Mercedes le habían contado que Rafa tenía fama en el pueblo de intentar llevarse al huerto a todas las chicas que conocía, y pocas se le resistían. Carmela no censuraba eso, sino que tirara la caña a varias a la vez con promesas de relación estable.

—Un joven trabajador —afirmó la viuda cuando él se hubo alejado—. Aunque siempre al acecho de alguna presa.

—Pues a ver si, con suerte, caza la vergüenza.

—Muchas los prefieren así.

—No estoy entre ellas.

—Por supuesto que no —dijo con un toque de ironía.

Carmela pensó que Eugenia no era la más indicada para juzgar a nadie teniendo de pareja al chulo de Gustavo, al que por cierto se veía poco por la villa en las últimas semanas. Pero, durante los minutos siguientes, mientras intercambiaban palabras con los empleados que se iban cruzando, la viuda se sosegó. El lugar tenía ese poder. Hasta lució su bella sonrisa junto al laberinto de rosas, al charlar con Ramona y Carlos, la más bajita y el más alto del servicio.

Eugenia y Carmela continuaron en silencio su excursión para entrar en la arboleda. Pasaron por delante de san Espanto, la estatua del macabro ángel custodio; parecía mirarlas con severidad. El suelo comenzaba a ser una alfombra de hojas que crujía bajo sus pies. Se dirigieron hacia la gigantesca piedra cubierta de musgo tras la que Carmela se escondía para fumar porros al aire libre, un elemento natural realmente indómito. Antonio le había dicho que habían intentado rebajarla, pero no habían podido.

—Quiero dejarte algo claro —soltó con brusquedad la viuda en cuanto llegaron al pie de la roca. De pronto, su semblante se había vuelto tan arisco como siempre—. Esa ha sido la última vez que me cuestionas en público, y más faltándome el respeto.

—¿De qué estás hablando? —dijo Carmela, tan desconcertada como molesta por el cambio

repentino.

—De la escuela de pintura y de tu insolencia, de qué va a ser. Te ceñirás a la planificación que te di. Puedes ahorrarte tus críticas si no te gusta. En privado, usa tus formas si quieres, pero no voy a tolerar que me desprecies delante de otros.

Carmela enrojeció de pura irritación.

—Siento haber bromeado, yo soy así, pero me tomo las cosas en serio. No pretendía despreciar nada, solo he dicho que algunas cosas podrían plantearse mejor y que...

—¿Mejor? —la interrumpió—. ¿Tú las vas a plantear mejor?

Eso fue demasiado. Carmela se puso una mano en la cadera.

—Oye, ¿qué te pasa conmigo? —dijo como si se enfrentara a una choni de su barrio. Había perdido la paciencia.

—¿Qué me va a pasar? Que estoy cansada de tus chistes, de tus modales, de tu lentitud y de tus equivocaciones.

—He tenido algún descuido, pero...

—¿Algún descuido? ¿Te parece un descuido la solicitud que hiciste al catastro sin adjuntar la documentación? —Era cierto, pero lo había arreglado al día siguiente. No había creído que supusiera un retraso tan grave—. ¿Y qué tal la declaración de bienes que tardaste toda una mañana en repetir porque no guardaste el archivo? ¿Y el correo enviado al banco en vez de a la gestoría? Dios, espero que no lo abran y vean que todo está hecho unos zorros. Necesitamos ese aval.

Carmela se sintió desarmada, vulnerable. En ningún momento había pensado que lo estaba haciendo tan mal, al contrario. Y su verdadero objetivo dependía de que la tirana que tenía delante se fiara de ella. Necesitaba resistir. Relajó la postura.

—Está bien, soy despistada y todo eso. Te pido disculpas. Y no volveré a cuestionarte en público. —La viuda la miró unos instantes sin decir nada—. Pero yo tengo una manera de hablar, esa no la puedo cambiar.

Eugenia también suavizó la expresión.

—Soportaré tu sarcasmo mientras sea en privado. Pero seguirás la planificación prevista con la escuela de pintura. Si deseas usar esas ideas tan maravillosas que has pensado, que sea con tu escuela.

Carmela reunió todo el orgullo que le quedaba.

—Como quieras. Si a ti no te importa que se abra para la próxima eternidad, imagínate a mí. Espero que llegue antes la vacuna contra la ingratitud.

La viuda la miró con burla.

—Demasiadas ocurrencias para lo poco que tienes que decir.

Y se marchó, dejando sola a Carmela.

No había vuelto al laberinto de rosas desde el primer día. Dio un rodeo de camino a la casa, zigzagueando entre las flores. Debería sentirse dolida, despreciada; unas semanas antes, habría llorado. Pero iba a ser rebelde también en eso. La estrategia cambiaba. Nada de sumisión; a partir de ese momento, se desahogaría en privado de todas sus presiones. Si esa era la relación que quería, la tendría. Quizá Eugenia no terminaba de confiar en ella porque la consideraba débil. Llevaba puestas las gafas de sol con orgullo, envalentonada por haber sido tan descarada ante la jefa, aunque solo quedase entre ellas.

Cuando salió del laberinto, atisbó que Joaquín se despedía de don Arturo, quien se marchaba.

El galerista sostenía un papel.

—No habrás visto a Chorritos, ¿verdad? —dijo Joaquín cuando Carmela llegó a su altura.

—¿A quién? —preguntó al coger el papel que él le daba entre risitas. El galerista había recuperado el buen humor poco después de la reunión con los sindicatos.

Se trataba de la foto de un perro desaparecido y un número de teléfono al que llamar. Había visto ese cartel en más sitios, sobre todo de camino al pueblo.

—Don Arturo dice que el dueño volvió por aquí hace un tiempo. Su nieta había creído ver al perro. Pero resultó que era el animal de otro.

Carmela se preguntó si la policía consideraba a alguno de esos perros sospechoso del posible asesinato. Al menos el de la foto, a juzgar por la pinta de ovejita y el escaso tamaño, no parecía capaz de matar un conejo ni aunque le fuese la supervivencia en ello.

—Pero de esto hace mucho —dijo ella—. Ese perro está muerto o se lo ha quedado otro.

—Lo que le causa desazón a don Arturo es que cree que el forastero ocultaba algo. Además, ese tipo fue el que encontró el trozo de tela ensangrentado —dijo Joaquín, agitando el bastón—. Con todo lo que está pasando, don Arturo ha vuelto a recordar el asunto.

—Ese hombre recela de todos los de fuera. —Le sorprendía que Joaquín hablara tanto con el hacendado—. Solo le falta mecerse en el porche de su cortijo con una escopeta en el regazo.

—Bueno, mira por su comarca y por su tradición. Comprendo sus preocupaciones. Ah, Marta, querida. —La chica se dirigía a la mansión con una cesta de ropa—. ¿Serías tan amable de limpiar las manchas que hay en la sala de exposiciones?

—Pero si las limpié esta mañana —se quejó Marta—. No se quitan con nada. —Resopló—. Vaaale, se lo comentaré a Amparo.

Aprovechó para despedirse de Joaquín y caminar tras Marta. Pero entonces Gustavo, que salía de la casa, detuvo a la chica. Carmela llevaba días sin verlo.

—He dejado la bandeja del desayuno en el dormitorio, recógela —dijo Gustavo sin atisbo de amabilidad.

—Muy bien —aceptó ella con tono dócil, y continuó su marcha.

Carmela reparó en que Marta obedecía a Gustavo sin su habitual queja. Les pasaba a todos con ese hombre, nadie le cuestionaba nada, lo pidiera como lo pidiera. Aunque se expusiese, parecía extrañamente oculto.

Al pasar por su lado, Gustavo recorrió de arriba abajo a Carmela con un morbo descarado. Se sintió desnudada, o más bien manoseada, tan incómoda que, por un instante, hasta se asustó. Se preguntó qué diría Eugenia si viera eso.

Cerca de la puerta de la casa, Josefa revisaba varios canastos de ropa. Un muchacho los cargaba en un coche largo y viejo.

—Qué difícil va a ser quitar estos puntitos de pintura —se quejó Josefa, mirando en uno de los cestos. Al llegar Marta, la lavandera la siguió hasta el interior de la mansión para sacar más ropa.

—Creo que te llamas Carmela —le dijo tímidamente el muchacho cuando ella lo rebasó.

—Eso mismo creo yo —dijo Carmela, volviéndose. No lo reconoció al principio, luego se fijó en las bermudas—. Tú eres del sindicato.

El muchacho asintió, colorado. Robusto y algo calvo, no había en él rastro de la fiera mostrada en su enfrentamiento con Gustavo.

—Del Sindicato de Pesca —aclaró él.

—Pensaba que en los campos de la villa no había pesca, pero qué voy a saber yo, que soy

cateta de ciudad.

—Bueno —dijo, aún más colorado—, se llama Sindicato Comarcal de Pesca y Agricultura. Pero todos lo llaman Sindicato de Pesca porque antes se llamaba así. Y es más corto.

—Apasionante. ¿Tú también tienes nombre, como el sindicato y como yo?

—Fernando.

—¿Y qué haces aquí, Fernando? ¿Negociar un convenio?

—No, no. He venido con Josefa. Mi madre trabaja en su tintorería y a veces echo una mano.

—Vaya, un chico multifacético. Durante el día, lucha por los derechos laborales; por la noche, curra de extranjería.

El muchacho ya no podía estar más rojo.

—Es solo para cargar estos pocos bultos. Pesan mucho y Josefa, con la hernia...

—Tranquilo, hombre, solo me quedaba contigo. —Carmela se arrepintió de la broma—. Ojalá todos miraran por los demás.

—Intento hacerlo. Echar una mano donde haga falta.

—Estupendo, hablaré bien de ti a quien me pregunte. Pues nada, Fernando, encantada.

El muchacho permaneció en silencio, bloqueado. Como no decía nada, Carmela se encogió de hombros y se dispuso a irse.

—Espera —dijo él—. Tengo una cosa que darte. —Fernando fue al coche, ante la mirada curiosa de ella. Sacó un táper de la guantera y se lo ofreció. La joven se quedó mirando el recipiente sin cogerlo, extrañada—. Espero que te guste, se me da bien la cocina —explicó, abriendo la tapa.

—Fernando —dijo ella con dramatismo—, estoy tan emocionada que voy a llorar. En mi vida me habían regalado una... —se subió las gafas de sol— tortilla de patatas.

—No se trata de un regalo, mujer —respondió, nervioso—, es solo comida.

—¿Puedo preguntar a qué se debe el honor?

Carmela pensó que, como Fernando enrojeciera más, le explotaría la cara.

—Un día, hace un tiempo..., dijiste que no habías cenado. Pensé que no te daban bien de comer.

—Ay, por Dios, si Mercedes te oye, te despelleja, y yo la ayudaré. Aquí se come de maravilla. No recuerdo qué pasó ese día, pero... —El muchacho miró al suelo—. Pero gracias, la probaré. —Carmela cogió el táper, divertida por el gesto.

Estuvo toda la tarde llevando cajas disimuladamente a la escuela de pintura. Había metido en ellas los documentos del archivo. Al caer la noche, los digitalizaría en un periquete con su moderno escáner y su portátil.

Dando uno de los viajes por los jardines, se le cruzó una pelota seguida por un niño de cara sucia, aunque bien vestido.

—Hombre, un becario —dijo Carmela.

—Mi hijo —sonrió Elvira, que venía detrás del crío—. Alberto.

—Hola, Alberto —saludó Carmela. El niño se limitó a sorberse los mocos.

—Dejo que juegue por aquí cuando su abuela no puede quedarse con él. A la señora no le gustan mucho los niños, pero me hace el favor.

—¿Y no te aburres tú solo, Alberto? —preguntó Carmela.

—¡No! —aseguró el crío—. ¿Dónde está el perro feo?

No hacía falta que aclarara a cuál se refería.

—Lo he visto por allí —señaló Carmela.

Alberto corrió hacia el lugar con la pelota en las manos.

—Pero no te acerques a los campos —le advirtió la madre. Miró a la secretaria—: El campero es muy desagradable con los niños.

«El viejales se lleva mejor con las niñas», pensó Carmela.

—¿Este es el mayor de los tres?

—El mayor —corroboró Elvira con un suspiro—. ¿Tú no te animas?

—Por ahora paso. —Había notado que Elvira era muy repetitiva con el tema de la descendencia.

—Supongo que eso te permite adaptarte mejor al trabajo.

—Facilita algunas cosas, sí.

—Has tenido mucha suerte.

No le gustó el comentario, ya se refiriera al trabajo o a la ausencia de hijos.

—Bueno, todavía estoy en periodo de prueba.

—Sí, ya. Pero has tenido mucha suerte. Cuentas con lo que necesitas para mirar por ti.

—Se hace lo que se puede.

—La gente va de moderna, demasiado moderna. Si seguimos así, se acabarán los niños. Aunque no lo digo por ti, sino por otros que, con pareja y trabajo estable, no les da la gana ser padres.

—Claro. Se nota que cada vez hay menos personas por ahí. Perdona, voy a soltar la caja en la escuela, que pesa un poco.

—¿Te ayudo?

—No, gracias, ya lo hago yo.

Al terminar con la última caja, no le apetecía ver a Eugenia, así que decidió cenar en la cocina. Estaba siendo más disciplinada con la dieta, y la verdad es que lo pasaba fatal al renunciar a tantos platos ricos que le ofrecía Mercedes.

Al entrar en la cocina, se encontró a Marta llorando en una silla. La cocinera intentaba consolarla.

—¿Algún problema? —se interesó Carmela.

—Lo de siempre —dijo Mercedes—, que no la dejan usar amoníaco en algunos sitios.

—¡Así cómo quieren que quite las manchas cuando se secan! Yo froto una y otra vez con agua caliente, pero no sirve. ¡Y luego me regañan!

Algunas de las reglas de la villa eran absurdamente penosas, como la de no usar productos agresivos en zonas donde no harían ningún daño. Tenían a Marta amargada y Carmela estaba segura de que también a Amparo y al resto del personal de limpieza, aunque no se quejaban.

—¡Venid todos! —Elvira entró a la carrera desde el exterior.

—¿Qué pasa? —se alarmó Mercedes.

—¡Nos han robado!

Carmela fue la primera en llegar. Habían forzado la puerta de la escuela. Muchas cajas habían desaparecido, las que quedaban estaban abiertas. Enseguida entraron Elvira y Mercedes; y, al poco, Antonio, Amparo y Marta. Carmela comprobó que seguían ahí todas las cajas de la documentación, pero se habían llevado las que contenían materiales de pintura y la del escáner; lo que podía venderse.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —se quejó Carmela, irritada—. ¿No hay seguridad aquí?

—Mira que se lo tengo dicho a la señora —se lamentó Antonio—. Hay muchos sitios por los que es posible entrar en la villa. Necesitamos más vigilancia dentro.

—No sé por qué no hace algo —dijo Elvira—. Esto se está volviendo demasiado frecuente.

—¿Tanto roban? —preguntó Carmela. Sabía de los actos vandálicos y de algunos objetos desaparecidos, pero no que fuera una costumbre.

—Roban de todo, hija —dijo Mercedes con aflicción—. Desde comida de la bodega de fuera, antes de que Antonio le pusiese varios candados, hasta sábanas tendidas.

—Esto no puede seguir así —afirmó Amparo, indignada—. Debemos protegernos. Voy a avisar a la señora —dijo mientras se iba.

Carmela cayó en la cuenta de que, junto con las pinturas y los pinceles, también habían volado los disolventes que podrían haberle servido con el cuadro de los perros. Eso la enfureció aún más. No solo le tocaría volver a llenar la escuela de materiales, sino que también vio esfumarse su plan de adelantar trabajo gracias al escáner. Ni esa pequeña victoria le permitía el destino.

Esa noche, en su dormitorio, no hubo ningún fenómeno en la ilustración. Menos mal. La jornada había terminado siendo desagradable. Sentía un enfado creciente, parecía que la villa conjuraba en su contra. Era un lugar donde una no se podía confiar.

Su única e inesperada satisfacción fue la que se permitió al saltarse la dieta, comiendo sobre la cama. No había probado jamás una tortilla de patatas más rica que la de Fernando.

—Esa niña no tiene sesos —dijo la viuda, enfadada.

Eugenia y Carmela miraban una baldosa de la sala de exposiciones. Marta la había rayado con un estropajo de aluminio.

—Dice que fue al quitar una mancha —recordó Carmela—. Como cierta persona maniática le prohíbe usar productos, no le ha quedado más remedio.

—Solo dices bobadas. Hay mil formas de limpiarla sin estropear nada.

—Con una le basta. Estará encantada de oírla, la pobre lleva una vida buscándola.

—Si se fijara bien cuando limpia, no daría lugar a que las manchas se secaran.

—Lo que no entiendo es por qué aparecen manchas —dijo Carmela, mirando a su alrededor.

—Los restauradores de Joaquín —se quejó Eugenia—. No tienen ningún cuidado. Parece que todos los que me rodean trabajan así.

Carmela no comprendía por qué venían a restaurar tan a menudo, quizá los cuadros se estropeaban mucho en la costa. Los últimos restauradores se habían ido hacía una semana. «Seguro que la consentida los llama por minucias. Y Joaquín obedece con tal de ganar pasta».

Pero al menos la visita a la sala le vino bien para comprobar que el cuadro de los perros no estaba ahí; debía de encontrarse en la sala de seguridad. Aún aspiraba a que le dieran acceso a las zonas prohibidas, cosa que Eugenia decía estar valorando, aunque con desgana. La viuda no parecía preocupada a pesar del último robo. De hecho, no había accedido a instalar más cámaras ni a admitir más guardas en la villa; la empresa de vigilancia solo pudo cambiar los habituales por otros que prometió que eran más activos. A Carmela le convenía esa situación. Cuando destruyera el cuadro, sin duda sospecharían de los delincuentes que acosaban la villa antes que de ella.

—Lamento haberos hecho esperar, queridas. —Joaquín apareció con una sonrisa que apenas le cabía en la cara.

Carmela se fijó una vez más en su bastón, lo había investigado porque le sonaba de algo. Y había descubierto que Joaquín lo había comprado en su propia galería, durante una exposición de armas de la época victoriana que también tenían funciones de objetos comunes.

—El día menos pensado despediré a Marta —dijo bruscamente Eugenia, señalando la baldosa.

—Vamos, Eugénie —dijo Joaquín—, un fallo lo comete cualquiera. Esa chica es un primor. Todos los que estamos en la villa resultamos útiles. —La viuda se conformó con resoplar—. Tengo una idea para vender los cuadros de la mejor manera.

—No es el momento —dijo Eugenia—, los negocios...

—Si la venta se hace bien, no nos correrán ninguna prisa los negocios agrícolas. Hasta podrías prescindir de ellos para siempre.

La viuda puso cara de no gustarle la apostilla, pero era verdad que la reapertura de las instalaciones seguía en el aire.

—¿Cuál es esa idea? —preguntó Carmela.

—¡Subastaremos los cuadros en la villa! —exclamó Joaquín con los ojos iluminados.

—¿Una subasta? —se extrañó Eugenia—. La hicimos una vez en tu galería. Además de que fue un lío, las ganancias no aumentaron mucho. ¿Y encima aquí? Es una idea horrible, lo siento —dijo, cruzándose de brazos.

Joaquín negaba, agitando el bastón sin dejar de sonreír.

—La clave está precisamente en que sea aquí. Si acondicionamos este lugar, los compradores cederán el triple. Estas tierras embelesan a cualquiera, la villa ha salido en televisión, tú misma eres el principal atractivo. Confía en mí. Lo prepararé con el mejor subastador y todo irá de maravilla. No hay que precipitarse, disponemos de tiempo, pero conviene que empecemos a trabajar en ello cuanto antes para que sea perfecto.

El galerista parecía estar seguro de que contaría con la aprobación de Eugenia, cosa que Carmela no tenía tan clara. La viuda no era la única reticente. Sobre la joven caería una lluvia de nuevas tareas que se sumarían a las que apenas lograba manejar. Lo peor, sin embargo, era que la venta del cuadro de los perros volvía como un fantasma; la obra podría escapársele de las manos.

—Lo pensaré —concluyó Eugenia.

En la segunda planta se encontraba su dormitorio y su mesa de trabajo, todos los días subía y bajaba muchas veces. Pero, en esos momentos, a última hora de la tarde, lo hacía sintiéndose doblemente intrusa.

«El último rayo».

—El cofre se abre con el último rayo —había dicho Tozudo en el fenómeno de la noche anterior mientras jugaba con Revoltoso—. Espera aunque te vea.

—El sacamuelas está con papá —había aullado Revoltoso.

—Espero —había añadido Tristán, tumbado entre la hierba—, espero sin que me veas.

—¡Silencio! —había dicho Tozudo. Tristán había contestado con un quejido lastimero.

Confiaba en haber interpretado bien algunas cosas del fenómeno. Llegó al pasillo que conducía a la sala de seguridad, «el cofre». Cerca estaba el despacho de la viuda, quien por sorpresa se había tomado la tarde libre para salir con unos amigos; sus escapadas siempre eran imprevisibles. Eso tranquilizaba a Carmela. Sabía que esa tarde iba a ocurrir algo, pero no el qué. Solo sospechaba que el lugar era ese. «Espera», se recordó. Allí resultaba imposible esconderse, así que se sentó en el pasillo, en un sillón doble con un bonito tapizado de flores, cruzó las piernas y esperó.

Al poco, Marta salió de un dormitorio con un cubo y una fregona, pero no miró hacia el extremo donde estaba Carmela, estática como un camaleón. La chica bajó las escaleras sin reparar en ella. Casi se le escapó una risita al sentirse invisible. Por un momento ella era una cosa más de la villa, una de esas de las que Eugenia no quería hablar.

—No encuentro nada particularmente interesante en abrir sepulcros —le había dicho la viuda en una ocasión, cogiéndose un antebrazo, como solía hacer de manera inconsciente—. La vida con mi difunto marido la considero parte de ese cementerio que es el pasado. Dejemos a los muertos en paz.

Carmela apenas había conseguido que le hablara del pintor, en su intento de sonsacarle información. En ese sentido, a ella tampoco le gustaba hablar de su pasado. A su padre se lo había llevado una enfermedad tras una vida de excesos. Y su madre no estaba muy cuerda; había ingresado en una residencia y las hijas la visitaban, especialmente Toñi. Le desagradaba mencionar a sus padres y su delirante niñez de pesadillas y de cuadros parlantes. Eugenia y ella se parecían en ese rechazo al pasado, pero la idea de tener algo en común con la consentida la incomodaba tanto que la borró de su cabeza. Se forzó en ilusionarse con que un día la visitaría Nuria, su amiga del alma, con la que se iría al pueblo a emborracharse; las dos volverían a la villa cantando por la noche y la viuda patalearía, indignada. Ese pensamiento era mucho más

alentador.

Tras un buen rato, cuando luchaba por aguantarse las ganas de ir al servicio, sonaron unos pasos en la planta de abajo.

—¿Carmela? —preguntó Amparo desde el pie de las escaleras. Estuvo a punto de contestar, pero permaneció callada. «¡Silencio!»—. ¿Dónde está Carmela? —Oyó alejarse a Amparo.

Apenas transcurrió un minuto, los pestillos de la sala de seguridad la sobresaltaron. La puerta se abrió y, al poco, el galerista se asomó. Su cara de sorpresa al ver a Carmela ahí sentada competía con la de ella. Él vestía una bata blanca, como la de los médicos. Los dos se miraron sin decir nada durante unos segundos.

«¿Este es el sacamuelas?», se preguntó Carmela.

—Ven —susurró finalmente Joaquín—, ven aquí.

Carmela entró titubeante, sin saber de qué iba eso. El galerista cerró la puerta. Los pestillos sonaron tras la joven mientras observaba el lugar. La sala era muy blanca, sin ventanas, con respiraderos en el techo y más grande de lo que había supuesto. Había una mesa con varios botes y utensilios de restauración. Un olor extraño colmaba la estancia, quizá una mezcla de disolventes y otros productos. Casi una veintena de coloridos cuadros los rodeaban: algunos colgados en las paredes, otros en atriles, muchos tapados. No había cámaras. El corazón se le aceleró cuando encontró en un rincón el cuadro de los perros.

«Revoltoso lo llamó papá», recordó.

Apartó la vista enseguida, no quería que nadie apreciara su interés en un cuadro que pronto dejaría de existir. Joaquín parecía preocupado.

—Necesito que me ayudes. Tú mejor que Amparo o Marta. —El hombre se dirigió a un cuadro, uno de una campiña. Por el estilo, se diría que era del marido de Eugenia. Joaquín cogió un algodón con unas pinzas y, con mucha delicadeza, secó una esquina del lienzo—. Llevo toda la vida restaurando y es la primera vez que me pasa. Al intervenir el borde, que está deteriorado por el tiempo, se me ha ido la mano y he estropeado este punto. ¿Ves?

—Lo veo —dijo la joven tras acercarse. El borrón en un lado del cielo, aunque sutil, se apreciaba. Carmela se preguntó por qué Joaquín trabajaba ahí y no en la planta de abajo.

—¿Han llegado los últimos pedidos?

—Algunos. —Los habían recibido el día anterior. Joaquín suspiró, aliviado.

—¿Podrías traerlos? Los necesito. Yo tengo que seguir tratando esto para que no vaya a más. Por lo que más quieras, no se lo cuentes a nadie, y menos a Eugenia.

—Tranquilo. —No era una chivata como Amparo—. Además, no está en la villa.

—¿No? De todos modos, procura ser discreta. ¿Me harás el favor?

—Claro, hombre.

Cuando volvió, ayudó a Joaquín dándole las cosas conforme se las pedía. El galerista se manejaba bien, en unos minutos había reparado el desperfecto. No se notaba nada. Y él sonrió de nuevo.

—Te estoy infinitamente agradecido, Carmela. Este accidente me hubiera supuesto un gran problema de no ser por ti. Pero supongo que entiendes que no nos interesa que esto se sepa. Yo he cometido un error y tú no tienes permiso para estar aquí.

—¿No crees que es absurdo que haya zonas en las que no puedo entrar? Esto parece el Área 51. Si me dieran acceso, sería más útil, en vez de escondernos como criminales.

Ella se sentía una criminal.

Joaquín se quedó pensativo unos instantes.

—Cierto —dijo dócilmente—. No tiene sentido que sigas así. Creo que podré convencer a Eugénie.

Volvieron a despertarla los ladridos. El sueño hasta ese momento la había agitado, sudaba; la visión del cuadro en la sala de seguridad la había llenado de inquietudes. Encendió la luz y, aún aturdida, se acercó a la réplica sobre la cómoda, donde la dejaba todas las noches por si ocurría lo que de hecho estaba ocurriendo.

Azuquítar, nervioso, correteaba en busca de algo.

—La flor que bebe colores —ladró el perro—. Luego los vomita.

Mudito y Revoltoso aullaron.

—¡Corre, flor de los colores! —dijo Tozudo—. Vienen a arrancarte.

—Te enterrarán con vida —bramó Revoltoso; Mudito lloraba a su lado.

—Corre para acercarte *de* ellos —dijo Tozudo.

«Vienen a por una flor —se repitió, intentando memorizar las claves—. Acercarte *de* ellos». Esta vez no tenía ni idea, el lenguaje era demasiado raro. Pero el fenómeno la perturbó mucho, al igual que lo había hecho el de la serpiente. Temió que fuera un presagio como la noticia del hipotético muerto; se le pusieron los pelos de punta.

A la mañana siguiente, se sintió tan desorientada como cuando tenía resaca. Vaticinó un bajo rendimiento en sus tareas y se conformaba con no meter la pata. Mientras se duchaba, su desazón por la experiencia de la noche se agravó por culpa de un pensamiento: ¿y si al pintor lo habían asesinado? Había fallecido en el extranjero, antes de que Eugenia adquiriera la villa, y el fenómeno parecía referirse a algo cercano, pero con el extraño lenguaje de los perros nunca se sabía. La idea la descompuso tanto que solo desayunó un café con un par de galletas. ¿En qué lugar dejaba esa sospecha a Eugenia? Cielos, Joaquín podría ser su cómplice. Pero ¿por qué harían algo así?

Lo peor de dejar las pastillas azules era que los fenómenos retorcían su modo de pensar hasta desquiciarla. La vez que había permanecido más tiempo sin tomar las pastillas, había acabado pidiendo ayuda a su familia. En algún momento terminaría igual si no solucionaba lo del cuadro.

Se alegró cuando Amparo le dijo que Eugenia quería que esa mañana fuera al pueblo a hacer unos recados. Antonio se ofreció a llevarla, pero ella insistió en que prefería andar; la última vez la había relajado. El hombre aceptó a regañadientes y le rogó que tuviera cuidado, seguían sin localizar al animal salvaje. Pero habían transcurrido meses desde la supuesta muerte sin que ocurriera nada; resultaba difícil justificar el miedo. En esta ocasión, se puso una gorra y ropa más deportiva; su bolso no se parecía a los de la viuda, era de tela, pero combinaba bien con todo.

—Aprovecharé para visitar a Fernando —dijo Carmela—, le he mandado un mensaje.

—Ese muchacho... —masculló Antonio—. Antes era formal, cuando se limitaba a trabajar con su padre. Pero luego se metió en los sindicatos —dijo con antipatía.

—Parece un buen chico. Y tímido.

—Si tiene novia, no es tan tímido.

—¿Tiene novia? —No sabía por qué se interesaba por eso.

—O la tuvo, ahora no sé cómo está. ¿De verdad no quieres que te lleve? Tardarás mucho a pie.

—He hablado con Joaquín. No le importa que vuelva más tarde. Incluso creo que almorzaré en el pueblo.

—Se come muy bien en El Gnomo. ¿Conoces el restaurante?

Carmela asintió. La otra vez se había fijado en que en la entrada del local había un enorme gnomo de colores estridentes.

—Me pasaré —prometió.

—Estupendo. La dueña es muy apañada, dile que vas de mi parte. Pero conviene que recuerdes algo: aquí quien manda no es Joaquín, sino doña Eugenia.

Lo sabía, pero esa mañana estaba dispuesta a aguantar una de sus regañinas. Necesitaba despejarse tanto como respirar.

Cuando Carmela se marchó, dejó a Antonio buscando a Rafa para que lo ayudara a colocar unos postes.

Cerca de los barracones, oyó las risas de Amparo y Marta mientras tendían; se las veía de buen humor.

Al recorrer los campos cultivados de la villa, inspiró profundamente para llenarse del aire de la zona y advirtió un fuerte olor a abono. Casi dio una arcada. Y más cuando, al recortar por una senda, vio entre los matorrales el culo del campero. El hombre estaba cagando con el sombrero puesto, agachado de espaldas a ella. La escena era repulsiva, dudó de si el olor que acababa de percibir era el del abono. Aceleró el paso, tapándose la nariz.

El camino serpenteaba, flanqueado por vallas de estacas que refrenaban el avance de un bosque de cañas que se mecían al sol; tras ellas sonaba la suave respiración del mar tranquilo. No quería pensar en el cuadro ni en ningún otro problema. Se relajó, aunque no tanto como la otra vez. En esta ocasión, se fijó mejor en lo que no era naturaleza. Vio carteles de Chorritos castigados por la intemperie, melancólicos vestigios de una búsqueda infructuosa. También observó unas pintadas reivindicativas en muros medio derrumbados, con el estilo inquietante de puntiagudas letras rojas y negras que ya conocía.

Cuando salió de los cañaverales, se deleitó con la paleta de variaciones de color que el mar le regalaba a tan poca distancia. Una manta de estrellitas parpadeantes se mecía sobre el oleaje. Las viejas casas de los pescadores suponían un contraste que parecía inevitable. Se adentró en el peculiar barrio sorteando barcas, aparejos de pesca y tendaderos con sábanas blancas. Encontró con facilidad la casa, Fernando leía unos folios sentado en una mesa del porche.

—No te había conocido con la gorra —sonrió él al verla, y se puso de pie.

—¿Te gusta? —preguntó Carmela, devolviéndole la sonrisa.

—Mucho. Las gorras son muy prácticas.

—Sí, te protegen del sol y de parecer inteligente.

Fernando se echó a reír. Ella sacó el táper del bolso y se lo entregó.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Estaba buena?

—Brutal. No he probado una tortilla más rica. Muchas gracias.

—Si quieres, otro día cocinaré un almuerzo en condiciones. Tengo buena mano para la cocina.

Aunque la idea ponía en riesgo su dieta, le complació extrañamente. Notaba al chico más suelto que la primera vez; por fortuna, no tanto como Rafa.

—No sabía que estudiabas. —Carmela señaló la mesa.

—Perito agrónomo —dijo tras soltar un soprido—; pero, entre los trabajos y el sindicato, no sé si terminaré algún día.

—¿Trabajas con tu padre?

—El mar no es lo mío —dijo con cara de desagrado—. Echo jornales en el campo, aunque a mi padre no le gusta. Quiero estar donde me siento útil, por eso también me metí en el sindicato.

—Yo estoy sobrecargada de tareas porque me las imponen. Tú tienes más delito.

—Lo sé, pero hay que arrimar el hombro para defender los derechos de los trabajadores.

—Apuesto a que lo haces muy bien.

El muchacho se puso colorado.

—La comarca está llena de conflictos, alguien debe proteger a los de abajo. Los terratenientes abusan de ellos. Ponen en riesgo la salud y el pan de los jornaleros. —La cara le cambió a una de malote—. No se puede bajar la guardia. Un día habrá que montar una buena trifulca, aunque nos toque pegar fuego a algo.

La proclama le cortó el rollo a Carmela, que de pronto volvió a verse expuesta en un peligroso campo de batalla.

—Está bien que me lo digas. Como secretaria de una de esas terratenientes, me pondré un traje ignífugo.

—No, claro... —El chico enrojeció—. Tú eres una trabajadora. Yo estoy de tu parte... Estás de nuestra parte... Estamos de la misma parte.

—Estamos de parte de no saber a quién atizar. No soy fan de Eugenia, pero la mujer intenta arreglar las cosas. Beneficiaría a muchos por aquí. —Fernando alcanzó de nuevo el límite de enrojecimiento—. Con esa actitud, no os veo capaces de ayudar.

Sin duda, el comentario le dolió al muchacho, que miró al suelo. Carmela se arrepintió enseguida.

—No debería haber sacado el tema —balbuceó Fernando—, lo siento.

Carmela respiró hondo. Después de todo, ella misma había discutido con la viuda por sus caprichos.

—Sí, yo también lo siento. En el fondo, no te falta razón. Las circunstancias a veces requieren actuar. —Le hizo una mueca divertida—. Pero intenta ser más pacífico; suele funcionar mejor. —Fernando asintió—. Y, sobre todo, no te cargues a nadie, ¿vale?

—Vale. —Él sonrió un poco, aún avergonzado.

—Al menos hasta que yo te avise.

La búsqueda de hierbas raras, varitas de incienso, un rosario yóguico y otros avíos devotos que le había encargado Eugenia le llevó más rato de lo que esperaba. No encontró nada en el herbolario que le había indicado. Seguro que se estaba descojonando de ella. Apenas tuvo tiempo de comprar alguna cosa propia y visitar un *pub* en el que preguntó si les interesaría un monólogo. El propietario se mostró receptivo y dijo que lo mismo la llamaba. Pero no pudo evitar la desazón por sentir que la mañana se le había esfumado entre los dedos.

Se dirigió hacia El Gnomo dispuesta a compensarlo con una buena comida. Dejaría para el día siguiente la culpa por saltarse la dieta. En la entrada, saludó al gnomo de colores, que de cerca era todavía más bizarro, y se hizo un selfi con él; Nuria se reiría. El restaurante estaba casi lleno, y eso que era entre semana. Una mujer daba órdenes amables pero enérgicas a los camareros, tenía toda la pinta de ser la dueña. Volvió a acomplejarse. La mujer no poseía la belleza delicada de la viuda, pero era guapa y sus sugerentes curvas sin duda atolondraban a los clientes. Se dijo que a ella también se le estaban marcando algunas curvas; sobre todo en la barriga, en las pistoleras y en la papada incipiente.

Unas generosas risas brotaron de la dueña cuando Carmela le dijo que el portero le había recomendado la ensalada arcoíris.

—Lo pintó mi hermana cuando iba al instituto —contó la mujer—. Ella dice que ahuyenta a los malos espíritus.

—Pobrecillos, si los dejaran pasar, podrían ponerse morados sin engordar.

No estaba segura de que el gnomo no fuera un mal espíritu que, simplemente, ahuyentaba a otros. Aunque reconoció que tenía cara de bonachón.

Antonio no exageraba: se comía muy bien. Demasiado. No pudo resistirse al postre de natillas caseras que se había propuesto no tomar. La dueña la invitó a un café y se sentó un rato para darle conversación. Era realmente afable. Contó que Mercedes había sido cocinera del restaurante, pero que Eugenia se la había quitado. Se reía de la anécdota, aunque reconoció que no había sido fácil encontrar a alguien que la sustituyera.

—Una vez —dijo la dueña—, cuando pasábamos una racha floja, la viuda promocionó el restaurante entre sus amistades. Y hasta nos cedió unos cuadros para exponerlos aquí.

—Tiene ataques de amor. Aunque no muchos.

—Más de los que algunos creen. —Carmela comprendió que, quitando a don Arturo y a otros pocos hacendados, la gente de la zona quería a la viuda—. La idea atrajo clientes y esto quedó precioso, parecía un restaurante-museo —dijo, recorriendo el lugar con la vista—. Pero, al poco, ese que le gestiona los cuadros la convenció de que se los llevara.

No le extrañó de Joaquín, para quien los cuadros eran dinero, y el dinero era seguridad.

No le importó regresar algo tarde, la comida y la dueña de El Gnomo le habían proporcionado un buen humor que la acompañó durante la vuelta.

Le dolían los pies cuando llegó a la casa. Deseaba subir al dormitorio para darse una ducha, pero Amparo insistió en que antes debía ir a la piscina, donde la señora la esperaba.

Oyó risas conforme se acercaba a la parte de atrás. La viuda estaba de lado sobre una tumbona. Llevaba un traje de baño azul oscuro con lazos en el escote; lucía un tipo espectacular y su piel parecía dorada bajo el sol de la tarde. Cuchicheaba con dos amigas, tumbadas en otras tumbonas, también con bañadores de diseño, también elegantes, también delgadas. Carmela se quitó la gorra para no desmerecer tanto, embutida en ropa de deporte sudada.

—Ah, Carmela —dijo la viuda al verla.

Las amigas se volvieron hacia la joven y los chismorreos cesaron de inmediato. Las tres reprimían la risa. Carmela lamentó que el malestar regresara, como si no hubiera ido a relajarse al pueblo.

—Hola —dijo sin ninguna gana.

—Hola —contestaron al unísono las dos invitadas. Ambas se miraron con una risita. Una la disimuló con un sorbo a un martini y la otra apartó la vista hacia la piscina.

Eugenia mantenía la sonrisa.

—¿Has comprado en el pueblo las cosas que te pedí? —preguntó con voz inusualmente cariñosa.

—Las he dejado en el salón.

—Qué amable. ¿Te ha costado mucho encontrarlas? Soy una caprichosa —añadió, mirando a sus amigas.

—Qué va, di con ellas enseguida. —No pensaba regalarle la satisfacción.

—¿Por qué no te sientas con nosotras? —propuso la del martini.

—Eso —dijo Eugenia. Presentó a las demás—: Raquel y Fina.

—Gracias, pero prefiero asearme. Y después debo terminar algunas tareas importantes.

—¿El reporte de los bancos? —preguntó Eugenia.

«Seguro que sabe que no está ni empezado».

—Hay otros asuntos que quisiera atender antes.

—¿Veis? —le dijo a sus amigas en tono divertido—. Carmela es la que decide las prioridades aquí. Tengo que tomar nota de cómo pone orden en su vida para hacer lo mismo con la mía.

Las mujeres rieron. A Carmela le subió un calor furibundo.

—Para qué perder tiempo poniendo orden por fuera si por dentro una es un desastre —soltó.

Eugenia la miró, perpleja. Las amigas dejaron de reír poco a poco.

—No lo pensé así en ningún momento —dijo la viuda, desconcertada. Pero luego se incorporó con el rostro tenso—. Aunque ahora que lo mencionas, nunca se sabe quién necesita más el orden.

—Las consentidas no, es tontería. —Miró a las amigas, que permanecían calladas—. Si me disculpáis, he de sacudirme la mugre del camino.

Eugenia la alcanzó subiendo las escaleras. Carmela, cerca de la segunda planta, se volvió y se apoyó en la pared, entre dos cuadros. «Ricachona sin entrañas putea a esclava desgraciada, óleo sobre lienzo», se dijo mientras se le acercaba en traje de baño.

—Creí haberlo dejado claro —dijo Eugenia, enfadada.

—En el acuerdo no figuraba humillarme públicamente.

—¿De qué estás hablando? No inventes excusas para acabar haciendo lo que te da la gana, desde perderte todo el día hasta faltarme el respeto delante de los demás.

—Descansar de tus manías y defenderme de tus burlas no es inventar excusas.

—Te trataba con familiaridad entre amigas, pero veo que siempre serás un potro salvaje.

—Me sobran tus amigas.

—Me aburre tu ignorancia.

—Voy a ducharme —dijo Carmela, subiendo los últimos escalones—, que se me enfría lo poco que me importa.

—Sí, lávate bien con jabón —espetó Eugenia—, pero la lengua.

Bajó a cenar por la escalera exterior que desembocaba en los patios, no quería cruzarse con la viuda; continuaba enfadada con ella. Pasó por delante de una pequeña pero robusta puerta, que parecía hecha para un hobbit. Le habían dicho que conducía al sótano, cerca de la parte oeste, el lateral oscuro que aún no había visitado ni tenía ganas de hacerlo. También vio la puerta de la bodega, siempre cerrada con varios candados. Aunque le concedieran permiso teórico para acceder a las zonas prohibidas, no le facilitarían las llaves de todo. Pero nada de eso la preocupaba esa noche, solo pretendía reducir el estrés comiendo; el porro que se acababa de fumar no había sido suficiente.

Apenas había empezado a darse el atracón en la cocina, escuchando las anécdotas insustanciales que le contaba Mercedes, cuando Amparo asomó alterada.

—Le ha pasado algo —afirmó—. Marta no me haría esto, dejarme sin saber nada de ella a estas horas.

—Ay, mujer, no digas eso —trató de tranquilizarla Mercedes—. Seguro que anda por ahí.

—Antonio también la está buscando —dijo el ama de llaves—. Pero, cuantos más seamos, mejor. —Por primera vez, Carmela vio debilidad y miedo tras la fachada de esa mujer—. ¿Nos ayudáis?

Las luces de la villa alumbraban bien lo que se encontraba a la vista, pero siempre dejaban huecos con sombras, por eso llevaba preparada la linterna del móvil. Carmela se había ofrecido a revisar el área del almacén. Su desasosiego se tornó angustia al recordar el fenómeno de los

perros. La flor a por la que venían para dañarla. ¿Esa flor era Marta? Sintió ansiedad al pensar que el perro negro...

—¡Marta! —la llamó, por si la chica le concedía el regalo de contestar. Pero solo lo hizo el silencio.

Se acordó del lugar por el que había visto salir a Marta una vez. Aunque esa parte estaba oscura, merecía la pena echar una ojeada. Se adentró en los cultivos y se desvió hacia la vegetación. A partir de ahí solo su linterna la alumbraba. Su corazón alternaba latidos de miedo y de preocupación. Al poco, se topó con una caseta de madera. Parecía un almacén de herramientas. Cuando probó a abrir la puerta, esta cedió. Casi hubiera preferido que no. La linterna luchó contra la oscuridad del interior, más espacioso de lo que había creído desde fuera. Su mano temblorosa no acertó a dar con un interruptor de la luz. Y no se atrevía a llamar a nadie, esta vez por si encontraba respuesta.

Entonces la linterna le permitió ver una estrecha cama en un rincón, donde había una persona medio tapada con una manta. Una chica desnuda. Se despertó al recibir la luz en la cara. Tras unos segundos de confusión, se incorporó de golpe.

—¡Me he quedado dormida! —exclamó Marta.

De vuelta, la chica evadió las preguntas de Carmela mientras se arreglaba la ropa. Tenía la cara desencajada, sospechaba que Amparo se iba a enfadar mucho. Marta le suplicó que contara que había ido a dar un paseo y se le había hecho tarde, que se habían encontrado cuando ella volvía; una excusa ridícula. Pero Carmela accedió. Imaginaba que se debía a su relación con el campero. Sin embargo, no era quién para decirle a Marta qué hacer con su vida, como hacía Toñi con ella. No era su hermana mayor ni la chica necesitaba objetivamente ayuda.

Amparo no la regañó tanto como Marta esperaba, más bien se sintió aliviada y le bastó con llamarla «cabeza hueca» solo once veces. Carmela también se relajó, tanto que relativizó sus sinsabores con la viuda.

Más tarde, tumbada en su cama, tomó conciencia de su propia irresponsabilidad al enfrentarse de aquella manera a Eugenia. Se arriesgaba a ser despedida sin terminar el asunto del cuadro. ¿Y entonces qué pasaría? Quedaría condenada eternamente a las pesadillas, y el susto de esa noche le recordó que el perro negro era el ser que más temía. Se durmió mientras se consideraba a sí misma tan inocente como a Marta.

De madrugada, se despertó. Esta vez no fue por los ladridos, sino por un detalle que de pronto sospechó más importante de lo que había pensado. Le vino a la cabeza su reciente visita a la sala de seguridad. Aunque allí había más pinturas, seguían sin salirle las cuentas si se fiaba de los archivos. De los últimos cuadros que quedaban del pintor, le faltaban por localizar muchos. No necesitaba que los perros le dijeran que estaba pasando algo raro.

La arena de la playa que sentía bajo su trasero se le antojó la cálida panza de la tierra, un gigante que dormía apaciblemente con las manos tras la cabeza, una suave sonrisa y su hija sentada sobre su vientre. El agua se mecía con serenidad en la orilla mientras las gaviotas saqueaban los restos del ajeteo del mar y de los humanos. Ahí estaba la luz de la espuma blanca, la de las rocas grises, la del cielo azul, pero, por unos plácidos momentos, ni rastro de la que había iluminado el día de ayer.

Las risas cercanas de Marta y sus dos amigas llamaron su atención. Contaban chistes ordinarios sobre chicos, anatomía e infidelidades. A pesar de que ya no hacía calor, todas vestían trajes de baño. El de Carmela no tenía la categoría de los que paseaba la viuda, pero pensaba que le quedaba bien el blanco con volantes. Probablemente, Rafa también lo pensaba, por eso se le arremaba tanto. Reconoció lo estupendo que le parecía el cuerpo bronceado del muchacho en bañador, delgado y fibroso como un Bruce Lee parido por el Mediterráneo.

—Sube la música —pidió Marta—, que esa es mi favorita. *Tormenta de fuego*.

Una de las amigas de Marta, la joven dicharachera de la cafetería, aumentó el volumen del minialtavoz por el que sonaban las guitarras de unas vigorosas bulerías. A la otra chica la había conocido esa misma mañana, al igual que a los dos muchachos que acompañaban a Rafa. La quedada la había organizado la camarera. Cada vez que Marta flirteaba con uno de los chicos, Carmela se acordaba del campero.

Llamó a Tiposo, no le gustaba que los amigos de Rafa se mofaran del chucho y hasta se arrepentía de haberse reído de él en el pasado. Había sido idea suya llevarlo a la playa y se sentía responsable. Felizmente, a Tiposo le importaban un rábano las risas. Le acarició el mechón como premio por ignorar ciertas cosas mejor que ella.

Al rato, Marta se puso un pareo y se fue al pueblo, dijo que tenía que comprar algo. Mientras los otros dos muchachos competían por demostrar quién era el más gracioso ante las chicas, Rafa aprovechó para entablar conversación con Carmela.

—Hoy estás triunfando —dijo, mirándole el bañador—, ese blanco brilla como la leche.

—Qué bien debe haber sonado eso en tu cabeza —dijo ella—. Lástima que no se quedara ahí. Él se rio sin ningún complejo.

—Es que no se me ocurre cómo expresarlo mejor. Hoy por fin te ves muy bien.

—Gracias. Aunque no sé qué dice eso de mí el resto de los días.

—El resto, igual —sonrió Rafa, luciendo unos dientes perfectos—. Lo que pasa es que la villa te cambia el humor. Debe de estresarte mucho.

No lo sabía bien Rafa. A los problemas de sus tareas y a los malos rollos con Eugenia, se le había sumado un día nefasto. Desesperada por no encontrar una forma de sortear la vigilancia de las cámaras de vídeo, se había presentado en la sala de seguridad con la réplica del cuadro enrollada, dispuesta a dar el cambiazco y que fuera lo que los dioses quisieran. Pero, por lo visto, lo que los dioses querían era su cabeza en una pica. Apenas había empezado a manipular el marco con un destornillador, alguien la había sorprendido. Tenía preparadas varias excusas, todas para el galerista, ninguna para la *rottweiler*.

—Menos mal que has venido —había improvisado Carmela cuando Amparo se le había quedado mirando con los avíos de limpieza en la mano. Cada palabra la había pronunciado sin saber cuál sería la siguiente—: Este cuadro tiene una estampación en el marco. Joaquín me ha

dado las llaves. Quiere que haga un inventario. Un inventario de las estampaciones.

—¿De qué?

—De las estampaciones de los marcos... De los marcos estampados. Me ha dado las llaves.

Amparo le había dedicado una mirada de desconfianza y luego de desdén.

—¿Y para qué te hago falta yo?

—¿Tú? Ah, por si quieres ayudarme a revisarlos.

—Yo no tengo tiempo para eso —había dicho Amparo, yéndose hacia un rincón.

El susto la había hecho temblar durante días. Tenía permiso teórico para estar en la sala, pero no llaves. Si Amparo le hubiera preguntado a Joaquín, habría descubierto que las había copiado. Se las había birlado al galerista mientras se bañaba una tarde en la piscina; Carmela había ido al pueblo y vuelto en menos de una hora gracias a Rafa, que la había llevado sin saber a qué. Afortunadamente, su presencia en la villa se había normalizado y Amparo ya no la identificaba como una intrusa. Al menos, el incidente le había servido para convencerse de que el plan era una locura.

—Ahora hay un nubarrón de problemas encima de la villa —reconoció ante Rafa, poniendo los ojos en blanco.

—Las instalaciones tienen que ser un dolor de cabeza. ¿Se abren o no se abren?

—Por cada paso que damos —suspiró—, aparecen otros dos contratiempos más.

—¿Os han respondido de lo del agua?

Carmela se sorprendió de que Rafa conociera el asunto. Habían solicitado una ampliación de su cuota de agua, la necesitaban para la reapertura y algunos regantes se oponían.

—Aún no.

—Sin la ampliación, denegarán la licencia de actividad agrícola, ¿no?

También estaba pendiente ese asunto.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Se comenta por ahí —sonrió—. Pero yo estoy contigo. Me tienes a tu disposición para hablar de los problemas que quieras. O para otras cosas. —Se la quedó mirando con descaro.

—Gracias, pero no necesito tantas atenciones —dijo, luchando por sobreponerse a la atracción.

—Puede ser solo llevarte a algún sitio, igual que aquel día que te corría prisa que te trajera al pueblo. Un lugar apartado como la cueva podría estar mejor, es tan bonita como tú. —Carmela sintió que se ruborizaba—. Mi moto está siempre lista para ti, aunque últimamente se calienta mucho —dijo al tiempo que acercaba la boca a la de ella.

El basto comentario la sacó del ensueño y esquivó el beso con un hábil movimiento de cuello.

—¿Has probado a no pensar cuando conduces?

Carmela se despidió de Marta y de Tiposo en la puerta de la escuela de pintura. Después de abrir los tres candados, comprobó que, como decía el mensaje de Antonio, habían llegado las sillas, las mesas y los atriles. Eso empezaba a parecerse a una escuela de verdad. También estaban los nuevos materiales. Esta vez la viuda le había ordenado que los pidiera por duplicado y que guardara parte en el sótano de la casa, por si acaso.

Esa tarde había varios jardineros con monos azules arreglando el jardín. Carmela fue al almacén a coger unos documentos. Por el camino vio que Carlos, el alto de la familia Addams, y la pequeña Ramona limpiaban unas barandillas exteriores, cada uno a cierta altura. Él se movía con lentitud y suavidad, ella era rápida y nerviosa como una comadreja. Cerca de la fuente de

piedra encontró a un hombre que adecentaba unas herramientas del campo. Reconoció a Ignacio, uno de los agricultores de la villa; junto con otros pocos, cuidaba los cultivos que aún se trabajaban. Se acercó a saludarlo, cosa que él agradeció con un grito de alegría similar al de un pastor llamando a su rebaño. Hizo que Carmela se sintiera una cabra.

—Tu amigo Fernando me ha dado recuerdos para ti —dijo Ignacio.

—¿Lo conoces? —Llevaba un tiempo sin verlo, pero intercambiaba mensajes con él, sobre todo acerca de gustos culinarios.

El agricultor asintió con orgullo.

—Un defensor de los del campo. ¿No te parece un buen zagal?

—A medias —bromeó Carmela—. Es mitad bueno y mitad malo. Especialmente mitad malo.

—No, mujer. —El hombre soltó unas carcajadas mientras recogía las herramientas—. Queda con él —propuso como un casamentero—, es la única forma de conocerlo bien.

Quería conocer primero a otros que consideraba más relevantes en sus problemas. A excepción de Eugenia y de Joaquín, nadie de la villa había coincidido con el pintor en vida. Pero todos hablaban de él como un genio, un maravilloso artista divino. «El pintor». Uno que replicaba magistralmente los matices apenas apreciables de la naturaleza. Su nombre se alzaba por encima de la villa de los cuadros y la envolvía.

Tras despedirse, Carmela cargó con los documentos hasta la casa, en cuya puerta abierta encontró a Joaquín con Amparo.

—Y es que Gustavo a veces... —El ama de llaves, que hablaba con cara molesta, se calló al notar la presencia de Carmela.

—Me preocupa más otra cosa... —Joaquín, al que no le importó que Carmela se acercara a ellos, miró hacia el interior de la vivienda—. Antes de que venga, seré franco, Amparo. No me gustaría que a Elvira se le dieran más responsabilidades de las que tiene.

En ese momento, la aludida salió con una cartera de piel que le dio al galerista.

—Aquí está, don Joaquín —dijo Elvira.

—Muchísimas gracias —dijo él con una voz tan amable que casi hizo vomitar a Carmela.

—Voy a ayudar a Mercedes —dijo Elvira antes de marcharse.

—Tú también podrías echar una mano —dijo secamente Amparo a Carmela—. La cena de esta noche supone mucho trabajo. Y tú y Marta os habéis perdido toda la mañana. —La cocina no estaba entre las tareas de Carmela, pero no protestó porque se apiadó de Mercedes. Amparo resopló y se dirigió de nuevo a Joaquín—: Mira que organizar el aniversario de un día para otro.

El galerista se encogió de hombros. La consentida había metido a todos en tal aprieto que hasta Amparo se quejaba. No era el aniversario de ninguna persona, sino el de la villa. Al parecer, todos los años conmemoraban la inauguración de la espléndida finca, y estaban invitados los miembros de más confianza del servicio. Por algún motivo, el día anterior Eugenia había adelantado la celebración del aniversario dos semanas.

Amparo había exagerado. Mercedes aseguró que no hacían falta más manos, bastaban las de Elvira y las de otros dos refuerzos que habían venido. Carmela observó cómo la alquimia de la cocina transfiguraba hábilmente el pescado jugoso, la carne rojiza, las enormes verduras y las frutas dulces, para dar continuidad a las personas.

—Ay, la cintura tendrá que esperar otro año más —bromeó antes de irse.

En bragas y sujetador, se contemplaba en el espejo de su dormitorio. Se repetía a sí misma que aceptaba su cuerpo. Sabía que no era verdad. Pellizcó la barriga, la sacudió varias veces y las

grasas vibraron. Sus chichas al aire, sin ni siquiera un bañador, perdían mucho atractivo, mientras que la viuda en biquini era la estatua de Pigmalión. La envidiaba por eso, sí, pero no como para detestarla. Lo que justificaba su aborrecimiento era cómo la trataba. Su relación había empeorado.

El día anterior, comiendo con la viuda y Amparo, tras dar por terminado un bote de mayonesa, Carmela había pedido otro. Eugenia, con una risa sarcástica, había dicho que el bote no estaba realmente acabado y que, despilfarrando así, dudaba de que Carmela supiera controlar los gastos de la villa. Había sido un espectáculo bochornoso, una ridiculez convertida en esperpento que ella no se dignó a contestar.

Y, esa misma semana, Eugenia había permitido que Carmela expusiera ante Joaquín y Eduardo, el abogado, un plan de actuación para acelerar la reapertura de las instalaciones. La joven lo había diseñado con esmero, dedicándole mucho tiempo. Nada más concluir su explicación, la viuda había resoplado.

—No puedo con esto —había mascullado, llevándose los dedos a la sien—. Encárgate tú, Eduardo.

Había puesto todo su empeño en que no le afectaran esos desprecios, y creyó haberlo conseguido. Pero durante esa tarde le había dado vueltas.

«Si no me vengo, explotaré».

Abrió la puerta del despacho llamando a Eugenia, por si estaba dentro, pero la viuda aún no había regresado, como esperaba.

«Nada serio —se advirtió mientras inspeccionaba el lugar, sentada en el sillón—. Solo una putadita para reírme cuando gruña con su rostro perfecto».

La calefacción funcionaba con vigor ahí. Pero ignoró el calor, centrada en sus planes. «¿Desajusto la pluma para que se manche? —pensó—. ¿Cambio una cita de su agenda privada? ¿Mezclo papeles del cajón? ¿Le paso un mensaje de su correo personal al *spam*?». Decidió hacerlo todo.

Cuando solo le quedaba la trastada del ordenador, lo encendió, conocía la contraseña. Y procedió.

Antes de apagarlo, aprovechó para fisgar en los archivos. Eugenia tardaría en regresar y Amparo estaba limpiando los barracones; por la ventana controlaba la entrada de los jardines. Le gustó lo osada que se había vuelto.

Averiguó algunos datos que no sabía de la viuda. En un currículum antiguo, descubrió que su jefa también había sido diseñadora de moda, pintora, ilustradora y fotógrafa, aunque lo había dejado todo en la época en la que había conocido a Chisco. También ojeó comunicados e invitaciones de su club social, al que iba con cierta asiduidad. Se preguntó qué hacían allí para que le gustara tanto y...

La puerta se abrió despacio. El riego sanguíneo se le detuvo. Una frente y unos ojos se asomaron con timidez al despacho. Carmela creyó reconocerlos.

—¿Marta? —La chica se asustó. No esperaba encontrar a nadie. Carmela se apresuró a apagar el ordenador—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... —balbuceó Marta mientras entraba. Traía un cubo con algunos enseres dentro—. Venía por los rayajos.

—¿Qué rayajos?

—Fue sin querer. —Señaló unas marcas en el suelo junto a la mesa. Carmela no se había dado cuenta antes, pero comprobó que esa parte estaba rayada como aquella baldosa de la sala de

exposiciones—. La señora quiere que lo arregle con esto. —Mostró un frasquito, poniendo cara de mimo triste—. ¡Pero no funciona!

La chica empezó a sollozar como una niña.

—Venga, Marta —dijo Carmela, levantándose del sillón—, no llores.

—¡La señora me hará llorar de todas formas! La única manera de arreglarlo es usando este producto. —Sacó un bote del cubo y susurró—: Fue lo que compré esta mañana en el pueblo. Pero es de los que no quieren que eche aquí. Si me pilla la señora o Amparo... —Sus ojos eran los de Tiposo cuando pedía comida.

La secretaria cogió el bote y se quedó mirándolo. Seguramente, Eugenia, en cuanto volviera, contaba con regañar a Marta por no arreglar el suelo. Quizá Carmela podía redondear lo que había ido a hacer ahí.

—Lo haremos juntas —dijo con determinación.

La tarde estaba avanzada cuando las dos jóvenes frotaban enérgicamente con unas bayetas. Carmela pensó que ese suelo tenía más rayas que una revuelta de tigres. Se dijo que debería estar planeando cómo acabar con el cuadro en lugar de librar batallitas, pero la destrucción de sus temores parecía tan difícil y esa era una satisfacción tan a mano que no podía resistirse. Las rayas, sin embargo, sí se resistían a desaparecer. Y el tiempo había dejado de ser holgado, podrían sorprenderlas en cualquier momento. Mientras Marta frotaba con todas sus fuerzas, Carmela se detuvo para consultar internet en su móvil.

—Nos faltan más cosas —dedujo. Tenían el reparador, pero aconsejaban también un desengrasante y una esponja especial. Marta se tomó un descanso, sudaba por el esfuerzo y por el calor del despacho. Carmela no sabía dónde conseguir la esponja, pero recordaba haber visto en las cocheras un producto para quitar la grasa de las superficies delicadas.

—¡Viene Amparo! —se alarmó Marta.

Al acercarse a la ventana, Carmela vio al ama de llaves avanzando por los jardines. Tras pensar unos instantes, salió corriendo, ante la confusión de Marta.

Se cruzó con Amparo justo cuando entraba en la casa.

—Te estaba buscando —dijo Carmela—. Creo que han robado en las cocheras.

—¿Qué? —se espantó Amparo.

Con esa facilidad, consiguió alejarla del despacho. Lo que no resultaría tan sencillo sería agenciarse el desengrasante mientras el ama de llaves recorría las cocheras.

—Parece estar todo —dijo Amparo, revisando el entorno—. ¿Por qué...?

—¿No había aquí unas cestas?

—¿Aquí? —Amparo se esforzaba en recordar. Carmela aprovechó para coger el desengrasante.

—Unas de mimbre.

Se largó cuando Amparo registraba los rincones sin saber lo que buscaba.

Entró corriendo en el despacho; ya sudaba más que Marta.

—Avísame si vuelve. —Colocó a la chica de vigía junto a la ventana y ella se arrodilló para aplicar el desengrasante.

—No viene nadie —decía Marta de vez en cuando con voz temblona.

Mientras, Carmela frotaba, nerviosa. Pero después de darle al suelo varias manos de producto, seguía sin funcionar. Las gotas de sudor le caían por la frente. Sin la esponja especial... Entonces se acordó de algo.

—Marta —dijo con decisión—, ve a por las valquirias.

No eran las ocho y veintitrés de la mañana, pero la ópera de las emisarias de Wotan sonó igualmente en toda la casa. Cuando Carmela regresó de los patios con la pulidora de mano, la tarde se acababa. Imaginó que Marta estaría bloqueada delante del equipo de música porque no le había dado instrucciones de qué hacer después; sería el primer sitio al que iría Amparo en cuanto oyera la música.

La pulidora hacía ruido, pero la ópera lo ocultaba, como había planeado Carmela. Después de aplicar bien el desengrasante, las rayas aún se veían. No perdió el control, sabía que era parte del proceso. Probó con el reparador de Marta, el cambio no era muy grande pero se notaba. Después de repetir varias veces, hubo un momento en el que le pareció que las rayas no se apreciaban. Enjuagó el área a toda prisa y la secó.

Disfrutó de su éxito. Las marcas solo se insinuaban si se usaba una lupa.

Para cuando escondió todo, Amparo ya estaba regañando a Marta por la ópera. La chica tuvo el acierto de alegar que alguien debía de haber tocado el programa de encendido y que ella acababa de llegar para apagarlo.

Las dos jóvenes se reunieron en el dormitorio de Carmela. La viuda y sus reglas habían perdido. Carmela subió unas cervezas. Rieron y festejaron su logro como si de una gloriosa epopeya se tratara.

Después de ducharse, llamó a Toñi. Le habló jocosamente del «cumpleaños» de la villa que iban a celebrar esa noche, lo consideraba otra excentricidad de su jefa. También le contó que había ayudado a una compañera a resolver un problema debido a esas excentricidades, sin entrar en más detalles, con la esperanza de que su hermana la felicitara por su predisposición.

—Está bien —dijo Toñi en el mismo tono con que podría haber dado la hora—, aunque mejor no te metas donde no te llaman.

«Aburrida».

Pero estaba demasiado contenta para que le aguara la fiesta. De hecho, un pelín de más. Se había pasado con la cerveza. Esperaba que durante la celebración no se le escapara una risa injustificada que la dejase en evidencia. Lamentó también haberse fumado un porro.

Bajaba por las escaleras cuando le sonó una notificación en el móvil. Se trataba de un correo dirigido a Eugenia con copia a Carmela. La hora era extraña para ser del abogado y las noticias resultaron malas: una asociación de regantes denunciaba a la viuda por extraer agua ilegalmente y por contaminación ambiental. Se materializaba así esa posibilidad que Eugenia había barajado una vez al decir que don Arturo podría instigar una acusación falsa contra ella; todo para sabotear la reapertura de las instalaciones. Era probable que hubiese ocurrido eso, aunque el nombre del hacendado no aparecía entre los denunciantes.

Con seguridad, la viuda estaba leyendo el correo en esos momentos.

«Pobre consentida —se burló Carmela—, hoy todo son fracasos para ti».

La larga mesa del amplio y rústico comedor exhibía un desfile majestuoso de alimentos sobre un mantel blanco con estampaciones de flores. La comida parecía barnizada para brillar a la luz de las numerosas velas. A su alrededor se sentaba un grupo de personas que hablaban animadamente. Solo habían invitado a la cena a las que dormían en la villa o trabajaban ahí desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera estaban Gustavo ni Joaquín. De los asistentes previstos, faltaban dos o tres porque el repentino adelanto de la fecha los había pillado con otros asuntos que atender, como Rafa. Pero no eran pocos: Antonio, Ramona, Carlos, Amparo, Josefa, Marta, Elvira, Mercedes, Carmela y los agricultores Ignacio, Mariano y Engracia. Y, por supuesto,

Eugenia.

La viuda sonreía, aunque Carmela quiso pensar que la procesión iba por dentro. La anfitriona se mostraba radiante. Nunca la había visto beber, pero esa noche se estaba permitiendo una copa de vino que le sonrojaba las mejillas. Lucía un elegante vestido lila que dejaba al aire sus rodillas perfectas; la prenda simulaba ser tradicional, pese a tener un corte moderno. Y ese tema, el de la ropa, la fastidió: los hombres llevaban chaqueta y corbata, aunque se notaba que no era su atuendo habitual, y las mujeres iban con sus mejores vestidos y maquillajes. Sin embargo, como Eugenia le había dicho que era una cena informal, ella se había presentado con unos pantalones cargo de color verde, una sudadera gris con capucha, unas sandalias negras y solo los labios pintados. Se maldijo por su inocencia. Sus prejuicios habían facilitado que se lo tragara, imaginando que el personal y los agricultores vestirían como cuando trabajaban. Se lo tenía merecido. Punto para la consentida.

Se sentó lo más lejos que pudo de ella, entre Elvira y Ramona, y dejó que el alcohol la ayudara a entablar conversación. Conocía a todos, aunque aprovechó para hablar con Mariano y Engracia, a los que había tratado menos.

La viuda charlaba y reía con los que se sentaban a su alrededor. Cuando Carmela notaba que la miraba, sonreía para demostrar su buen humor. La velada fue transcurriendo entre anécdotas divertidas y manjares.

—Un brindis por una trabajadora que se esfuerza. —La viuda alzó la copa hacia Marta—. El suelo de mi despacho ha quedado magnífico. Eres un ángel.

—¡Por Marta! —exclamó Antonio, que había bebido alguna copa de más.

Todos repitieron lo mismo y brindaron. Marta miró de reojo a la secretaria, a ambas se les escaparon unas risitas. Carmela sospechó que la sonrisa torcida de Eugenia indicaba que se olía algo; quizá habría atado cabos con lo que su *rottweiler* le hubiera contado. Pero no podía demostrarlo. Punto para la cerdita.

—Llegué a esta villa hace quince años. —La viuda se puso de pie tras dejar la copa en la mesa—. Desde entonces, muchos han venido a trabajar aquí y se han marchado. Entiendo que no era fácil. —Miró a los presentes con una sonrisa—: Menos mal que ninguno de vosotros tuvisteis que aguantarme desde el principio, se os habría ido la cabeza. —Algunos rieron, otros negaron—. Pero, a pesar del tiempo transcurrido, sigo siendo una extraña en esta tierra. Ciertas personas de ahí fuera también se han esforzado para conseguirlo.

—No le eche cuentas a esos, señora —dijo Antonio—. Usted es de aquí. —Los demás le dieron la razón.

—No les guardo rencor —continuó la viuda—. De hecho, agradezco que me recuerden que siempre estamos amenazados. Si queremos vivir seguros, debemos protegernos. —Miró a su secretaria—. Y esa protección comienza por la fidelidad de los de dentro. —Carmela supuso que le lanzaba una indirecta, pero no tenía ni las ganas ni la sobriedad para entenderla. «No pienso abrir la boca para quejarme»—. Os necesito a todos de mi lado —dijo, recorriendo con la vista a los presentes. «Necesito que seáis mis perritos fieles», tradujo Carmela para sí—. ¿Y qué mejor manera hay de velar por la integridad que respetando las reglas? ¿No es verdad, querida Carmela? —preguntó con los ojos clavados en ella. Pero no dejó que respondiera, sino que cogió de nuevo su copa de vino—. También quiero brindar por mi leal secretaria. Desde el día en que entró por la puerta, esto se ha llenado de un orden muy particular. —Se oyeron risas de agrado—. Su desparpajo al hablar, su astucia para resolver los problemas que importan y su envidiable apetito han bendecido este lugar con su gracia y su alegría. Por Carmela.

Todos brindaron, contentos. Al parecer, solo ella se dio cuenta de que las palabras eran puñales. Se esforzó en sonreír tanto que le dolió la cara, alzó la copa y bebió. «No pienso abrir la boca para quejarme», se repitió.

—Necesito colaboración —dijo Mercedes—, hay que traer el postre.

Amparo y otros se fueron con los platos, conversando animadamente. Quedaron la mitad en la mesa, contándose más anécdotas.

—¿Qué opinas del aniversario de la villa? —Eugenia había tomado asiento y, desde la distancia, preguntó a Carmela, quien bebía cerveza. Los demás continuaban hablando entre ellos.

—Estoy encantada. Ya sabes que a mí me gusta la farándula.

La viuda sonrió.

—¿Eso te parece?

—Es que todo aquí es pintoresco. Los cumpleaños, los cuadros, las reglas. —Notó que se envalentonaba, aunque aún confiaba en controlar la lengua—. Pero todo sea por protegernos. —No se contuvo e hizo lo que le pedía el cuerpo: santiguarse.

—Sobrevivir es lo más importante —dijo Eugenia sin perder la compostura—, así como evitar el sufrimiento en la medida de lo posible. Morir y sufrir son cosas que nadie quiere. Ni mucho menos las dos a la vez.

—Los difuntos no sufren —dijo en tono de burla—, sufren los que están a su alrededor.

—Qué casualidad, lo mismo pasa con los idiotas.

A pesar de las sonrisas de ambas, eso era una guerra.

—Hay quien considera que hacer el payaso es saludable —apuntó Carmela—. Creo que deberíamos hacerlo con más frecuencia. Conscientemente, digo. Porque inconscientemente lo hacen más de los que creen.

—Cierto. Hay quien lo hace para huir de los problemas incómodos y evitar las pesadas responsabilidades, ¿no te habías fijado?

—Desde luego. El miedo a enfrentar una vida vacía y sin gracia lleva a esconderse detrás del integrismo más delirante. Qué pena esas personas, que solo las quieren aquellos a los que pueden comprar.

Las dos abandonaron las sonrisas.

—Las he visto con mis propios ojos, no creas —dijo Eugenia—. Se drogan y se autodestruyen sin importarles a quién se llevan por delante. —Se puso de pie. Carmela también.

—No soy yo la que le tiene tanto miedo a la soledad que traga con el primer chulo que se le cruza —dijo la joven.

Bordearon la mesa para acercarse la una a la otra, insolentes. Algunas miradas repararon en la actitud de ambas.

—¿Y a ser una incompetente que no pertenece a ningún lugar? —preguntó Eugenia.

Carmela notó que una aguja se le clavaba en el corazón.

—Me suena haber oído a alguien quejarse de eso hace un momento.

La viuda se puso roja de furia.

—Sí, es verdad. Cuántas cosas dices que son verdad. Como que eres hija de José Antonio, el que le guardaba los cuadros a mi marido. Ah, no, que se te pasó decírmelo. No importa, sé que lo dabas por contado.

¿La había investigado? Se sintió desnuda, el orgullo o la soberbia se apoderó de ella. Había hecho algo parecido al fisgar en el ordenador de Eugenia, pero...

—¡Atrévete a acusarme! —la desafió Carmela—. ¿Qué insinúas? —Para entonces, todas las

miradas se fijaban en ellas.

—¿Que eres una embustera! ¿Para qué has venido a esta villa?

—Por lo visto, para servir a una maniática loca.

—Más bien para husmear en mis cosas. Las cámaras de seguridad están llenas de tus visitas clandestinas a las salas que se te prohibían. Pero, por encima de todo, has venido para engordar aún más a mi costa.

Carmela se contuvo unos instantes. Amparo y el resto de los que habían salido del salón regresaban cargando con los postres.

—¡Sucia puta que te rodeas de comodidades para no sentir la mierda que eres! —explotó Carmela. Lo acompañó de un sonoro manotazo sobre la mesa para no dárselo a Eugenia en la cara.

La viuda se agarró el antebrazo un momento y, de pronto, cogió una copa de la mesa. Carmela creyó que se la estrellaría a ella en la cabeza, pero la arrojó con furia contra la pared. Fue a chocar contra uno de los cuadros, manchándolo. Una nube rojiza también se extendió sobre su pecho lila.

El silencio se apoderó del salón. El tiempo se alargó mientras las dos mujeres se mantenían la mirada y respiraban agitadamente.

Eugenia recobró una serenidad tensa.

—¿Recuerdas dónde bajaste del autobús? —preguntó con voz fría—. Amparo, ayúdala para que no pierda el próximo, y asegúrate de que lo único que deje atrás sea su puesto en esta casa.

El olor de la madera húmeda se mezclaba con el del óxido. No es que fuera desagradable, simplemente no estaba acostumbrada. Algo parecido podía decirse de la pequeña cama donde había dormido. El refugio dejaba pasar la luz de la mañana entre sus huecos. Estuvo contemplando cómo el espacio se iluminaba poco a poco hasta que la luz incidió en su maleta. No había conseguido cerrar los ojos ni dos horas seguidas. No entendía que Marta se hubiera quedado dormida en un lugar tan extraño.

Pero, claro, Marta no cargaba con el cabreo de ella. Recordó haber tenido un sueño vívido en el que el perro negro salía de la nada y mataba a una persona anónima; su pesadilla más recurrente. Tras incorporarse en la cama, observó que estaba tapada con otra manta. Solo había encontrado una en la caseta; alguien le había echado otra encima. Probablemente, todos en la villa sabían dónde estaba. Incluso Amparo, que la había mirado perdonándole la vida mientras hacía el equipaje a toda prisa, le había pedido que esperara a irse por la mañana. Pero su orgullo no le había dado permiso. En plena noche, había salido a los jardines, tirando de los bártulos. Era tanta la rabia que sentía que ni se le pasó por la cabeza despedirse de nadie. Al reparar en que el autobús no pasaría tan tarde, solo se le había ocurrido dormir en la caseta. No volvería a la mansión ni aceptaría ninguna ayuda.

Odiaba la villa. Odiaba a Eugenia. Odiaba el cuadro y su maldición, con la que tendría que vivir. Había fracasado.

Se puso en pie, todavía con la ropa que llevaba en la cena, y miró el suelo durante unos minutos. «Oficialmente, un cumpleaños de mierda. De haberlo imaginado, me habría servido un poquito de muerte».

Arrastró sus cosas al exterior, con el tubo verde al hombro. La mañana era clara y fresca. El gato que veía de vez en cuando pasó por ahí, ignorándola. No cogería el autobús en la carretera, eso implicaba desfilas por delante de la casa. Iría al pueblo por el camino de los pescadores aunque fuera cargada. Pero antes tenía que prepararse un poco. Se lavó la cara y bebió en la fuente de piedra. Luego se metió en la arboleda, siempre a la sombra de las ramas. Una rueda de la maleta se atascó en la rejilla que había al pie de san Espanto. Tiró con rabia y la liberó. Detrás de la gran roca, se agachó a orinar. Y finalmente se fumó un porro como exiguo desayuno.

Por el trayecto, los cultivos se despertaban serenos. Al fondo, sin embargo, el mar y los campos salvajes parecían haber estado en vela toda la noche. Recortó por un sendero de los cañaverales que aún no había probado. Al adentrarse entre las cañas altas, del paisaje costero solo quedaron el cielo y el olor marino.

Pensó en qué iba a ser de ella. No solo la preocupaba el asunto de las pesadillas, sino que nadie la contrataría si se propagaba lo ocurrido. No sería precisamente una carta de recomendación lo que la viuda extendería por ella.

Los sonidos de un suave chapoteo hicieron que girara la cabeza. Sabía de la existencia del estanque justo al otro lado de las cañas. De repente, se acordó del perro negro y del supuesto asesinato, aún sin resolver. Por algún motivo, al sentirse forastera por su marcha, se notó más vulnerable al fiero espíritu del lugar. Cerca vio ropa sobre un sombrero de paja. No quiso averiguar quién o qué estaba por ahí, de manera que se apresuró a proseguir su camino.

Recordó las consecuencias que a lo largo de su vida le había acarreado su forma de ser. En el instituto le gustaba hacer de bufona descarada, lo cual le había supuesto algunas expulsiones de

clase. Lo prefería; la ayudaba a olvidar las noches agitadas por los temores. Pero ahora era distinto. Lamentaba especialmente cómo se iban a sentir su hermana y Nuria al enterarse.

Estaba agotada cuando apareció en la playa de los pescadores. Para entonces, el enfado se le había rebajado un poco. Unos marineros hablaban de fútbol mientras preparaban unas redes. Al parecer, habían eliminado al equipo local en la primera ronda y la policía había tenido que proteger a los jugadores de su propia afición.

Cuando pasó por las casas viejas, pensó que al menos podía decir adiós a Fernando. Como era sindicalista, Carmela lo nombró en ese momento alto representante de las gentes de la villa y de la comarca, para que despedirse de él fuese como despedirse de todos. Pero sintió una punzadita de dolor al comprobar que no había nadie en casa, una vecina se lo confirmó.

Echó un vistazo alrededor. Los brillos del mar la fascinaron como el día en que llegó. Por primera vez, la idea de alejarse de esos parajes le produjo un vacío en el corazón. Se sentó un rato en la playa.

La parada del autobús estaba en la otra punta del pueblo, pero era casi mediodía y, a punto de desfallecer, decidió entrar en El Gnomo. Fue entonces cuando se giró, atraída por unos pitidos. Los llevaba oyendo un rato, sin darse por aludida. Desde la calle del bulevar, Joaquín agitaba la mano por la ventanilla de su coche.

Accedió a montarse en el vehículo aparcado por consideración a su antiguo mentor, pero dejó la maleta en la acera para evidenciar que seguía enfadada. El hombre había venido de la ciudad en cuanto le habían contado el incidente. Sin embargo, no mostraba un semblante diplomático como en otras ocasiones. Todo indicaba que estaba molesto y que no veía en Carmela una víctima. Normal, se dijo la joven; después de todo, había llamado «sucias putas» a su idolatrada Eu-gé-nie.

—Los ánimos andan muy crispados —dijo el galerista, serio. Los vehículos pasaban por la calle. Al otro lado, la playa continuaba con una vida llena de infinitos detalles—. Parece que las personas tendemos a complicar gratuitamente las cosas.

Era verdad. Podía haberse defendido como agredida, pero no deseaba alargar ese juego.

—¿Qué quieres? —preguntó Carmela—. ¿Una disculpa? Se me han agotado, una pena.

—A estas alturas, las disculpas no cotizan nada.

—¿Entonces?

—Quiero que vuelvas.

Carmela no podía creerlo.

—¿La has convencido? —Ella también tenía algo que decir—: Ni hablar —sentenció, abrazándose al tubo verde.

Joaquín negó con la cabeza; de pronto, parecía agotado.

—Solo para que te readmita hasta que traspases tus funciones a Eduardo.

Por un momento, había albergado una extraña esperanza que no llegaba a identificar.

—Ya. Pero eso puedo hacerlo a distancia.

—No con la que hay montada. Demasiados papeles, demasiados correos, demasiados pormenores. Si empezamos otra vez desde cero, no arreglaremos nunca el desastre que organizó el gestor.

—Si vuelvo, esa mujer y yo nos acabaremos matando. ¿Es eso lo que pretendes?

—No seas bruta. Eso no va a pasar. Tan solo tienes que comportarte como una profesional. Sí, debías lidiar con el carácter de ella, pero no hay trabajo sin dificultades. Esperaba que te adaptaras bien y que disfrutases de ese entorno. Creía que iba a ser bueno para todos, para ti la

primera.

Se sintió mal, apenas había pensado en Joaquín. Más allá de sus intereses económicos, lo cierto era que el hombre había dado la cara por ella. La viuda y la secretaria habían utilizado y herido a otros en sus conflictos personales.

—Te he mentido —dijo Carmela—. Me queda una disculpa en el fondo de la mochila. Me parece que te la debo a ti.

Joaquín se limitó a suspirar.

—Me ha costado hacerla reconsiderar esto. —A Carmela le dolió imaginar a Joaquín arrastrándose aún más ante Eugenia—. Las condiciones son que continuarás con las tareas más apremiantes y traspasarás el resto al abogado. Os comunicaréis entre vosotras lo mínimo posible, preferiblemente a través de Eduardo o de mí. Nada de lanzar reproches ni de preguntar indiscreciones la una a la otra, el pasado es el pasado. Permanecerás en la villa hasta que transfieras tus funciones o hasta que se dé por finalizado el tema de las instalaciones, se abran o no. Luego, te irás para no volver.

«Dile que no», quiso responder. Pero la melancolía engulló el fuego de su interior como una gaviota se tragaba un pescado: el pez no desaparecía, solo se transformaba en pájaro.

—No estará en la casa durante unos días —prosiguió Joaquín—. Ha improvisado un viaje con ese Gustavo. —Su cara delató que no le agradaba la idea. Carmela sospechaba cada vez más que el galerista sentía algo por esa hermosa mujer—. Y bien, ¿qué dices?

Carmela oyó el sonido del mar formando espuma en la orilla de la playa, lo acompañaban los graznidos de las gaviotas. Vio que la arena se dejaba invadir pacientemente por el agua, los animales y las personas.

No intercambiaron una palabra durante el trayecto. El galerista condujo mirando al frente todo el tiempo y la joven contempló el paisaje por la ventanilla, fijándose en la solemnidad de las cañas que custodiaban el camino que había recorrido a pie el primer día. Conforme más se acercaban a la villa, más avergonzada se sentía.

Le costó mirar a la cara a los que se cruzó en la casa. El lugar estaba tranquilo y silencioso. Nadie quiso forzar una conversación en toda la tarde. Solo Mercedes, cuando se quedaron a solas en la cocina y le sirvió un apetitoso estofado, se atrevió a darle un beso en la cabeza.

Carmela rompió a llorar.

Durante los siguientes dos días, sintió el renacimiento que siempre proporcionan las segundas oportunidades, aunque la suya tuviera fecha de caducidad. Meditó sobre ello mientras se peinaba ante el espejo de su dormitorio, bien temprano para aprovechar la mañana; el trabajo había resultado ser su mejor refugio.

Le sorprendía lo rápido que había retomado la rutina, ampliada con los correos que enviaba a Eduardo con explicaciones y documentación, pese a que, por lo visto, el abogado aún no disponía de tiempo para atenderlos. Salvo por eso, todo era igual, aunque distinto. La villa parecía tintada de otro color, uno carente de futuro que hacía que las horas transcurrieran más despacio. Sus días en la villa estaban contados. «Partir, un poco morir», le sonaba que decía un dicho francés.

De camino al ordenador de la biblioteca, con un café en la mano, se recordó que Eugenia volvía de su viaje esa tarde. No la había visto desde la desastrosa cena. La viuda tenía concertado un encuentro con Pepe Paco, un poderoso político local. Toda la vida había sido el alcalde del pueblo; pero, tras perder las últimas elecciones, buscaba apoyos para recuperar su posición. Hasta había prometido que el equipo de fútbol subiría de categoría con él en el Ayuntamiento. Joaquín y Rafa lo criticaban, coincidían en que era un trepa de cuidado. Al parecer, el tipo estaba con los que querían que se reabriesen las instalaciones. La verdad era que a Eugenia la presionaban mucho desde ambos bandos. Pero Carmela no sentía compasión por la consentida; se merecía eso y cosas peores.

Se asomó un momento por la ventana, dándole un sorbo al café. Casualmente, vio a Rafa trasladando provisiones desde una furgoneta hasta la cocina. El día anterior, el muchacho le había dicho con toda claridad que deseaba llevársela a la cama; ella pensó que intentaba aprovecharse de su estado anímico, le costaba creer que a Rafa le atrajera su cuerpo. Pero emocionalmente se encontraba vulnerable y por poco aceptó. Se besaron en la arboleda, permitió que la tocara, aunque al final decidió que mejor no, al menos con la crisis tan reciente.

—Espera, guapo —le había dicho a Rafa, separándolo de ella con una mano.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él, confuso.

—Corres más que un chisme en un pueblo.

Y más corrió ella para llegar a su habitación esa noche, casi huyendo. Se lamentó de que Rafa pensara que era una puritana. El muchacho la atraía, pero no quería hacerse más daño si ella se encariñaba y él la abandonaba.

Enseguida había desplegado una réplica del cuadro y se había sentado en la cama para mirarla. Los perros eran bellas figuras estáticas. Parecía mentira la vida que exhibían en los fenómenos. En cierto modo, los envidiaba, durante esos momentos estaban más vivos que ella. Sabía que debía destruirlos, pero era consciente de que las cámaras de seguridad habían delatado sus escauceos y de que lo seguirían haciendo. Se enfrentaba a su última oportunidad. El siguiente paso que diera para conseguir su objetivo secreto sería el definitivo.

Agradeció no haber dormido mal a pesar de esas disquisiciones. Dejó el café a un lado, encendió el ordenador y comenzó a trabajar. Al poco, entró Amparo. Trataba a Carmela con desaire. Nunca le perdonaría que hubiera hablado a su dueña de aquella forma tan grosera.

—El correo de la villa —se limitó a decir al ponerlo encima de la mesa, y se marchó.

Carmela se fijó en un sobre grande y abultado. La dirección estaba escrita a máquina y no

tenía remitente. Al volcar su contenido en el escritorio, cayeron un papel y algo asqueroso metido en un plástico sellado al vacío; parecían vísceras sanguinolentas. Lo que decía el papel no era mejor:

Como abras las fábricas, te vamos a matar, PUTA. Vete de esta tierra o te sacaremos las tripas.

Joaquín insistió en no llamar a la policía, lo cual sorprendió a Carmela e indignó a Amparo. El macabro sobre había adelantado la visita del galerista a la villa, que iba a reunirse con Eugenia y Pepe Paco por la tarde.

—Amenazan de muerte a la señora —protestó la mujer.

—Lo dudo —contestó Joaquín, tranquilo. Miraba las vísceras sentado en la mesa de Carmela—. Esto es cosa de un tarado que pretende intimidarnos.

—Pues claro que es un tarado que pretende intimidarnos —repuso Amparo—. Por eso hay que dar parte a la guardia civil.

—Eso es justo lo que quiere —dijo Joaquín, poniéndose en pie—, que publicitemos su demanda. Solo se trata de un hígado comprado en un supermercado. Madre mía —dijo entre risas—, si hasta tiene la marca de haberle quitado la etiqueta.

—¿En serio? —Carmela se acercó para comprobar que tenía toda la pinta.

—¿Y qué más da? —insistió Amparo—. Esto hay que denunciarlo.

—Está bien —resopló Joaquín—. Pero no endosemos esto a Eugénie, solo serviría para preocuparla más y provocar que se vaya de nuevo para relajarse. —«Señorita entre algodones», pensó Carmela—. Vamos tú y yo al cuartelillo —le propuso a Amparo—. Se lo contaremos cuando vuelva, pero mejor si le ahorramos este trámite.

El ama de llaves aceptó el planteamiento. A Carmela le fastidiaba coincidir con Amparo. No compartía la confianza del galerista. Le inquietaba que la consentida corriera peligro. Sus conflictos con ella eran una cosa, y esto, otra muy distinta. Pero seguía negándose a sentir aflicción por ella.

Las cajas se apilaban en la escuela de pintura sin nadie que gastara su contenido. Carmela dejó ahí una de las dos que le acababa de entregar el mensajero en la puerta. Luego, recorrió la estancia para asegurarse de que las demás estaban cerradas, como hacía a diario. Ya fuera por las discusiones, las dificultades de los negocios o la desgana de Eugenia, seguían faltando los últimos acondicionamientos para abrir la escuela. Por no hablar de la persona que impartiría la formación, un detalle importante que todavía no habían decidido.

El otoño se mostraba esplendoroso, las hojas cubrían el suelo de la villa. Mientras cerraba los candados de la escuela, con una pequeña caja bajo el brazo, oyó las voces del resto de los empleados. Rafa limpiaba las rejillas de drenaje junto a los jardines. Elvira le preguntaba a Antonio desde lejos por el regreso de la señora, para saber qué ropa debía entregarle a Josefa. La mayoría actuaba como si el incidente de la cena no hubiera tenido lugar, casi todos trataban a Carmela como antes. Sin embargo, los perros más fieles de la viuda, Antonio y Amparo, se habían vuelto más fríos con ella. El hombre conservaba la sonrisa, pero ya no bromeaba con Carmela, y las conversaciones que mantenían eran cortas y solo por motivos de trabajo.

La caja que sostenía en las manos no era para la escuela de pintura, sino para Gustavo. El novio de Eugenia ponía a veces la villa como dirección de entrega, contribuyendo a aumentar el mito de que no tenía casa estable. Estuvo tentada de abrir el paquete, pero desistió.

Temía que Eugenia le hubiera contado a Gustavo que Carmela lo había llamado «chulo»

delante de todos. Conforme pasaba el tiempo, le cogía más miedo a ese extraño hombre. Hasta Antonio hablaba en ocasiones de él con suspicacia, aunque en cuanto lo veía se ponía a sus pies. Y, a pesar de que Marta intentaba evitarlo, seguía sin quejarse de sus órdenes hoscas. Carmela se había atrevido a preguntarle a la chica si Gustavo se había propasado con ella en alguna ocasión, aunque solo fuera devorándola con los ojos, como ya había hecho con Carmela. Marta lo había negado como si se tratara de una niña inocente que no entendía de esas cosas ni contaba chistes verdes en la playa. A Carmela le había dado tanto coraje que se había tenido que contener para no preguntarle por sus escarceos con el campero.

Pero cada vez estaba menos relacionada con todo eso, tenía un pie fuera de la villa. De vuelta a la casa, no le costó ningún esfuerzo que el lugar la embelesara de nuevo. Los jardines resplandecían con colores intensos y el ajetreo de los empleados avivaba la finca como la sangre cuando corría por las venas.

Le alegró la sorpresa de encontrarse a Fernando en la puerta de la mansión. Por lo visto, el muchacho venía preguntando por ella. Llevaba sus habituales bermudas, pero en esta ocasión vestía una camisa de rayas rojas que parecía recién estrenada.

—Me dijeron que fuiste a mi casa —dijo Fernando, contento.

—A pedirte sal —dijo Carmela, acercándose—, pero luego recordé que había aquí. ¿Cómo estás?

—¿Ibas a por sal con una maleta?

—Me hacía falta mucha.

Carmela esperaba que el muchacho se diera cuenta de que no tenía ganas de hablar del tema. Fernando le tendió entonces una bolsa.

—Para que no necesites sal durante unos días.

La joven comprobó que contenía unos cuantos envases de plástico.

—¿Y esto?

—Algunos de los platos que cocino: unas tortillas de camarones, una lasaña de carne, un bizcocho de naranja y otras cosas más. Las tortillas y la lasaña mejor las calientas antes.

Otro desafío de voluntad para su dieta. Agradeció la comida, aunque prometió compartirla con más personas. Todavía le dolían los comentarios hirientes de la viuda a su apetito mal llevado.

—Me gustaría ofrecerte dar un paseo o hablar en algún sitio, pero hoy no puedo —se disculpó Carmela.

—Tranquila —dijo Fernando—, de todas formas me tengo que ir. —Ella no sabía si era verdad, quizá la timidez lo limitaba—. ¿Sigues con mucho trabajo?

—Más del que cabe en la agenda. —«Pero no durará demasiado»—. Y todavía debo preparar para esta tarde la reunión con el Pepe Paco ese.

Fernando resopló. El tal Pepe Paco debía tener admiradores, pero Carmela no había encontrado ninguno.

—¿Qué pasa? —se interesó la joven—. ¿No es trigo limpio?

—Cuidado con ese hombre —advirtió el muchacho—. No me generan confianza los políticos del pueblo —dijo con cara de antipatía—, pero Pepe Paco menos que nadie.

—Tomo nota, me coseré los bolsillos.

—No sé cómo hay gente que lo vota. Dicen que está a favor de los trabajadores, pero yo creo que lo que busca es recuperar la alcaldía como sea. Y, cuando lo haga, se olvidará de todos.

—La historia de siempre, Fernando. Me temo que nadie se preocupa por nadie.

—Este dejó en la estacada a los de la cooperativa de aceite. —Frunció el ceño—. Los políticos que son así deberían pagarlo con algo más que con perder el sillón.

La joven notó que el muchacho se ponía otra vez tenso. Se alteraba con facilidad, en especial cuando se trataba de injusticias que sufrían las personas vulnerables.

Charlaron unos minutos sobre el campo y la comida. Después, Carmela lo acompañó hasta su viejo coche.

—¿Estarás por aquí estos días? —preguntó ella.

—Casi siempre. Solo iré a la ciudad lo imprescindible.

—Si quieres, una tarde damos una vuelta y me explicas cómo has aprendido a cocinar tan bien. —Carmela se sorprendió a sí misma con ese ofrecimiento.

—Vale —dijo el muchacho, colorado, y se metió en el coche.

Carmela se inclinó para una última broma:

—Tráeme la autorización de tus padres para ir de excursión.

—No necesito el permiso de mis padres —dijo, serio.

—Lo sé, hombre. —Carmela rio ante la candidez del muchacho.

Los cuadros del pasillo la miraban, seguro. Quizá la percibían como una amenaza. Si estaba dispuesta a destruir uno, ¿por qué no los demás?, se diría que comentaban entre ellos. Contemplaba una a una las obras del fallecido pintor, haciendo tiempo hasta la reunión que tendría lugar en la sala de estar. Los trazos con los que Chisco había creado esas pinturas eran bellos y originales por sí solos, o eso le parecía a Carmela. A veces tomaban formas tan irregulares como la naturaleza misma.

Escuchó un vehículo llegar y se acercó hasta la ventana. Un tipo rechoncho y calvo se bajó en mangas de camisa y corbata de un cochazo negro; luego se puso una chaqueta que sacó de la parte de atrás. Carmela imaginó que era Pepe Paco.

Saludó a alguien que estaba trabajando por allí. Le sorprendió que se tratara de Rafa porque, aunque lo había criticado, contestó al exalcalde con notable simpatía.

Carmela se giró al oír unos tacones que iban hacia la sala de estar. Era la viuda, circunspecta. Joaquín la seguía. La joven se había enterado de su llegada del viaje, pero había preferido no salir de la biblioteca, no se sentía preparada. El galerista le había asegurado que Eugenia contaba con ella para la reunión y que lo mejor era retomar todo desde ahí, como habían acordado.

Pepe Paco hoció efusivamente a la viuda en ambas mejillas, sacudió con fuerza la mano de Joaquín y le dio un apretón en el brazo a Carmela mientras le plantaba los dos besos. La joven estaba convencida de que le dejaría un moratón.

Entraron en la estancia y se sentaron en los acogedores sillones. Eugenia vestía una falda oscura con cinturón de cuero y una blusa gris bajo una chaqueta blanca. Carmela se había puesto su ropa más formal, comprada por internet: pantalones negros, camisa burdeos y unos fastidiosos zapatos de tacón. Evitó mirar a la viuda y sospechó que esta hizo lo mismo, por lo que desconocía su actitud hacia ella. Abrió la libreta, dispuesta a tomar notas como si fuera una taquígrafa, así no pensaría tanto.

—Cómo deseaba volver a esta villa —Pepe Paco aceptó uno de los cafés que trajo Amparo—, siempre tan maravillosa.

—Esta casa y la naturaleza que la rodea son dignas de ser visitadas a menudo —dijo Joaquín mientras el ama de llaves se iba. Carmela sabía que el galerista no estaba contento con la presencia del político, pero guardaba las apariencias.

—Esa es la excusa que ponemos todos —dijo Pepe Paco—. Pero a lo que realmente venimos es a deleitarnos contigo —le dijo riendo a Eugenia.

Joaquín se forzó a reír. La viuda se limitó a esbozar una leve sonrisa. Carmela deseaba que empezaran a hablar de cosas que pudiera apuntar.

—¿Sigues preparando la campaña electoral? —preguntó Eugenia.

—Desde luego. Aún me queda mucho que hacer en ese Ayuntamiento. ¿Votarás por mí? —dijo con una mueca de travieso.

—Antes leeré el programa electoral —dijo Eugenia, que a continuación bebió de la taza.

Pepe Paco soltó unas carcajadas.

—Una de mis promesas es que volverás a cederle cuadros al centro municipal.

—Quizá. Hablaremos de ello.

—Lo doy por hecho —dijo Pepe Paco.

—El precio es lo único que quedaría por acordar —indicó Joaquín.

—¿Vas a cobrarnos por una donación temporal? —rio Pepe Paco—. Eso es un disparate. Pero me gusta que alguien vele por los intereses de Eugenia. Y de eso es de lo que quería hablar. —Poniéndose serio, se dirigió a la viuda—: Esas instalaciones me preocupan tanto como a ti. Mira lo que te digo, me comprometo a que se abrirán sí o sí.

—Te lo agradezco —dijo Eugenia.

—¿A qué se debe este interés repentino? —preguntó secamente Joaquín—. La agricultura no siempre fue una prioridad para ti.

Lo cortante del comentario no le pasó desapercibido a nadie.

—Es verdad, es verdad —sonrió—. ¿Qué puedo decir? Cometí un error al dejar con el culo al aire a mis viejos amigos de la cooperativa. Aquello me costó el Ayuntamiento.

Estaba claro que no lo lamentaba por sus viejos amigos, pensó Carmela.

—¿Y no te disculpas públicamente con ellos? —preguntó Joaquín con cierta malicia—. Sería una buena estrategia para ganar votos.

Pepe Paco lo miró, mostrando una sonrisa tensa.

—Quien sabe hacer amigos nuevos no necesita pedir perdón a los viejos. —Se volvió hacia Eugenia—: Pero no desprecio ni un solo voto, por eso quiero hacer las paces con el campo. Gracias a mi apoyo, todo saldrá adelante.

Aunque Carmela sintió alivio porque eso era beneficioso para la viuda, enseguida se acordó de que, después de haber luchado por los intereses de Eugenia, solo vería abiertas las instalaciones desde la autovía.

—Perdón —dijo Joaquín—, pero no son garantías con todos los que mandan por aquí en contra. En mi opinión, el asunto de las instalaciones no merece tanto desgaste y sinsabores. Eugénie puede vivir perfectamente sin ellas.

—Ya lo hemos hablado —espetó la viuda a Joaquín—. Haré todo lo que esté en mi mano para abrirlas. —El galerista apartó la mirada, incomodado—. Estaré bien, si lo dices por eso.

—¿A qué os referís? —preguntó Pepe Paco.

—Al parecer, he recibido amenazas —dijo Eugenia con tranquilidad; Joaquín debía de haberle suavizado el asunto del sobre.

—Vaya por Dios —lamentó Pepe Paco—. Pero eso no debe intimidarte, por aquí ladran mucho y no muerden a nadie.

—Eso mismo he dicho yo —intervino Joaquín—. A mí me preocupa el negocio en sí. La burocracia es infinita y los terratenientes se alzarán en armas tarde o temprano. Yo solo digo eso.

—Confiad en mí —pidió Pepe Paco—, yo me ocuparé de los terratenientes.

—¿Y de la burocracia? —suspiró Eugenia.

—También —dijo, orgulloso, el político. Se levantó para sentarse en una silla cerca de Eugenia—. Tengo contactos en la consejería. Gente importante. Tú pon a funcionar las instalaciones aunque falten algunos papeles, deja que te abran un expediente. Ellos se encargarán de ir retrasándolo hasta que hayas reunido todo o hasta que prescriba.

Carmela no sabía si la viuda lo miraba con incredulidad por lo descarado del chanchullo o porque dudaba de que tuviera esos contactos, pero la incomodó que la corrupción política desfilara delante de ella, no estaba acostumbrada. Eugenia pareció meditar la propuesta. «La apertura de las instalaciones es lo primordial para ella», pensó la joven.

—Pero eso sí —continuó Pepe Paco—, hay que abrirlas antes de las elecciones.

—Imposible —lamentó Eugenia.

—Y muy arriesgado —insistió Joaquín—. No podemos confiar en una propuesta así, no te ofendas —dijo a Pepe Paco.

—Embarco con vosotros en esto —contestó el político—. ¿Crees que voy a dejar que mi imagen se enturbie? Dependo de ella, es la que me da de comer. Ya me he comprometido con muchos, Eugenia —dijo, serio—, no puedo aceptar una negativa.

La libreta se llenaba de notas, algunas absurdas. La incomodidad hacía que escribiera sin parar.

—No estarás apuntando nada de esto, ¿verdad? —preguntó Pepe Paco, sonriente, al reparar en Carmela.

—Eh, no, qué va. Son notas mías de otra cosa —se le ocurrió decir.

—¿Os habéis fijado? —Pepe Paco la señaló—. Una joven prudente que se limita a hacer sus cosas. —«Eugenia está un pelín en desacuerdo con eso, te lo aseguro»—. Vosotros haced lo mismo que ella y dejad que el riesgo lo corra en todo caso yo. Os prometo que cumpliré con esta oferta tan generosa. ¿Es que acaso no tengo cara de honrado? —preguntó a Carmela en tono burlón.

Ella miró de reojo a Eugenia, pero estaba pensativa. Imaginó que Fernando habría vomitado si hubiera presenciado esa escena.

—Yo suspendí Ética en el instituto —respondió Carmela—, no sabría decir.

Pepe Paco rio sonoramente.

—Una oferta generosa —reconoció Eugenia—, cierto. ¿Y debo creer que solo hace falta un apretón de manos para cerrarla? —preguntó con suspicacia.

La mirada del político se volvió torva a pesar de la sonrisa.

—Una mujer inteligente. —Se echó hacia atrás en la silla—. Vosotros os jugáis quedaros como estabais, pero yo me juego el cuello con esto. No pido dinero —dijo como si le causara repulsa—. Quiero una parte de las instalaciones.

Se hizo un embarazoso silencio. Todos observaron a Eugenia, quien, sin embargo, parecía no haberse sorprendido.

—Podemos negociarlo —aclaró Pepe Paco—. Pero no menos de un veinte por ciento. Si hace falta poner algo de capital, dispongo de unos ahorros. Tampoco lo pido gratis. Solo deseo tener presencia en la agricultura, se lo debo a esta tierra.

—¿Te referías a eso con lo de hacer las paces con el campo? —preguntó, tranquila, Eugenia.

—Exactamente —rio el político.

—Pues no será gracias a mis instalaciones.

Pepe Paco dejó de reír poco a poco.

—Creía que éramos amigos y que nos estábamos entendiendo.

—Y así es —reconoció la viuda—. Pero pides algo que no depende de mí. Mi abogado acaba de cambiar el marco jurídico de las instalaciones por orden mía. Los trabajadores poseerán una importante participación en caso de reapertura. Ellos también tendrían que aceptarte. Y tú y yo sabemos que eso no va a pasar.

«De ahí que Eduardo estuviese tan ocupado», pensó Carmela. La buena consideración de la viuda hacia los trabajadores la impresionó y, por un momento, dejó a un lado la imagen de consentida que tenía de ella. Pero aún la impresionó más la sospecha de que Eugenia había previsto ese movimiento de Pepe Paco. Involucrando a los trabajadores, se sacudía de un plumazo la presión del político y obtenía el apoyo popular, lo cual también la reforzaba frente a los hacendados rivales.

«Qué *jodía*».

Durante unos instantes, Pepe Paco miró a la viuda con una sonrisa forzada.

—¿Vas a hacerme eso a mí?

—Me temo que ya está hecho —dijo Eugenia con firmeza, adelantándose a Joaquín, que se disponía a hablar.

—De acuerdo. No siempre se gana, cada vez lo aprendo mejor. —Pepe Paco se levantó—. Pero, si surgen complicaciones con la reapertura, supongo que entenderás que no podré echarte una mano —dijo con cinismo—. Como tampoco podré ayudarte con las denuncias que te han puesto ni con cualquier otro problema administrativo que, Dios no lo quiera, te surja en el futuro.

—Por lo pronto, lo único que no puedes hacer es utilizar mis instalaciones en tu campaña —dijo la viuda, poniéndose en pie—. Pero, si ganas, cederé unos cuadros al centro municipal. Eso sí lo puedes prometer.

La sonrisa de Pepe Paco era una cuchilla.

—Gracias por todo. —La besó—. Y recuerdos a Gustavo —añadió, para extrañeza de Carmela—. Llevamos tiempo sin oír historias de él.

Una nueva indirecta, pensó la joven. Las leyendas en torno al novio de Eugenia eran casi siempre tenebrosas. Le molestaba la actitud del político. Quizá situaciones así eran normales en esas esferas, tanto las propuestas corruptas como las coacciones encubiertas, pero eso no quitó que se sintiera indignada, a pesar de que su enojo con la viuda no se le había pasado.

Pepe Paco salió de la mansión acompañado por Joaquín, y la viuda y Carmela se quedaron en la entrada. La joven pensó en si debía hablar con ella. Pero, antes de decidirlo, su jefa se fue hacia dentro sin decir una palabra. Estaba claro que Carmela no era la única enfadada.

Por la noche, se tumbó en la cama y miró la réplica sobre la cómoda. Se apoderó de ella un temor. Recordó que estaba sola, recordó las amenazas explícitas e implícitas que había presenciado, recordó las dificultades y peligros de la propia villa, recordó que el perro negro era su principal sospechoso del asesinato. Todo parecía una cuenta atrás que la empujaba hacia lo mismo: destruir el cuadro antes de que ella sucumbiera a la villa o la echaran para siempre.

El frío se mostraba cada vez menos indulgente, con el invierno a la vuelta de la esquina. El acantilado al este de la villa se enfrentaba al mar, poniendo a salvo la tierra por encima de las olas, impetuosas y testarudas.

—No me juzgues por esto —pidió Carmela—, tengo mis razones. —Escondía algo grande y rectangular envuelto en plásticos de burbujas en el interior del viejo sofá, tumbado sobre la hierba—. Y ni se te ocurra chivarte, o tendremos unas palabras tú y yo.

Tiposo, sin darse por aludido, olisqueaba los destartalados muebles bajo la intemperie. Carmela rezó para que el infeliz sofá permaneciera tan olvidado como siempre. Al terminar de colocar la tela de la base con una grapadora, lo puso de pie.

—En cuanto llueva, trescientos euros a la mierda —auguró.

Seguía sin parecerle el mejor plan, pero, en el fenómeno de hacía una semana, Tozudo y Azuquítar habían sido claros en sus instrucciones. O eso pensaba ella. Ojalá estuviera acertando. Por favor.

Le apeteció fumarse un porro, pero no tenía tiempo.

—Vamos —ordenó a Tiposo—. Debemos estar de vuelta para cuando llegue don Arturo. —Además, la mañana se había despertado con algunas nubes oscuras y temía que se le derramaran encima en cualquier momento.

El terrateniente, sospechoso de ser enemigo de Eugenia en la sombra, iba a llevarles comida de su cortijo como prueba de buena vecindad. La joven dudaba de que estuviera tan deliciosa como la que preparaba Fernando; todavía se le hacía la boca agua al acordarse del bizcocho de naranja.

«Esa momia cree que toda la costa es su mausoleo», recordó que le había dicho Eugenia a Amparo. Había avisado de que le iba a surgir un imprevisto, aún por decidir, para escaquearse cuando llegara su vecino. Carmela lo recibiría en su lugar.

Tuvo que aligerar el paso, se le hacía tarde, lo que provocó que la respiración se volviera tan sonora que hasta Tiposo la miró. Su forma física había mejorado gracias a los paseos esporádicos, pero seguía siendo penosa. Cuando iba por los caminos con más gente, disimulaba el ahogo riendo para que no se dieran cuenta de que estaba a punto de morir. No conseguía meterse en cintura bajo ninguna disciplina, reconocía esa condición suya que, en parte, contribuía a sus tensiones con Eugenia. La viuda apenas le había dirigido algunas palabras en las últimas semanas, pero la discordia entre ellas se había relajado, aunque solo fuera un poco.

Sobre la mesa de la cocina había una selección de embutidos, quesos, verduras enormes, panes y otros productos de la finca de don Arturo. Acababan de irse los ayudantes del hacendado que habían traído la carga.

—¿Prefieres esta exposición o una de cuadros? —dijo don Arturo, sonriente, cuando ella entró colorada por la caminata. El hombre llevaba uno de sus trajes finos, sombrero a juego y bastón.

—Los cuadros no engordan —contestó la joven—. Por lo demás, elijo esta.

El terrateniente dio rienda suelta a unas risas.

—¿Cómo está Maite? —preguntó Marta, que ayudaba a Antonio a colocar todo en las alacenas.

—Mi nieta está muy bien —dijo, orgulloso, don Arturo—. Deseando volver en las vacaciones

de verano.

—Dele recuerdos —dijo Mercedes mientras cocinaba—. Un encanto de muchacha.

—Qué ganas de verla —dijo Marta.

—Me pasa igual —dijo don Arturo—, la veo casi tan poco como a vuestra doña.

El comentario no pasó inadvertido para Carmela. Era obvio que ya le habían comunicado que Eugenia no lo recibiría. La joven supuso que se daría por enterado de que la viuda lo tenía en su radar de adversarios.

—La verdad es que parecen tesoros de la tierra. —Carmela cogió algunos de los productos que había traído el invitado—. Gracias, Arturo, ha sido un detalle.

—Muchas gracias, don Arturo —repitió Antonio, agachado frente a un armario.

—Tesoros —asintió el terrateniente—, pero mal pagados para aquellos que los extraen —dijo con rostro afligido.

Carmela pensó en el morro que tenía don Arturo. Según Fernando, era de los que peor remuneraban el trabajo.

—Si Pepe Paco vuelve a la alcaldía —dijo Antonio, incorporándose—, todo eso mejorará. —Agarró unas cajas y se despidió—: Don Arturo.

—Don Antonio. —En cuanto hubo salido, el terrateniente dirigió su opinión a Carmela—: Menudo sinvergüenza Pepe Paco. Vendería estas tierras, con todos nosotros dentro, si eso le hiciera ganar unas monedas.

No sería Carmela la que se lo cuestionara. Cuando Marta se fue de la cocina cargando unas bolsas, la sustituyó para ordenar los alimentos.

—Algunos dicen que son otros los que abusan desde hace mucho —dijo la joven sin poder reprimirse.

Don Arturo se le acercó. Habló bajo para que Mercedes, que canturreaba, no lo oyese:

—Eso es verdad. Fíjate en Josefa, la de la tintorería. Lleva años con miedo a subirle las tarifas a Eugenia por si se enfada. —Se veía que Josefa iba aireando sus pesares. ¿Por qué no se lo contaba a la viuda directamente?—. Y seguro que a ti no te paga mucho mejor. Me duele decirlo, pero creo que tu jefa es un poco explotadora.

Lo era en algunos aspectos, pero no en el económico. A Carmela le dolía reconocerlo, en eso la viuda era más generosa de lo que muchos creían. El tema con Josefa se debía a un problema de comunicación, no a otra cosa. Pero el comentario de don Arturo le sirvió para darse cuenta de que trataba de enemistarla con ella. Eugenia tenía razón sobre la hostilidad del hacendado.

—Quizá no es ella la más explotadora —replicó Carmela—. Denunciar falsamente a los vecinos para quitarse competencia también es un abuso. Y más si se hace sin dar la cara.

Don Arturo la miró contrariado, por un momento se puso blanco.

—Pero ¿cómo lo tratas así? —Joaquín entró en la cocina haciendo aspavientos. Por fortuna, le hablaba a Mercedes—. ¿No le ofreces ni un asiento? —La cocinera no supo qué decir—. ¿Vamos al salón? —le propuso al viejo.

—He preferido yo quedarme de pie, don Joaquín. Mercedes siempre me trata como a un rey. Además, ya me iba.

Carmela pensó que con quien estaba irritado Joaquín no era con Mercedes, sino con Eugenia por no recibir a don Arturo, pero eso jamás se lo reconocería ni a él mismo. Por algún motivo, el galerista sentía admiración por el hacendado. O interés. La venta de los cuadros continuaba detenida y se asustaba cuando los ingresos anuales no alcanzaban los niveles que consideraba seguros.

Joaquín y ella acompañaron a don Arturo hasta su coche. El viejo parecía haber encajado mal el comentario de Carmela y subió el nivel de las pullas.

—Los cuadros —dijo con desdén—, los invitados «refinados» de la doña, el resto del glamur, todo eso está bien para hacer de esta villa un lugar... vistoso. Pero trabajar la tierra es una cosa bien distinta.

Carmela se acordó de la pareja gay, probablemente lo de «refinados» los incluía a ellos. Echaba de menos al dulce Leo y hasta al cafre de Rodrigo.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo Joaquín, dándole tanta coba al terrateniente que ella estuvo a punto de escupirle.

—El mundo ha cambiado un poco desde la Edad Media —los desafió Carmela.

Don Arturo se paró junto al vehículo.

—No es eso —repuso—. Fíjate en su novio. Se cuentan historias raras, pero el muchacho es de por aquí. No desentona él, sino las extravagancias que ella hace con el campo.

El galerista asintió repetidamente, para náusea de Carmela.

—En fin —dijo el hacendado, entrando en el coche—. Solo espero que los acuerdos con los sindicalistas no enturbien más la situación.

—Me temo que lo están haciendo —dijo Joaquín—. Los sindicalistas de aquí tienen mucha energía, toda mal dirigida.

—Desde luego —coincidió don Arturo.

A Carmela le sentó mal, sobre todo por Fernando. Pero también se acordó de los besos que se había dado con Rafa. Se culpaba por dejar que Fernando tuviera esperanzas.

—¿Y qué hay del animal salvaje que mató a ese infeliz aún por localizar? —preguntó Joaquín, sosteniendo la puerta—. ¿Se sabe algo nuevo?

—Por lo que he oído, la guardia civil descartó pronto esa idea, aunque no quisieron contarlo. —Las palabras de don Arturo sorprendieron a Carmela—. Ahora dicen que es posible que el asesino fuera una persona.

Todavía con mal cuerpo, se encaminó al almacén para coger unos papeles. No esperaba que la guardia civil corroborara su teoría de que un monstruo había salido de un cuadro, pero la antigua versión la confundía menos. El cambio de criterio de los investigadores solo logró que se sintiera peor. Se acercó a la fuente para mojarse la cara. Marta pasó por ahí en compañía de Elvira, que se quejaba de los vecinos que entraban a su antojo en la villa, señalándolos como sospechosos de los robos y del vandalismo. Se marchó farfullando y Marta se quedó.

—Rafa me ha preguntado por lo que se ha dicho en la reunión con don Arturo —dijo cuando estuvieron a solas.

—¿Y a él qué le importa? —Carmela había pillado más de una vez al muchacho interesándose en asuntos de la viuda, aunque él lo pintaba como simple curiosidad, luciendo una sonrisa; una de esas tan bonitas que tenía.

—No sé —contestó Marta, encogiéndose de hombros. Puso cara de pícara—: Pero también me ha preguntado por su Carmela.

—Que siga preguntando un poco más.

—Ese quiere algo de ti —dijo con una risita.

Lo quería, sí. Y Carmela se lo daría muy pronto. Había quedado con él esa noche para que la llevara a la cueva. Sabía que el lugar tenía fama de picadero y que la gente contaba cuentos eróticos sobre la gruta al pie del acantilado, pero confiaba en que destilase algún romanticismo

que justificara su fama.

Entró por los patios del lateral oeste, el aroma de las frondosas plantas y arbustos era una perfumería natural. Por desgracia, se cruzó con Eugenia, que entraba por el otro lado y tampoco esperaba el encuentro. De alguna manera, la viuda se las arreglaba para desaparecer durante horas sin que nadie supiera si había salido de la mansión o no. Era un misterio al que Carmela se había acostumbrado, como los demás.

—¿Vas a la biblioteca? —preguntó Eugenia en tono plano.

—A preparar documentación para Eduardo.

Su jefa se limitó a asentir. Las dos se vieron obligadas a acompañarse hacia el interior, manteniendo un silencio incómodo. Pasaron entre pequeños limoneros y naranjos que ofrecían frutos solitarios sin que nadie los aceptara.

Atravesaron varios de los preciosos patios, algunos disponían de mesitas y sillas de mimbre y uno hasta tenía una fuente en el centro. Al fondo, vieron al campero cargando combustible para la caldera, pero giraron hacia la casa sin saludarlo.

—He atendido a don Arturo. Ha traído provisiones para un ejército y no ha dicho nada inesperado —explicó Carmela, que no podía soportar más el silencio.

—Bien.

—A veces se pasa un poco con sus comentarios hacia la villa —añadió Carmela, como si la conversación se normalizara—. No he tenido más remedio que darle algún corte.

—No había necesidad.

Carmela no sabía si Eugenia le estaba regañando. Ella solo pretendía decir que había defendido el lugar. Antes de que se le ocurriera una contestación desdeñosa, prefirió pellizcarse una pierna con rabia.

Sin despedirse, se separaron en la explanada de la piscina. Carmela se dirigió al interior por el salón y la viuda fue a reunirse con su novio, quien descansaba en camiseta sobre una tumbona. Cuando la joven se giró para cerrar la corredera, vio que Gustavo rodeaba con fuerza los muslos de Eugenia y, pese a su resistencia y que no parecía de humor, la atrajo sin cuidado para que cayera sobre él. Al final, ella acabó besándolo.

La rabieta hizo que apenas se concentrase a lo largo de las dos horas que estuvo frente al ordenador. «Mejor que Eugenia no aguante la respiración esperando a que salga otra vez en su defensa».

Amparo entró a avisarla de que había un mensajero en la escuela de pintura. Carmela notó que temblaba mientras se dirigía al sitio. Se había propuesto hacer aquello sin darle más vueltas. Pero le era muy difícil.

Todo había empezado la noche en que Tozudo y Azuquítar la convencieron de que debía sustraer el cuadro de la villa haciéndolo pasar por un televisor defectuoso. Bueno, no lo dijeron con esas palabras, pero así lo entendió ella. Había comprado uno de cincuenta pulgadas, el más barato que había encontrado, con la excusa de ponerlo en su cuarto, para más tarde afirmar que no iba. Extraer el cuadro de la sala de seguridad le había resultado más fácil de lo que pensaba cuando, como más o menos le auguraron los perros, Joaquín le pidió llevar allí un liviano mueble con ruedas para guardar sus productos. Antes de meterlo, Carmela le quitó las baldas para dejar hueco. Una vez dentro, introdujo el cuadro de los perros y sacó el mueble con el pretexto de que tenía que limpiar antes el rincón. Finalmente, volvió a colocar el mueble después de esconder el cuadro en su dormitorio. Esperaba que aquello no llamara la atención en las grabaciones de vídeo. Lo que había ahora en la sala de seguridad era una réplica en un marco parecido y cubierta

con una tela. Tardarían en darse cuenta.

El mensajero la esperaba en la puerta de la escuela de pintura, mirando con impaciencia su reloj.

—Un segundo —le pidió ella—, tengo el paquete listo aquí dentro.

Abrió con temblores los candados. Al fondo de la escuela estaba el embalaje con el que había llegado el televisor que supuestamente no funcionaba, ese que había llevado tapado hasta los muebles abandonados y que había escondido en el interior del sofá, siguiendo las crípticas instrucciones de los perros.

Carmela no entendía el porqué de un plan tan extraño. Pero el caso era que, después de tantos miedos y esfuerzos, tenía el cuadro de los perros en la escuela de pintura, a sus pies, envuelto con esmero y guardado en el embalaje del televisor. Quizá las absurdas maniobras del plan habían creado un ruido en su mente que evitó que se bloqueara ante las dificultades principales.

La situación actual le permitía sacar el cuadro de la villa antes de que la echaran. Ya pensaría qué hacer con él más tarde. En un primer momento, iba a enviárselo a Toñi, pero no se fiaba de que su hermana lo abriese aunque se lo prohibiera explícitamente. Por eso había puesto la dirección de su amiga Nuria. Era la única en quien confiaba.

Al girarse con el paquete, le dio con el codo a un florero de barro. Se rompió en mil pedazos en el suelo.

El mensajero se extrañó de que Carmela no terminara de soltar el paquete al entregárselo. El hombre tuvo que tirar con fuerza.

La barca pasó al pie del acantilado nocturno, bajo las fincas que se diseminaban al este de la villa. Sus luces, junto con las farolas de las playitas que se alternaban entre las rocas, alumbraban ese margen del mar. La embarcación motorizada que había alquilado Rafa, pequeña pero cómoda, iba un poco rápido en opinión de Carmela.

—La cueva —señaló Rafa, sonriente.

El acantilado, que tantas veces había visto de lejos desde los muebles abandonados, escondía la oscura cavidad entre dos imponentes columnas pedregosas que se cerraban por encima. Rafa redujo la velocidad para bordear unos peñascos que sobresalían del mar y después giró en dirección a la cueva. Carmela se fijó en el atractivo muchacho. Habían estado besándose apasionadamente antes de salir. Ella había llegado a excitarse. Durante aquellos momentos, se había olvidado de las dudas y de los malos ratos.

La luz escaseaba por ahí y Rafa encendió más focos para iluminar delante. Si había gaviotas cerca, el motor no dejaba oírlas. Seguro que las aves sabían cosas que ella no. Miró a su espalda. Las olas quebraban la luna cuando esta nadaba sobre la superficie del mar. Unas nubes interrumpieron la ilusión.

Penetraron en la caverna muy despacio, con el motor al mínimo. Las bombillas marcaban la ruta para los turistas, pero Rafa se desvió por un hueco. Y por otro. Afortunadamente, también había focos en esa parte. Los reflejos de las estalactitas resultaban preciosos y amenazantes a la vez, flores de roca y colmillos temibles. La humedad y el frío eran patentes, menos mal que llevaban ropa de sobra y un calefactor de gas.

Rafa detuvo la barca junto a un muelle natural. Montaron una tienda de campaña, encendieron el calefactor y enseguida reanudaron los besos y las caricias, sentados sobre unas mantas. Le gustaba apretar los duros brazos del joven, pero se esforzó por detenerlo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí —sonrió—. Solo quería ver esto.

Se asomó fuera de la tienda y alzó la vista. Las estalactitas sobrevolaban sus cabezas. Rafa se relajó, doblando una pierna.

—Vienen a limpiarlo todos los días —indicó—, lo cuidan mucho. Por los turistas, ya sabes.

—Los filos imponen un poco. Parece que la cueva nos va a comer.

—¿No quieres que te coman? —La besó en el cuello.

—Qué tonto eres —bromeó, separándolo con delicadeza—. Tengo curiosidad por conocer lo que hay por ahí dentro. —En el fondo de la gruta, entre luces y sombras, se apreciaban más oquedades tenebrosas—. Pero me da miedo lo que pueda encontrar.

Él la miró unos instantes con su encantadora sonrisa.

—¿Y qué crees que vas a encontrar?

—Algo que me haga daño.

—¿Quién le haría daño a una flor como tú? —Rafa le apartó un mechón.

—No soy una flor —dijo, bajando la vista.

—Para mí, sí —repuso Rafa.

Él quería algo de ella, por supuesto. Quizá no se trataba de su cuerpo ni de su personalidad, pero cada vez le importaba menos.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Claro. ¿Qué te preocupa?

—Nada, digo en general.

—Claro —repitió—. Estaré encantado de que me cuentes lo que sea, los problemas que tengas con la viuda, con sus negocios..., lo que sea —insistió—. Desahogarse siempre ayuda.

No era su cuerpo, no. Eso debería hacerla sentir mal.

Lo besó, se tumbó y dejó que él la tomara. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Al principio le dolió un poco, luego no tanto.

Almunia del Mar era un hermoso nombre para un hermoso lugar, pero la gente prefería ignorarlo a favor de Villa Bombilla, una denominación burlesca que, por las noches, resultaba ciertamente representativa. Los exteriores de la mansión estaban iluminados como un presidio en plena alarma de fuga, solo que ahí era lo normal.

Carmela venía del exterior, seria. Tenía el abrigo algo mojado y unos cabellos se le pegaban en la frente, consecuencia de la humedad de la cueva y de la breve llovizna que había caído al volver. No quiso que Rafa la acompañara dentro de la villa, necesitaba andar desde el coche aunque le costara un resfriado.

Conforme pasaban los minutos, se sentía cada vez más sucia. Quizá el aire de la finca la limpiara, pero temía desmoronarse en cualquier momento.

Entró procurando no hacer ruido. A esas horas, solo se podría encontrar ahí la viuda, y también Gustavo, aunque esa noche era improbable. Los demás ya estarían durmiendo en las viviendas del servicio. Le llamó la atención un papel doblado en la baranda de la escalera, cogido con un llamativo lazo rojo:

Carmela, te espero en el sótano oeste.

Lo firmaba Eugenia.

Leyó la frase varias veces por el camino, intentando descifrar sus intenciones. La iluminación tenue que, por la noche, siempre había en el interior de la casa hacía innecesario encender más

luzes, pero el sótano era otra cosa. El interruptor alumbró las escaleras. Descendió por ellas tan alerta que no dejó sitio para pensamientos apenados, solo la acompañaba el sonido de sus propios pasos.

Miró la negrura a su izquierda, el pasillo oeste. En una ocasión se había acercado ahí, pero una reja cerrada le había interrumpido el paso. Un nuevo interruptor de la luz le mostró que esta vez estaba abierta. Tras cruzarla, avanzó por el lugar desconocido. Llegó hasta una puerta blanca en un lateral. Desentonaba con las otras del sótano porque esta, con remates dorados, parecía la de una vivienda elegante. Se hallaba entreabierta.

Lo que vio en el interior la maravilló. Estaba decorado con un estilo tan bello y acogedor que nadie hubiera dicho que se trataba de un cuarto subterráneo. Sobre el suelo de parqué había una fina estantería de madera, una mecedora y varias sillas con un barniz luminoso, dos mesitas con tapetes de encaje, un sofá con cojines y mantas dobladas, unas cortinas que mentían al insinuar una ventana tras ellas y una chimenea de ladrillos que realmente contenía un radiador de la caldera principal. La viuda estaba sentada junto al calor. Su perfil se asemejaba al de una diosa que se materializaba para iluminar el mundo. Vestía una gruesa rebeca de lana de color escarlata, un jersey negro y unos pantalones blancos. Carmela se dio cuenta de que ella estaba echa un asco, con la ropa aún mojada; debería haberse aseado antes. Al verla, Eugenia se giró hacia una mesita y empezó a colocar sobre un tablero unas fichas redondas que extraía de una cajita.

—¿Sabes jugar a las damas?

—No muy bien.

—Mejor —dijo la viuda, sin dejar de colocar las piezas—. No me gusta perder. —La invitó con un gesto a que se sentara cerca de ella, junto a la chimenea—. Ponte cómoda.

Carmela colgó el abrigo en una percha. Eugenia se levantó para servir unas tazas con una tetera y le tendió una a la joven. Ambas mujeres tomaron asiento, con el tablero en medio.

—No conocía esta habitación —dijo Carmela tras dar un sorbo al té—. Es acogedora.

—La uso sobre todo cuando tengo frío arriba. —Movié una ficha—. De esa manera, evito las caras largas por subir demasiado la temperatura.

—Se está muy bien —dijo al tiempo que movía una de sus fichas. La sala era amablemente cálida, sin duda.

—Quería darte las gracias por atender a Arturo —dijo Eugenia, mirándola—. Y por salir en mi defensa.

Agradeció ese comentario inesperado.

—Se sintió tan expuesto que estuvo a punto de pedir perdón —dijo Carmela.

—Por favor, qué patético hubiera sido eso.

—Pero luego volvió a las andadas.

—Lo prefiero. —Movié otra ficha—. No me gusta que se muestren débiles, no lo son. Y no quiero confiarme. Como tampoco quiero que ellos me perciban débil, o se abalanzarán sobre mí como una jauría para devorarme. Tienes que enseñar los dientes. Yo lo hago.

—Pues por ahí dicen otra cosa. —Adelantó una ficha—. Que en el fondo eres buena persona. La viuda soltó una risotada irónica.

—Eso sí que es difamarme.

Jugaron en silencio hasta que la partida acabó. Carmela resopló, su derrota no la pilló por sorpresa. Vio un cuadro en la pared, unas espléndidas colinas. Claramente era una obra de Chisco.

—¿Es un lugar de por aquí? —preguntó, señalándolo.

La viuda negó con la cabeza.

—De Italia, cerca de Florencia. Mi marido lo pintó cuando vivíamos allí.

Eugenia lo contempló unos instantes. Carmela quiso intuir cierta nostalgia en ella.

—Debe ser duro perderlos. Cuando los vendes, quiero decir.

—No tanto —dijo, retrepándose en la mecedora—. Si conservo algunos es porque ya se consideran parte de la villa, o Joaquín piensa que se revalorizarán más adelante. O simplemente quedan bien donde están.

—Tu marido pintó muchos. —La viuda no contestó, volvió a mirar el cuadro—. Todos deben de tener su historia, pero hay algunos que parecen más... intensos.

—Chisco era un hombre muy intenso. —Se cogió el antebrazo.

—¿Hay algún cuadro con algo extraño?

—¿Extraño?

—Me refiero a una anécdota digna de ser contada.

La viuda intentó recordar.

«Si menciono el cuadro de los perros —se repitió Carmela—, me señalaré por cualquier cosa que le pase».

—No hay nada digno de ser contado —afirmó, encogiéndose de hombros, para decepción de Carmela.

—¿Y dónde están los últimos cuadros? —Otro atrevimiento—. Todavía no he conseguido localizar todos.

—Aquí y allá —dijo la viuda al tiempo que se levantaba para llevar las tazas a otra mesa—. Algunos, en los pasillos; otros, en la sala de exposiciones; otros, en la de seguridad. Unos pocos los he cedido temporalmente. —Carmela había valorado eso, pero le seguían faltando demasiados para ser «unos pocos». Aun así, era cierto que, de cuando en cuando, traían alguno que no había visto antes—. Si accedo a la subasta de Joaquín, los reuniré todos.

Carmela tuvo que darse por contestada.

—¿Te planteas hacerla?

La viuda se sentó de nuevo.

—Aún no lo sé. Me gustaría vender la mayoría de las obras. No tanto por el tema económico, sino por pasar página y centrarme en las instalaciones agrícolas.

—¿No los quieres aquí?

—Lo que no quiero es a Joaquín insistiendo. —Se quedó seria—. Aunque tampoco me ilusiona tenerlos.

Carmela percibió un temor en su rostro.

—¿Por?

Eugenia la miró. De repente, pareció rendirse.

—Algunos me dan miedo —reconoció—. Otros me transmiten tristeza, dolor. Son demasiado buenos. Pero el miedo es el factor dominante.

Estaba segura de entenderla. Dudó si hablarle de sus fenómenos con el cuadro de los perros.

—El miedo es algo terrible —dijo Carmela—. Nos hace desdichados.

—Y miserables. Donde hay miedo, no hay lugar para el amor. —Una vez más, se cogió el antebrazo—. Y yo he pasado miedo toda mi vida. La pobreza ha sido una de mis mayores pesadillas.

—Quedó atrás.

—Eso me digo, pero... —El semblante de Eugenia se descompuso—. Tengo tanto miedo,

Carmela —dijo, mirándola con los ojos vidriosos—, de todo.

Estuvo a punto de coger la delicada mano de la viuda que reposaba junto al tablero, pero se temió que pensara que era lesbiana. Se le encogió el corazón por esa mujer cuya fachada se desmoronaba frente a ella.

—Yo también tengo miedo —confesó Carmela, contagiándose de la aflicción.

La viuda la miró unos instantes.

—Lo siento.

—Yo también lo siento por las dos —dijo Carmela.

—Supongo que el miedo es lo que nos mueve —dijo Eugenia con un hilo de voz. Se pasó discretamente por los ojos un pañuelo de flores bordadas para comprobar con alivio que no había derramado lágrimas—. Deberíamos irnos, es muy tarde.

Después de cerrar las puertas con la llave, subieron las escaleras. La viuda llevaba una bandeja con la tetera y las tazas. Durante el ascenso, Carmela creyó que algo bonito había pasado entre ellas, a pesar del mal rato de ambas.

Le sostuvo la bandeja mientras Eugenia cerraba la puerta del sótano. Miró a la mujer. Se alegró de haberle arrancado de las manos el cuadro al mensajero para volver a guardarlo en la escuela. No se había atrevido a sacar de la villa la valiosa obra.

Pensó que Eugenia era muy joven a pesar de ser viuda. Las dos podían ayudarse. ¿Habría sido eso una muestra de afinidad? Sintió algo parecido a una esperanza.

—Carmela —la llamó la viuda. Ella se giró—. Lo de abajo no ha pasado. Si esa lengua desvergonzada refiere una sola palabra, aunque sea a mí, te juro que te la cortaré.

Se veía el polvo suspendido en el aire a través de los rayos de la tarde que entraban por las ventanas. Iluminaban las cajas de los materiales de pintura, dispuestas ordenadamente contra la pared, las que Carmela venía a comprobar que estaban presentes y cerradas, como acostumbraba a hacer desde que habían robado. Las mesas, las sillas y los atriles vacíos convertían el lugar en un aula de fantasmas. Pero la luz y los espectros no eran los únicos que se colaban en la escuela de pintura sin necesidad de permiso.

«¿Por qué puñetas un *jodío* ratón se come las cartas?», pensó Carmela, con los brazos en jarra.

A sus pies había papeles rotos y cagarrutas de roedor. No sabía que los ratones mordisqueaban papeles, incluidos listados de materiales y facturas proforma. Le habían dicho que las fechorías que se les imputaban a esos animalejos en la villa se limitaban a mangar arroz de la bodega antigua. El descubrimiento de sus perversos gustos con el papel le tocaba las narices, en especial por las cartas destrozadas, las de los profesores que mediante correo ordinario se habían ofrecido a enseñar en la escuela; en algunas había dibujos preciosos. Cartas que la viuda nunca se había dignado a leer.

Sospechaba que el ratón entraba por un boquete que un respiradero dejaba a ras del piso. Lo tapó encajando un trapo y abrió la puerta para que el ratón pudiera escapar si lo encontraba. Con solo imaginar que tocaba al bicho, el repelús le subía en forma de escalofrío por la espalda.

Se hartó de inspeccionar huecos con el palo de la escoba, de desmontar pilas de cajas para apartarlas de la pared y de dar zapatazos contra el suelo; si el ratón se ocultaba ahí, no estaba por descubrirse. Entonces se le ocurrió una idea. Se marchó cerrando la puerta y al poco volvió con un trozo de pan. Lo esparció desmigado por el centro de la habitación, simuló que se iba, dejando la puerta abierta, y se escondió tras una mesa. El juego era un poco tonto, pero le gustó sentirse como una niña.

Le venía bien. Los últimos días habían sido tristes a pesar de sus avances para que la reapertura de las instalaciones estuviera más cerca; mejores que los conseguidos por el abogado. Pero seguía resentida por los desplantes de la viuda, que se mostraba extrañamente taciturna.

Miró el embalaje donde guardaba el cuadro de los perros. Menos mal que lo había puesto en una estantería a la que el intruso tenía difícil acceso. Aún se preguntaba qué iba a hacer con la obra maldita.

De pronto, el ratón salió de detrás de una caja. Creía que ya había mirado ahí. El roedor olisqueó el pan. Carmela sabía que la oiría si intentaba aproximarse, así que arrojó unos pinceles hacia la zona de la que acababa de surgir. El ruido hizo que el ratón se acercara a la puerta y Carmela aprovechó para salir a toda prisa y espantarlo dando palmadas mientras gritaba «¡pita, pita, pita!», algo de lo que más tarde se reiría al recordar que se usaba para llamar a las gallinas. El plan funcionó y el ratón corrió hacia el exterior.

—¡Y no vuelvas, ladrón de papeles! —le advirtió Carmela desde la puerta.

La jornada transcurrió tranquila y se encontró con apetito cuando se sentó a cenar en la cocina, aunque no abusó de los manjares que le sirvió Mercedes. Había bajado un poco de peso, no quería echar a perder lo conseguido. Pero, después de ponerse el pijama en su cuarto, la sensación de vacío no cesó y acabó fumando un porro sentada en el váter. Por la puerta abierta del baño veía la réplica de los perros sobre la cómoda. Aunque había contemplado el original

largo rato cuando se hallaba en la sala de seguridad, los fenómenos, siempre caprichosos, no habían querido aparecer.

A punto de quedarse dormida en la cama, volvió a oír pasos en la mansión. Nunca sabía si era la viuda, Gustavo o alguien del servicio que se había demorado en irse. Normalmente no le daba importancia, pero a veces le quitaba el sueño. Como deseaba evitar una lucha inútil contra el insomnio, se puso la bata, cogió las cosas de los porros y salió al balconcito de su habitación.

La noche era fría, pero le aliviaba el calor de la cara. Cuando iba a darle la primera calada al porro, tuvo que ocultarlo rápidamente tras la espalda. Eugenia estaba en la terraza de su dormitorio, embutida en un abrigo de pelo y apoyada en la barandilla. No la había visto, miraba a lo lejos, en otra dirección. Carmela se dijo que, a pesar de lo friolenta que era, la melancolía la había hecho exponerse a esas horas.

Al parecer, Gustavo no se encontraba con ella. Eugenia lo cuidaba como a un niño, mientras que él se mostraba áspero. Lo bueno era que las mejoras en las perspectivas de las instalaciones hacían que dependiera emocionalmente menos de Gustavo. Los oía discutir con frecuencia. Carmela se alegraba de que Eugenia por fin echara en cara al hombre su carácter agresivo. Lo malo era que las instalaciones, pese a los avances, permanecían cerradas, y eso la debilitaba.

Para más gravedad, la denuncia que los terratenientes rivales habían presentado contra ella incluía planes de expansión de las instalaciones, informes de producción y fotografías de los cultivos. Nada de eso la incriminaba realmente, solo abultaba la denuncia, pero venía a significar que había traidores alrededor que habían filtrado esa información, lo que había dolido a la viuda. Carmela no sabía quiénes eran los culpables, estaban en la sombra también para ella.

Eugenia se metió en su dormitorio y Carmela hizo lo propio. Se le habían quitado las ganas de fumar. Su jefa había tenido detalles de atención con ella en los días anteriores. Había preguntado varias veces si comía bien, según le soplaban Mercedes. Por lo visto, la viuda no quería que sus desafortunados comentarios la reprimieran. Y también había pedido a Amparo que se asegurara de que Carmela disponía de buena ropa para el invierno. Hasta le había dado acceso a todas las zonas de la casa, como al ama de llaves y más que a Marta.

Aun así, le costaba creer que Eugenia se fiara totalmente de ella. Después de todo, Carmela la estaba engañando, no con las instalaciones, sino con uno de sus más valiosos cuadros, secuestrado en la escuela de pintura.

Bajó a la cocina para comer unas galletas a escondidas. Al regresar, creyó oír a alguien. Se acercó de puntillas al pasillo de la habitación de la viuda y avanzó hasta su puerta sin hacer ruido. No hablaba nadie. La viuda lloraba.

«¿Habrá discutido gravemente con Gustavo?».

Para respetar su intimidad, decidió irse. Volvió a su cuarto entristecida, se había contagiado de la pena de Eugenia, fuera cual fuera el motivo.

—¡No me sigas! —ladró Revoltoso en cuanto Carmela cerró la puerta. La joven no recordaba un fenómeno tan súbito.

El perro corría por el prado perseguido por Tristón, que lloraba, intentando atraparlo.

—Lágrimas de pintura. —Mudito, que llevaba meses sin hablar, olisqueaba con temor el suelo al pie del viejo árbol. Pocas veces los perros se acercaban tanto al escondite de su siniestro hermano.

Tozudo aulló a lo lejos, junto a la ermita.

—Un minero se asusta —pronunció el animal—. Las lágrimas se marchan dentro de su casa. ¡Atrápalo!

—¡Deja que atrape su casa! —pidió Tristán en su carrera tras Revoltoso.

Carmela negó con la cabeza, resignada. Aparte de lo que parecía una referencia a las lágrimas de la viuda, no tenía ni idea de lo que significaba eso.

Por la mañana, Eugenia la mandó llamar para que acudiera a su despacho.

—He ordenado traer las obras cedidas. —Se mostraba tan estirada como otras veces; aunque quizá solo fingía—. Empezarán a llegar esta misma mañana.

—¿Los traerán todos a la casa? —preguntó la secretaria.

—En breve —dijo la viuda—. Quiero que sepas que he decidido hacer la subasta. Tendrá lugar aquí.

—Joaquín se va a poner muy contento, eso seguro.

Supondría más trabajo, pero el galerista dejaría de presionarlas. La viuda le dio unos sobres con direcciones escritas a mano.

—¿Podrías ir hoy al pueblo para enviar estos correos certificados? Joaquín se encargará de promocionar el evento, pero me gustaría avisar adecuadamente a algunos conocidos. Si no es mucho pedir.

Pocas veces le ordenaba las cosas de forma tan considerada.

—Descuida.

No habían hablado tan sosegadas desde el día del sótano. La joven intuía una reconciliación implícita. Se sintió complacida, aunque prefería ser prudente para no precipitarse otra vez.

Cuando iba hacia los barracones para pedirle a Antonio que la llevara al pueblo, encontró a Elvira tendiendo ropa. Se la veía contenta, tatareaba. Carmela también lo estaba, por la noche esperaba recibir una gran alegría.

—¡Carmelita! —la llamó Elvira—. Canta conmigo: «¿Qué tiene la Zarzamora...?». — Interrumpió el verso para que siguiera la joven.

—Que no tenga yo —bromeó sin dejar de andar.

—Vaya niña más sosa —se quejó Elvira. Y continuó cantando—: «¿... que a todas horas llora que llora por los rincones?».

Los frutos subtropicales exhibían brillos dorados por la luz de la tarde y le daban un aire aún más exótico a la villa de los cuadros. Carmela caminaba entre mangos, chirimoyas y aguacates. No se dedicaba mucha área a este tipo de agricultura en las tierras de la viuda, pero buena parte de la denuncia que pesaba sobre ella se basaba en la supuesta mala gestión de estos cultivos. Con la excusa de valorar su estado, pretendía averiguar por sí misma si había algo de cierto en las acusaciones. Por eso se llevó con ella a Fernando.

—¿Se van a terminar ya los trámites? —Al muchacho le ilusionó la noticia. Andaba con las manos en los bolsillos. Por una vez, en lugar de bermudas, se había puesto vaqueros. Le sentaban bien.

Carmela asintió.

—Lo único gordo que queda es la denuncia —lamentó—. Si no fuera por eso, las instalaciones podrían abrirse en poco tiempo. Pero ahora peligra todo.

—Qué mala sombra —se quejó Fernando, dándole una patada a una piedra.

Carmela había cortado con Rafa, si es que había una relación que cortar. Rebajado el ímpetu pasional, estaba enfadada con él por tratar de sonsacarle información sobre la viuda. No importaba para quién espía, lo único relevante era su deshonestidad. Aunque ella no le había

contado nada, se sentía fatal por haber dado pie a ese juego. No estaba de humor para que Fernando ocupara su lugar; esperaba que no la presionara.

Él le enseñó las técnicas que había en la villa de riego por goteo, recogida de lluvia y reciclaje de agua. Se fiaba de Fernando antes que de los agricultores, y más tras sospechar que alguno podía haberse vendido a don Arturo y sus amigos.

—¿Y qué haces para entretenerte? —preguntó el muchacho cuando se sentaron en el borde de un camino para descansar. De pronto, se había puesto colorado.

—Escribo monólogos —dijo Carmela, recolocándose el sombrero de rayas blancas y azules.

—¿De qué?

—De palabras, una detrás de otra.

—Tendrás algún tema que te guste.

—Escribo tonterías, ¿qué otra cosa iba a escribir yo? Tonterías que me hacen reír.

—Te gusta reír —afirmó Fernando, sonriendo.

«Lo necesito, o me volveré loca».

—Como a todo el mundo —dijo Carmela. Sacó los utensilios de liar porros. Fernando los miró con sorpresa—. ¿Quieres? —le ofreció.

Él negó con la cabeza.

—No te hacen falta esas cosas —dijo con cara de desagrado.

«Qué sabrás tú». Carmela armó su porro. Durante unos minutos, mientras fumaba, no intercambiaron palabra alguna. La tarde dibujaba un aura radiante sobre esas tierras de labranza que olían a mar.

—Me encantaría leer uno de tus monólogos —soltó el muchacho.

—Normalmente no se leen, se oyen de quien los interpreta.

—Bueno, pues eso. —Él se la quedó mirando.

—¿Ahora? —rio Carmela—. Ni hablar.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando tenga un público digno de mi arte —se burló. No pensaba decirle que iba a actuar al día siguiente en el pueblo.

—¿Yo no te parezco digno? —Fernando se puso más rojo, Carmela no lo imaginaba sin su característico color sonrosado.

—Me parece que tienes defectos y virtudes.

—¿Por ejemplo?

Carmela suspiró.

—A ver, eres conflictivo, quejica y no entiendes las bromas.

—¿Y mis virtudes?

—Esas son tus virtudes. —Las risas de Carmela contagiaron al muchacho. Sabía que su humor a menudo era ácido, pero él se estaba habituando—. Bueno, tu cocina rivaliza con la de Mercedes. Eso se te da bien.

Fernando se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Seguiré cocinando para ti —dijo tímidamente—. Para nosotros.

—Espera —dijo Carmela con los ojos muy abiertos—, ¿crees que estamos saliendo?

—¿Tan horrible sería eso? —Fernando alcanzó su máximo de coloración.

Ella guardó el porro en una cajita de metal y echó a andar.

—Puede que sí o puede que no —dijo sin volverse.

Caminaron en silencio entre los cultivos. A él le costó retomar la charla. Pero, tras explicar

algunos detalles técnicos, recuperó la soltura.

—No solo usa bien el agua —aseguró Fernando—, además implantó sistemas modernos de gestión de recursos hídricos. El plan se lo diseñaron unos peritos que ella contrató y que yo conozco. Son buenos profesionales.

—O sea, que la denuncia es básicamente una sucia mentira.

—De cabo a rabo.

—Pero se sabrá tarde o temprano. ¿Por qué le hacen esto a Eugenia?

—Supongo que intentan desgastarla, a ver si consiguen que se rinda. —Fernando la miró con gesto grave—: No dejes que se rinda.

Carmela no quería permitirlo, esa injusticia la indignaba, pero es que esa mujer era a veces tan insoportable...

Después de despedirse del muchacho en los cultivos, se dirigió a la mansión, deseando olvidarse del tema. La alegría que esperaba desde hacía tantas semanas vendría dentro de unas horas. Se cambió de ropa y fue a otro dormitorio para comprobar que todo estaba listo. A pesar de los nervios, trabajó en una habitación de la planta baja; desde esa ventana, controlaba mejor el exterior.

—¡Ay! —exclamó de puro contento cuando, al borde de la noche, oyó un vehículo. Corrió hacia los jardines. Le costó aguantarse las ganas de llorar—. ¡Cerdita!

Nuria, sonriente, bajó del coche. Era una chica alta, de cara alargada. Su corta melena dibujaba unos rizos de color castaño claro. Vestía una moderna camiseta estampada y pantalones negros con brillo.

Carmela había logrado fácilmente que la viuda permitiera que su amiga del alma durmiese un par de noches en la villa y que le diera un día libre para atenderla.

—¿Por qué no? —había dicho Eugenia—. Las cosas no van a ir más lentas por eso. Pídele a Amparo lo que necesites.

Había preferido no analizar el subtexto del comentario y se había centrado en los preparativos, ilusionada.

—¡Mi cerdita! —gritó Nuria.

Se abrazaron con fuerza, rodeadas de jardines.

—¡Qué ganas tenía! —dijo, emocionada, Carmela.

La cogió de un brazo y la guio hasta la casa, donde le presentó, feliz, a Marta y a Mercedes. También a Amparo. Apenas entraron en el que iba a ser su dormitorio, Nuria sacó la maría que le había traído siguiendo sus instrucciones. Carmela se alegró enormemente, los últimos porros llevaban más tabaco que otra cosa. Jovial, volvió a coger a Nuria del brazo para enseñarle la mansión. No le importaba que la regañaran por pasear con su amiga por zonas de acceso limitado, no iba a dejar que se fuera sin verlo todo bien.

Le mostró su propio dormitorio, las vistas al mar desde las terrazas de la planta de arriba, la biblioteca donde trabajaba, la refinada sala de estar que llamaban buhardilla clara. Se asomaron al lujoso despacho de la viuda, sin nadie dentro.

—Hala —dijo, impresionada, Nuria.

—Pasa, pasa —la animó Carmela mientras entraba—. Me da morbo que nos puedan pillar.

—¿Hay sitios prohibidos?

—Si yo te contara.

Bajaron de planta para continuar por el moderno y amplio salón, el enorme comedor de

madera rústica, el largo pasillo de los cuadros, la sala de exposiciones, el gimnasio que apenas había usado, la glamurosa piscina, la pista de tenis y los frondosos patios. Acabaron corriendo y escondiéndose tras los árboles y las fuentes, como crías; cuanto más ridículas se veían, más se desternillaban.

Mercedes se negó a que la invitada comiera en la cocina como una empleada, así que les sirvió la cena en el gran comedor. Nuria degustó con entusiasmo la maravillosa comida de la cocinera. La viuda iba a salir esa noche con Gustavo, pero antes tuvo la cortesía de acercarse a saludar a Nuria. Carmela observó que Eugenia no la trataba con excesiva confianza, pero sí con corrección. Le deseó que se sintiera cómoda durante su estancia y le pidió a Carmela que la atendiese como era debido. Cuando se marchó, la amiga abrió la boca, atónita. Corroboró lo que todos aseguraban: ninguna imagen ni descripción se aproximaba a la belleza real de la viuda.

Se levantaron temprano, en cuanto el sol despuntó. Nuria solo había previsto pasar una jornada completa, se iría al día siguiente. Tenían que aprovechar el tiempo.

Conversaron sin parar durante el desayuno, y luego en el viejo palomar, y más tarde en su visita a las acogedoras viviendas del servicio, los llamados barracones.

—¿Y esto? —preguntó Nuria dentro de la escuela de pintura.

Carmela paseaba alrededor de los atriles.

—Un proyecto al que no le veo ningún futuro, la verdad. —Miró el embalaje del televisor en el que escondía el cuadro de los perros. No pensaba contar nada del disparatado plan ni de los delirantes fenómenos. Nunca le había dicho a Nuria que sus obsesiones infantiles se debían a una obra en concreto. Prefería que siguiera creyendo que se había curado sin más; no dudaba de su comprensión, simplemente no había necesidad de hacerla sufrir.

Desde los muebles abandonados, se veía el acantilado donde se hallaba la cueva a la que había ido con Rafa. De él hablaron sentadas en el maltrecho sofá, mientras fumaban unos porros. Le dijo que había sido un rollo de una noche. No le contó que era el «novio» que había pensado para ella, como tampoco que debajo de sus culos había un televisor de trescientos euros.

Regresaron para visitar el laberinto de rosas. Nuria lo encontró muy divertido. Después se adentraron en la oscura arboleda, donde la amiga reconoció que la estatua de san Espanto le daba tela de grima.

El día era inesperadamente cálido. Carmela había planeado enseñarle los cultivos y luego ir al pueblo por el camino de los pescadores, pero comprendió que le estaba exigiendo demasiado a su amiga, así que le pidió a Antonio el favor de llevarlas al pueblo. Pensaban volver tan borrachas que no era buena idea ir en el coche de Nuria.

Almorzaron con apetito en El Gnomo, después de hacerse fotos sobando al personaje multicolor de la entrada, que se habría ruborizado de haber podido. La proximidad del mar las relajó y recorrieron el pueblo a un ritmo menor. Todo estaba muy cerca para alivio de Nuria: el acueducto, los baños árabes y la zona de tiendas, a falta del mercadillo semanal. Subieron unos escalones de piedra adornados por las bonitas flores y enredaderas de las casas colindantes. Nuria, al fin, se sentó en un bordillo.

—Me gustaría verlo todo —dijo mientras se masajeaba los tobillos—, pero me estás matando.

—La culpa es tuya, cerdita —aseguró Carmela, impasible—, por venir solo para un día.

Una gran cruz se levantaba hacia el cielo en el centro del mirador. Desde él se veía la playa, el puerto deportivo y las nuevas urbanizaciones que se encaramaban en un lateral del monte. Lejos, al oeste, Carmela distinguió la cala del viejo faro, el que había contemplado el día de su llegada al pueblo, antes de saber lo que le esperaba.

Charlaron tranquilamente acerca de Fernando en una cafetería. Nuria auguró que sería el próximo rollo de su amiga por lo que contaba de él, siempre tan atento con ella. Carmela no estaba tan segura de ese futuro. Por su parte, Nuria le contó sus planes para mejorar su oficina, donde trabajaba catorce horas diarias. Carmela la regañó por no mirar más por sí misma.

Y continuaron las confidencias hasta que la noche se acercó. Para entonces, Carmela tenía los nervios metidos en el cuerpo. Hacía bastante que no representaba un monólogo. Nuria la tranquilizó; estaba convencida de que, tras el primer minuto, se sentiría tan cómoda como otras veces. El texto no era largo, una media hora, y Carmela había ensayado durante los últimos días. Había hecho coincidir la actuación con la visita de su amiga. Sin el apoyo de alguien de confianza entre el público, nunca se atrevía a subir al escenario.

Entraron en el local con tiempo suficiente para que Carmela se preparara. Respiró hondo para centrarse.

Al terminar, bebieron para celebrar su éxito, invitadas por el dueño del *pub*, quien había quedado tan contento que le pidió que repitiera otro día.

La noche continuó en una discoteca, donde alternaron copas y bailes hasta que se sintieron tan mareadas que necesitaron tomar el aire. Incapaces de apaciguar las risas por las calles del pueblo, decidieron coger un taxi antes de que las denunciaran por escándalo público.

—Pues yo creo que la viuda se cargó al pintor —dijo Nuria con la libertad de la embriaguez—. Para forrarse con sus cuadros.

Se habían sentado en los exteriores de Villa Bombilla, donde llegaba la luz que caracterizaba el lugar por las noches, al abrigo de un muro con pintadas, una botella de tequila y el ascua de un porro compartido.

—Eres una ladrona. —Carmela le dio un trago a la botella—. Esa idea se me ocurrió a mí.

—Un día que se atranque una tubería —rio Nuria al tiempo que le cambiaba la botella por el porro—, encontrarán el cadáver debajo de la cocina.

Aunque Carmela sabía que el pintor había muerto en el extranjero, le resultó gracioso pensar que la viuda se había traído el cuerpo oculto en un baúl. Pero no. Los cuadros se revalorizaron caprichosamente tras el fallecimiento del marido; el matrimonio había sido pobre durante muchos años. Carmela ayudaba a Eugenia a mantenerse alejada de esa pobreza.

—Yo le puse en orden el desastre de la documentación —afirmó, mirando el cielo nocturno—. Hasta el abogado dijo que eso aceleró muchos trámites.

—Tus méritos los ve cualquiera que tenga ojos en la cara. —Nuria la abrazó, aunque con tosquedad por la falta de coordinación.

—Cree que no sé nada —dijo Carmela. Le dio una calada al porro—. Y no es verdad. Sé que es una puta.

—Una muy rica. Esos cuadros valen una fortuna. ¿Hay alguno especialmente valioso?

La pregunta era más trascendental de lo que Nuria pensaba.

—El de los perros —dijo Carmela con una seriedad que su amiga no apreció.

—¿Ese cómo es?

Carmela volvió a cambiar el porro por la botella, bebió un trago.

—Una bestia vive en ese cuadro. El perro negro. —Se puso de pie y, con una mano, se sacudió la tierra del trasero. Al notarse mareada, se apoyó en el muro—. Es capaz de todo por proteger su territorio.

—Estás borracha. —Nuria le aceptó la botella; Carmela ya esperaba que no se tomara en serio lo que le había dicho.

—Estar borracha es la única manera de trabajar sin futuro.

Se tumbó al otro lado de Nuria, quien también se acostó. Contemplaron el cielo unos segundos. La amiga dio una calada profunda y preguntó:

—¿Lo dices por esa academia que nunca se pone en marcha?

—¿La escuela de pintura? No es lo más importante.

—Pues creo que tenías razón esta mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se va a abrir. Por lo que me has contado, esa escuela es una tapadera.

Carmela incorporó la cabeza para mirarla.

—¿Una tapadera de qué?

—Ni idea, cerdita, pero es una tapadera, te lo digo yo.

—Qué va. Ella quiere abrirla, lo que pasa es que no termina de...

—Si realmente lo quisiera —la interrumpió Nuria—, con el orgullo que tiene, esa escuela ya estaría funcionando.

El sol llegó a su cénit cuando las amigas aún dormían la resaca en la mansión. Por la tarde, mientras intentaban beber un consomé y merendar algo de pasta en el comedor, las dos rieron al ver las condiciones deplorables en las que se encontraban. Luego, tomaron café en un patio.

En los jardines, se abrazaron.

—Ve despacio, cerdita —dijo Carmela.

Nuria le dio un sonoro beso en la mejilla.

Antes de perder de vista el coche, Carmela sintió ganas de llorar. Y, poco después, directamente miedo a la soledad.

Subió a su cuarto para fumarse otro porro, pero pensó que tenía que haber formas más sutiles de matarse. Se sentó en la cama.

«Lágrimas de pintura». De repente, le vino a la mente el último fenómeno de los perros. «Un minero que se asusta. Una casa que atrapar».

Bajó las escaleras al trote. Las sienes le palpitaban por la resaca, pero la corazonada no la dejó tomárselo con calma. Cruzó los jardines aliviando, incapaz de correr más deprisa. «Una tapadera», se dijo, repitiendo las palabras de Nuria. Cuando abrió la puerta de la escuela de pintura, fue directa hacia el rincón por el que había visto salir al roedor.

«El minero».

Inspeccionó la zona. Y encontró algo: una de las cajas tenía un boquete en la base. Se agachó y alumbró el interior con la linterna del móvil; parecía haber un nido de ratón hecho con papeles y ramitas.

«La casa».

Pero se suponía que la caja estaba llena. ¿Cómo podía haber un hueco tan grande dentro?

Se fijó bien y se asombró al percatarse de que el precinto había sido cuidadosamente manipulado. Abrió la caja para comprobar lo que temía: los materiales de pintura que quedaban habían sido dispuestos para ocultar los huecos de debajo. Se los estaban birlando poco a poco delante de sus narices. Esto era un robo de guante blanco. Imaginaba que lo mismo ocurría con otras cajas de la escuela, pero, antes de inspeccionarlas, inició una nueva carrera.

Esta vez acabó en el ala este del sótano, donde se guardaban los suministros de pintura que se habían pedido por duplicado. El saqueo ahí había sido mayor. Había cajas con solo la mitad de los materiales. Eso sí, todas con los precintos aparentemente en su sitio, siempre que no se

revisaran con detenimiento, claro.

La resaca no la dejaba aclarar sus ideas. Le faltaba una pieza y se preguntaba dónde podría hallarla. «Lágrimas de pintura».

Por la noche hacía frío en el cuarto de contadores. La manta que se había echado encima y el termo de café no la calentaban lo suficiente. La habitación estaba junto al archivo del sótano y el resto de los materiales. Desconocía si se iba a repetir el robo esa misma noche; no tenía más aval que lo reciente del mensaje de los perros. Sospechaba que los fenómenos no ocurrían en momentos arbitrarios, sino cuando se creaba la oportunidad de descubrir algo. Rezaba por no haber llegado tarde.

El sueño vino a visitarla sin permiso del café, y sus ojos empezaron a cerrarse. El sonido de un golpe la espabiló. Pese al susto, la curiosidad la invitó a asomarse despacio al pasillo. No se veía nada raro. De todas formas, el ruido había sonado lejos, en el ala oeste del sótano.

De puntillas, envuelta en la manta y armada con el termo, avanzó hacia la oscuridad, hasta la reja que impedía acercarse al cuarto reservado de la viuda. Entonces volvió a oír el golpe. Corrió a esconderse tras una columna. La puerta del cuarto se abrió; gracias a la luz que se escapó, vio salir a Eugenia. Le llamó la atención que llevara lo que parecía un cuadro cubierto por una tela. La viuda abrió la reja y, sin cerrarla, subió por las escaleras hacia la planta baja. Carmela dudó entre seguirla o echar un vistazo a la habitación. Optó por lo segundo en cuanto la viuda desapareció.

La estancia lucía igual que la noche que la había visitado, excepto porque... ¡había un atril y utensilios para pintar! Unas gotas de pintura manchaban el suelo.

Carmela se apresuró a marcharse de ahí. Luego, subió despacio las escaleras. La puerta que daba a un patio estaba entreabierta; todo apuntaba a que la viuda había ido a la planta superior por las escaleras exteriores.

Ascendió por la escalera interior y no encontró a nadie arriba. ¿Dónde estaba Eugenia?

El sonido de un pestillo la sobresaltó. Se asomó con precaución a la esquina para ver a la viuda abandonar la sala de seguridad. Carmela se escondió en su dormitorio. Oyó los pasos de Eugenia pasando por delante de la puerta. La joven no se atrevió a salir de nuevo.

Durante toda la noche, le dio vueltas a lo que había presenciado. Ya tenía una idea de lo que ocurría cuando, al día siguiente, la viuda le dijo que habían traído uno de los cuadros cedidos. Carmela simuló indiferencia para luego correr a la sala de seguridad.

Ahí contempló unos maravillosos trazos que dibujaban un río entre montañas. Seguro que en la subasta sacarían un buen dinero por esa preciosa obra, y lo mismo por todas las que pusieran a la venta. Supuestamente, los últimos cuadros del pintor. Realmente, los últimos cuadros de la viuda.

Entreacto II

¡Un aplauso para Carmenda!

Nuria se sentó en una mesita cerca del escenario gracias a que el dueño del *pub* tuvo la gentileza de reservársela. Poco a poco, había entrado gente en el local hasta casi llenarlo. A pesar de todo, su amiga actuaba con una soltura sorprendente. Quién lo hubiera dicho unos minutos antes, cuando la había dejado hecha un flan en la pequeña oficina que había junto a los servicios y que hacía las veces de camerino.

—No quería interrumpir la actuación para contar que hoy es mi cumpleaños —dijo Carmela sobre el escenario—, pero al final me he dicho: «¿Por qué no?».

Hubo aplausos y felicitaciones desde el público. Como Carmela no era profesional, Nuria temió al principio que los asistentes no fueran comprensivos, pero la artista no parecía necesitar ayuda.

—Gracias, gracias —continuó—. Y es que no quería contarle porque es mentira. Solo era por recibir un poquito de cariño, que estoy muy faltita.

Se oyeron risas. Nuria no conocía el monólogo, pero sí la fecha del cumpleaños de su amiga. Había tenido que aguantar la risa para no estropearle la broma.

—No pasa nada por reconocer que una está faltita de cariño o de lo que sea. Porque eso de ser feliz está bien, pero la gente se pone muy pesada con la felicidad. Yo acabé yendo a entierros de desconocidos para poder llorar sin que me preguntaran qué me pasaba. —Nuevas risas llenaron el local mientras se ponía la mano en la cadera—. ¿Tú te crees?

El ambiente estaba más animado de lo que ellas habían previsto. Nuria admiró lo resolutiva que se mostraba Carmela sobre el escenario: caminaba, gesticulaba, hacía pausas para crear expectación. Le resultaba especialmente graciosa su cara de indignada.

—No la dejan a una ni quejarse. Te intentas desahogar en plan: «Mi vida se está yendo a la mierda, todo me sale mal, mi pareja ha cortado conmigo, en el trabajo me tratan fatal...». Y siempre te interrumpen para decirte: «No te preocupes, seguro que al final todo sale bien». —Puso de nuevo la mano en la cadera—: Oye, si no te importa, ¿puedes respetar mi momento de drama?

No solo confrontaba sus miedos, pensaba Nuria, sino que se burlaba de ellos frente a una audiencia. Era algo más que sincerarse.

—Ni siquiera en esos entierros a los que voy le hablo a nadie de usted. Yo siempre hablo de tú. Lo otro me parece una hipocresía. Si te enfadas con esa persona, te ves obligada a seguir tratándola de usted. ¿Y os habéis fijado en lo ridículo que queda que la gente se insulte hablándose de usted? «Usted es un idiota». —Carmela se giró como si discutiese con otro—: «Y usted es un imbécil». Porque como se te ocurra decir: «Y tú eres un imbécil», te llaman la atención: «Oiga, que yo le estoy hablando de usted». Por lo visto, se puede insultar, pero sin faltarse el respeto.

La veía libre, agitando las alas en el cielo en el que se había convertido el escenario.

—Cuando me chismean: «Van diciendo de ti que eres una maleducada porque no hablas de usted», yo digo: «¡No! —exclamó, poniendo cara de afectada—... podría importarme menos!». Me la sople.

La mayor parte del público reía. Nuria advirtió que unos pocos permanecían inexpresivos. Daba igual. Alguien tan especial como su cerdita no podía gustarle a todos.

—Me siento siempre tan amenazada que, cuando alguien en las redes sociales le da «me gusta» a un mensaje mío, me pregunto: «¿Qué quiere de mí? ¿Descuartizarme en la primera cita?».

Nuria compartía ese miedo con Carmela.

—Veo asesinos y violadores tras cada esquina, no lo puedo evitar. También es porque me sugestionan las películas, que muchas son muy violentas. Ver películas tan violentas como las de hoy sirve de transfusión de sangre en un apuro. —Continuaba hablando por encima de las risas—: En una que echaban un día en la tele, descubrieron a un tío muerto con el cuello roto como si fuera un muñeco —dijo, retorciendo su propio cuello—. Y cuando llegó el detective, se preguntó que quién podía haber hecho algo así. Yo puse por las redes sociales que un luchador de MMA o un quiropráctico torpecillo. Lo jodido es que acerté con lo del quiropráctico. —El público rio—. Si te ha gustado este *spoiler*, dale al *like* y suscríbete.

La artista hizo una breve pausa. Nuria se maravillaba de su soltura; no había podido ensayar tanto como le habría gustado por culpa de su carga de trabajo.

—Lo importante es dar una imagen positiva en las redes sociales. Ya sabéis, interpretar a un personaje feliz. El truco está en mentir tan bien que te lo acabes creyendo tú misma. Ese es el secreto. —Hizo otra pausa mientras deambulaba por el escenario, reflexiva—. Pero no pretendo que os lo toméis como un consejo. Ya no doy consejos a nadie. No, no, no —dijo, categórica—. No, porque solo les funcionan a los demás y a mí me acaba dando envidia. —Surgieron unas risas—. Intento ir a lo mío, centrarme en mis cosas, que bastante tengo con luchar contra mi falta de disciplina. Yo no podría hacer como algunos, que se levantan un domingo a las nueve de la madrugada para hacer deporte con la bicicleta. Que yo oigo a mi vecino y pienso: «Pero ¿a dónde vas a estas horas, criatura?». —Una vida de dificultades estaba siendo volcada en forma de chistes—. Lo reconozco: la falta de voluntad me trae muchos problemas. Un año, me afeité las cejas para obligarme a no salir de casa hasta que estudiara para los exámenes.

Se oyeron carcajadas. Aunque Nuria conocía el chiste, solo imaginarla sin cejas hacía que se riera siempre que lo contaba.

—Pero llegaron los exámenes y apenas me habían crecido. Aunque estaba bien para jugar al póker, por lo demás me daba mucha vergüenza. Así que me las dibujé, pero no sé cómo lo hice que me salieron muy juntas. Parecía concentrada todo el tiempo —dijo con gesto ceñudo—. Y oye, eso es bueno. La gente cree que te tomas en serio lo que dicen y te aprecian más. Alguien se acercaba y me contaba su vida en plan: «No sé qué voy a hacer de comer mañana». Y yo... —Las risas se propagaron cuando Carmela asintió con cara de intensita—. «Llevo tres días estreñida». Y yo...

La oficina de Nuria se caía de tanto trabajo acumulado, pero esa noche se emborracharía con Carmela aunque le costara recuperarse. Deseaba abrazarla en mitad de la actuación.

—Por eso no os conviene juntaros mucho conmigo, transmito mi falta de disciplina a todo el que me rodea. Si yo fuese alcaldesa de este pueblo, no pararía en los pasos de cebra ni el coche de la autoescuela. —«Ojalá fueses la alcaldesa», pensó Nuria—. Pero lo peor para mí es la

disciplina de la dieta. Ay, con lo que me gusta mojar galletas en el colacao. Cuando veo que alguien rechaza las *cookies* de una web, le digo: «Si no las quieres tú, deja que las acepte yo».

«Pobrecita mía», pensó Nuria, riendo. Sabía que Carmela lo pasaba realmente mal con ese tema.

—¿Y qué me contáis de la lucha contra las tallas? —preguntó, agitando la mano—. Hago lo imposible por meterme en las tallas más ceñidas. «¿No te están muy justos esos pantalones?», me dicen. Y yo: «Qué va —soltó con voz ahogada—. Cortando las etiquetas ya me entran».

A Nuria se le saltaron las lágrimas de la risa porque la anécdota era cierta. Así había respondido Carmela a un comentario de ella.

—Todo por conseguir la belleza inalcanzable que te venden. Es como cuando le preguntas a tu madre: «¿Voy muy maquillada?». Y ella te dice con cara de susto: «Perdona, ¿quién eres?».

Se oyeron aplausos entre las risas.

—Y en el otro extremo están los que no se arreglan nada. Como un chico con el que salí, que decía que para qué se iba a arreglar, que nunca sería como Henry Cavill. Ya, hijo, pero al menos te podrías cambiar los gayumbos.

Nuria pensó que, después de lo que Carmela había pasado con sus terrores nocturnos durante la niñez, con unos padres incapaces de cuidarla, era admirable cómo había hecho del humor una lanza y una armadura para librar sus batallas en la vida.

—No era nada romántico este novio. Yo siempre soñé con decir un día: «Me gustaría ser una chica bonita», y que alguien me contestara: «Tú ya eres bonita». Pero este me soltó: «La cirugía hace milagros hoy en día».

Si la gente que la infravaloraba la viera en ese momento, cómo transformaba su cinismo en arte...

—A este novio le dije muy seria: «Oye, niño, ¿puedo hacerte una crítica constructiva?». Y él: «Sí». —Carmela miró fijamente al frente—: «Vas a morir solo».

Nuria estaba emocionada: presenciaba la ejecución de una gran obra. La burla reinó sobre los temores expuestos. Se sintió ansiosa por descubrir más de esos monstruos ocultos que sucumbían ante la risa.

Le gustaba el silencio del mar, aunque el mar nunca era silencioso. Desde la elevación al otro extremo de la arboleda, divisaba la costa hacia el oeste. El viento agitaba los volantes de su vestido color crudo, de mangas largas y cuello vuelto; le apeteció vestir bonita, como ella misma decía. La soleada mañana de invierno le dio permiso, a condición de que usara medias térmicas. Un nuevo sombrero de paja, con una ristra de piedras de colores alrededor de la base, le adornaba elegantemente la cabeza. Sujetaba la bicicleta a un lado con ambas manos, de pie, mientras Tiposo perseguía un diminuto insecto volador que Carmela no identificaba.

Consultó el plano que llevaba doblado en el pequeño bolso. Tras mirar a su alrededor, lo volvió a guardar y se montó en la bici para continuar su exploración, seguida por los saltitos del perro. La había encontrado en una de las cocheras, olvidada. Antonio le había proporcionado una bomba para inflar las ruedas. Gracias al hallazgo, recorría con comodidad las inmediaciones, en busca de los vestigios de la almunia que la villa había sido en el pasado.

El fenómeno de los perros no le había resultado nada claro, como era reglamentario. Revoltoso y Tozudo habían discutido sobre cuál de los dos hallaría antes las «primeras piedras», y Tristán había lloriqueado porque «el corredor» no lo quería.

Carmela había localizado el antiguo plano de la villa en el archivo cartográfico del Ayuntamiento en internet, al suponer que esas eran las «primeras piedras». Se había propuesto identificar las albercas, muros, pilones y demás elementos arcaicos de la antigua estructura. Quizá así encontraría una estancia oculta con más misterios. Esperaba que no fuera nada espeluznante, solo curioso, algo de lo que cotillear con Nuria. Porque la estafa de la viuda pintora no se atrevía a contarla.

La acusación era muy grave y no tenía pruebas, todo dependía de que un peritaje de las obras confirmara que se habían pintado recientemente. De todos modos, Carmela no quería revelar el fraude, al contrario, se inclinaba de una manera morbosa a cubrirlo. Y no solo eso, había nacido en ella una extraña admiración por Eugenia.

Llegó al borde de una maleza, a la espalda del recinto de la mansión. Tuvo que dejar la bicicleta con la pata de cabra puesta antes de adentrarse entre hierba y piedras. Buscaba los restos de una acequia para terminar de situar la configuración de la antigua almunia.

Sospechaba que la villa le había dado a conocer secretos desde el primer momento, aunque no siempre había sabido apreciarlo. Como el currículum que, curioseando en el ordenador de la viuda, señalaba que había sido pintora. Ahora entendía las ausencias misteriosas de Eugenia, así como la escuela que nunca se abría, la coartada para introducir materiales de pintura en la villa sin que a nadie le extrañara. Apostaría que por eso había cerrado la escuela del pueblo y prescindido del tipo de la papelería que le hacía de intermediario, para buscar formas mejores de acceder a los materiales de pintura sin llamar la atención de los curiosos.

Pero Carmela quería saber más: desde cuándo Eugenia creaba obras que hacía pasar por cuadros de su difunto marido, cómo se las arreglaba para pintar a escondidas, qué treta usaba para tasar y asegurar obras que aún no existían, quién más estaba implicado... y si lo hacía para sobrevivir. Esta parecía ser la principal preocupación de la viuda. Si ese era el objetivo, lo había logrado con ingenio y, en cierto modo, con estilo. Carmela reconocía que lo encontraba fascinante, aunque eso no significaba que lo aprobara. Encima, tenía la impresión de que había preguntas aún más importantes que no se estaba planteando. O quizá solo eran paranoias.

Llevaba demasiado tiempo sin tomar las pastillas azules y los fenómenos la desquiciaban cada vez más, disparando su imaginación.

No había dejado de dar vueltas al asunto del cuadro de los perros. Tenía que decidir pronto qué hacer con él. La réplica estaba tapada en la sala de seguridad, como otros cuadros allí, pero la compañía de seguros quería comprobar las obras antes de la subasta. Además, por algún motivo, su inquietud por el perro negro había aumentado, como si lo sintiera más cerca que nunca.

La acequia no aparecía. Revisó el mapa, por si ella no se encontraba en el lugar adecuado. Al ver a Tiposo olisqueando, acudió esperanzada, pero se trataba de un trozo de camino empedrado. Eso, sin embargo, le permitió situarse mejor en el plano antiguo. La acequia que buscaba la hallaría dentro del recinto de la mansión, calculaba que por la zona del laberinto de rosas.

«Imposible, la habría visto —pensó. Recorrió el dibujo del plano con el dedo—. A no ser que...».

El día que le había copiado las llaves a Joaquín se la había jugado; pero, cuando había hecho lo mismo con las de la viuda, sintió que su vida pendía de un hilo. El descubrimiento de la estafa de los cuadros la había animado a ello. Para correr menos riesgos, había adquirido una copiadora de llaves en internet. Tras usarla, se la envió a Nuria como regalo. Aún no se había atrevido a entrar en la estancia privada de Eugenia en el sótano, pero tenía una corazonada que debía satisfacer cuanto antes.

Dejó la bicicleta en las cocheras, donde se encontró a Rafa. Le devolvió el «buenos días» sin entusiasmo ni censura, con el tono más plano que la tabla que el muchacho lijaba. Delante de la casa, se despidió de Tiposo acariciándole el mechón y entró.

Había sido idea de la viuda meter las tumbonas en el salón, frente a las cristaleras que daban a la piscina, y tomar el sol al abrigo de la climatización interior, como si fuera verano. Ambas estaban en traje de baño y embadurnadas de protector solar. Eugenia la había invitado a tener la reunión de trabajo ahí. La joven tomaba notas en su libreta, a la espera de que la viuda se fuese dentro de unas horas; aprovecharía entonces para bajar al sótano. La reunión acabó siendo desganada, sobre todo por Eugenia, que hablaba de temas banales, guardaba silencio mirando al exterior y a veces hasta parecía cerrar los ojos tras las gafas de sol. Unas añejas canciones pop de una emisora de radio sonaban de fondo, intercalando algún anuncio publicitario. No solo se oía ópera últimamente en la casa.

—Estás tardando mucho en enviar los certificados —comentó Eugenia—. Eso dice Eduardo.

—No es que sea por afición mía —se defendió—. Aún no me han contestado del registro.

La viuda calló unos instantes.

—Ayer no comiste aquí —dijo al fin.

—Almorcé fuera.

—¿Dónde, si puede saberse?

—En casa de un amigo.

—¿El del sindicato? —«Me controla más de lo que pensaba»—. Dile que venga un día. Si cocina tan bien como dice Mercedes, que prepare algo y coméis aquí.

A Carmela le sorprendió el gesto.

—Hablaré con él.

—¿Has ido al pueblo grande? —preguntó Eugenia. Así llamaban a otra localidad al este de la villa—. Tiene mejores tiendas.

—Aún no. Había quedado con Marta para ir el viernes pasado, pero se le olvidó.

—Esa niña está cada día más inútil —se quejó, desdeñosa.

—Esa niña es encantadora y trabajadora —dijo con descaro.

La viuda chasqueó la lengua, importunada.

—Joaquín y tú me desesperáis cuando salís en su defensa.

Se diría que Eugenia toleraba cada vez menos a Marta.

—Por muy perfectos que seamos —dijo Carmela, burlona—, todos cometemos errores. Hasta yo los cometo, por increíble que parezca.

—No hagas eso.

—¿El qué?

La viuda la miró.

—La línea que separa el reírse de una misma y el cinismo es muy delgada.

—Me gusta ser cínica, ayuda a quemar grasas.

Eugenia sacudió la mano, dándola por imposible, y se relajó cerrando los ojos. Carmela se tomó unos instantes para pensar.

—¿Hay acequias subterráneas debajo de la villa? —La cara que pusiera su jefa podía ser una pista.

—¿Cómo sabes eso? —Se subió las gafas.

No se había equivocado.

—Solo preguntaba. Se lo oí a un agricultor.

Eugenia se volvió a relajar.

—Existieron. Pero se sellaron para evitar que se convirtieran en corredores de ratas o provocaran hundimientos.

«Corredores». La palabra le iluminó la mente. Recordó que Tristón lloraba por un «corredor». No se trataba de alguien que corría, sino de un pasillo. O un túnel subterráneo. Hubiera dado un muslo por echarle un vistazo al diario de la viuda y conocer sus secretos, pero ni siquiera sabía si escribía en uno. Ella misma no tenía; lo más parecido eran los monólogos.

En algún momento, la emisora había pasado de la música a un noticiario. El locutor hablaba de que Pepe Paco se había unido a una concentración de agricultores que cortaba la autovía. Algunos coreaban su nombre ante el micrófono del reportero.

—Hay que ser idiota para confiar en ese hombre —bufó Eugenia—. Antonio también es de su club de admiradores. No me extraña.

A Carmela le llamó la atención la crítica, como si nunca hubiera tenido a Antonio en mucha estima. Las noticias terminaron con la meteorología, poniendo énfasis en una fuerte tormenta que se aproximaba.

—¿Una tormenta? —se preocupó Eugenia.

—Alerta naranja —confirmó la joven. Rodrigo la había avisado de que la viuda tenía fobia a las tormentas y, ciertamente, en ese momento parecía una niña asustada.

Gustavo llegó por la tarde en un todoterreno. Trajo con él un par de perros con aspecto de peligrosos. Ladraban con ferocidad, intimidando a todo el mundo en los jardines. El dueño sonreía mientras los mantenía sujetos con correas. Disfrutaba. Les dio una vuelta por las inmediaciones, donde los animales mearon y cagaron a su antojo hasta que los ató en el exterior. Eugenia se enfadó con Gustavo por la idea; iban a una fiesta en un cortijo y les tocaría aguantar a los perros y su olor en el coche. Carmela la comprendió, pero esperaba que al final se marchara,

o no podría colarse en su cuarto del sótano.

En el salón, el hombre besó y toqueteó a Eugenia, sin importarle que Carmela estuviese delante, recogiendo sus cosas. La viuda le apartó las manos, pero, a regañadientes, accedió a prepararse para ir a la fiesta y subió a la planta de arriba. Justo entonces Gustavo se quitó la cazadora de cuero. Debajo solo llevaba una camiseta de tirantes que dejaba al aire sus brazos fuertes y tatuados.

«El chulito se cree de la Yakuza».

Él fijó los ojos en ella sin pudor. Carmela se arrepintió de haberlo mirado. Se vio obligada a pasar junto a Gustavo mientras este la perforaba con la mirada; volvió a tenerle miedo.

Al rato, ya cambiada, de regreso al salón para comprobar si la viuda se había ido, oyó un taladro. Encontró a Gustavo encima de una escalera, arreglando el pesado tablero superior de un ventanal que daba al césped. Solía descolgarse peligrosamente cuando quitaban las cortinas.

—¿Sirve esto de aquí? —Amparo entró llevando en las manos un juego de brocas.

—Sirve. —Gustavo se inclinó para coger una.

—Menos mal que por fin se va a arreglar. —El ama de llaves se dirigió a Carmela—: A la pobre Ramona tuvieron que darle cuatro puntos un día que se le cayó en la cabeza. Y mira que Antonio y Rafa han colocado veces la dichosa tabla.

—Ya no se caerá más —dijo Gustavo con seguridad cuando hubo cambiado la broca. El taladro volvió a retumbar.

El hombre aprovechó la demora de Eugenia, quien a buen seguro se estaba vengando por lo de los perros, para hacer otras reparaciones en un santiamén: un enchufe que chisporroteaba, unas bisagras que gruñían, una cisterna que goteaba y hasta pegó el brazo de un jarrón de porcelana verde tan primorosamente que no se notaba el corte.

Carmela pasaba con disimulo cada cierto tiempo para ver si la pareja se iba. Había que reconocer que a Gustavo se le daban bien esos trabajos.

La tarde se nubló. Carmela sostenía una taza de leche con cacao mientras observaba por una ventana de la cocina. Gustavo y Eugenia se marchaban. El hombre fue el último en subir al coche, después de meter a los perros en la parte de atrás. Cuando se alejaron, algo se movió en el jardín. Al principio, creyó que sería Tiposo, pero luego un escalofrío le recorrió la espalda al parecerle Mudito. Tras acercarse al cristal, se tranquilizó: solo era un matorral agitado por el viento. Pero se le quitaron las ganas de terminarse el cacao.

Tomó precauciones para que no la vieran bajar al sótano. Le temblaron las manos al abrir la reja, y más aún al colarse en la estancia privada de la viuda. Cerró cuidadosamente la puerta después de encender la luz. El lugar estaba tan precioso como cuando Eugenia la había invitado. No había rastro del atril ni de las pinturas, pero se le dibujó una sonrisa pícara al percibir el tufillo del óleo, difícil de disimular a pesar del ambientador y de un conducto de ventilación. Paseó mientras acariciaba los muebles, apreciando el buen gusto decorativo de la viuda. Notó que el sofá era en realidad un sofá cama.

«¿Dónde guarda las cosas de pintar?». No estaban en los armarios ni en los cajones.

Le hacían gracia las cortinas, que solo eran un adorno porque ahí no podía haber ventanas. Al recorrerlas, el pulso se le aceleró. Ocultaban una puerta de metal negra como el carbón.

Buscó en su aro de llaves copiadas. El sonido del cerrojo resonó al abrirla. Era más pesada de lo que parecía, tenía un buen aislante a su alrededor para que cerrara perfectamente. Daba a un estrecho pasillo de apenas tres metros de largo. Abrió otra puerta como la anterior. Entonces

apareció frente a ella la mayor negrura que podía imaginar. La linterna del móvil iluminaba el suelo, las paredes laterales y el techo, pero solo lo más cercano; el corredor era angosto. El frío se colaba enseguida por la ropa.

Temerosa de avanzar, sacó el plano, segura de que ese corredor era la antigua acequia subterránea. Si continuaba por ella, pasaría por debajo del laberinto de rosas.

«¿Pero hasta dónde llega?». En el plano centenario, el dibujo de la acequia se perdía bajo bosques y cultivos. «¿Qué razón hay para que esté conectada a este cuarto?».

Solo había dos formas de saberlo. Una era preguntarle a la mujer que había mentido sobre las acequias selladas, la misma a quien Carmela tendría que confesar que le había copiado las llaves para entrar en su estancia privada.

Estaba claro: debía explorar. Conforme caminaba, despacio, apreció que las paredes eran una amalgama de viejos ladrillos rojizos, rodales de mortero agrietado y raíces de árboles. Si se cruzaba con una rata, se daba permiso para gritar y no avergonzarse.

Pero cada paso costaba más que el anterior. La negrura la rodeaba también por la espalda. La silueta luminosa de la estancia se iba empequeñeciendo. Oía sonidos sin identificar, podía ser el aire, o un coche lejano, o su propia respiración. No sabía bien cuánto había avanzado, ¿treinta metros? Quizá menos.

«¿Por qué me la estoy jugando?». Entonces se le ocurrió que Eugenia le había ocultado aquello porque, sencillamente, era peligroso. Las piernas la obligaron a detenerse. «¿Qué hay al otro lado?».

Por más que estiraba el brazo, la linterna no iluminaba el fondo.

«El perro negro».

Ese pensamiento fue demasiado. Retrocedió como si en cualquier momento fuera a ver salir de la oscuridad el vaho, los ojos rojos, las fauces de plata afilada. No se atrevió a mirar atrás.

Corrió cada vez más rápido hasta llegar al pasillo de la doble puerta. El juego de llaves se le cayó al intentar cerrar la primera. Y luego no atinaba con la cerradura de la segunda.

Para cuando subió la escalera del sótano, los oídos le pitaban tanto por la tensión que no podía escuchar ni sus propios pasos.

Vio un rato la tele en el salón por la noche para intentar relajarse. Los nervios apenas la habían dejado cenar. La acompañaban Amparo, Marta y Mercedes, que charlaban antes de irse a las casas del servicio. Poco a poco se estaba calmando. No había sacado nada en claro de su visita al sótano, salvo que existía un sombrío corredor y que ella temía cada vez más al perro negro, un animal imaginario que nunca había visto y al que le achacaba un asesinato sin pruebas. Prefirió centrarse en la tele y relegar las reflexiones hasta el día siguiente, estaba demasiado afectada. Para su desgracia, salió una noticia de una activista que había destruido un cuadro en un museo. Mostraron las imágenes de una muchacha que rociaba con spray el lienzo y luego lo rajaba con un cúter.

—Hay que tener poca vergüenza —comentó Mercedes—. Como si el cuadro tuviera la culpa de algo.

—Es una terrorista —sentenció Amparo.

Lo que le faltaba a Carmela.

—¿Qué es eso? —Marta, asustada, señaló hacia el otro lado de los ventanales, al césped de la piscina iluminado por focos. Amparo se levantó.

—¿El qué? —preguntó.

—No veo nada —dijo Mercedes, que, junto con Carmela, se había acercado.

—Me pareció que un hombre con capucha se había subido al muro —dijo Marta.

—¿Estás segura? —se preocupó Amparo.

—No —confesó Marta—. Creo que solo era la alambrada.

—Ay —se quejó Amparo—, no nos asustes.

«Sí, Martita —pensó Carmela—, esta noche no hace ninguna falta».

El tintineo de unas llaves anunció la llegada de la viuda. Se la veía seria. Carmela apostó que había vuelto en taxi.

—¿Todo bien, señora? —preguntó Amparo.

La viuda intentó contestar, pero solo le salió una sonrisa torcida.

—Doña Eugenia —dijo Mercedes—, le traeré la cena al salón.

—Solo tomaré una aspirina —dijo mientras se quitaba los zapatos para quedarse descalza sobre el suelo térmico—. En cuanto me duche, me acostaré. Podéis iros.

Carmela sintió cierta aflicción por ella.

Un perro ladró en el exterior. Después, escucharon voces agresivas. Y después se oyó el chillido del animal, como si lo hubieran golpeado. Las mujeres se alarmaron. Eugenia se puso de nuevo los zapatos y se dirigió a los jardines de la entrada, seguida por las demás.

Se estremecieron al ver a dos hombres salir del lateral de la casa, en dirección al muro este. Iban encapuchados, uno era bastante robusto y al otro le asomaba el pelo largo. Antonio apareció, persiguiéndolos, y se detuvo jadeante al reparar en las mujeres.

—¡Ladrones! —gritó, señalando a los hombres que huían—. Le han pegado a Lucero.

Tiposo venía cojeando detrás de él. Eugenia corrió hasta Antonio.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, se han ido en cuanto me han visto. No han llegado a entrar, estaban cortando la alambrada sobre el muro de la piscina.

—¿Dónde se ha metido el de seguridad? —se quejó Eugenia, furiosa.

La luz de Villa Bombilla permitió que Carmela contemplase cómo los intrusos escapaban fácilmente. Les bastó con subirse a una escalera que tenían preparada para saltar el muro.

El espejo de su dormitorio le devolvía una vez más la imagen de una mujer sin ropa. Las curvas de su cuerpo se alejaban del ideal de belleza, resultaba evidente. No quería compararse, pero ¿acaso la belleza no era comparación? Si se trataba de otra cosa, le gustaría saberlo. En una ocasión, había visto desnuda a la viuda. Se cruzó con ella en el vestuario de la sauna. Eugenia se quitó el albornoz para meterse en la ducha y Carmela no pudo evitar fijarse en su silueta, tan delicada como escultural. Se sintió tan acomplejada que estuvo más rato en la sauna para no encontrársela de nuevo. Casi le dio un golpe de calor.

Se vistió con algunas de las prendas recién compradas, expuestas encima de la cama. Reconoció que la falda estaba inspirada en una de Eugenia, aunque de otra talla, claro. Se había percatado de que vestir bien ayudaba a ser respetada por los demás y hasta por una misma. Eso le funcionaba muy bien a la viuda en esos momentos en los que revelaba una admirable fortaleza.

—Si los pillan dentro es porque hemos llegado tarde —había dicho Eugenia, con su estiloso traje azul marino, a los de la empresa de seguridad—. Me parecen bien esos refuerzos, pero deben vigilar desde el otro lado de los muros.

De nada había servido que le insistiesen, ni siquiera Amparo. La viuda no aceptaba más guardas dentro del recinto de la mansión. Por fortuna, los días siguientes habían sido tranquilos en todos los aspectos. Tiposo se había recuperado de la patada y correteaba alrededor de Carmela cuando se la encontraba.

Después de maquillarse algo más que de costumbre, le costó reconocerse. Se veía rara. No tenía por qué deberse a la ropa. Lo atribuyó a sus cosméticos, de poca calidad comparados con los de Eugenia. Aprovechando que estaba fuera, se le ocurrió una travesura.

La luz era escasa en el *boudoir* contiguo al dormitorio de la viuda. Amparo y Marta siempre dejaban las cortinas apenas descorridas. Pero, tras un minuto, las pupilas se acostumbraron lo suficiente para distinguir los objetos sobre el tocador. La sola presentación de los productos de maquillaje marcaba una superioridad abismal sobre los de ella. La experiencia sensorial comenzaba con los estuches, que parecían joyas rituales para el culto propio. Les hizo fotos con el móvil a fin de buscarlos después en internet, aunque no le extrañaría que el precio fuera prohibitivo. En un último atrevimiento, se untó algunos en la mano para deleitarse con sus excelentes texturas y admirar sus pigmentaciones, de una elaborada intensidad y, a la vez, tan naturales.

Se pavoneaba por la casa, lo sabía. La falda negra y la blusa violácea le sentaban muy bien. Lástima que Eugenia no volviera hasta la noche, hubiese sentido envidia de ella.

«Qué fe tengo».

Al mediodía, llegó Fernando cargado con una caja enorme. Enmudeció al verla tan arreglada.

—No pienses que es por ti —aclaró sin contemplaciones—. Simplemente me apetecía celebrar que hoy no está mi jefa.

Siguiendo la sugerencia de Eugenia, Carmela lo había invitado a comer. O más bien a que cocinara. El muchacho y ella habían querido pagar a medias la compra para convidar a los miembros habituales del servicio. Mercedes había aceptado sumisamente la idea de que otra persona cocinara, pero la joven sospechaba que no le hacía gracia. Deseaba que no se molestara si ese día Carmela se permitía comer un poquito más. Aunque había bajado unos kilos con la dieta, reconocía que pasaba hambre.

—Mercedes —dijo Fernando—, espero que no le importe que use su cocina. —El muchacho soltó sobre la mesa la última caja de las tres que había traído.

—No, hijo. Soy la más antigua del servicio, pero... Bueno, la segunda. Pero esta cocina no es mía, es de doña Eugenia.

«¿Mercedes no es la más antigua? —Carmela pensaba que sí—. ¿Quién es la pobre criatura que tiene el récord de sufrir a la viuda?».

Cuando iba a preguntarlo para nominar a quien fuera al Premio Paciencia Bendita, Fernando sacó el contenido de una caja, dando comienzo a la faena.

El muchacho lo preparó todo en un santiamén. Apenas consintió que lo ayudaran, más allá de las indicaciones de Mercedes sobre dónde estaba cada utensilio. Casi todos los ingredientes los había traído él, incluso algunas salsas ya listas. Fernando les mostró unas lubinas que se metían por los ojos y que, después de cocinarlas, se metían solas entre pecho y espalda.

Acordaron comer en la cocina. A Carmela, Fernando y Mercedes se sumaron Amparo, Marta y Ramona, a la que el propio muchacho invitó cuando ella se marchaba. Carlos, el hombre alto que venía a la villa con Ramona, no pudo quedarse. Rafa no estaba, para alivio de Carmela, y otros se excusaron, como Antonio y Elvira.

Comieron como dioses y hablaron sobre lo cerca que estaba la reapertura de las instalaciones, de ese invierno tan suave y de los males del turismo creciente.

Ese día Carmela incumplió la dieta con los aperitivos. Y luego con el primer plato, y después con el segundo.

—Te voy a matar, Fernando. —Acalorada por la comilona, se echó hacia atrás en la silla para desabotonarse un botón de la falda.

—Espera a los postres —dijo él para risa de todos.

Al terminar, Fernando y Carmela obligaron a los demás a irse para recoger ellos solos.

—¿De verdad te ha gustado? —preguntó el muchacho mientras fregaba ollas, con Carmela al lado enjuagando.

—Ha estado increíble —reconoció.

—Tú te lo mereces —dijo él, colorado.

—¿Merezco ponerme como una vaca?

—Una muy bella.

A Carmela se le escapó la risa.

—No, mujer —bromeó ella poniendo otra voz—, como una vaca, no. —Imitó a Fernando—: Sí, una vaca bellísima, la vaca Carmela.

Se puso más rojo.

—Lo que quería decir...

—Déjalo, anda —rio la joven.

Reconocía que Fernando la había hecho feliz. La situación no había cambiado. Los mismos problemas, las mismas incertidumbres. Pero, con el estómago agasajado de esa manera, todo parecía abordable. Aunque solo fuera un poquito.

Carmela se ofreció a enseñarle la mansión, pero él estaba tan cortado que no quiso. Tomaron café en una mesita de los patios. El sol compensaba la temperatura entre macetas y arbustos cuidados.

—Hoy pareces otra —dijo Fernando.

—¿En qué sentido?

—No sabría decir. Te noto distinta.

—Solo es ropa y cosméticos. Prácticas de camuflaje.

Él bebió de su taza y preguntó:

—¿Cuándo vuelve Eugenia?

—Esta noche, quizá antes. —Vio que Fernando miró la hora—. ¿Es que te da miedo?

—No. Pero no quiero verle la cara a ese tío.

—¿Gustavo? —Carmela recordó el encontronazo de ambos en la puerta de la villa—. No te preocupes. Eugenia está a un paso de cortar con él.

—¿En serio?

—Es más bien un deseo mío, la verdad. Por lo visto, tuvieron una discusión fuerte. Lleva días sin aparecer por aquí.

—Pues ojalá deje a ese cabrón.

Fernando volvía a poner su semblante belicoso.

—¿Cómo le va a tu madre en la tintorería? —Carmela improvisó el tema.

—Bien. Aunque me pregunta mucho por ti.

—¿Por mí?

—Creo que piensa que tú y yo... Alguien le habrá chivado algo. Me parece que ha sido Elvira.

—Pues se lo ha chivado mal.

—Eso le digo yo —se apresuró a confirmar, sonrojado.

—Cómo sois en los pueblos con estas cosas.

—Mi madre, que está chapada a la antigua. Cree que un hombre y una mujer solo pueden quedar para ir a la cueva —bromeó Fernando. Carmela prefirió dar un sorbo al café—. Yo ahora me centro en preparar unas protestas de la cooperativa de aceite.

—No paras de batallar. Espero que sean más pacíficas que las últimas. —Carmela había visto en las noticias que había habido enfrentamientos entre los propios agricultores.

—Ya. Las últimas fueron un caos. —Se quedó pensativo unos instantes—. El problema es que algunos se ciegan cuando se sienten poderosos, aunque vengan de abajo. Parece que el fuerte siempre se acaba convirtiendo en el malo.

—Reconozco que no me gusta nada que la gente se ponga violenta.

—Lo puedo entender —dijo Fernando, frunciendo el ceño—. Pero nunca tengas miedo ni huyas. Ante nada. Tú lucha.

—A ver si no se me olvida si alguna vez estoy delante de un león.

—Cuenta conmigo para defenderte.

Carmela no se atrevió a dar las gracias, la mirada del muchacho era tan intensa cuando se mostraba beligerante que prefería no dar pie a que un día se liara a tortas con alguien por ella. La recorrió un súbito escalofrío.

Marta llegó al patio para regar unas macetas.

—¿Recogemos? —propuso Carmela.

Al ponerse en pie, se le cayó una cucharita. Fernando y ella se inclinaron a la vez para cogerla, y sus caras chocaron.

—No he visto nada —rio Marta—. Es mi regalo de novios.

«Cómo son en los pueblos con estas cosas», se repitió.

Esa noche, los ojos de Carmela se abrieron como platos.

—¿Para mí?

La gabardina Burberry era de color beis miel. Su corte clásico hasta las rodillas y los característicos cuadros del forro transmitían una elegancia sin estridencias. La doble botonadura, el cinturón ajustable y el algodón impermeable combinaban a la perfección.

—Pruébatela —dijo Eugenia, señalando el espejo del vestíbulo.

Le sorprendió la buena vista de la viuda al elegir la talla. La gabardina le quedaba maravillosamente.

—Te vendrá bien mañana en el pueblo grande. —Eugenia recogió el envoltorio—. Lo mismo caen unas gotas.

No había vestido una prenda de esa categoría en toda su vida. Se preguntó si debía aceptar algo tan caro, pero tampoco quería hacerle un feo a Eugenia.

—Gracias —balbuceó cuando la viuda se alejaba.

Aunque amaneció nublado, no cambiaron de planes. Eugenia se encontraba inquieta porque la tormenta llegaría al día siguiente; le venía bien entretenerse. Y así cumplía la palabra dada a su secretaria unos días antes: ir juntas de compras, un gesto de paz que la joven también se sintió obligada a aceptar.

Carmela se puso un jersey mostaza de lana, unos pantalones verde claro, unas zapatillas blancas y la nueva gabardina. La viuda iba impecable con unos pantalones negros, un suéter granate de cuello alto y otra elegante gabardina, más larga, bajo la que asomaban unos botines de cuero negro, a juego con el bolso.

Eugenia quiso que un taxista que conocía las llevara al pueblo grande con un coche de lujo; se llamaba Dustin. El hombre charló todo el camino con ellas, intercalando algunas palabras en inglés.

El nuevo centro comercial era la atracción de la comarca. Eugenia la había avisado de que no tenía nada especial, pero poco a poco la viuda se fue animando. Recorrer las tiendas le iluminó la cara. En cuanto los dependientes la veían, se ponían a sus pies, sabedores de que, cuando compraba, no escatimaba en absoluto. Casi todo lo encargó para que se lo enviaran a la villa, aunque algunas compras las metió en las vistosas bolsas de papel, que empezaban a abultar. Muchos artículos eran para su secretaria, quien llegó a ruborizarse.

Carmela se sintió cómoda hasta cierto punto. Por un momento, le pareció que iba con una amiga; no como Nuria, pero sí una buena amiga. También disfrutó de las compras, dejándose aconsejar por la viuda en los cosméticos.

—Aquí no encontrarás nada realmente bueno —le dijo Eugenia delante del dependiente—, pero alguna cosa te puede servir mientras pedimos algo mejor por internet.

A medida que pasaba la mañana, Carmela se iba cansando. Le costaba mantener la compostura para no desentonar con su estilosa jefa.

Cuando terminaron en el centro comercial, metieron las compras en el coche que las llevaba a todas partes. Dustin las dejó en el mejor restaurante del lugar, uno decorado con vasijas de barro, incluso en el techo. El almuerzo estuvo riquísimo, aunque Mercedes y Fernando ganaban. La viuda insistió para que pidiera más especialidades de la casa, pero la joven evitó acabar definitivamente con la dieta.

Por la tarde fueron a una calle de tiendas. Carmela comprobó que el pueblo no era tan bonito como el que había cerca de la villa. Este, más grande, tenía maneras industriales que se notaban en la inexistente estética urbanística. Las gotas que empezaban a caer las sacaron pronto de esa zona. Pero, antes de volver a la mansión, la viuda quiso ir a La Abadía.

—¿Un vinito? —propuso Carmela, mirando la carta.

Las mesitas eran pequeñas y los asientos, acogedores. Apenas había clientes.

Eugenia negó con un gesto.

—Pero adelante, no te quedes sin el tuyo. —La viuda prefirió un té verde.

Carmela pidió un té negro con vainilla para no desentonar. La tetería, suavemente iluminada, era un sitio peculiar. Según le dijo Eugenia, estaba construida a partir de un antiguo monasterio. Parecía una iglesia con retablos de madera tallada, murales de escenas bíblicas y monjes pintados en la pared. No lograba distinguir entre los elementos reales y los recreados.

—¿Vienes mucho a este escondrijo? —preguntó Carmela.

—Casi siempre que paso por aquí. Me relaja.

La joven señaló un monje en la pared.

—Estas pinturas... ¿son de verdad?

—¿Estas? —La viuda las observó—. Lo son.

—¿Seguro?

Al pie de las imágenes había esquelas y años de defunción.

—Además de que fui esposa de un artista, yo también pinté en mi juventud, sobre todo copias de los clásicos.

—No me digas. —Carmela esperaba que el matiz irónico que le había salido espontáneamente no se notara demasiado.

—Estas son originales —confirmó Eugenia.

—Pues me parece un poco fuerte.

—¿Por qué?

—No sé. Siento que los que estamos aquí somos unos profanadores.

—¿Profanadores? —Eugenia se echó a reír.

—No pretendía tener gracia.

—Eso lo hace más gracioso. —Su risa se relajó poco a poco—. Vaya, eres más remilgada de lo que parece.

Optó por no contestar. La viuda, que le dio un sorbo al té, se mostraba feliz.

De regreso a la villa, Eugenia pidió a Dustin que se saliera del camino habitual. Carmela había visto el estrecho desvío otras veces, pero pensaba que conducía a cultivos y almacenes. Las mujeres cargaron con las bolsas de la compra y el taxi se marchó, dejándolas en un terraplén cerca del mar, justo detrás del recinto de la mansión.

—¿A dónde vamos? —preguntó Carmela.

—A un sitio que no conoces.

Eugenia bajó por un sendero en dirección al mar, pero pronto giró hacia unas rocas. El viento se había levantado y cada vez caían más gotas de lluvia.

Carmela se sorprendió al llegar a un mirador natural cubierto, debajo del nivel de la villa. El pequeño balcón tenía una valla y un banco de madera, donde soltaron los bártulos. La panorámica del mar era espléndida.

—Fantástico —dijo Carmela. Así veía el mar.

—Lo sé —confirmó Eugenia, mirando al horizonte.

Permanecieron calladas unos instantes.

—El mar me calma tanto como me impone —confesó la viuda.

Carmela la entendió. También pensó que era un buen lugar para fumar porros, aunque últimamente había bajado el ritmo. Hacía frío, y la ventisca empezaba a colarse en el mirador.

—Las instalaciones están más cerca de abrirse —dijo de pronto Eugenia.

—Lo sé —dijo Carmela emulando la voz de la otra.

—Supongo que tengo que darte las gracias.

Carmela la miró:

—Es a lo que me había comprometido.

—Pero aún necesitamos una fuerte inversión inicial. Si no quiero correr riesgos, ese dinero ha de salir de la subasta.

La joven pensó que la vida oculta de Eugenia se debía a algo más que al dinero.

—¿Crees que es posible?

—Si se hace bien —afirmó la viuda—. Me gustaría que me ayudaras a organizarla.

Se sintió halagada, y dolida. ¿Por qué el trato no había sido distinto todo ese tiempo? ¿Y cómo se atrevía ella misma a echarle algo en cara, teniendo secuestrada una de sus obras? Podía negarse, dar por finalizada su etapa en la villa de los cuadros. O podía exigirle un trabajo estable.

—De acuerdo —dijo sin más. Sabía que eso significaba que debía devolver el cuadro de los perros a su sitio.

—Bien —asintió Eugenia, satisfecha—. Formas parte de esto.

—Elvira dice que soy la hija traviesa de la villa.

—Esa siempre está con lo mismo. La villa no tiene hijos. Y mi marido y yo tampoco quisimos tenerlos.

—Creo que me apuntaré a ese plan. No me veo como madre.

—Yo siempre lo tuve claro. Este mundo es complicado e inseguro. Elegí no contribuir a él, dejar que los que piensan de otra manera lo pueblen. Quizá ellos estén viendo algo que yo no.

—Eso suena un poco a derrota.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? ¿Convertirme en un riesgo para los hijos? Eso es lo que acabaría haciendo alguien que teme a todo.

—A lo mejor tiene razón el que ve amenaza y locura en el mundo.

—Nadie sabe quién tiene razón. Lo único cierto es que en las sombras de las personas y de la naturaleza hay una bestia peligrosa, eso nadie puede negarlo.

«Una bestia —pensó—. ¿Así llama a lo que para ella es su perro negro?».

La ventisca se intensificó de pronto. La lluvia racheada entró en el mirador. Se apresuraron a coger las bolsas y salir de ahí.

—La tormenta se ha adelantado —dijo Eugenia con una voz que el viento dificultaba oír.

—Mejor, así se irá antes. —Cargada con las compras, Carmela se esforzó por subir el terraplén mientras la ventisca la azotaba. No llevaban paraguas, pero hubiera sido inútil.

El agua cayó de golpe como si el mar se volcara sobre ellas. Todo se convirtió en barro. Eugenia necesitó sujetarse a una roca para no perder el equilibrio, pero Carmela resbaló y sus rodillas tocaron el suelo. Una bolsa rodó pendiente abajo. Carmela se giró para cogerla, pero la viuda la agarró.

—¡Déjala! —gritó Eugenia, que también perdió otra bolsa—. ¡Debemos llegar pronto a casa!

El viento era tan fuerte que notaban sus empujones, y la lluvia que descargaban las nubes negras era tan densa que apenas se veía a pocos metros. Lograron subir la pendiente y alcanzar el recinto de la mansión. En una pequeña cancela de un muro, Eugenia buscó rápido la llave en su bolso.

Las dos estaban completamente empapadas cuando, entre los jardines, corrieron hacia la casa.

La ducha caliente le sentó bien a su cuerpo, pero seguía preocupada por la gabardina llena de

salpicaduras de barro. Por si fuera poco, Marta había doblado la prenda sin miramiento, manchándola aún más. Carmela se había enfurecido tanto que le había gritado a la chica; estuvo a punto de llamarla idiota. Amparo, sin embargo, le restó importancia y le aseguró que Josefa la dejaría como nueva.

Aireándose el pelo con el secador, envuelta en una toalla, se sentía más relajada. Pensaba en lo agradable que era la idea de continuar un tiempo más en la villa; el lugar se había vuelto muy especial para ella. Lo único que lo estropeaba era el maldito cuadro. Devolverlo sin más y seguir con sus temores no encajaba para nada con el plan que la había llevado ahí. ¿El perro negro la rondaría en sus pesadillas para siempre?

De pronto, la luz se apagó y el secador dejó de funcionar. Miró hacia la ventana, pero solo vio la negrura de la noche, sin la habitual luminosidad de Villa Bombilla. La tormenta se había calmado, pero todavía lanzaba agua y viento a las ventanas. Oyó en la lejanía un «clac» y las luces de emergencia se encendieron. El exterior ganó un poco de claridad, pero no mucha. Después del susto de los ladrones, la situación no resultaba alentadora.

Se vistió a tuestas con un chándal que había detrás de la puerta, y con el pelo aún mojado salió al pasillo. Las lamparitas de emergencia permitían ver algo, pero la casa se había llenado de sombras.

—Amparo —llamó—. Marta.

—Estamos aquí. —La voz de Eugenia sonaba en la planta de abajo.

Cuando iba a dirigirse hacia allí, sintió un escalofrío. Una inquietud desconocida la hizo temer que las sombras se abalanzaran sobre ella. Descendió las escaleras casi corriendo, a riesgo de caerse por la escasez de luz.

Eugenia, Amparo y Marta la esperaban. Mercedes acababa de irse a los barracones.

—No es la primera vez que pasa —dijo Amparo en tono tranquilizador—. La electricidad se corta cuando el tiempo se pone así, no sé por qué.

—He visto por la ventana que tampoco hay luz en los cortijos de alrededor —dijo Marta.

—Estoy harta, voy a denunciar a la compañía eléctrica —dijo Eugenia, nerviosa.

Unos crujidos se oyeron arriba.

—¿Qué es eso? —se asustó Carmela.

—Los canalones —contestó Marta—. Suenan así cuando llevan mucha agua.

Esa explicación no la convenció para nada. Al mirar a Eugenia, dedujo que a ella tampoco la había calmado. Eso le transmitió una sensación de responsabilidad, o de superioridad, que la hizo desear ser fuerte.

—Vamos al salón —propuso Amparo—. Marta, trae la estufa de gas de la cocina.

—Iré yo —se ofreció Carmela para sobreponerse al miedo.

—Ya verá como la luz vuelve pronto —dijo el ama de llaves a la viuda, quien se dejó llevar como una niña.

Carmela las oyó hablar mientras se alejaban.

—¿Estarán bien en los barracones? —preguntó Eugenia.

—Por supuesto —dijo Amparo—, allí tenemos de todo.

El camino a la cocina era el que mejor conocía. La luz escaseaba, pero localizó sin problema la estufa. Cuando iba a cogerla, le pareció oír el gruñido de Tiposo. Se asomó por la ventana, pero no lo vio. ¿Confundió el sonido? ¿O provino de dentro?

No olvidaba que había batido su récord de tiempo sin tomar las pastillas azules. De niña había sufrido alguna alucinación auditiva oyendo a los perros fuera del cuadro. No quería fiarse de las

cosas extrañas que percibía hasta que volviera a tomarlas. Pero, al girarse, estuvo segura: dentro de la casa había un animal.

Lo atisbó un segundo, lejos, en el pasillo por el que había venido. No pudo estimar bien el tamaño por la penumbra. Quizá solo había visto una parte de los cuartos traseros. No parecía el ratón «minero», desde luego.

Dispuesta a averiguar lo que era, agarró un cuchillo, que ocultó en la chaqueta del chándal, a riesgo de hacerle un agujero, y avanzó hacia el lugar. A la altura del pasillo que iba al salón, se detuvo. Dudó si avisar a las demás. Pero debía enfrentarse ella sola a sus miedos o nunca se libraría de la tentación de destruir el cuadro.

Continuó hasta la escalera, donde de vez en cuando se oían los sonidos que tanto le inquietaban. Subió los peldaños despacio, mirando intranquila a su alrededor. Se quedó sin aliento al ver una sombra, y se avergonzó al comprobar que era la suya.

Más adelante, algo se movió rápido entre los barrotes de la barandilla. Esta vez no se trataba de su propia sombra.

—¿Tiposo?

No le había parecido grande. Y el perro negro era grande, casi tanto como el valor que debía tener quien se atreviese a ir tras él. Quizá era una alucinación de otro de los perros del cuadro; quizá se reían de ella haciendo que los persiguiera.

«La payasa sigue a los peludos —se dijo, imitando los crípticos mensajes—. Deja que corra y adelgace».

La sombra se metió por la puerta abierta de la estilosa habitación que llamaban la sala de música. Desde allí, una escalera de caracol subía hasta la buhardilla clara. Al asomar la cabeza, nada le llamó la atención a la escasa luz de la única lámpara de emergencia. Bueno, solo que la puerta que conducía a la otra buhardilla, la oscura, estaba entreabierta. Carmela solo había entrado una vez por curiosidad, no tenía más que tuberías y algunos trastos arrumbados. Nunca iba nadie ahí; ni siquiera estaba pintada.

De todos modos, se atrevió a subir. Todo se encontraba empapado. Una ventana al ras del tejado estaba abierta y daba golpes por el viento. Esos eran los sonidos que oía todo el rato.

—Canalones —masculló Carmela—. Esta Marta...

Corrió a cerrarla y entonces lo volvió a ver. El escurridizo animal andaba por los tejados. De nuevo, fue solo un momento. La curiosidad se tornó desesperación, necesitaba saber lo que era. Sacó medio cuerpo por la ventana. El tejado, afortunadamente, era más bien plano. Unos focos lo alumbraban de forma tenue. Se dijo que no iba a hacer lo mismo que en el corredor del sótano, en esta ocasión llegaría hasta el final. Total, ya estaba mojada otra vez.

Al salir al tejado, comprobó que el viento y la lluvia no habían remitido tanto como pensaba. Agachada para mantener el equilibrio, se dirigió hacia donde había visto al animal, a la vuelta de un respiradero. Cuando llegó, creyó adivinar a lo lejos los cuartos traseros de Revoltoso antes de que se ocultaran tras otra salida de ventilación.

—No puede ser.

Mientras avanzaba, se dijo que era demasiado pequeño para ser Revoltoso, pero... Entonces observó que las condiciones meteorológicas se habían vuelto otra vez violentas. Bajo la noche, la lluvia golpeaba con tanta fuerza los tejados que Carmela se temía que los proyectiles en los que se habían transformado las gotas hicieran saltar las tejas. Miró hacia la ventana por la que había salido. ¿Debía desistir como en el corredor?

«No».

Temiendo que la fuerte lluvia la derribara, avanzó a cuatro patas. Resultaba imposible empaparse más. Conforme se acercaba al lugar, se convencía de que se trataba de una mala idea. La preocupación fue ganando peso. Cuando se le ocurrió mirar atrás para comprobar lo que se había alejado de la ventana, la recia lluvia y la oscuridad le impidieron identificar por dónde había venido. A partir de ese momento, tanta locura era avanzar como retroceder. Temblando de frío y de miedo, continuó.

Estaba a punto de llegar al respiradero, lo tocó con una mano, a la vuelta se hallaba la verdad. Entonces presintió que era el perro negro el que, disfrazado de otro, la esperaba ahí. El terror la invadió. Al sacar el cuchillo, se le escurrió de la mano. Intentó recuperarlo. Una repentina racha de viento, unas tejas mojadas, un borde que no había visto. Un resbalón.

Carmela cayó al vacío.

El grupo tomaba fotos en el jardín durante la soleada mañana. La tormenta de hacía unos días había causado algunos daños. Observó desde la ventana cómo los del seguro examinaban arbustos quebrados, focos colgantes y verjas descuadradas. Unos jardineros subidos en escaleras arreglaban unos árboles.

Le habían movido la cama a Carmela para que pudiera contemplar el exterior y dejara de saltarse las pautas del médico. La pierna derecha escayolada por debajo de la rodilla debía permanecer en alto, el brazo izquierdo en cabestrillo y el chichón de la ceja cubierto por una bolsa de hielo.

Pero estaba harta de limitaciones. Y los mosquitos se lo ponían aún más difícil. Esos repentinos días cálidos al final del invierno habían despertado prematuramente a los infames chupasangres para llenar de picaduras el maltrecho cuerpo de Carmela.

La viuda entró cuando la joven trataba de quitarse de encima la bandeja del desayuno terminado.

—Me duele —dijo Carmela nada más verla.

—Después de la caída que tuviste —repuso Eugenia mientras le retiraba la bandeja—, que te duela es una buena noticia.

A pesar de que daba las gracias por haber salvado la vida, Carmela se sentía incapaz de retener lo bueno y evitar lo malo.

—Una pierna rota no es una buena noticia —dijo, poniendo una mueca.

Eugenia dejó la bandeja sobre la cómoda, donde había un florero con un ramo de rosas.

—Tus pastillas para el dolor. —Le tendió una tableta y el vaso de agua de la mesita. Ahí también estaban las pastillas azules.

—No sabes lo que odio tomar pastillas —contestó Carmela al tiempo que las cogía.

—Pues no las tomes. Siempre se puede elegir.

—¿De verdad? —preguntó con la pastilla en la boca—. Si lo llego a saber la otra noche, hubiera elegido no caerme. —Tragó la medicina.

—Veo que tu sarcasmo no se ha fracturado. Me alegro.

Carmela miró por la ventana. Estaba mortificada por no poder fumar porros. La gente entraba en su habitación con demasiada frecuencia.

—Estrangularé a ese gato cuando lo encuentre —amenazó.

—El animal no tiene culpa de que lo confundieras con un ladrón —dijo la viuda, ordenando algunas cosas del cuarto. Eso le habían contado a Carmela. Cuando habían subido a la buhardilla a buscarla, vieron al gato entrar por la ventana—. ¿A quién se le ocurre? En fin, no quiero enfadarme otra vez.

Carmela carecía de fuerza moral para defenderse. Había estado a punto de tomar las pastillas azules para evitar más episodios lamentables, pero sentía que los perros aún tenían algo que mostrarle.

—Hoy me levanto —avisó Carmela.

—Te has levantado todos los días —se quejó la viuda mientras iba a por la bandeja. La joven había recurrido al chantaje emocional para seguir ayudando en la preparación de la subasta, insistía en que necesitaba hacerlo. Cuando no tenía la bandeja en la cama, tenía el portátil. Incluso había ignorado las condiciones impuestas por Eugenia al escaparse con la muleta para

visitar los cuadros y los archivos—. Al final harás lo que quieras, como siempre —dijo la viuda al irse.

Se quedó mirando las rosas sobre la cómoda. Fernando la había visitado. El muchacho se presentó ahí en cuanto se enteró de lo sucedido. Llegó preocupado, pero se tranquilizó cuando ella dijo que la fractura era limpia y lo del brazo solo un esguince. Carmela había logrado agarrarse a una cornisa intermedia antes de caer del todo; eso y aterrizar sobre un jardín la salvaron de algo mucho peor. En otra ocasión, Fernando había vuelto con el ramo de flores. Aquel día habían estado a punto de besarse, pero ella había girado la cara.

Por el momento, su vida carecía de espacio para más asuntos. Tenía que asegurarse de que las instalaciones se abrían definitivamente, de que la subasta funcionara, de que el cuadro secuestrado regresase a su sitio, de que los secretos de la villa la iluminaran. No, no podía quedarse en la cama.

Bajar las escaleras era peor que subirlas, pero insistió en que Ramona no la ayudara. Se colgó la muleta al hombro, echó el peso sobre la baranda y, saltito a saltito, descendió. A Nuria le había suavizado lo ocurrido y a Toñi le había dicho que se había hecho un esguince en un tobillo. Prefería sufrir su estupidez ella sola. Cuando llegó abajo, se dirigió a la sala de exposiciones apoyándose en la muleta.

Catalogar en un fichero cuadros por pintar no parecía difícil. Nombres como *Naturaleza 9*, *Primavera armoniosa*, *Azul sobre verde* o *Trazos silvestres* eran lo suficientemente genéricos como para no comprometer mucho el contenido final de las obras. Si a eso se le sumaban descripciones igual de vagas y una viuda excéntrica que no mostraba toda su colección, por arte de magia se daba por sentada la existencia de unas obras que nadie había visto. Sin embargo, no sabía con exactitud cómo se apañaba Eugenia para tasar y asegurar cuadros aún por pintar. En los expedientes figuraba un buen tinglado de preventas que no se habían consumado, tasadores desconocidos, aseguradoras extranjeras y bocetos preliminares imprecisos, susceptibles de cambio según la propia documentación. Apostaría el brazo bueno a que conocía al que ayudaba a Eugenia en la trama.

Lo encontró en la sala de exposiciones. Llevaba días viniendo temprano a la villa, quería que todo estuviera a punto para la subasta.

—*Mademoiselle* —la saludó Joaquín, sonriente.

La primera estancia de las que componían el espacio se destinaría al público, estaba despejada a excepción de unos operarios que colocaban una tribuna de madera. En las siguientes habitaciones se encontraban los cuadros que iban a subastar.

—¿Cómo estamos esta mañana? —preguntó el hombre, con la vista en la escayola.

—De escándalo, tengo un dedo que no me duele. —Miró alrededor—. ¿Va todo como quería el caballero?

—No puedo agradeceréte más —dijo igual que un niño ilusionado—, esto va a ser un éxito.

Carmela estaba convencida de que, la vez que le había pedido ayuda en la sala de seguridad, el galerista trataba de envejecer una obra de la viuda. A eso se dedicaba cuando decía que restauraba. Joaquín se dio un manotazo en el cuello.

—Estos condenados mosquitos nos invaden —se quejó.

—Hablando de invasiones —dijo Carmela—, hoy llegan los primeros invitados. —Eran potenciales compradores para la subasta.

—Estoy al tanto —dijo casi emocionado—. Eugenia se va a poner contentísima.

«Tú estás contentísimo».

—No sé. Anda un poco preocupada por los cultivos que se han muerto.

Algunas plantas habían aparecido marchitas unos días antes.

—Algo me han dicho. Será alguna enfermedad pasajera. Los agricultores lo arreglarán. — Joaquín le puso la mano en el hombro—. Lo importante estos días, Carmela, es que cuidemos los detalles, ¿entiendes? Los detalles marcan la diferencia entre lo bueno y lo excelente. Que todo esté en su sitio, que los invitados se sientan bien atendidos, que encuentren la información que buscan. Ya sabes, todo eso.

—En ello estamos, señor.

El galerista la miró con una amplia sonrisa.

—Tu nombre está ahora ligado al de Eugénie. Tu prestigio depende del suyo.

Del exterior les llegó el sonido del frenazo de un coche.

—Qué bestia el que sea —comentó Carmela.

Joaquín se acercó a la ventana.

—Gustavo —dijo, molesto—. Espero que no monte un espectáculo.

Según Marta, Eugenia no le cogía el móvil a su novio ni lo atendía cuando llamaba al teléfono de la casa. Que se plantara ahí preocupaba a Carmela.

La distancia desde la mansión hasta la escuela de pintura se había triplicado debido a la escayola y la muleta. Nada más entrar, jadeante, se fue directa al rincón. No había cagarutas de roedor a la vista y el embalaje del cuadro de los perros seguía intacto. Respiró, aliviada.

Mientras recorría la escuela abriendo ventanas para airearla, se alegró de tener al fin suerte en algo. Eugenia no había incluido esa obra en la lista de las que iba a vender en la subasta. Y le parecía un milagro que aún no se hubiesen percatado de que lo que había debajo de una tela en la sala de seguridad era una copia. Eso le daba más tiempo, pero tenía que actuar pronto. Después de perseguir al falso perro negro, le había quedado claro que no podría vivir así. Volvía a sentir la urgencia de destruir el cuadro. Hacía poco, había estado a punto de llorar y confesarle todo a Eugenia. Pero se había echado atrás. Si se sinceraba, la opción de acceder al cuadro desaparecería para siempre.

Al abrir una de las ventanas, se fijó en el campo tras la escuela. Allí, alguien barbudo pescaba con una caña corta en un arroyo que se había agrandado por la lluvia torrencial. El sombrero de paja y la camisa roja de cuadros le indicaron que se trataba del campero; según todos, el más huraño y tosco de los empleados de la finca. El sonido de un estruendoso pedo del hombre le dio tanta vergüenza a Carmela que volvió a cerrar la ventana.

Joaquín y los que montaban la tribuna se habían ido de la sala de exposiciones. La joven llegó agotada a la siguiente habitación, moverse por la villa en sus condiciones era un suplicio. Abrió con sus llaves. El lugar estaba lleno de pinturas.

«Los últimos cuadros».

Había dos nuevos, los identificó. La viuda había debido incorporarlos en cuanto se secaron y dejaron de oler. No quiso presionar a Eugenia con indirectas, prefería que ella le contara su secreto si alguna vez la consideraba merecedora. Se acercó a uno de los cuadros recientes. Sobre un acantilado, se veía a una mujer sentada en una roca con un vestido blanco al viento. Era una de las pocas pinturas de Chisco, y de Eugenia, en las que había personas. Luego fue al otro cuadro. Este retrataba un hermoso encinar bajo el azul y el blanco del cielo.

Abrió la boca al percatarse de algo. En la esquina de este último cuadro, entre los gruesos

trazos de una nube, asomaban las alas de un mosquito. El resto del insecto estaba debajo de la pintura. Supuso que había sucedido mientras el cuadro se secaba. Si un invitado o un operario reparaba en el infeliz bicho, fundido en una obra supuestamente pintada hacía quince años, la subasta y todo el tinglado de la viuda correrían peligro. No se atrevió a sacar al mosquito con los dedos, podía arrancarlo a medias. ¿A quién iba a pedir ayuda sin descubrir lo que sabía? Tenía que hacerlo ella misma, y rápido.

La llamaban Barbie. Decían que era más joven que Eugenia, pero parecía mayor. El estilo de su ropa cara recordaba al de la viuda, como el peinado, pero el abundante maquillaje era menos discreto.

—Querida —dijo, mirando la escayola—, no sabía que ser la secretaria de Eugenia fuera tan peligroso. No te pegará, ¿verdad? —bromeó.

—Solo cuando me lo merezco —contestó Carmela—. El ama es muy piadosa.

Barbie era la primera invitada de las que se hospedarían en la mansión durante unos días, aunque por el voluminoso equipaje se diría que tenía pensado quedarse un año. Su llegada había interrumpido a Carmela, que buscaba con desesperación unas pinzas o una aguja con las que extraer el mosquito. Amparo había insistido en que si la joven se encontraba tan saludable como para estar toda la mañana de un lado para otro, podía atender a la invitada. La señora estaba ocupada con Gustavo.

La mujer era muy habladora. Mientras subían las escaleras, con Marta cargando algunas maletas, le contó a Carmela lo ameno que había sido el viaje a la villa, primero en tren de alta velocidad y luego en coche alquilado. Preguntó mucho por Eugenia, de la que dijo ser una gran amiga, aunque la viuda no se había mostrado entusiasmada al enterarse de que vendría.

—Marta —pidió Barbie cuando la chica metió el equipaje en su dormitorio—, ¿podrías traerme un martini seco? —Le guiñó un ojo—. Mercedes sabe cómo me gusta.

A Carmela le apetecía charlar más con la mujer, parecía divertida, pero la dejó con la palabra en la boca poniéndole la excusa de que tenía que hablar con un técnico de la subasta antes de que se fuera.

Por fin, tras un buen rato, se hizo con unas pinzas finas y un raspador del equipo de restauración de Joaquín, en la sala de seguridad. Volvió a bajar, maldiciendo el dolor del cuerpo. No podía dejar a la viuda en la estacada, se había comprometido. Atravesó la sala de exposiciones a golpe de muleta, abrió la última habitación, donde se guardaban los cuadros, y se plantó delante del inoportuno mosquito. Sostuvo las pinzas con un pulso tembloroso; la punta de la lengua le asomaba entre los labios. Cuando iba a coger el ala, oyó a su espalda las voces de Eugenia y de Barbie. Acababan de entrar en la primera habitación.

—Un lugar fabuloso —se maravilló Barbie—. Enhorabuena, querida.

—Gracias —dijo Eugenia—. Solo resta que la subasta funcione.

—Seguro que sí. Pero *Viñas en la ribera* será para mí, ¿no es cierto?

—Si pujas más que los otros, todo tuyo, mi apreciada Barbie.

Las risas de la aludida resonaron entre las paredes.

—Oh, querida, cada día estás más joven y más guapa. No sé cómo lo haces. —Barbie vio llegar a Carmela—. Anda, mira por dónde viene la pobre niña.

—La increíble niña flamenco —apuntó Carmela, acercándose con la muleta. Para no arriesgarse, pospuso la Operación Mosquito y se dejó ver.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó la viuda. No parecía molesta, sino más bien tranquila.

Carmela se alegró, pero no mucho si eso significaba que había hecho las paces con Gustavo.

—Una última revisión para Joaquín —se inventó.

Las tres hablaron un rato sobre la subasta. Al escuchar los detalles, la invitada se deshizo en elogios hacia la eficiencia de Carmela y el buen gusto de Eugenia. Saltaba a la vista que Barbie admiraba a la viuda y que de alguna forma la imitaba. A la joven le resultó patético, la mujer no tenía ni el físico ni el estilo de Eugenia. Se preguntó si ella misma estaba haciendo igual.

Dejaron a la invitada tomando otro martini en el salón, y ellas caminaron juntas hacia la escalera.

—Qué pesada se pone a veces —murmuró la viuda. Se volvió hacia Carmela—. ¿No estás cansada? ¿No te duele?

«Como nunca».

—He notado cierta mejoría. Me sienta bien moverme.

—No te entiendo a ti tampoco —dijo, confusa. Se detuvieron ante los escalones—. Esta tarde vendrán Mapuri y Nicolás. ¿Ha llegado el regalo para ella?

Eugenia le había pedido que buscara en internet un detalle apropiado para Mapuri, una empresaria retirada que asistiría a la subasta con su marido y con la que quería quedar bien. A la joven le había halagado que le encargase decidir por ella. ¿Pero qué se regalaba a una persona que tenía de todo? Como a la mujer le gustaba la espiritualidad oriental, Carmela había optado por una preciosa caja de taracea con una selección de aceites esenciales, varitas de incienso, velas y otros consumibles hechos a mano en un recinto budista de la provincia. A Eugenia le había parecido una idea estupenda.

—Llegó —dijo Carmela, que percibía a la viuda inquieta. Podría ser por Gustavo—. ¿Te preocupa algo? ¿La subasta? Todo irá bien, Joaquín morderá antes que permitir otra cosa.

—Temo más por los cultivos, si te digo la verdad. La aparición de las plantas muertas podría retrasar la reapertura de las instalaciones.

Era una posibilidad, cierto.

—No será nada. Los agricultores lo arreglarán —dijo, repitiendo las palabras de Joaquín.

Dejó a la viuda dándole instrucciones a Elvira y a seis chicas que habían venido de refuerzo. De nuevo, había operarios en la sala de exposiciones, por lo que debía olvidarse del dichoso insecto hasta después del almuerzo.

Casi engulló la comida a fin de estar pendiente de la marcha de los operarios. Cuando, a media tarde, recogieron las herramientas para irse, llegaron más invitados. Otro contratiempo. Antonio acompañaba a Mapuri y Nicolás, y se los presentó a Carmela. Esta seguía sin saber si «Mapuri» era un nombre o una abreviatura cariñosa.

—Doy las gracias por estar en un lugar tan auténtico como este —dijo Mapuri. La mujer era bajita y vestía un elegante traje de pantalones más bien formal.

—De bien nacido es ser agradecido —dijo, sonriente, Nicolás, sin mucha lógica. Su vestimenta carecía de la discreción que tenía la de su esposa. Un luminoso traje blanco le hacía parecer un gigoló enclenque.

Eugenia y Joaquín aparecieron en ese momento, avisados por Amparo. Todos se saludaron afectuosamente, como amigos de toda la vida. Aunque, según le había oído a Antonio, la pareja invitada también era conocida de don Arturo.

—¿Estáis cansados? —preguntó Eugenia.

—Lo cierto es que esta mañana rebosaba energía después del yoga —explicó Mapuri—, pero al escuchar las noticias por la carretera, tantas cosas que pasan, tantos cambios en el mundo, he

tenido que cortarlas porque me sentía agotada.

—Se lo advertí yo —dijo Nicolás al resto.

—Dejar de oír las noticias es lo mejor —apuntó Joaquín—, ¿no es cierto?

—Bueno —continuó el marido—, yo diría que la clave está en seleccionar bien los medios en lugar de escucharlos arbitrariamente. No se me da mal el tema del periodismo. Hace unos años...

—Oh, Nicolás —lo interrumpió la esposa—, ya sabemos lo bien que se te da todo. Ahora quisiera descansar.

—Amparo —dijo Eugenia—, ten la amabilidad de acompañar a Mapuri y a Nicolás a su habitación.

Carmela apreció que la viuda se mostraba aún más refinada en presencia del matrimonio.

—Os acompaño yo también —se ofreció Joaquín, cogiendo uno de los bultos del equipaje—. Así hablamos de unos cuadros que os van a encantar. Son los mejores de la subasta.

«No, hijo —pensó Carmela—, no desaproveches un segundo para vender». Luego se preocupó por si alguno de esos era el del mosquito y decía de enseñárselo esa misma tarde.

—Qué agradecida me siento por estar en la villa —reiteró Mapuri.

Eso hizo que la mente de Carmela volara al último fenómeno de los perros.

—¿Dónde está la gracia? —había ladrado Azuquítar.

—¡Las gracias! —lo había corregido Tozudo—. ¡En la tarasca de los árboles!

En aquel momento, había pensado que lo de «gracia» se refería a algo gracioso o virtuoso. Pero quizá fuera algún agradecimiento. De todas formas, seguía sin saber cómo interpretarlo.

Los operarios tardaron en salir de la sala de exposiciones, y luego Joaquín les enseñó los cuadros al matrimonio, incluido el del mosquito, aunque afortunadamente no se dieron cuenta, animados en la charla. Pero era cuestión de tiempo que alguien lo notara. Carmela tuvo que sentarse a descansar en el salón, exhausta, a la espera de que surgiese una oportunidad. Al poco, se oyeron voces en la planta de arriba.

—¡Esto no va a quedar así! —gritó Gustavo—. ¡Te vas a arrepentir!

—Eso —replicó Eugenia—, amenázame. Muéstrate como eres.

Los improperios elevaron el volumen hasta preocupar a los invitados y a los empleados, que se aproximaron.

Carmela llegó cuando Gustavo descendía por las escaleras. Barbie acudió a la planta de arriba para tranquilizar a Eugenia, que luchaba por disimular su temblor cogiéndose el antebrazo; parecía más asustada que furiosa. Ya abajo, Gustavo sobresaltó a todos al dar un puñetazo a una puerta, desencajándola de una bisagra y ocasionándole un gran agujero. Joaquín se acercó a él con el ceño fruncido, lo señaló con el bastón y le espetó:

—¡Ya basta! Te estás equivocando.

Gustavo lo agarró de las solapas y lo llevó contra una pared.

—¿Qué dices tú, cojo imbécil?

La cara del galerista se descompuso, el temor se le veía en los ojos, quedó paralizado. Amparo y Nicolás trataron de separarlos.

—Llamad a Antonio —pidió el ama de llaves.

Gustavo empujó a Joaquín a un lado y se marchó. El portazo que dio al salir retumbó en toda la villa.

Carmela se fijó en que el miedo de Joaquín se tornó vergüenza al apreciar que los demás lo miraban.

Un par de horas más tarde, el ambiente se había relajado. Pero no cesaba el flujo de personas que pasaban a la sala de exposiciones, imposibilitando el acceso clandestino a los cuadros de las estancias contiguas. Justo antes de la hora de cenar, apareció Rodrigo. El joven, que había servido de ayuda y estorbo cuando Carmela había llegado a la villa, lucía el porte elegante de siempre.

—Veo que has sobrevivido —la saludó el muchacho con su media sonrisa—. Aunque, por lo que me han dicho, deberías habértelo tomado con más calma.

—Me lo tomo con calma —dijo Carmela—. Por eso me estoy yendo de vacaciones por partes.

—Felicidades. —Le dio dos besos—. Entonces, ¿estás bien, más allá de lo aparente?

—No diría tanto. ¿Dónde has dejado a Leo?

—Él es responsable, no como yo. Tenía cosas que hacer, al igual que yo. Pero no quise desaprovechar la oportunidad de venir.

Carmela reconocía que, pese a sus bromas pesadas y sus comentarios mordaces, se alegraba de verlo. Los demás invitados también se complacieron de su presencia. Charlaron con Rodrigo en el salón. Mapuri le preguntó por sus padres y Nicolás por sus últimos viajes.

—Estás tan espléndida que vas a acaparar la atención en la subasta —dijo Rodrigo a Barbie—. Yo mismo te pediría una cita si no tuviera pareja.

La mujer soltó una amarga risa.

—No te molestes en llamar a esa puerta, querido, ahí ya no vive nadie. Amparo, ¿puedes pedir que me suban otra manta?

El ama de llaves asintió, y a continuación invitó a todos a pasar al salón. La cena estaba servida.

—Justo a tiempo —dijo Rodrigo.

Eso mismo pensó Carmela. Aprovechó que la zona se vaciaba para ir a la sala de exposiciones. Abrió la habitación donde se exhibía el cuadro del mosquito y sacó las pinzas. El pulso le temblaba menos, quizá por la determinación reunida ante el cúmulo de circunstancias que la habían retrasado. Para su alivio, el mosquito salió con mayor facilidad de la que esperaba. Tan solo quedó una patita que se despegó en cuanto la rozó con el raspador. Durante unos segundos, admiró su reparación, donde no se apreciaba ningún daño.

—¿No vienes a cenar?

Carmela casi se cae al volverse. Rodrigo se encontraba en la puerta.

—Sí, sí —dijo ella—. Estaba... Sí, ya voy.

Por fortuna, Rodrigo, en lugar de indagar, habló animadamente sobre lo que pensaba hacer en la villa.

A Carmela le entró hambre, una sensación que aumentó por el regocijo de haber colaborado con éxito en la trama delictiva de Eugenia. Cuando llegó al comedor, notó que faltaba Joaquín. Preguntó a su acompañante por el galerista.

—Está en algún lugar de la finca —dijo Rodrigo—. Ha dicho que iba a ver a alguien para darle las gracias, creo.

Recorría el laberinto de rosas cuando tuvo que pararse a tomar aire. El brazo bueno le dolía tanto como el malo por culpa de la muleta. Se había ido inmediatamente del comedor, asegurando que debía hacer algo urgente, no le había dado tiempo a pensar una excusa mejor. Sospechaba que «la tarasca de los árboles» podía ser san Espanto y que había llegado el momento por el que preguntaba Azuquítar, el de «la gracia». O eso esperaba. En un último esfuerzo, se adentró en la

arboleda, en la que apenas penetraban las luces nocturnas de la villa.

Si la estatua inquietaba de día, aún más de noche. El resplandor de fuera solo acentuaba con sombras los rasgos salientes de los pómulos, la barbilla y las cejas de san Espanto.

«¿Y ahora qué», pensó Carmela. No le extrañó oír que unas personas se aproximaban desde dentro, pero no por eso se inquietó menos. Como pudo, se escondió detrás de la estatua. Joaquín y otro hombre se detuvieron cerca. Si hubiera sido de día, sin duda la habrían visto. Carmela reconoció por la voz que el otro era Mariano, uno de los agricultores de la villa, concretamente el que estaba con don Arturo el día que ella había llegado.

—Y lo peor es que estoy corriendo muchos riesgos —se quejó Mariano—. Puedo acabar en la cárcel.

—Tienes que terminar el trabajo —impuso el galerista—, no lo puedes dejar a medias.

—Que no, Joaquín, de verdad. Como siga matando cultivos, me van a pillar.

—Pues entonces invéntate otra cosa —dijo, enfadado—. Hay que retrasar todo lo posible la apertura de las instalaciones. Don Arturo lo ha dejado claro.

«¡Cabron!», pensó Carmela. De haber estado Joaquín a solas, se habría liado a golpes de muleta con él.

—Envenenar la tierra es una cosa muy seria —insistió Mariano—. Tengo que esconder el veneno en el cortijo de don Arturo. ¿No le pueden poner otra denuncia a ella?

—Esa vía no da más de sí —negó el galerista—, van a archivar la actual.

—Pero es que yo me gano el pan con esto, si me pillan...

—Y yo me gano el pan vendiendo cuadros, ¿entiendes? Las instalaciones me quitarán el mío. Y complicarán el de don Arturo y el de los demás. Estas tierras son demasiado fértiles, los cultivos aquí rinden como en ningún sitio.

«Así que se trata de eso —se indignó Carmela—. Eres un puto avaro. Y un traidor».

—La culpa es de la viuda —dijo Mariano—, por cabezota.

—Cuidado con lo que dices —se molestó Joaquín—. No la metas en esto. Las circunstancias la están confundiendo. Nosotros manejaremos la situación. Ella sabrá adaptarse.

—¿Y la otra?

—¿Qué otra?

—La secretaria.

—Bah —dijo Joaquín—. Ha aprendido algunas cosas, pero en el fondo sigue siendo muy cortita. La elegí por eso. —A Carmela se le cayó el alma a los pies—. Si las cosas se complican de verdad, no sabrá encauzarlas.

—¿Y por qué no me ayuda usted?

—¿Yo? ¿Qué estás diciendo?

«Claro, tú tienes principios —bramó por dentro la joven—. Por eso se lo encargas a otro, hijo de puta».

—Entonces —dijo Mariano—, ¿qué hago?

—¡Encontrar una solución! —explotó Joaquín—. Yo debo atender un asunto importante. —De repente, pareció descompuesto—. Han robado un cuadro.

—¿Un cuadro?

—El de los perros. No sabrás algo, ¿verdad?

Carmela se quedó sin respiración. ¿Cuándo se había enterado Joaquín de que faltaba el cuadro?

—Por supuesto que no sé nada —repuso Mariano.

—Desapareció hace un tiempo. No se lo dije a ella para que no abortara la subasta. Al principio sospeché de alguno de mis ayudantes, pero no han sido ellos.

—¿Quiere que le eche una mano?

—Tú ocúpate de los cultivos. Yo encontraré al ladrón del cuadro.

El martillo resonó contra el atril.

—Adjudicado a Fermina por ochenta y cinco mil. —El subastador marcaba el ritmo de la cosecha de arte en la sala de exposiciones, como si los cuadros fueran frutos del campo. Cada golpe arrancaba uno de la villa. Dos adjuntos traían las obras y una auxiliar apuntaba.

Se habían dado cita unos sesenta compradores, además de una quincena de intermediarios instalados en una mesa con portátiles y teléfonos. No solo se vendían las obras, también bocetos inacabados, aunque a un precio menor. Las pinturas famosas, sin duda, pertenecían al autor teórico, pero para Carmela era difícil precisar cuáles de los últimos cuadros los había pintado él. A su juicio, Eugenia imitaba con maestría el estilo de Chisco.

Los cuatro invitados de la villa se encontraban entre los presentes. Habían comprado importantes lotes de la subasta, sobre todo Mapuri, pero todavía faltaban los más grandes.

—Enhorabuena, Fermina —dijo Nicolás a una señora entrada en años, que se sentaba entre él y Carmela—. Una obra magnífica.

—Gracias —contestó la mujer—. La verdad es que me siento como si hubiera violado la integridad de este lugar. Pero amo tanto este cuadro desde que era joven...

—El amor es algo extraño —sonrió el hombre.

Eugenia y Joaquín se habían pasado las últimas semanas negociando los precios con los mejores compradores. Les habían enviado fotos de los cuadros, algunos todavía secándose. La subasta era la prueba de fuego de todo ese trabajo.

La joven se notaba nerviosa, y suponía que la viuda lo estaría aún más. Así que decidió no hablarle todavía a Eugenia del traidor de Joaquín, evitando el riesgo de arruinar el evento. Ella misma tenía una misión vital entre manos. Por ese motivo llevaba veinticuatro horas sin dormir.

Aprovechando una nueva puja, se colocó la muleta en el brazo bueno y se ausentó de la sala. Esa tarde no hacía calor, pero ella estaba acalorada.

—¿Tenéis los resultados? —preguntó por su móvil.

—Los tenemos —dijo la voz al otro lado—. El veneno consiste en una alta concentración de herbicidas. Lo bueno es que no son comunes.

—Eso quiere decir que se pueden rastrear, ¿no? ¿Habéis mirado donde os dije? No podemos perder tiempo.

—Lo estamos comprobando, Carmela.

Respiró hondo para tranquilizarse.

—¿Y cómo va la negociación de la cláusula?

—No hay nada nuevo, pero te prometo que haré lo imposible.

—Todo debe estar listo hoy.

—Lo sé, te avisaré en cuanto tenga algo.

No permitiría que don Arturo y «don» Joaquín se salieran con la suya bajo ningún concepto.

—Gracias, Fernando —dijo antes de colgar.

Demasiadas cosas a la vez. Quería devolver el cuadro cuanto antes a la sala de seguridad, pero sus limitaciones físicas, la cantidad de gente que se movía por la villa esos días y sus tareas apremiantes se lo complicaban terriblemente. También debía prestar atención a la subasta; le fastidiaba que Joaquín se beneficiara de las ganancias, pero la viabilidad de las instalaciones agrícolas dependía de que fuera un éxito.

Si señalaba al galerista como traidor, sin lugar a dudas se descubriría el robo del cuadro, y esto aún no se lo podía costear. Debía resolver la situación ella misma. No se fiaba de Eduardo, el abogado. Menos mal que contaba con Fernando, lo había convencido de que Eugenia no debía saber aún lo del veneno para que pudiera concentrarse en la subasta. Sumado al secuestro del cuadro, no se sentía mucho mejor persona que Joaquín.

Cuando guardó el móvil, Gustavo pasó por delante de ella, de camino a la subasta, y le dirigió una de esas miradas penetrantes que tanto le inquietaban. Eso también complicaba las cosas. La viuda estaba, si no arreglada, al menos en tregua con su pareja. Por lo que decían, él le había pedido perdón, aunque Carmela no conseguía imaginar tal escena.

—Espero que se sepa comportar —dijo Eugenia, acercándose a la joven. Ambas miraban como Gustavo se alejaba.

Carmela cruzó los dedos para que no hubiera problemas.

—¿Cómo van las ventas? —preguntó.

—Por ahora bien, pero no sé qué tal resultarán las importantes. —La viuda se cogió el antebrazo—. Me preocupo demasiado, no lo puedo evitar.

—Tendremos que vigilar lo nuestro, como hace el perro negro. —Se le escapó solo a medias, quería ver su cara.

—¿El perro negro?

—Es un decir —se resignó—. Debemos estar pendientes.

—Desde luego. No pienso perder de vista a ciertos compradores que me pidieron que ajustase los precios de salida, solo faltaría que ahora no pujaran. Nada me irrita más que una promesa falsa.

«Si ellos están comprando por el nombre del autor —se dijo Carmela—, las promesas falsas comienzan con nosotras».

—No creo que hagan eso —deseó la secretaria—, te conocen desde hace años.

Uno de los ayudantes del subastador requirió la presencia de Eugenia, había un problema con un lote.

—Los años son una prisión cada vez más estrecha —dijo la viuda antes de acompañar al ayudante.

No entendió lo que había querido decir, pero lo cierto era que el tiempo rara vez jugaba a favor, y desde luego no lo estaba haciendo esa tarde.

Llamó de nuevo a Fernando por puro nerviosismo, pero colgó de inmediato. Preocupada, exhausta y dolorida, fue a la cocina en busca de analgésicos y de café. No quería correr el riesgo de quedarse dormida si se sentaba.

Poco después, hubo un receso en la subasta. Los refrigerios y las bebidas esperaban a todos en la carpa de la piscina, donde la temperatura era agradable. La gente, animada, habló sobre las excelencias de la villa, los cuadros y Eugenia, y también sobre sus propias vidas. Joaquín recorría sonriente los distintos grupos para preguntarles si todo estaba a su gusto.

Carmela se acercó hasta el rincón donde estaba Barbie. La mujer bebía una copa de champán con semblante apagado. Miraba a Gustavo, quien se arrimó con descaro a una de las chicas del servicio, sin importarle que la viuda y los demás lo vieran.

—¿Has conseguido el cuadro que querías? —preguntó Carmela.

—Aún no ha salido —suspiró Barbie—. Pero me haré con él aunque me cueste una fortuna.

Una señora se aproximó, notablemente ebria.

—Menuda cara —le dijo a Barbie—. ¿Problemas amorosos? ¿Te dejó por una maquilladora?

—Por un surfista que también era gay —repuso Barbie—. Pero no estás invitada a la conversación, querida.

La recién llegada captó el mensaje y se fue a molestar a otros. Carmela no supo qué decir. Barbie se encogió de hombros y sonrió.

—Lo siento —continuó—, pero así hay que hablarles a algunas personas. La clave está en interpretar un papel, el que quieras, pero siempre el mismo. Así no pueden tocarte. —Carmela solía decir eso en sus monólogos; se sintió vieja de repente. Barbie miró de nuevo hacia Gustavo—. ¿Tienes a alguien que cuide de ti?

Tenía a su hermana y a Nuria. Pero estaban lejos. ¿Necesitaba que cuidaran de ella? «Todo el mundo lo necesita —se dijo con resignación—, aunque sean ideas o dioses».

—Disculpa, querida. —Barbie saludó a distancia y se marchó antes de que a Carmela se le ocurriese algo que responder.

Apreció que se había formado un pequeño tumulto alrededor de una mesa. Al llegar, atraída por la curiosidad, vio que la viuda estaba sentada frente a Pepe Paco. El político lucía un aspecto descuidado, muy distinto al del orgulloso personaje que había conocido en aquella reunión. Se decía que las encuestas lo daban como perdedor en las elecciones y que se había arruinado con inversiones fallidas.

—¿Cuánto se están apostando? —preguntó un hombre.

—Seis mil —contestó otro.

El juego era una especie de póker, pero las ilustraciones de las cartas consistían en cuadros, esculturas, catedrales y otras obras artísticas. Cada uno de los participantes, Eugenia y Pepe Paco, tenía enfrente cinco cartas boca arriba. Las jugaban acercándolas al centro en grupos mientras decían cosas como «pareja de autores», «trío de periodos», «póker de estilos». Luego les daban la vuelta y comprobaban en la ficha que había en el dorso, donde rezaban los datos de la obra, si coincidían con las figuras prometidas. Cuando uno fallaba, el otro decía «farol» y la figura quedaba anulada. El jugador que tuviera la figura más alta entre las válidas ganaba la apuesta.

Y esa persona fue la viuda. El público aplaudió, Eugenia sonrió y el gesto de Pepe Paco se marchitó. La atrevida apuesta terminó con una rica un poco más rica y con un pobre mucho más pobre.

El móvil de Carmela sonó. Se ayudó de la muleta para apartarse unos metros.

—Dime, Fernando —dijo, impaciente.

—Hay un problema —lamentó el muchacho—. Las instalaciones no constan en el régimen que necesita la cláusula. Le hemos dado vueltas con nuestros abogados, pero...

Se quedó pensativa, tenía que encontrar una solución.

—¿Valdría una prueba de que el cambio de régimen está solicitado?

—¿Presentaste una solicitud oficial? Claro que eso serviría.

—Dame un minuto y te la envío.

—Rápido, Carmela, o no dará tiempo a hacerlo hoy.

Colgó sin contestar. Su cuerpo roto se apresuró todo lo que pudo.

Llegó a la planta de arriba sin aire, después de haber estado a punto de caerse por las escaleras. Al entrar en la biblioteca, encendió la luz y se dirigió a su despacho para coger el portátil. Pero no estaba ahí. Se maldijo por no recordar antes que lo había dejado en su dormitorio, las prisas no le permitían pensar con claridad. Apenas había dormido desde que había descubierto la traición de Joaquín, cavilando sobre cómo solucionar el problema, hasta que se le

había ocurrido una idea para que la apertura de las instalaciones se convirtiese en una realidad en cuarenta y ocho horas. Eso detendría los sabotajes. Fernando le había dicho que quizá fuera posible, pero el asunto no terminaba de rematarse.

Cuando se giró, se asustó al encontrar a Gustavo apoyado en el marco de la puerta. Tenía un vaso de *whisky* en la mano. A Carmela no le gustaron sus ojos, que de nuevo la desnudaban.

—¿Qué haces aquí tan solita? —preguntó él.

—He venido a coger una cosa —dijo ella, temerosa—. Pero ya me voy.

Gustavo puso la mano en el otro lado del marco para cortar el paso.

—¿Por casualidad no tendré yo lo que buscas?

Ella negó con la cabeza e hizo el gesto de irse.

—Déjame salir —pidió.

Pero él la cogió por los hombros y la apartó de la puerta con brusquedad. Carmela casi se cayó. Le hubiera gustado gritar; sin embargo, al verse en una situación que siempre había temido, su cuerpo se bloqueó por el miedo.

Gustavo bebió tranquilamente su *whisky* y echó el vaso vacío sobre un sillón. Dio un paso hacia ella y se inclinó para besarla.

—No —dijo Carmela con el hilo de voz que le dejó el nudo en la garganta. Agarró fuerte la muleta, lucharía si hacía falta.

—¿Qué haces? —dijo una voz severa detrás de Gustavo.

La viuda lo miraba desafiante. Tras la sorpresa, él sonrió con sarcasmo. El alivio que sintió Carmela al ver a Eugenia no podía ser mayor.

—Solo jugaba. —Gustavo se acercó a la viuda—. A ti también te gusta jugar.

—Fuera de mi vista para siempre —ordenó Eugenia—. Si tocas a alguno de los míos o vuelves a poner los pies en esta villa, te arrepentirás.

—¿De verdad? —se mofó Gustavo con una mueca.

La viuda le mantuvo la mirada unos segundos y, de pronto, le echó mano a sus partes. Él se retorció de dolor.

—Te lo juro —dijo ella—. Te juro que te arrepentirás.

El rostro de Gustavo se puso rojo de ira y Carmela se asustó de nuevo.

—¿Todo en orden? —preguntó tímidamente Joaquín. Observaba la escena desde el otro lado de la biblioteca; parecía compartir el temor de Carmela y no se acercó. Con todo, la joven agradeció que se sumara a ellas.

Gustavo le dio un manotazo en la muñeca a la viuda para liberarse, y la miró con dureza.

—Ya veremos. —Gustavo se marchó. Al pasar junto a Joaquín, este se apartó en silencio para dejarle paso.

—¿Estás bien? —le preguntó la viuda a Carmela, cogiéndose el antebrazo. La joven mintió asintiendo con la cabeza—. Te pido perdón por esto.

—No es culpa tuya —dijo Carmela para tranquilizarla, cuando todavía notaba el temblor en el cuerpo.

La subasta se reanudó con mayor energía que al principio. Los lotes más importantes despertaron la avidez de algunos, que hasta perdieron el decoro discutiendo con el subastador sobre quién había levantado antes la paleta. Pero poco a poco se calmaron, y los cuadros volvieron a transmutarse en dinero con orden y agilidad.

—¿Te encuentras mal, querida? —Barbie miró con preocupación a Eugenia mientras traían

otra obra.

—Me encuentro perfectamente —contestó la viuda, intentando mantener el tipo.

—Yo también me encontré perfectamente durante un año —ironizó Barbie—. Cuando lo del surfista gay.

Carmela hubiera querido cogerle la mano a Eugenia, junto a la cual estaba sentada. Pero recordó lo que le había dicho sobre lo desacertado que era mostrar debilidad en público.

Las pujas de un nuevo cuadro estaban en todo lo alto cuando Amparo dio unos toquécitos en la espalda de Carmela.

—Ese muchacho —le anunció el ama de llaves.

Carmela llegó al distribuidor de la entrada con el rostro tenso por la duda y el corazón encogido. Fernando fue hacia ella con unos papeles en la mano.

—Está hecho —dijo con una sonrisa—. Han reconocido que es un caso de protección medioambiental. La solicitud que me has enviado ha sido suficiente. Podéis abrir las instalaciones.

—¿En serio?

—Has cumplido de sobra. —Fernando la abrazó. Ella dejó caer la muleta para corresponderle. Estaba a punto de llorar.

Los peritos que conocía Fernando habían analizado en pocas horas las muestras de los cultivos muertos y unos ojeadores habían localizado los herbicidas en el cortijo de don Arturo. Los sindicalistas iban a denunciarlo. Pasara lo que pasara, el hacendado no se atrevería a intentar nada contra las tierras. Y lo otro que se le había ocurrido había funcionado también. Con el apoyo de una ONG local, habían hecho uso de una cláusula que permitía iniciar de inmediato la actividad agrícola alegando protección medioambiental.

Carmela tocó suavemente el hombro de Eugenia, que seguía sentada en la subasta. Le contó al oído que podían retomar el negocio agrícola; en esos momentos, el presentador clausuraba el acto. El hombre llamó a Eugenia para que dijera unas palabras cuando ella aún miraba a Carmela, tratando de asimilar la noticia. La mujer recorrió la sala hasta la tribuna manteniendo el porte.

Desde ahí, dirigió un discurso a los que habían participado en persona y por teléfono, dijo que la subasta había sido un éxito gracias a ellos y que esperaba que disfrutaran de sus recientes adquisiciones, todas ellas de gran valor. Los presentes se pusieron en pie para aplaudir. El evento había recaudado casi el doble de lo previsto. Barbie estaba eufórica por haber conseguido *Viñas en la ribera*. El desorden llegó cuando los asistentes se felicitaron entre ellos y se desearon buen viaje de vuelta. Carmela buscó a Eugenia con la vista. La localizó a través de la multitud, en la otra punta de la sala. La viuda la miraba.

Ambas se sonrieron, profundamente agradecidas.

Cuando se hizo de noche, las luces de la villa se encendieron; esta vez se diría que estaban de celebración. Eugenia insistió en que el personal de servicio se marchara, ya limpiarían al día siguiente; ellos también habían hecho un gran trabajo y estaban cansados. Los coches se habían ido poco a poco de las cocheras y del aparcamiento delantero, incluido el todoterreno de Joaquín, quien se había mostrado cabizbajo a pesar del éxito de la subasta; quizá porque se había corrido la voz de que las instalaciones podían abrirse. El caso era que solo quedaron tres vehículos. Eran de unos compradores que propusieron festejar el éxito con Eugenia y los invitados que seguían en la mansión. Presionaron a Carmela para que los acompañara, pero rehusó diciendo que tenía

que hablar con Fernando. Eugenia asintió con una mirada cómplice y permitió que los dos jóvenes permanecieran solos en la casa, llevándose con ella a los ruidosos visitantes.

Carmela sentía remordimientos porque de nuevo mentía a todos; también a Fernando. El muchacho, colorado, albergaba la esperanza ante la posibilidad de una declaración de amor. Pero eso debía esperar. En cuanto ella vio por la ventana que el último coche se alejaba, simuló acordarse de que había un televisor en la escuela de pintura que quería llevar a su dormitorio. Fernando se ofreció, servicial. Cruzaron el exterior, ida y vuelta, sin que él dejara de hablar de lo ocurrido ese día; Carmela sospechaba que se debía a los nervios por quedarse a solas con ella. Cuando subieron al dormitorio, la joven impidió que Fernando abriera el embalaje. Prefería que Antonio lo instalara al día siguiente, le dijo.

Sentados en la cama, se cogieron de la mano.

—Me gusta tu sonrisa —dijo el muchacho—. Te voy a dar un beso.

—Bueno.

El tacto de Fernando era amable. Por un lado, Carmela sentía que podía ser el comienzo de una buena relación, pero las imágenes del perro negro iban y venían. Le apenó interrumpirlo en la creciente excitación, que empezaba a apoderarse de los dos.

—Estoy muy cansada —dijo. Era de lo poco en lo que no mintió—. ¿Nos vemos otro día? Seguiremos desde aquí.

Fernando aceptó, sumiso. Lo acompañó hasta la entrada aunque el muchacho aseguró que no hacía falta. En la puerta, Carmela le dio un beso apasionado. Comprendió que lo quería, que deseaba verlo pronto y pasar mucho tiempo con él.

Por fin, se quedó sola en la mansión. Había decidido devolver el cuadro y luego denunciar al traidor de Joaquín. Si el galerista la acusaba de haber sustraído el cuadro de los perros, sería su palabra contra la de Carmela; ella juraría que nunca había tocado la obra. De esa manera, tenía una oportunidad de salir indemne. En caso de que no la creyeran, quizá la viuda la perdonara si al menos se había dignado a devolver el cuadro. En cuanto a las pesadillas, quiso creer que las superaría. Tal vez fuera cuestión de pasar unos años en el entorno adecuado. La villa podría ser ese lugar. No le dio más vueltas.

Se remolcó a sí misma con ayuda de la muleta. No había estado tan agotada en toda su vida. Solo con pensar que tenía que subir las escaleras y volver a colocar el cuadro en la sala de seguridad, se sentía desfallecer y le mordía la rodilla buena.

El sonido de unos pasos dentro de la casa le erizó el vello. Ya no debía haber nadie. Después del susto con Gustavo, temió lo peor. Se echó al suelo detrás de un sofá, el dolor era difícilmente soportable, pero apretó los labios para no hacer ruido. Las luces tenues de la residencia no permitían ver muy lejos. El corazón casi se le detuvo cuando la silueta de un hombre cruzó la habitación, llevaba algo grande en las manos. Desde una sombra, el tipo miró por la ventana; por lo visto, comprobaba si había alguien fuera. Entonces el desconocido se giró y descubrió a Carmela.

A la joven se le escapó un grito. El intruso también se asustó.

—¿Cómo es que sigues aquí? —preguntó el hombre—. ¿No te habías ido con los demás?

—¡No te acerques! —gritó ella desde el suelo. Trató de sacar su móvil, pero no atinaba con el bolsillo.

—Tranquila, Carmela, soy yo —dijo él, que también parecía nervioso. En ese momento, dio un paso al frente y salió de la sombra.

Era el campero. No llevaba su sombrero de paja, pero su manida camisa de cuadros y su

frondosa barba castaña tirando a rojiza resultaban inconfundibles. Sus pequeños y profundos ojos insinuaban ser azules. Carmela cayó en la cuenta de que nunca le había visto la cara tan de cerca. Algunas veces, pocas, en lugar de por «campero», los demás se referían a él por su nombre. Alonso.

—¿Qué haces aquí? —exigió aclarar ella. Todavía en el suelo, cogió la muleta por si necesitaba usarla como arma.

—Yo... —Él dudó.

Carmela se percató de que Alonso transportaba lo que parecía un cuadro cubierto por una tela.

—¿Por qué te llevas eso? —se atrevió a preguntar. Pensó que Eugenia estaba rodeada de vándalos, traidores y ladrones. Probablemente, el campero pretendía desplumarla, aprovechando la resaca tras la subasta.

—No pienses nada malo, Carmela —la quiso tranquilizar—. No estoy robando este cuadro, vengo a traerlo. Puedo explicarlo, hija, pero tienes que ser discreta.

Alonso se dirigía a ella con familiaridad, pero era la primera vez que hablaban más allá de un «buenos días» a distancia. Le costó trabajo ponerse de pie. El hombre fue a ayudarla.

—¡No te acerques! —le advirtió Carmela, apuntándole con el móvil—. Voy a llamar a la policía.

—Por favor, eso no.

—Vete, entonces. —Entre temblores, comenzó a marcar el número en el móvil.

—Carmela —dijo él, desesperado—, soy Francisco Iborra.

A ella le sonaba, pero en ese momento de nervios no caía.

—¿Quién?

—El marido de Eugenia. El pintor.

Entreacto III

Se vende un cuadro

Las calles empedradas de Florencia, todavía humedecidas por la lluvia reciente, refrescaban la luminosa mañana. Giovanni agradecía el aire limpio que inundaba sus viejos pulmones. Le sobraban el abrigo y el paraguas, pero por lo demás disfrutaba del paseo. El camino a pie desde su casa hasta Ponte Vecchio era uno de sus favoritos en su lastimosa jubilación, una jubilación que había tenido que interrumpir ese día; con la enfermedad no pudo hacer lo mismo.

Había quedado en reunirse con el comprador en un bar cerca del célebre puente. El forastero no se movía bien por la ciudad y había solicitado que el encuentro fuera en un lugar conocido. El viejo intermediario confiaba en que la transacción se saldaría con éxito. No solo lo deseaba por el matrimonio de artistas que vendía el cuadro, en serias dificultades económicas, sino también porque él mismo necesitaba el dinero. El tratamiento médico estaba resultando más caro de lo previsto. Sin embargo, Giovanni no contemplaba la inmoralidad como opción, jamás había mentido a nadie. Quizá por eso nunca se hizo rico. Había sufrido en el pasado por ser así, pero no pensaba cambiar en su última etapa. Aunque solo le quedaba un año por delante, dos a lo sumo según los médicos, no cedería a la indecencia por muy apurado que se viera. Ofrecería el cuadro como siempre, sin deformar la verdad; si el cliente estaba interesado, bien; si no, también.

Los olores del mercado central le recordaron todas las épocas de su vida. Lo cruzó en volandas como si atravesara un túnel del tiempo, para al final volver a sentir el dolor en su cuerpo. Se tocó la frente bajo su elegante gorra. Como sospechaba, tenía fiebre otra vez. Le vinieron a la mente las palabras de Joaquín cuando habían hablado por teléfono.

—Sé que no estás en tu mejor momento —le dijo el galerista extranjero con la indolencia que lo caracterizaba cuando había dinero de por medio—, pero, si vendes algún cuadro de Chisco, te prometo una buena comisión.

Giovanni lo conseguiría, por el matrimonio y por él. Haría la venta una vez más como marchante. Pero uno honrado. Siempre había sido inflexible en eso. ¿Por qué, entonces, se lo repetía a sí mismo? ¿Por qué tenía una mala corazonada?

Se santiguó tres veces al pasar por delante de la basílica de San Lorenzo. El interés de Joaquín se debía a la esposa más que al pintor, Giovanni estaba seguro. Y no le extrañaba.

«Madre mía —se dijo, reanudando el camino—, qué mujer más bella».

La primera vez que la había visto, estando ella con su marido, se quedó tan impresionado que no respondió a su saludo, como un tonto sin modales. Nunca pensó que tal perfección pudiera ser real. ¿Cómo alguien así vivía en la pobreza?

Mientras cruzaba el puente, se notó mareado, pero se dijo que era sugestión. En una mañana tan despejada no podía sentirse mal. Y no se lo podía permitir. Respiró hondo, apretó el paso y practicó su sonrisa. Llegó con tiempo de sobra, por lo que le extrañó encontrarse al cliente en la puerta del bar.

—¿Señor Molinari? —preguntó Giovanni con amabilidad.

—Desde siempre —dijo el hombre con cara seria mientras se daban la mano—. Y aquí en particular, lo soy desde las seis.

—Me dijeron que la cita era a las siete —se preocupó Giovanni, que sacó su agenda del abrigo para consultarla.

—Pues alguien se ha debido equivocar al informar a alguno de los dos. —Vestía un carísimo traje marrón oscuro con chaleco y una corbata violeta. Su barba gris estaba perfectamente perfilada. A todas luces, un tipo con dinero.

—Usted disculpe —dijo Giovanni, quitándose la gorra. «Mal empezamos», lamentó.

El piso donde vivía el matrimonio, en San Frediano, no quedaba lejos. Caminaron por calles que cada vez se volvían más estrechas y humildes. Giovanni le habló al cliente de las obras del pintor. Sus cuadros retrataban la inmediatez de la naturaleza como pocos.

Lo que complicaba la transacción era que el artista estaba en París. Se había gastado sus últimos ahorros en reunirse con Joaquín para intentar vender desesperadamente unos cuadros. De manera imprevista, en Florencia había surgido el interés de este cliente por una de las obras. El galerista le había pedido a Giovanni que intercediera para que la oportunidad no se enfriara.

El hecho de que los recibiese la esposa ruborizaba a Giovanni. Qué vergüenza, a su edad, como si fuera un adolescente. Quiso convencerse de que se había perfumado con su loción más cara y se había puesto su mejor traje solo para dar una buena imagen al cliente.

Para anticiparse a un posible regateo, Giovanni comentó con todo detalle las virtudes del cuadro que le interesaba al señor Molinari, un campo de girasoles de la Toscana. Era una obra impresionista maravillosa; lástima que no muchos reconocieran el talento del pintor.

—Los trazos son los característicos del artista, unas pinceladas mágicas que capturan los gradientes de luz con increíble maestría. Por eso la obra se llama..., se llama...

«Cielos —se quejó—, se me ha olvidado». La fiebre le había robado un título que había referido docenas de veces.

—*Besos dorados* —apuntó el cliente en tono reprobador.

—*Besos dorados* —repitió—, *Besos dorados*... —Giovanni rio; el cliente, no—. La naturaleza siempre fue la especialidad de Chisco. El nombre viene de Francisco, Francisco Iborra —aclaró Giovanni para que viera que había cosas que sí recordaba—. Pero toda la vida lo llamaron Chisco. Así se identifica más fácilmente. ¿No le parece?

El señor Molinari permaneció callado unos segundos. Giovanni temió que se molestara por su poca profesionalidad.

—Entonces —dijo por fin el cliente—, ¿la familia del pintor se reduce a ella?

—¿Cómo? Sí, sí, solo ella. —Añadió una puntualización por si acaso—: Tiene plenos poderes para negociar y vender las obras.

Cuando llegaron a la angosta calle que buscaban, Giovanni se sentía más indispuerto, pero no quiso alterar el plan. Las fachadas de tres pisos de altura estaban socavadas por la humedad; los barrotes de las ventanas, oxidados; las puertas, viejas y carcomidas. El sitio tenía encanto solo si no se vivía ahí.

Giovanni tocó al portero automático, pero nadie contestó. «Vaya suerte la mía».

El señor Molinari lo miró impaciente, como si el intermediario tuviera las llaves del portal pero no quisiera sacarlas. Giovanni temió haberse equivocado de hora, de día, de lugar o de todo a la vez.

—¿Vienen por el asunto del cuadro? —preguntó una voz con acento extranjero que se

acercaba por la estrecha acera.

«Madre mía —se maravilló Giovanni—, qué mujer más bella».

Eugenia los observaba con sus ojos místicos. El pelo, negro como la tinta, estaba recogido en un moño. Vestía una blusa negra de cuello alto, una falda de color borgoña ceñida a la cintura con un lazo y unos finos botines de tacón. Decían que tenía unos treinta y cinco, pero aparentaba la eterna juventud de una diva. Si hubiera nacido en la época del Renacimiento, los grandes artistas se habrían matado entre ellos por pintarla y esculpirla.

—Señora —dijo el intermediario—, soy Giovanni.

—Ah, sí. Disculpe, no lo había reconocido. —A él no le extrañó, estaba más delgado que nunca y con peor cara—. Creía que vendrían a las siete.

—Lo siento mucho, señora —dijo el comprador al tiempo que hacía una reverencia exagerada.

—El señor Molinari —lo presentó Giovanni.

—Pietro, por favor —pidió el hombre, que tomó con suavidad la mano de la mujer, sobrecogido por su hermosura.

El intermediario lo sabía, una cosa era oír hablar de su belleza y otra contemplarla en persona.

Subiendo las escaleras junto a una pared enmohecida, Giovanni se fue quedando atrás hasta que tuvo que parar.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Eugenia desde lo alto, cogiéndose el antebrazo.

Él le había visto antes ese gesto. Una vez que ella vestía manga corta, había apreciado unos moratones. Se indignó tanto al pensar que podrían tratarse de malos tratos del marido que se lo comentó a Joaquín, pero este le aclaró que los moratones se debían a la blancura de su piel y a sus delicadas venas, cualquier golpecito le dejaba una marca. Giovanni lo creyó, nadie se atrevería a hacerle daño a un ser tan perfecto.

—Sí —contestó con una sonrisa—. La edad, señora, que no perdona.

La pequeña casa estaba limpia y ordenada, pero eso no disimulaba sus carencias. Eugenia les abrió una habitación donde se apilaban útiles de pintura y cuadros. La mujer le mostró *Besos dorados* al cliente. Giovanni sabía que la pareja había ido a Florencia siguiendo la estela de los grandes pintores, en busca de fama y riqueza. Pero no encontraron nada de eso.

—Hay otro comprador interesado —le dijo Eugenia al señor Molinari.

—¿Quién? —preguntó el hombre, inspeccionando la parte de atrás de la pintura.

—Lorenzo Esposito —contestó tras titubear un momento.

—Hablé con él ayer —dijo el cliente.

«No, mujer —lamentó Giovanni—. Se conocen entre ellos».

De repente, pareció que el señor Molinari perdía el interés. Paseó por la habitación, contemplando los atriles y las demás obras.

—El precio no es adecuado —dijo.

—Tiene un gran valor —repuso Eugenia—. Para mí, también sentimental.

El cliente se volvió para mirarla.

—Comprendo. —El señor Molinari se dirigió de nuevo al cuadro y lo cogió entre las manos.

—No voy a regatear —dijo la mujer—. Si no le parece bien el precio, no deberíamos perder la mañana.

Giovanni sabía que iba de farol. A ella le urgía el dinero. El cliente dejó el cuadro, el intermediario temió que renunciara a la compra. Tenía más fiebre, pero debía hacer su trabajo.

—Verá, señor Molinari —dijo Giovanni—, esta obra es una gran...

—Le ofrezco el doble —propuso el cliente para sorpresa de todos. Sacó un fajo de billetes de su chaqueta y lo sostuvo en las manos—. Este cuadro es sublime.

Los ojos de ella se fueron al dinero mientras el comprador seguía alabando la pintura.

—Es una buena oferta —admitió Giovanni, que pretendía que Eugenia aceptara de inmediato.

—No soy un ingenuo, se lo aseguro, soy un hombre de negocios —dijo el señor Molinari—. Sé que se sabrá cuánto he pagado. Un precio demasiado bajo devaluará injustamente la obra y perjudicará una venta futura.

—Cierto —apuntó Giovanni—, muy cierto.

—Aquí hay un gran potencial de negocio —dijo el cliente, mirando los demás cuadros—, si me permite expresarlo así en estas circunstancias. Solo pretendo ser práctico y que usted también se beneficie. —El comentario le resultó extraño a Giovanni—. Este legado del pintor fallecido no debe quedarse en una habitación.

«¿Fallecido?! —se alarmó el intermediario. Eugenia miró al cliente sobrecogida por la terrible afirmación sobre su esposo—. Este hombre está mal informado, cree que Chisco ha muerto, por eso encuentra tan valiosos sus cuadros. —Los detalles cobraron sentido en su mente —: Cuando mencionó a la familia de Chisco, preguntaba por los herederos, y cuando dijo con tanta vehemencia que lo sentía, estaba dando el pésame. Ay, ay, ay».

Quizá había tenido algo que ver una fuerte gripe que mantuvo a Chisco dos semanas en cama. Al poco, se vio obligado a ir a París. Durante la ausencia, alguna persona habría hecho una suposición, luego otra la convirtió en sospecha y, finalmente, una más la transformó en verdad.

El señor Molinari acercó la cara al cuadro para deleitarse con cada detalle. Cuando Giovanni abrió la boca con la intención de sacarlo de su error, se encontró con el rostro desesperado de Eugenia mirándolo. Le suplicaba que no dijera nada. Las palabras no lograban salir de la garganta del intermediario.

«¿Qué estoy haciendo? —se recriminó—. ¿Voy a participar en esta mentira? ¿Y cómo piensa mantenerla? Sé que se encuentra en la ruina y yo también necesito el dinero, pero esto no está bien. Nunca he hecho algo así. ¿Echaré por tierra toda una vida de integridad justo al final?».

—¿Qué me dice, señora? —insistió el comprador.

Eugenia miró el dinero. Y luego miró a Giovanni con sus ojos místicos llenos de dolor y de esperanza.

«Madre mía —pensó Giovanni—, qué mujer más bella».

—¿Eugenia? —La escandalosa risa de Chisco resonó en la caseta de herramientas. Afilaba un cuchillo en una piedra fijada a un banco de trabajo—. Yo he sido el que ha pintado todos los cuadros. A ella no le gusta pintar.

—Ya —dijo Carmela, decepcionada—. Pero es lo que yo creía.

Estaba sentada en una banqueta con las muletas sobre las piernas, junto a la estrecha cama donde había dormido la noche en que su jefa la había echado a la calle. Llevaba varios días despertándose de madrugada, comiendo poco y sufriendo los dolores de sus lesiones, aunque el brazo ya lo tenía bien. Todo le parecía más ingrato que nunca después de haberse tragado, como el mundo entero, que Chisco estaba muerto. Y también que Eugenia pintaba los cuadros, aunque ese engaño lo había perpetrado solo Carmela y lo había creído solo Carmela. Se sentía una papanatas.

El pintor se dio por satisfecho al inspeccionar el cuchillo, lo lio en un trapo y lo guardó en un macuto verde.

—Aún recuerdo cuando dormiste ahí —dijo mientras guardaba otras herramientas de la caseta.

Carmela se acordó de la segunda manta con la que había amanecido.

—¿Fuiste tú el que me tapó? —preguntó, sorprendida.

—Aquí hace frío para una mujer —dijo, colgándose el macuto al hombro—. O eso dice Marta. Viene a veces, pero solo para pasar el rato. —Sonrió—. ¿Vamos?

Marta. La mujer con la que Chisco satisfacía sus apetencias mientras su esposa hacía lo propio con otro hombre. Quizá fuera cierto que aquello no era más que una diversión para Marta, pero no tenía claro que Eugenia se lo tomase como algo tan liviano.

«Por favor —pensó Carmela al levantarse—, vaya disparate de vida».

La primavera había comenzado con impetuoso vigor. Las lluvias iniciales pronto habían dado paso a un sol radiante que despertó los colores más vivos de la naturaleza. Carmela montaba en la parte de atrás de la bicicleta que conducía Chisco. Aunque iban muy despacio, a ella no le parecía seguro debido a su pierna escayolada, pero era la única manera de que pudiese llegar a la cabaña donde vivía el pintor. El hombre se había ofrecido a enseñársela y ella no quería perder la oportunidad de averiguar cómo se las había apañado para pintar durante años sin ser descubierto.

—Acostúmbrate a llamarme campero o Alonso aunque estemos en privado —le había pedido días atrás—. Así no se te escapará mi nombre real en público.

Pero ella no podía quitarse de la cabeza que ese hombre, el empleado más antiguo de la villa, era el mítico Chisco Iborra, el gran pintor del que hablaban en la tele, el que había creado las obras que pagaron la villa de los cuadros, el que daban por muerto desde hacía muchos años y el que había pintado el cuadro de los perros. Este último tema no sabía cómo sacarlo, pero lo haría, solo necesitaba el momento adecuado. Por lo pronto, había devuelto el cuadro a la sala de seguridad sin que nadie se enterase.

Tampoco había hablado con Eugenia sobre el pintor. Carmela actuaba como si no supiera que seguía vivo; desconocía si la mujer era consciente de que había descubierto su secreto. El único asunto delicado que había tratado con ella fue que el galerista estaba detrás de los sabotajes. Para sorpresa de Carmela, la mujer ya lo sospechaba. De todas formas, Eugenia había protegido su fuente cuando le comunicó a Joaquín que creía en los rumores que lo acusaban, pidiéndole que

abandonara la villa.

Lejos de compadecerse del galerista, toda la atención de Carmela se centró en su nuevo descubrimiento. El empleado más antiguo de la villa se mostraba confiado en su presencia, se diría que ardía en deseos de revelar sus secretos. El pintor le había contado que un tal Giovanni los ayudó a mantener el ardid en los primeros tiempos, pero que murió poco después.

—En paz descanse —había dicho Chisco en aquella ocasión con gesto apesadumbrado—, no sé qué habríamos hecho sin él. Joaquín al principio se negó a colaborar, se asustó, pero cuando comprobó que los rumores de mi muerte dispararon el valor de todos mis cuadros, fue el principal instigador. Para evitar que un marchante italiano gestionara las obras de mi fallecida persona, Joaquín nos trajo a los dos de vuelta aquí, donde continuamos la historia. Durante la primera época, me sentí un fugitivo, siempre oculto, siempre disfrazado. Me dejé crecer la barba, cambié mi ropa habitual por otra rústica y no me separé del sombrero; no te imaginas lo distinto que te ve la gente solo por eso. La única forma de afrontarlo fue creermelo el papel de que era un campero que pintaba en secreto porque el mundo no lo aprobaba.

Carmela pensaba en lo que el hombre debió haber pasado, lejos de su bella esposa, a la que podía ver pero no tocar. Todo por una mentira que no tenía marcha atrás sin consecuencias muy graves para él y para ella.

Después de atravesar el camino de los cultivos, se desviaron por un sendero. Desde ahí, entre los tonos amarillos y verdes de la vegetación, se atisbaba el azul palpitante del mar. Tras bordear una alta espesura de matorrales, llegaron a un recinto rodeado por una valla de piedras, con pinchos encima. El lugar pertenecía a la villa, pero no podía estar más escondido. Cuando se bajaron de la bicicleta, el campero se rascó la entrepierna con energía y sin ningún pudor. Si Carmela se guiaba por los modales del hombre, le costaba imaginar que alguien así fuera quien conquistó el corazón de Eugenia cuando era joven.

La verja de la entrada tenía un letrero que decía «Cuidado con el perro». Carmela había visto algunos de esos carteles por los cultivos, aunque nunca se había encontrado con más perro que Tiposo. La pequeña cabaña que había en el recinto, o el taller, como el pintor lo llamaba, podría haber sido decente si no fuera por su aspecto descuidado.

El interior, sin embargo, se revelaba mucho peor. El desorden era lo primero que llamaba la atención, seguido muy de cerca por el polvo de los muebles y las pelusas del suelo, por no hablar de las manchas de pintura por todas partes y de los trapos aceitosos. Los atriles, las herramientas y los lienzos debían de estar dispuestos para dejar angostos pasillos por los que transitar entre el caos, pero Carmela no lograba distinguirlos. Los maletines de pintura y las paletas de vidrio parecían maceteros con todos los colores posibles. Había un frigorífico abierto lleno de productos de pintura y algunos alimentos. No había más adornos que botes de yeso, espátulas, pinceles, lijas, lápices y otros útiles de la pintura.

—Muchas de estas cosas me las agenció de la escuela —dijo el pintor entre risitas, como un chiquillo que confesaba sus travesuras. Señaló una estantería, donde estaba el escáner que compró Carmela—: Tuve que simular un robo. El resto lo cogí poco a poco para no levantar sospechas. Aunque cada cierto tiempo cambio el método.

«Y yo persiguiendo ratones mientras me robabas delante de mis narices».

Chisco le reveló a Carmela que a veces no le quedaba más remedio que esbozar los dibujos y terminarlos en su taller, algo que le pesaba porque él era un pintor figurativo. No podía practicar el *au plein air* tanto como deseaba y recurría a menudo a la memoria para representar las imágenes. Carmela no entendía bien todo aquello, pero sí que él las pasaba canutas para pintar.

Decía que se disfrazaba para hacer los bocetos en la naturaleza y que elegía horas intempestivas: muy temprano, muy tarde, cuando la gente almorzaba, cuando hacía mucho frío o mucho calor. Parecía ilusionado por tener al fin alguien con quien hablar de su trabajo. Apasionadamente, continuó relatando cómo se las ingeniaba para crear sus obras:

Elegía zonas al abrigo de los árboles y de los montes, ponía cintas protectoras para cerrar veredas por la quema de rastrojos, accedía a las zonas a través de la vegetación que dejaba crecer a propósito y, en ocasiones, montaba un tenderete que lo ocultaba. En los lugares más abiertos, construía cobertizos para pintar mirando por la ventana. Cuando se movía por allí, transportaba el lienzo y los materiales tirando de una carreta tapada con una lona. Su fama de estar medio loco ayudaba a que no se acercaran a él. Con todo, tenía la seguridad de que alguna vez lo habían visto pintando desde la carretera o desde otros campos, pero nadie lo identificó ni le dio importancia.

El problema de pintar al óleo, según le explicó, era que desprendía mucho olor y tardaba en secarse.

—Por eso pinté algunos trabajos con acrílico espatulado —dijo Chisco—. Aunque al final volví al óleo. Los matices del óleo no se consiguen con el acrílico, ¿no crees?

—Dónde va a parar —dijo Carmela sin tener muy claro en qué le estaba dando la razón.

Chisco mostró una sonrisa pícara.

—Algunas noches, me he atrevido a pintar en la sala de exposiciones, cerrando la puerta, naturalmente. En ciertas épocas del año, es mejor que pintar aquí. Por la temperatura y la humedad, ya sabes.

«Así que las manchas eran de eso», comprendió Carmela.

Después de que Chisco hiciera hueco en una mesa, cortó pan con el cuchillo recién afilado para servirle a Carmela la merienda que le había prometido.

—Más de una vez me ha tocado salir corriendo —rio—, cargando al hombro con el caballete y los bártulos de pintar.

—¿Y cómo metes los cuadros en la sala de seguridad sin que te vean las cámaras? —preguntó Carmela, quien mordió sin apetito una rebanada de pan con morcilla.

—Eugenia apaga las cámaras ciertos días a ciertas horas —dijo el hombre con la boca llena—. De hecho, casi siempre están apagadas. Unas veces los llevo yo, otras se los dejo a Eugenia en la habitación del sótano y ella los introduce en la sala de seguridad. Allí es donde Joaquín los trata para que parezcan más viejos.

A Carmela no le gustaba la situación. Aquello era un crimen que dejaba en ridículo su propósito de destruir el cuadro de los perros. Reconoció que se había sentido fascinada por la idea de que Eugenia pintaba los cuadros, a pesar de que era un delito. Pero esto de Chisco se le antojaba mucho más grave, porque era como enterrarlo vivo. Le parecía terrible que permaneciera apartado de la sociedad de por vida para que al final, cuando le llegara la auténtica muerte, tuviesen que hacerle un funeral secreto. Aquello era cruel, por muy de acuerdo que estuviera el pintor.

Cuando terminaron de comer, volvieron a contemplar las pinturas. Más ubicada en el lugar, la joven constató que eran una maravilla.

—Preciosos —afirmó—. Tan bellos como la naturaleza misma.

—Son representaciones —aseguró Chisco—, no la naturaleza en sí. Y a veces las representaciones no consisten tanto en mostrar como en ocultar.

—Sobre todo a los que compran los cuadros —soltó.

—Pueden comprar mis obras —contestó Chisco sin alterarse—, no mi muerte.

—No pretendía ser insolente —dijo como disculpa, usando palabras propias de Eugenia.

—No lo has sido —sonrió Chisco—. Pero la vida está hecha de dolor, y no queda más remedio que protegerse de él con todos los medios a nuestro alcance.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que llegue la paz. Hasta que ella esté a salvo bajo la tierra.

Hablaba de Eugenia. En el fondo, ¿todo eso era por ella? ¿Ese hombre se había condenado al ostracismo y a la penuria para sacarla de la pobreza? Y si era así, ¿no había sido a costa de demasiadas cosas?

—¿Ella está al tanto de que yo lo sé? —preguntó Carmela. Se dio cuenta de que tenía más confianza para hablar del tema con Chisco que con Eugenia.

El pintor sonrió.

—Por supuesto.

La joven respiró hondo. Miró la hora en su móvil.

—Será mejor que me vaya.

Chisco asintió.

—No es tarde, pero ha dejado de ser temprano.

Mientras Carmela se dirigía al exterior del recinto, apoyada en sus muletas y en compañía de Chisco, pensó que se sentía perdida, además de enfadada. La mujer que llegó a ser una referencia para ella resultó una estafa. La veía peor que al principio, una consentida a la que no le había importado que un iluso romántico se inmolara por ella.

—¿Por qué vives así? —preguntó Carmela.

—Así es como quiero vivir —contestó el pintor—. El lujo interfiere en mi obra.

Carmela no lo creyó. Antes de montar en la bicicleta, Chisco la miró sonriente con sus pequeños y profundos ojos azules.

—Ahora formas parte de esto.

Le sonaba que Eugenia dijo algo parecido. Pero ya no estaba segura de quererlo.

El sueño fue inquieto. Se despertó varias veces durante la noche. Lo curioso era que no recordaba ninguna pesadilla. Los perros de la réplica tampoco se manifestaban. No había habido ningún fenómeno desde que Carmela supo lo del pintor. Antes de acostarse, había hablado con Toñi por teléfono.

—Si te ha pedido que sigas unos meses más —le había dicho la hermana, contenta— es que quiere que te quedes para siempre.

—Bueno —repuso Carmela—, creo que es solo para comprobar que todo funciona. El nuevo régimen de las instalaciones es nuevo para ella. Gracias a eso están marchando al fin.

—Se ve que has hecho un buen trabajo.

Su hermana tenía el superpoder de confortarla, aunque apenas lo usaba.

Por la mañana, se fumó medio porro en el servicio mirando las noticias en el móvil. Era su día libre y podía bajar tarde a desayunar. Según un artículo, circulaban rumores de que la policía había identificado a la víctima cuyas ropas fueron halladas cerca de la villa, pero se reservaban esa información por «integridad de las diligencias». Carmela sospechaba que no lo sabían y que dejaban caer que sí para ver si alguien se ponía nervioso. Le dio una profunda calada al porro. A nadie en la finca parecía importarle quién era el pobre desgraciado. Ella intentó investigar algo por internet, por si acaso, pero siempre acababa mirando fotos antiguas de Eugenia y de Chisco;

las facciones de él eran reconocibles tras la barba y los años del campero.

De camino al comedor, lamentó no haberse dado cuenta antes de que no había fotos del pintor en la casa. Nunca las hubo. Los secretos se mantenían cuidando los detalles. ¿Quedaban más por aflorar? En una ocasión que cenaba a solas con Eugenia, había estado a punto de insinuar su creencia errónea de que ella pintaba los cuadros.

—Sí —le había dicho Carmela—, tengo mucho que aprender, pero sé más cosas de las que crees.

—¿Cómo qué? —preguntó su jefa con una sonrisa curiosa.

Carmela no se atrevió a ir más lejos.

—Tu nombre completo es Eugenia Ramira Manuela.

—No me lo recuerdes —confirmó—. Por nombres más hermosos les han quitado la custodia a los padres.

—Es bonito.

—¿Te habría gustado llamarte así?

—Me habría suicidado en la cuna.

La burrada había hecho reír a Eugenia.

En el comedor encontró solo a Barbie. Mapuri y Nicolás se habían ido unos días antes, y Eugenia y Rodrigo ya se habían levantado de la mesa. Le vino bien hablar de trivialidades con Barbie, a pesar de que seguía sin tener hambre.

—Mañana llega Mogens —le recordó la mujer—. Seguro que continúa tan cargado de penas como siempre. Y que conste que lo quiero un montón, pero es tan... lastimero.

Carmela había oído hablar de Mogens desde que trabajaba en la galería. Era un viejo pintor holandés, amigo de Chisco desde su juventud. Por lo que decían, le había afectado mucho su muerte y casi todos los años visitaba a Eugenia para llorar recordándolo. Imaginó que a su jefa no le gustaba eso, aunque hablaba con respeto de él y le ofrecía su casa. Por el contrario, Joaquín solía evitarlo. Ahora que Carmela conocía el secreto del pintor, entendía por qué.

Unas horas más tarde, sonó el timbre de la puerta. No le apetecía demasiado salir, pero era tarde para negarse sin una buena excusa. Le dio un beso a Fernando en la puerta. Parecía cansado a tenor de las incipientes ojeras que Carmela achacó a la carga de los estudios, del trabajo y del sindicato.

Cuando caminaban en dirección al coche, ella alzó la vista hacia los cultivos. De repente, la mansión se había vuelto más grande, llegaba hasta una cabaña oculta tras la maleza, donde habitaba un nuevo y singular huésped que se había plantado en su vida.

La pequeña playa a los pies del viejo faro tenía un acceso para personas con movilidad reducida. A Carmela le vino bien. Los susurros del mar servían de base al canto de las aves que revoloteaban sobre el centenario vigía. Ella se sentó con alivio en la silla de campo, después de dar una vuelta por el paseo marítimo que se le hizo eterna. La playita parecía adecuada para el pícnic que Fernando había preparado, pero el sitio carecía de encanto especial. Tenía la impresión de que, conforme se alejaba de la villa, más ordinario se volvía el mundo. Hablaron poco e intercalaron largos espacios en los que cada uno se sumió en sus pensamientos mirando al mar. Carmela conocía sus propios motivos para estar taciturna, pero no los del muchacho.

—Esta playa es bonita —se permitió exagerar—. ¿Vienes mucho?

—A veces —dijo sin dejar de mirar a lo lejos.

—¿Y qué tal los estudios? ¿Estás muy liado con las prácticas?

—Esta semana no tengo —dijo Fernando, más parco y serio que de costumbre.

—Ah. Pensaba que ayer saliste a eso.

—Salí a otra cosa —dijo, negando con la cabeza.

—¿No te estarás viendo con otra? —bromeó, poniéndose el puño en la cadera.

Fernando arrojó una piedra al mar.

—Salí a pintar.

—¿A pintar?

—Grafitis de protesta.

—¿Desde cuándo haces eso?

—¿No los has visto por todos lados desde que llegaste?

Ahora que Fernando lo mencionaba, sí, se había fijado en los inquietantes mensajes reivindicativos con letras rojas puntiagudas y fondo negro. Esas pintadas siempre la turbaban.

—¿Tú eres el que pinta eso? —se sorprendió.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo con un enfado repentino—. Son recordatorios de que no hay que bajar la guardia —añadió, mirando a Carmela con el ceño fruncido.

—Vale, vale —aceptó ella—. Me parece genial. —Fernando permaneció en silencio—. Oye, te noto raro. ¿Va todo bien?

—¿No conocías este sitio? —preguntó en tono seco.

—Lo había visto desde el pueblo, pero nunca lo había visitado.

—Otros sitios menos normales sí los has visitado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sitios?

—La cueva, por ejemplo.

«¿Lo sabe?».

—¿La cueva?

—Con tu amigo Rafa.

«Lo sabe». Debía haber supuesto que ocurriría. Después de todo, aquello era un pueblo. La actitud de Fernando cobraba sentido, pero eso no mejoraba la situación. Carmela suspiró.

—A ver, Fernando, no te voy a mentir. Tuve un rollo con Rafa antes de intimar contigo, pero eso no significa nada para mí, ¿entiendes? No me gustó la relación ni él. Yo con quien quiero estar es contigo. —Fernando lanzó otra piedra al mar—. Espero que podamos tomarnos esto como adultos.

—¿Por eso no dijiste nada?

Carmela chasqueó la lengua, molesta.

—Simplemente no vi necesidad. Yo no tengo nada que ocultar, no he hecho nada malo.

—Un rollo, como tú lo llamas, es algo que se debe contar —dijo subiendo el tono.

—Oye, no tengo por qué hablar de mis rollos del pasado. Supongo que tú también los habrás tenido. ¿A qué viene ponerse así?

—Sabiendo lo reciente que era y que se trataba de uno del pueblo...

—¿Ahora tengo que ir con una pancarta contando lo que hago y lo que no hago?

El muchacho, furioso, arrojó otra piedra contra las rocas, cerca de donde estaban, partiéndola. Los trozos les dieron a los dos.

—¡Eso no es lo que te estoy pidiendo! —voceó, agitando las manos en un arrebato de ira. Algunas personas de la playa los miraron—. ¡Si has estado con otro del pueblo, debo saberlo! ¡Si no confías en mí, no puedo cuidarte!

Por un momento, Fernando le hizo sentir miedo. Y nada en el mundo le causaba más

irritación que sentir miedo.

—Me vuelvo en autobús —dictaminó, levantándose con las muletas.

Fernando se puso de pie, su cara de pronto parecía la de un cordero arrepentido. Trató de cogerla del brazo.

—Carmela...

—¡Déjame! —gritó sin volverse.

Todo el viaje en autobús fue dándole vueltas a la cabeza. Y cuando Antonio la recogió en la parada de la carretera, siguió sumida en sus disquisiciones. No prestó atención a lo que el hombre le dijo, si es que dijo algo. Ella miraba por la ventanilla las cañas verdes y gualdas que bordeaban el camino. Su preocupación principal no era Fernando. Había un pilar más importante que se tambaleaba en la villa, y ese pilar era la falsa viuda. Sin resolver la decepción que sentía, se veía incapaz de hacer frente a su vida sentimental y a todo lo demás.

Al ponerse el sol, preguntó a Amparo de nuevo por Eugenia, y el ama de llaves le repitió que aún no había vuelto. Pero, siendo tan tarde, Carmela sospechó que no estaba fuera de casa.

En el sótano hacía frío, sobre todo por la noche. Esperaba en el pasillo oeste, repiqueteando con la muleta en el enrejado, impaciente; supuso que Eugenia lo oiría. Al poco, la mujer llegó desde el otro lado, después de salir de su habitación privada, y abrió la verja con una llave del juego que llevaba en la mano. Por sus movimientos, parecía tranquila, sonreía, pero sus ojos reflejaban una sombra de inseguridad.

—Tenemos que hablar —pidió Carmela con voz seria.

La habitación lucía tan acogedora como siempre, bien caldeada, como le gustaba a Eugenia. Más serena, la joven vaciló sobre cómo comenzar la conversación. Las dos permanecieron calladas en los sillones, con la mesa entre ellas, donde descansaba el tablero de ajedrez sin piezas.

—¿Sabes por qué quería verte? —preguntó Carmela.

—Supongo que sí. —Eugenia mostró una sonrisa dulce—. Quieres que hablemos de lo que has averiguado. —Se levantó y se puso junto a la caldera, cogiéndose el antebrazo—. No es nada fácil para mí. Deseaba habértelo dicho antes. Pero entenderás lo delicado del asunto y... mis dudas sobre si lo aceptarías. —Se giró hacia Carmela con un atisbo de ilusión en el rostro—. Ahora creo que podemos hablarlo abiertamente. —Volvió a sentarse—. Chisco también confía en ti.

—Además de Joaquín, ¿quién más está al tanto? —preguntó Carmela con sequedad—. ¿Amparo?

—No, Amparo no —dijo Eugenia, sorprendida por la frialdad de la joven—. Aparte de Joaquín, solo lo sabes tú.

La lista era inesperadamente corta. ¿De verdad no lo sabía Amparo? ¿Ni Antonio? ¿Ni siquiera Marta?

—¿Y los ayudantes de Joaquín? —preguntó por asegurarse.

Eugenia negó con la cabeza.

No le gustaba. Eso la convertía en alguien demasiado especial en ese espinoso tinglado. La mirada de Carmela vagaba por la estancia, sopesando la situación. La vida de la mujer que tenía delante era pura fachada, ya no le parecía refinada ni estilosa. Y bella, solo por fuera. El lunático de su esposo se había convertido en un proscrito para que ella disfrutara de una vida cómoda.

—Carmela —dijo Eugenia, posando una mano sobre la mesa, cerca de la joven—, has de

entender que tuvimos nuestros motivos.

La joven la miró con desafecto.

—Entonces, realmente no eres viuda.

Eugenia se puso rígida, comprendió la actitud censora.

—Sí que lo soy —dijo, seria—. Mi marido desapareció de mi mundo. Tuve que matarlo con mucho esfuerzo a lo largo de los años. No me niegues lo que tanto me costó conseguir.

—Lo que no voy a hacer es aplaudirte.

—Ni yo lo necesito. ¿Es que tú no guardas secretos? ¿Crees que no sé que has seguido metiendo las narices en todo? ¿Cómo averiguaste que faltaban materiales de pintura?

—Un cuadro me lo dijo —soltó con todo el cinismo que pudo.

—Un cuadro, claro. Sé que tú también escondes cosas, pero no voy a presionarte para que me las digas. Respeto tus razones.

Carmela se sintió un poco culpable, pero el cuadro de los perros no era la cuestión que trataban en ese momento.

—Crees que así respetaré yo las tuyas —dijo, mordaz.

—Demonios, niña, ¿qué quieres que te cuente que no sepas ya?

El aire de la estancia se cargó de pronto. Unos instantes de silencio tensaron aún más la situación.

—¿Qué hay detrás de eso? —preguntó la joven, señalando con la barbilla las cortinas de la pared, las que escondían la entrada al corredor. Eugenia miró hacia el lugar durante unos segundos.

—¿Quieres verlo? —dijo, desafiante—. Te lo mostraré.

Se puso en pie para sacar una linterna de un cajón, se dirigió a las cortinas y las apartó, descubriendo la puerta negra. Carmela empezó a arrepentirse de lo que había pedido, pero de nuevo sintió que debía llegar hasta el final. Eugenia abrió con sus llaves la primera puerta, y luego la segunda. Accionó un interruptor en el que Carmela no había reparado la primera vez, pero la luz solo iluminaba la parte cercana a la estancia; el fondo del corredor seguía siendo oscuridad.

Después de que Eugenia cerrara con llave las puertas que dejaban atrás, las dos mujeres iniciaron la marcha en silencio y despacio. La linterna alumbraba lo justo para no pisar en falso, las muletas de Carmela lo agradecían. Las paredes viejas de la antigua acequia las retaban a seguir. Pronto el frío hizo que las dos encogieran los hombros.

—Imagino que sabes por qué lo hicimos —dijo Eugenia mientras caminaban.

—Pasabais apuros económicos —contestó Carmela con desgana, ese argumento ya lo conocía.

—¿Apuros económicos? No nos daba ni para malvivir. No pudimos comprar ropa en cuatro años, vivíamos en los sitios más inhóspitos, y yo a veces tuve que pedir comida en un centro benéfico. —Eso no lo sabía Carmela—. Algunos amigos nos prestaron ayuda, pero no podíamos depender de ellos eternamente; en aquella época aún nos quedaba algo de orgullo. —Eugenia cambió la linterna de mano para cogerse el antebrazo—. Fue cuando Chisco guardó en el local de tu padre los cuadros que dejó aquí. No podía permitirse otra cosa. Y menos mal que tu padre le perdonó que no pagara algunos meses.

Carmela cayó en la cuenta de que las dificultades del matrimonio provocaron su encuentro con el cuadro de los perros. Caminaron calladas unos metros más.

—Pero habéis hecho la vida por separado —dijo la joven—. Tú tienes otra pareja.

—¿Me estás juzgando? —Lo cierto era que Carmela llevaba haciéndolo desde que descubrió quién era el campero, empezaba a verse tan infantil como Fernando—. Eso no es tan importante como piensas. O puede que sí, no lo sé. El caso es que él también se buscó a alguien. Esa chica sin sesos.

«Así que lo sabe —pensó la joven—. Eso explica la tirria que le tiene a Marta».

Las raíces de los árboles se hacían más grandes y frecuentes entre los rojizos ladrillos, como ídolos amenazadores que ahuyentaban del templo a los impuros.

—Él se ha llevado la peor parte del trato —apuntó Carmela.

—Ese trato comenzó antes de lo que tú crees, cuando él me prometió una vida romántica llena de esplendor. Pero la aventura se comió mis ahorros, mis esperanzas y mi dignidad. En cierto modo, él me mató primero, por eso tuve que renacer.

Llegaron al final del corredor. Una corta escalera de piedra subía hasta el techo. Solo entonces Carmela se dio cuenta de que entraba una débil luz cenital por una amplia rejilla. Eugenia subió los escalones y abrió el candado con una llave. La joven también tenía una copia, estaba en el juego que le había cogido furtivamente a su jefa, pero hasta ese momento no supo a qué cerradura correspondía. Se dejó ayudar por su acompañante para ascender y ambas salieron a la superficie.

Carmela reconoció el sitio en cuanto vio la temible estatua. San Espanto guardaba la entrada secreta que conectaba la habitación privada con la arboleda. Hacía más frío ahí que en el corredor. Eugenia volvió a cerrar la rejilla con llave.

—¿Decepcionada? —preguntó—. Por aquí es por donde entra para dejar los cuadros en la casa.

Una parte de Carmela quería entender esa apuesta del matrimonio, pero otra parte no se olvidaba del cuchitril en el que vivía Chisco ni de lo engañada que había estado respecto a todo.

—¿No tienes nada que decir? —insistió Eugenia.

—Tengo muchas cosas que decir, pero pocas ganas de decirlas.

Eugenia miró hacia la profundidad más oscura de la arboleda.

—A veces... —dijo, taciturna—. Al principio, nos veíamos en la habitación. Pero luego solo iba para dejar que se secara algún cuadro o terminar de pintarlo. Cuando yo no estaba.

La joven no lo podía entender.

—Esta vida —dijo Carmela—, las mentiras, los cuadros que vendes como antiguos... Es un despropósito.

—No me arrepiento de lo que hago —dijo, enfadada, girándose de nuevo hacia la joven.

—Lo que haces es ridículo.

—¡La que hace el ridículo eres tú —explotó Eugenia—, juzgando con los ojos de una niña y la boca de una adulta!

Cuando Carmela estaba a punto de revolverse con más palabras, vio las incipientes lágrimas de Eugenia. La mujer dejó caer la linterna al suelo y alivió el paso hacia el resplandor de las luces artificiales de la villa.

Los días pasaron sin que los guardianes de la ermita se dignaran a dirigirle ladrido alguno. Retiró de la cómoda la réplica del cuadro de los perros para meterla en el tubo. La mañana iba a despuntar.

Alicaída, se duchó como una autómatas, sorteando las dificultades de la escayola. Consultó el móvil delante de la ventana. Tenía llamadas perdidas y mensajes de disculpa de Fernando, todos sin responder. No quiso pensar en el asunto. Los invitados se marchaban a primera hora y quería despedirse de ellos.

Al salir al pasillo, ayudada por las muletas, oyó voces provenientes del despacho de Eugenia. Tan temprano, le extrañó. Se acercó hasta pegar la oreja en la puerta. Se veía que Joaquín se encontraba realmente mal, debía de haber conducido de noche para llegar al amanecer.

—Tienes que creerme —suplicaba el galerista—, el cuadro fue sustituido por una copia durante un tiempo.

—Nunca escuché algo tan absurdo —dijo Eugenia—. ¿Quién iba a hacer algo así?

—No lo sé, pero debes confiar en mí.

—¿En ti? —preguntó con dureza.

Eugenia seguía enojada con Joaquín, a pesar de que este no había dejado de insistir en que lo que contaban de él era mentira. Aseguró que nunca la traicionó. Dijo que siempre había estado de su parte, protegiéndola de los poderosos de la comarca; por eso quería que se mantuviera en el ámbito de las obras de arte, donde podía velar mejor por ella. Juró que no era por dinero. Todo sonaba contradictorio porque más bien parecía una confesión. Estaba tan desesperado que no sabía cómo arreglar las cosas. Carmela decidió que lo más prudente era irse.

Cuando salió de la casa, Tiposo la acompañó hasta el vehículo donde Rodrigo metía sus maletas. Fue coincidencia que él y Barbie se marcharan a la vez, pero cada uno a un sitio distinto. La villa se quedaba un poco solitaria.

—Me abandonas de nuevo —le dijo Carmela a Rodrigo.

—El mundo real, que no soporta dejarme en paz —sonrió, melancólico.

—¿Tus negocios o tu padre?

—Son la misma cosa.

—Lo creas o no, te extrañaré. ¿A quién molestarás ahora?

—Ya buscaré a alguien, no te aflijas. Tú preocúpate de cuidarte mejor de lo que lo has hecho hasta ahora. —Levantó la vista para admirar el entorno—. Este lugar puede emborracharte con sus juegos de luces.

—No sé qué más espero de la villa, la verdad —suspiró Carmela—. O qué más espera ella de mí.

—Villa Bombilla tiene poder de sobra para seguir iluminando. Pero eso también deja sombras. Procura mirar por Eugenia. Confío en que ella ya lo hace por ti.

Carmela contempló el paisaje.

—Cuídate tú también en el mundo real —le pidió a Rodrigo—, y dale recuerdos a Leo.

—De tu parte —dijo el joven mientras se abrazaban.

Al oír la risa escandalosa de Barbie, los dos se giraron hacia la puerta. La mujer venía con un anciano menudo y flaco cogido de su brazo.

—Oh, querido Mogens —rio Barbie—, no sabes cuánto tiempo hace que dejé de ser una

buena cristiana.

El hombrecillo forzó una sonrisa. Mogens había llegado unos días antes, pero era tan discreto que su presencia habría pasado desapercibida de no ser porque Eugenia y el personal se esmeraban en garantizar su bienestar. Vestía chaqueta, tirantes y sombrero, siempre de negro, salvo la camisa, en esta ocasión azul. A Carmela le parecía un *amish*. Iba a ser el único invitado de la villa en los próximos días.

También lamentó la marcha de Barbie. La mujer, una copia de bisutería de la señora de la casa, se llevaba bastante mejor con la joven. Eugenia se reunió con el grupo para despedirse. Carmela y su jefa habían reducido de nuevo sus conversaciones a las imprescindibles. Cuando los coches salieron del recinto, fue Eugenia la que se cogió del brazo de Mogens para acompañarlo adentro. La joven pretendía hablar con el hombre, o más bien interrogarlo, por si sabía más cosas del matrimonio, pero aún no había surgido la ocasión.

Seguida por Tiposo, bordeó la casa para entrar por la cocina y evitar a Eugenia, pero al girar la esquina se detuvo al presenciar una airada discusión. Se trataba otra vez de Joaquín, aunque su tono se había vuelto bastante desagradable y su interlocutora resultó ser Elvira.

—Te lo he dicho —gruñó, agitando el bastón—, no quiero que me traigas el correo que me llega aquí.

—¿Y dónde quiere que lo deje? —preguntó Elvira, enojada.

—Donde lo encuentres. Déjalo exactamente donde lo encuentres.

Elvira se marchó con la cara roja por el enfado. Pasó entre Carmela y Tiposo sin decir nada.

—¿Es necesario que te pongas así? —dijo la joven al galerista. Le habían indignado tanto esas maneras, tan impropias de él, que no le importó si ocupaba el lugar de Elvira.

—Hay que ser inflexible con quien no sabe ser prudente —dijo Joaquín, severo—. Me da igual que me llamen maleducado si consigo mi propósito.

—Por la fuerza no se consiguen las cosas.

—Como decía Ray Kroc —dijo, enrocado en su actitud de duro—, en este mundo no ganan los fuertes, sino los desalmados.

Carmela no sabía quién era Ray Kroc, pero se le antojaba un capullo.

—No pareces tú —dijo la joven.

Joaquín bajó los hombros. Tiposo se acercó a olisquearle los zapatos.

—Discúlpame —resopló—. Estos días me encuentro... cansado.

Se lo veía exhausto, de hecho. Realmente le había afectado el rechazo de Eugenia. Carmela sospechaba que estaba enamorado de ella, y lo ocurrido lo alejaba de su amor platónico.

—A todos nos pasa a veces —dijo la joven en tono comprensivo.

Joaquín la miró unos instantes.

—¿Sabes cómo convencí a Eugénie de que te readmitiera cuando te despidió? —preguntó—. No lo hice, ella quería que te buscara. Me pidió que simulara interceder por ti. Fui el primer sorprendido.

Mientras Carmela digería eso, intentando descifrar el porqué de su enemistad con Eugenia, el galerista se fue sin decir más.

Una alfombra de flores violetas partía de la explanada y llegaba hasta el lejano acantilado, el que escondía bajo sus faldas la turbulenta cueva. El sofá estaba boca abajo mientras Chisco y Carmela se afanaban en abrir sus tripas. La joven sacó al fin el televisor embalado en papel de burbujas.

—No sé si todavía funcionará —dijo ella.

—Está bien envuelto —observó Chisco, escudriñando el objeto con sus profundos ojos, tan feliz como un crío con zapatos nuevos—. No tiene por qué haberle pasado nada.

—Espero que te sirva —dijo Carmela—. Pero, vamos, que si no funciona, te compro uno.

—Seguro que funciona. Muchas gracias, me viene muy bien. Si no me he agenciado uno antes es porque lo he ido dejando.

Carmela no estaba tan segura. Todo lo que el hombre conseguía era robándolo de su propia villa, o por mediación de Eugenia o de Joaquín. Imaginó que, por mantener su intimidad, más de una vez había evitado pedir algunas cosas.

—Que lo disfrutes —le deseó ella.

—Sé que prometí no hacer preguntas —dijo entre risitas al tiempo que se rascaba la cabeza por debajo del sombrero de paja—, pero me muero de curiosidad por saber por qué metiste esto ahí.

—Quizá algún día te lo cuente —contestó, riéndose de su propia locura.

Se levantó una agradable brisa que los bendijo a los dos. Pese al tinglado que el hombre protagonizaba y que ella no lograba asimilar, le caía bien su curioso amigo. Habían ido hasta ahí en bicicleta, a la que el pintor había atado una carretilla donde depositó el televisor.

—A mí también me hubiera gustado hacerte un regalo —dijo Chisco—. Es más, lo tenía. Pero lo vendieron en la subasta.

—¿Un regalo?

—El cuadro de la joven y el acantilado.

Carmela recordó haber visto de pasada esa obra justo antes de fijarse en el mosquito incrustado en la que había al lado. Era una de las últimas obras de Chisco.

—¿Yo soy la que sale en el cuadro? —Se acordó vagamente de la imagen de una mujer de blanco sobre una roca.

—Lo pinté inspirado por tus visitas a este lugar, donde te veía a menudo desde lejos. Cambié los muebles por rocas para que nadie identificara el sitio. —Chisco se acercó al sofá para ponerlo de pie.

No le gustaba haber sido espiada, pero que el genial pintor la inmortalizase en una obra la ruborizó. Hubiera dado cualquier cosa por volver a contemplar esa pintura.

—¿Sobre qué van tus cuadros? —Los dos se sentaron en el sofá.

—Sobre temas que no sé explicar. Así que, en lugar de explicarlos, los pinto.

—La naturaleza no puede ser explicada, eso lo entiendo.

—Sé que lo entiendes. Eres una persona muy sensitiva, no tengo duda. Apuesto que ves cosas que no te sientes capaz de compartir con nadie. —Carmela se conmovió al darse cuenta de que era comprendida—. Yo sé bien lo que es eso. Dentro de nosotros solo hay naturaleza. A veces percibo que lo más profundo que hay en mí también está ahí fuera. Eso es lo que pinto.

«¿Es eso lo que percibo en tu cuadro?», se preguntó.

—Pero la naturaleza también tiene cosas que dan miedo —confesó ella.

—De ahí que se inventaran las leyes y los mandamientos, para protegernos de nosotros mismos.

—Será por eso que soy un peligro para mí —bromeó—. No soy muy buena siguiendo reglas, ni siquiera las mías.

—La naturaleza no acepta reglas, aunque a simple vista lo parezca. Las simetrías ponen fin al orden natural y dan inicio al extraño orden de los hombres.

De alguna manera, el idealismo del pintor le recordaba al de Fernando. Pensó en el cuadro de los perros, ¿realmente iba a destruir la obra de ese artista único? ¿Por qué no sacaba valor para hablar del tema?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —se atrevió a consultar.

—Puedes hacerme una pregunta —dijo Chisco, sonriente. Sus ojos eran tan pequeños y profundos que a veces el azul solo se adivinaba.

Carmela suspiró.

—¿Has mangado una paletilla de la cocina?

La risa hizo que Chisco sacudiera los hombros.

—Lo confieso.

—Mercedes la estuvo buscando toda la mañana y Amparo aseguró que habían vuelto a entrar ladrones.

—No pasa nada, así no se aburren con la rutina. A veces también cojo ropa y otras cosas —rio—. ¿Vas a delatarme?

—Tranquilo, no diré nada. —Lo miró con simpatía—. Si necesitas algo más, pídemelo.

La sonrisa de Chisco se amplió, llena de felicidad.

—Formas parte de esto —dijo entre risitas.

Se puso seria al oír de nuevo esas palabras. No había querido decir eso, todavía lo estaba meditando. El pintor debió de apreciar la duda en su rostro y dejó de reír.

Ambos miraron a lo lejos, donde los destellos mágicos de la costa bailaban con ritmos impredecibles. Durante unos minutos, contemplaron el lugar en silencio.

—Te pintaré otro —dijo por fin Chisco, con la vista en el horizonte.

Pero ella no quería otro, quería volver a ver ese. Y creía saber cómo conseguirlo.

Registró a fondo el archivo del sótano. Existían fotos de todos los cuadros vendidos, estaban digitalizadas. Sin embargo, no deseaba ver la imagen en una pantalla, sino en las impresiones grandes y a color guardadas en algún sitio. Eran lo más parecido a los cuadros originales. Pero las fotos no se encontraban ahí.

—¿Estarán aún en el despacho de Eugenia? —se preguntó.

Subir y bajar escaleras con las muletas debía de ser el castigo por todos sus pecados, incluidos los de otras vidas. Ya estaba más que harta de la escayola, aunque el médico le había asegurado que le quedaba poco tiempo de suplicio.

Llegó acalorada a la planta de arriba. Avanzó por el pasillo, deseando no toparse con Eugenia, algo que, por supuesto, ocurrió. La mujer y Mogens se acercaron a uno de los cuadros colgados en la pared. Era tarde para dar la vuelta, así que Carmela siguió adelante.

—Magnífica obra —dijo Mogens con acento extranjero—. La luz, el momento.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Eugenia.

—Sí, tranquila —dijo el hombrecillo—. Creo que ayer abusé de las grasas. Me gustan, pero ya sabes que no siempre me sientan bien.

Eugenia vio a Carmela. Esta creyó apreciar en su rostro una sombra pasajera de rubor.

—Voy a pedirle a Mercedes que te prepare una dieta especial para esta noche.

—Oh, no te molestes —rogó el anciano.

—No es ninguna molestia, querido Mogens —repuso con amabilidad—. Permíteme también que atienda unos asuntos con Amparo. Te dejo en buenas manos.

La joven ocupó el lugar de Eugenia, quien se marchó con semblante apagado. Cuando

desapareció escaleras abajo, Mogens movió la cabeza.

—Pobre mujer, ha sufrido tanto.

«No está apenada porque eche en falta a su marido, sino más bien... ¿O sí?».

Carmela miró de reojo al anciano. Le pareció un milagro que un cuerpo tan pequeño y delgado pudiera viajar. Imaginaba que un ligero golpecito bastaría para romperlo en mil pedazos.

—¿Tienes un rato para hablar? —propuso Carmela.

—Por supuesto —contestó, complaciente—. Hace tiempo que dispongo de muchos ratos. ¿Te gustaría hablar en la terraza?

Salieron al gran balcón de esa planta, que reinaba sobre los bonitos patios de la casa. Ahí se sentaron en unos elegantes sillones de mimbre de color blanco.

No hizo falta que Carmela le preguntara sobre el matrimonio. Mogens comenzó de oficio a relatar la historia. Le habló de cómo Eugenia se enamoró de Chisco cuando ella estudiaba Bellas Artes, de cómo la mujer se enfrentó a los suyos para seguirlo por el mundo, de que él mismo quería a Chisco como a un hermano, de los magistrales cuadros que este pintaba, los cuales, aparte de Mogens, pocos sabían valorar al principio; habló de cuando las cosas se torcieron en Italia, de que él les enviaba dinero pero ellos dejaron de aceptarlo; y, finalmente, habló del día en que había recibido la noticia de la muerte de su amado amigo. Tuvo que detenerse para secarse las lágrimas con un pañuelo y sonarse la nariz. El relato lo conocía Carmela. Lo que ignoraba era que la amistad de Chisco había significado tanto para Mogens.

—Ese día —dijo el hombre—, algo de mí también murió.

«Joder, qué putada —pensó la joven—. Si supiera que su amigo está en esta misma villa, vivito y coleando». Si el sentimiento era recíproco, imaginaba lo que debía haber supuesto también para Chisco separarse de Mogens con una mentira tan falsa como dolorosa.

—Cuando llegué a Italia —continuó el hombrecillo—, sus cenizas ya se habían esparcido por la Toscana. Su esposa no quiso demorar que su cuerpo volviera a la naturaleza que él tanto amaba y a la que dedicó toda su obra.

Una obra que había llevado a Carmela a esa villa, pero que ya no era el principal motivo por el que continuaba ahí.

—¿Había algo chocante en las pinturas de Chisco? —se forzó a preguntar, sin entusiasmo. ¿Qué respuesta esperaba?

—¿A qué te refieres? —Mogens la miró sin comprender—. Siempre han sido maravillosas.

«¿Pero había animales que hablaban, ermitas embrujadas, lienzos malditos, sortilegios para pintar mejor, deseos atrapados en los trazos como espíritus en una casa encantada?».

—Sí, a eso me refería.

—Ah, desde luego —afirmó Mogens mientras se guardaba el pañuelo—. Todo su legado artístico es maravilloso. ¿Sabes que aún me sorprende la cantidad de obras que pintó?

—A mí me pasa igual —dijo, intentando disimular la ironía—. Pintó una barbaridad de cuadros.

—Nunca imaginé que tantos. Debió haber trabajado muchísimo para subsistir. Pobre amigo mío.

—En paz descanse. —Enseguida se arrepintió de la gracia.

Mogens la miró, serio. Carmela se juró que nunca más volvería a hacer eso.

—¿Eres creyente, hija? —preguntó Mogens.

—No demasiado —dijo por no admitir que nada—. Aunque a veces me gustaría tener algo en lo que creer.

—Es que hace falta algo en lo que creer para seguir adelante, para superar las pruebas de la vida.

A Carmela siempre le habían irritado las religiones. Al no darles crédito a esas cosas, no encontraba ningún sentido a apoyarse en algo que consideraba mentira. Pero lo cierto era que, cuando el miedo la visitaba, no le hubiese importado ser una devota más si con eso se libraba del sufrimiento.

—¿Qué puede hacer una cuando no sabe cómo afrontar las pruebas?

Mogens la cogió de la mano.

—Rezar para sentir amor de Dios, y también para sentir temor de Dios.

Tampoco encontró las fotos en el despacho, el cual registró a escondidas con el fin de no dar explicaciones a su jefa. Sonrió al recordar sus primeros días en la villa, cuando todos los sitios le estaban prohibidos pero se colaba igualmente en ellos. Resopló al pensar en el trecho que le tocaba recorrer a golpe de muleta. Solo quedaba un lugar en el que podían estar las fotos.

Cruzando los jardines, de camino al almacén, se acordó de lo que le había dicho Eugenia cuando un día hablaron sobre los monólogos que escribía Carmela.

—Para humor —comentó la mujer con media sonrisa—, lo parecidas que suenan «vida» y «viuda».

A la joven le había hecho gracia.

Esta vez localizó pronto el archivo de las fotos, se notaba que el almacén lo había ordenado ella, de manera que todo el mundo tenía claro dónde dejar cada cosa. Buscó con impaciencia creciente la foto del cuadro hasta que la encontró. La lámina no era tan grande como la obra original, pero tampoco demasiado pequeña.

A pesar de que solo era una foto, la obra transmitía tal fuerza que los colores palpitaban. La solitaria mujer llevaba un vestido blanco de volantes vaporosos, una representación ligeramente distinta de uno que ella tenía de verdad. Se la veía de espaldas, sentada en un promontorio de piedra, sobre el marrón de la tierra y el verde de la hierba incipiente y bajo el cielo cargado de suaves grises azulados. No sabía que vista desde atrás era tan bella. El viento se fundía con su cabello castaño, dorado por la luz, y le descubría la nuca. La Carmela de la imagen, elegantemente erguida, miraba pensativa al majestuoso acantilado, golpeado con brío por las agitadas olas de un mar embravecido que, entre las rocas, formaba blancas nubes de espuma.

Hasta que no parpadeó y le cayeron las lágrimas por las mejillas, no supo cuánto se había emocionado. Entendió lo duro que era desprenderse de una obra de arte, del crimen que suponía siquiera pensar en destruir el cuadro de los perros. Se sentó en una silla y se permitió estar un rato sin hacer nada.

La tarde se alzaba cuando salió del almacén, después de guardar la foto en su sitio. Reparó en que sus idas y venidas del día la habían apartado de su trabajo. Las instalaciones funcionaban bien, de hecho mejor que en la época del gestor fugado, pero era inevitable que surgieran cuestiones que había que atender. Si no las despachaba pronto, se le acumularían. Entonces vio que Elvira estaba llenando un cubo en la fuente de piedra. Le sabía mal la reprimenda que la mujer recibió de Joaquín y decidió interesarse por su ánimo, aunque solo fuera un momento.

—¿Cómo va eso, Elvira?

La mujer la miró con inquina, como si Carmela fuera culpable de algo, o simplemente necesitaba pagar su enojo con alguien.

—¿No lo ves?

—Siento que Joaquín te haya hablado así. Está pasando una mala racha, pero él no...

—Qué comprensiva —la interrumpió con antipatía—. Crees que te acepta más que a mí. ¿Piensas que Joaquín te trata mejor?

—Pues... —balbuceó—. Algunas veces me trató mal, claro —dijo para intentar calmarla.

—¿Algunas veces? Te ha tratado mal desde el principio y lo sigue haciendo. A ti no te tiene en mejor estima que a mí. O, si no, no se estaría aprovechando de tus problemas.

—¿Qué quieres decir? —Carmela empezaba a hartarse de las maneras de Elvira. Si pretendía decirle algo, que lo soltara ya.

—¿Por qué crees que no me puede ver? Un día se puso hecho una furia. Imaginé que yo cotilleaba lo que habló con el abogado. Pero solo estaba limpiando la puerta.

—¿De qué hablaron? —preguntó, incomodándose.

—Le dije que yo no era ninguna cotilla, que me daban igual sus historias.

—¿Cuáles fueron sus palabras? —insistió Carmela, seria.

—Dijo... —Elvira se esforzó en recordar—. Dijo algo así como que no eras tan válida como le había contado a la señora, pero que tu problema psicológico ayudaría a desacreditar cualquier cosa extraña que descubrieras. Él lo conocía por una carta que llegó a la galería, o un mensaje, no me acuerdo. Luego mencionó que la señora no debía enterarse. El abogado preguntó qué podrías descubrir, pero Joaquín dijo que no hacía falta que supiera más.

El mundo se le puso boca abajo. Supuso qué correo electrónico había podido delatar sus problemas a Joaquín. Era el de un psicólogo torpe que visitó un tiempo. Carmela tenía el correo conectado a su ordenador de la galería y, una mañana que llegó tarde, se encontró a Joaquín en su puesto atendiendo tareas urgentes. El correo no contaba detalles delicados, salvo porque contenía la palabra «alucinaciones». Carmela siempre se había preguntado si el galerista lo leyó.

«Maldita rata —pensó—. Me utilizó para cubrir un riesgo. Si yo descubría lo del pintor, alegaría que estaba loca». También se sentía furiosa con Elvira; la mujer no se lo había contado para hacerle un favor, sino para lastimarla.

—A ti no te valoran más que a mí —recalcó Elvira, mirándola con desaire—, ¿qué te has creído?

—Eres una hija de puta —dijo sin más.

Se marchó hacia la casa, dejando que Elvira farfullara detrás de ella. No iba a dudar en darle con una muleta si se acercaba, pero prefería reservar su ira para Joaquín.

Ella no tenía ningún problema psicológico, siempre lo había sospechado y ahora estaba completamente segura.

«Nunca fueron alucinaciones —se dijo, buscando a Joaquín por los patios de la casa—. Veo y oigo, cosa normal, aunque no de la misma manera que los demás».

Se rio por no llorar. Pensar así no la aliviaba. Quizá pudiera escribir un monólogo burlándose de su vida, aunque luego no lo hiciese público. Había llegado a la conclusión de que una monologuista no era más que una cínica que no sabía qué hacer con sus contradicciones y por eso se mofaba de ellas. Se desesperó al no encontrar al galerista, se preguntó si debía llamarlo al móvil para que acudiera. Estaba agotada por el uso de las muletas y el enfado se había convertido en tristeza. Se apoyó en una columna envuelta en enredaderas. De repente, le entraron unas incontenibles ganas de fumarse un porro. Con esfuerzo, se puso en marcha para subir a su cuarto por las escaleras exteriores.

—¡Pst, Carmela! —susurró una voz cercana. La joven buscó el origen hasta hallar a Chisco

asomado por la pequeña puerta de los patios—. ¡Ven! —pidió él con un gesto.

Ella escudriñó los balcones por temor a que alguien estuviera mirando. Al no ver a nadie, obedeció al pintor.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, reparó en que se encontraba en un corto pasaje que conducía al pasillo principal del sótano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carmela, caminando tras Chisco.

—Ahora te digo —contestó el hombre con semblante grave.

Llegaron a la verja del sótano oeste y Chisco la abrió. Por supuesto, tenía llave. Pero no se detuvieron ante la habitación privada de Eugenia, sino que siguieron adelante, hasta el final, donde giraron a la izquierda para meterse en un recoveco ciego al que apenas alcanzaba la luz. Allí no había nada.

—¿Cómo está Mogens? —preguntó Chisco.

—Lo he visto bien —respondió Carmela, aún confusa—. Aunque está un poco apenado. Habla mucho de ti.

Chisco agitó la cabeza.

—No merecía esto.

—Su devoción por Dios lo reconforta. O eso creo.

—He tenido amigos muy religiosos. Giovanni y Mogens son muestra de ello. Yo nunca lo fui.

—Yo tampoco.

El pintor asintió. Su mirada denotaba preocupación.

—Hoy te dije que formabas parte de esto. —El espinoso asunto volvía a salir a la palestra. Carmela miró al suelo. No le apetecía hablar de ello, no estaba preparada, la presión la molestaba—. ¿Es que no quieres? Nosotros confiamos en ti más que en nadie.

«¿En serio? ¿Eugenia también?».

—Yo... —No sabía cómo pedir más tiempo para pensarlo.

Esos segundos de mutismo le sirvieron para apreciar el frío que hacía ahí.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —preguntó Chisco, mirándola con aflicción.

Carmela se armó de valor. La rabia y la pena, el sufrimiento de muchos años, se revolvieron de pronto en su interior.

—Quiero destruir el cuadro de los perros. —No prever la confesión la ayudó.

—¿Cómo? —Parecía más fatigado que sorprendido.

—*Perros guardando la ermita*. Quiero destruirlo.

La desolación de Chisco no dejaba sitio para la resistencia.

—No imagino por qué. Pero se han querido cosas peores.

—Me provoca pesadillas. Los perros me hablan. Me ha jodido la vida desde que lo vi.

—Pues destrúyelo. Será el cuadro que te prometí.

Carmela no tenía ni idea de qué decir ni de qué sentir. «¿Y ya está?». Daba la impresión de que a Chisco no le preocupaba el cuadro en absoluto, como si otra cosa mucho más importante lo turbara en esos momentos.

—¿Sabes? En el fondo no lo hicimos solo para mejorar nuestra situación. —El pintor miró ensimismado hacia la oscuridad—. Llegamos a temer tanto la muerte que la adelantamos. Escogimos correr hacia el ocaso antes que soportar más tiempo la angustia de la espera. —«Fue una locura y lo sigue siendo»—. Protegerla a ella siempre fue mi prioridad, juro que eso fue lo que quise con toda mi alma. Pero lo único que yo sabía hacer era pintar, y durante mucho tiempo pensé que así lo conseguiría. —Chisco se giró hacia Carmela con ojos desesperados—: ¿Cómo

iba a saber el alma que el amor no era suficiente? —El pintor se frotaba las manos, alterado—. Aquello me trastornó. Mi frustración se volvió contra todo y contra todos. Contra ella también. Yo... le hice daño.

Carmela no se atrevió a preguntar en qué sentido lo decía. El rostro del pintor era pura confusión, sus pupilas danzaban como luciérnagas azules, su respiración se agitó. La joven tuvo miedo en la oscura soledad del estrecho callejón en el que se encontraban.

—Hace frío aquí —musitó.

Chisco no pareció oírla.

—Me sacrificué por ella, ¿entiendes? Me sumergí voluntariamente en el olvido para no seguir perjudicándola y dejar que ella viviera la vida que siempre había anhelado. —Chisco la miró con ojos febriles, a caballo entre la ferocidad y la culpa—. Carmela, he hecho cosas terribles. —La joven estaba segura de no querer oír más—. Cosas a las que me he visto obligado. A ti te quiero como a una hija, no me gustaría que las sufrieras. —Entendió la amenaza. El terror la invadió—. Me gustaría protegerte a ti también. No deseo que te ocurra lo que a él.

«¿Quién es él?». Carmela temblaba. Pensó en suplicarle que la dejara irse. Pensó en correr lejos de ahí. Pero no se atrevía a hacer nada.

—El gestor —dijo el hombre—. Descubrió nuestro secreto. La chantajeó. Y yo lo maté.

La primavera se secaba al sol del inminente verano, sus colores se desvanecían. El cielo nublado, sin embargo, prometía una lluvia nostálgica. Sentada en la cocina, Carmela tenía la vista atrapada en la cucharilla que ella misma giraba en la taza de leche con cacao. Que Mercedes no estuviera cerca para consolarla con su jovialidad la entristecía aún más. Apenas desayunó, la cabeza le daba vueltas por no haber dormido y llevaba días sintiendo el corazón agitado. Y eso que por fin le habían sustituido la escayola por una bota ortopédica, como última etapa de su recuperación. Ya no necesitaba muletas, aunque el médico le había advertido que por un tiempo debía cuidarse de no sufrir mucha presión en la zona.

Tras la marcha de Mogens, en la villa ya no había invitados. Estaba segura de que el campero, desde la vegetación donde lo había visto ocultarse, había contemplado con pena cómo su amigo se iba. Pero no era pena lo que Carmela sentía por el campero. Aquel recoveco donde el hombre le había confesado su crimen se convirtió por unos momentos en el viejo tronco del cuadro de los perros. Fue como caerse dentro del hueco y encontrarse cara a cara con el perro negro. Nunca en su vida había estado tan aterrorizada.

No le cabía duda de que los restos que la policía había descubierto en las inmediaciones de la villa eran los del gestor asesinado. Quería creer que Eugenia lo sospechaba, porque tenía inteligencia de sobra, pero que nunca se había atrevido a confirmarlo. Tenía miedo de sobra. Joaquín había debido encargarse de encubrirlo todo. Lo peor era que la policía ahora sospechaba de Gustavo. Se había corrido la voz de que preguntaban por él para interrogarlo, pero estaba en paradero desconocido. ¿Cómo iba Carmela a colaborar en un asunto tan turbio? ¿Podría refugiarse como Eugenia en una vida de mentiras grotescas para sentirse a salvo? Se había comprometido a decidirlo en la reunión.

Se dejó la leche con cacao a medias. Necesitaba contemplar el cuadro de los perros, el original. Salió de la cocina y subió las escaleras notando la agilidad que le daba el haberse librado de las muletas, su cuerpo tenía la libertad que se le negaba a su mente.

Los cerrojos de la sala de seguridad resonaron al abrirse. En el interior se encontraban algunos cuadros, entre ellos, el de los perros. Le quitó la tela que lo tapaba y retrocedió unos pasos para admirarlo. Observó las tonalidades intensas, la rugosidad de las pinceladas, los brillos sobre el lienzo; la escena parecía más viva que nunca. El cuadro le había hablado la primera vez que lo vio siendo niña; después, solo lo hicieron las réplicas.

Cualquiera desde fuera hubiera dicho que todo iba muy bien en la villa. Eugenia había sobrevivido a sus enemigos y hasta le había dado otra oportunidad a Joaquín. Las instalaciones y la subasta habían producido unos beneficios que invitaban a invertir en otros negocios. El dinero llamaba al dinero. Pero ahí también había miseria. Y la pintura que tenía delante, de una manera difícil de apreciar, la retrataba. La tapó de nuevo y se dirigió a la puerta.

El frescor repentino y el penetrante olor a pradera la detuvieron.

—¡Guau! —oyó tras ella. Se giró como un resorte.

El ladrido no sonó hueco, como pasaba con los fenómenos habituales, sino vivaz. No se molestó en buscar un perro en la sala. Se acercó despacio al cuadro y, con mano trémula, tiró de la tela.

La que había puesto más pegas había sido Amparo, pero Eugenia no transigió, quería que el

personal del servicio se marchara de vacaciones, habían trabajado muy duro. La costumbre era que se relevaban unos a otros para cubrir los descansos, pero con los problemas de la villa y la subasta, nadie se había ido en un año. Al final, Amparo aceptó a regañadientes, aunque anunció que volvería dentro de dos días. Bastaba. Alejar al guarda que rondaba cerca de la mansión tampoco resultó difícil. Eugenia alegó que unas amigas famosas iban a hacer un retiro de yoga en la villa y que querían intimidad. Todo, por supuesto, era mentira.

Unos días antes, Carmela le había pedido a Eugenia que hablaran abiertamente del secreto de su esposo. Le sorprendió que la mujer aceptara aliviada, como si a ella se le hubiera ocurrido lo mismo pero no deseara presionar a la joven. Acordaron celebrar una reunión los cuatro: Eugenia, Joaquín, Carmela y Chisco. Necesitaban tomar precauciones, no querían arriesgarse a que a alguien le extrañase que el campero participara en un acto así. Ese era el encuentro en el que Carmela tendría que tomar su decisión, apoyarlos en su engaño o no.

Estos preparativos habían llevado unos días, pero por fin llegó el momento. Los últimos miembros del servicio se acababan de marchar. Esa misma noche, hablarían.

Carmela reflexionaba sentada en el salón, sola y nerviosa. Quedaba un rato para la cita, pero no sabía dónde esperar. ¿Qué debía hacer?, pensó, ¿irse y olvidar el embuste del pintor? ¿O quedarse y contribuir a él? Entonces recibió un mensaje en el móvil.

«Estoy en el laberinto de rosas —leyó—. No me marcharé hasta hablar contigo». Era de Fernando.

«Qué inoportuno», se quejó Carmela.

Chispeaba cuando llegó al lugar, en el ocaso de una tarde con cielo gris.

—¿Dónde están los del servicio y los de seguridad? —El muchacho se levantó del banco nada más verla. Llevaba una camiseta arrugada y unas bermudas a pesar del frío. Estaba más ojoso que nunca. Carmela se sintió mal por no haber hablado con él del futuro de ambos, pero otras cosas se lo habían impedido—. No me he cruzado con nadie en el recinto de la casa.

—Hay un cambio organizativo —inventó ella—. Volverán más tarde. —Lo cierto era que Eugenia había ido relajando la seguridad poco después del susto de los dos ladrones, Carmela suponía que lo había hecho para no exponer a Chisco más de lo necesario—. ¿Has venido en coche?

—A pie. Por el camino de los pescadores.

—Te va a llover a la vuelta. ¿Quieres un paraguas?

—Quiero hablar contigo.

—Ya lo sé; pero, aunque no lo creas, no es buen momento.

—Nunca es buen momento.

—Lo sé. Y lo siento. He demorado esto mucho, demasiado, pero te aseguro que mañana hablaremos. Te llamaré y entonces...

—No quiero que me llames, quiero que hablemos en persona.

—De acuerdo. Hablaremos en persona.

—Ahora.

—No, ahora no puedo, te lo he dicho.

—Carmela, por favor, perdóname. No me hagas esto. Te juro que nunca más volveré a ponerme como aquel día.

A ella le costaba olvidarlo. No deseaba comprometerse con alguien que tenía ataques de ira. Quizá otras personas lo soportarían; ella no podría ni poniendo toda su voluntad. Aún no estaba segura de si Fernando era realmente así, necesitaba tiempo para averiguarlo.

«Maldita sea, siempre hace falta más tiempo».

—Yo te quiero, Carmela —confesó el muchacho.

—Yo también te quiero —coincidió ella. «Pero no me gusta que me des miedo». Vio que Fernando la miraba como Tiposo cuando buscaba un mimito. No pudo aguantarlo y le dio un beso breve. Él la abrazó para repetir con otro beso más largo. Ella lo separó al poco—. Mañana, te lo prometo. Ahora vete, por favor.

El muchacho no entendió nada, pero obedeció sin más resistencia. Se marchó con los hombros caídos.

—¿Quieres un paraguas? —le preguntó Carmela de nuevo.

—Estaré bien —dijo Fernando sin volverse.

De regreso al salón, de pie ante los ventanales que daban al césped, observó que la noche llegaba tan rápido como arreciaba la lluvia. Las luces exteriores de la villa se encendieron.

«Tres salen de la oscuridad», recordó que había dicho Tristán en el último fenómeno, el que presenció ante el cuadro original. Los perros, más reales de lo que jamás los había visto, le hablaron mirándola. Eso nunca había sucedido. Pero lo que más le extrañó fue lo que ocurrió al final; tampoco había pasado antes y le puso los pelos de punta. En cuanto a las palabras de Tristán, Carmela había entendido que se referían a Eugenia, Joaquín y Chisco, que por fin hablarían de lo que mantenían en secreto desde hacía tanto tiempo. Lo que no tenía claro era el resto del fenómeno.

Preocupada por Fernando, lo llamó al móvil. Pero no obtuvo respuesta. Unas voces se acercaron desde el pasillo. Eugenia y Joaquín llegaban a la reunión. La mujer se quedó mirándola con una mano en el antebrazo, volvía a parecer frágil. La joven también la miró, esforzándose por comprenderla. Joaquín carraspeó.

—Voy a prepararme un té —dijo, señalando la cocina con el bastón—. ¿Queréis algo?

Ninguna contestó. Él se encogió de hombros y se fue.

—Chisco nunca es puntual —dijo Eugenia—. Pero vendrá.

Aunque Carmela luchaba por ser paciente, no soportaba ni un segundo más contener la duda que tanto la atenazaba.

—¿Sabías lo que le pasó al gestor?

La cara de Eugenia delataba que se temía esa pregunta, pero también deseaba enfrentarla.

—No hasta que la guardia civil llamó a la puerta aquella noche —dijo, esforzándose por mantenerse serena—. Siempre había creído que Joaquín decía la verdad cuando hablaba de la carta que le llegó desde América pidiendo dinero. Esa noche supe que me había mentido. ¿Pero qué podía hacer a esas alturas? El gestor era un cerdo tan repugnante como su sudor. Es cierto que me robaba dinero. Yo lo permití para que no se atreviera a chantajearme si un día descubría nuestro secreto. Pero se atrevió. Después de que desapareciera, supuse que se lo había pensado mejor, él también tenía mucho que perder. Y cuando averigüé la verdad... ¿Debía sentir lástima? ¿Debía tirar mi vida a la basura por algo que no tenía vuelta atrás? Yo no le haría daño a nadie a sabiendas, pero tampoco soy una puritana, ya lo sabes.

Lo peor para Carmela era que la entendía, al menos en parte.

—Todo por sentirnos a salvo. —No era una recriminación.

—Qué quieres que te diga. —Eugenia se sentó en el sofá—. Buscando refugiarme del miedo, quizá me convertí en una mezquina.

—¿Y qué hay del que protege a toda costa? —se preguntó Carmela en voz alta—. ¿En qué se

convierte?

Las dos se miraron durante unos segundos sin saber qué responder.

—Llegué a temerlo —dijo Eugenia—. Él también tuvo miedo de sí mismo. Separarnos fue...

El sonoro golpe de Joaquín cayendo de boca al suelo con su bastón las sobresaltó. Eugenia se puso en pie, alarmada. Su cara y la de Carmela se desdibujaron por el pavor cuando vieron a tres hombres mojados por la lluvia. Uno era un tipo ancho, el segundo llevaba una coleta rubia. El tercero era Gustavo.

El hombre de la coleta llevaba un machete en la mano.

—Así que era verdad —dijo Gustavo a Eugenia, mostrando una sonrisa escabrosa—. La villa está indefensa, y tú con ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer, temblorosa, mientras ella y Carmela ayudaban a Joaquín a incorporarse. El galerista sangraba por la nariz—. ¿Qué quieres? El guarda volverá en cualquier momento.

Gustavo rio.

—Sí que mientes mal cuando tienes miedo. —Paseó por el salón, hablando—: Se corrió la voz de que mandabas a todo el mundo fuera. Y entonces le dije a estos: «¿Por qué no comprobamos si es cierto?». Dejé asuntos pendientes, ¿recuerdas? —Miró al hombre robusto—. Los móviles.

El compinche sacó una bolsa de plástico donde obligó a Joaquín, Eugenia y Carmela a meter sus móviles. Los amenazaba con una porra negra y grande que también parecía ser una linterna.

—Todo está siendo grabado —dijo tímidamente Joaquín.

—Otra mentira —soltó Gustavo—. He comprobado que las cámaras están apagadas.

—Las del recinto funcionan —dijo el galerista.

—Las del recinto las inhabilité yo hace tiempo. Los de seguridad piensan que es otro capricho de Eugenia.

Carmela reparó en que los rasgos de los dos hombres que lo acompañaban coincidían con los de los intrusos que habían intentado entrar en la casa ocultos bajo unas capuchas.

«Oh, no —se lamentó—. ¿Estos son los tres que salen de la oscuridad?». Temió no haber entendido nada del fenómeno.

—¿Pero por qué habéis cortado las cámaras de dentro? —se preguntó Gustavo con tono curioso—. Qué importa. Vuestros tejemanejes nunca me interesaron. Lo que yo quiero es otra cosa.

Carmela apreció que Gustavo hablaba más rápido y sus ojos brillaban. Pensó que iba drogado. Gustavo notó que lo miraba.

—¿Y qué pasa contigo? —Se acercó a ella—. ¿Quieres que lo retomemos donde lo dejamos?

—¡No la toques! —ordenó Eugenia. Carmela dio un paso atrás.

—¿O prefieres a tu novio paleta? —continuó Gustavo como si no la hubiera oído—. Espero que no. No ha quedado en buenas condiciones después de cruzarnos con él. Más bien, ha quedado fatal.

Carmela se horrorizó.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó.

—Nada que no mereciera —dijo Gustavo con media sonrisa.

—El muy gilipollas nos amenazó con llamar a la policía —rio el tipo ancho. Sacudió con fuerza la porra—. Lo tuvimos que convencer de que no era una buena idea. ¿A que sí, Gus?

La imagen de Fernando muerto en alguna cuneta hizo que a Carmela se le saltaran las

lágrimas.

—¿Ves? —Gustavo se dirigió a Eugenia—. Lo del paleta es cosa mía. Lo reconozco. —La encaró, serio—. Lo que no es cosa mía es ese al que mataron cerca de aquí. ¿Sabes que me busca la policía?

—No sé de qué hablas —dijo Eugenia firme, pero sin mirarlo a la cara.

—Si tienes algo que ver, entiendo que no quieres pillarte los dedos. Yo también tomo precauciones, no creas. Hemos venido a pie por los campos. Nadie sabe que estamos aquí. Y nadie lo sabrá jamás.

Las mujeres y Joaquín intercambiaron miradas de preocupación. ¿Qué pensaban hacerles? Eugenia se cogió el antebrazo y se forzó a hablar:

—¿Buscas dinero? ¿Joyas? Es lo que siempre has tratado de sacarme poco a poco. Están arriba, en la sala de seguridad. Coge lo que quieras y lárgate de una vez.

Gustavo se acercó al oído de Eugenia.

—Quiero más que eso. —La agarró violentamente por los brazos y la besó con rudeza.

—¡Déjala! —exclamó Carmela al tiempo que se abalanzaba hacia ellos.

Él lanzó un golpe a la cara de la joven con el dorso de la mano. A pesar de que no llegó a darle de lleno, Carmela se sintió mareada por el impacto, casi perdió el equilibrio. Gustavo tenía la fuerza de un monstruo. Eugenia se revolvió y él la tiró al suelo. Joaquín hizo ademán de ayudarla, pero el tipo de la coleta lo amenazó levantando el machete y el galerista se petrificó por el miedo.

Cuando Gustavo iba a coger a Eugenia, todo quedó a oscuras. Un chasquido encendió las tenues luces de emergencia.

—¿Qué coño es esto? —preguntó el de la coleta.

—Se ha ido la luz —dijo el ancho.

—Eso ya lo veo, idiota.

—Ocurre a veces —dijo Gustavo, mirando a su alrededor con gesto preocupado.

—¿Pero justo ahora? —El de la coleta no recelaba menos.

Gustavo valoró un momento la situación.

—Nos estamos entreteniendo —dijo al fin. Se dirigió al tipo ancho—: Comprueba el cuadro eléctrico.

—Pero no sé dónde está —protestó.

—Llévatela —replicó, señalando a Carmela—, que te lo diga ella. —Se volvió hacia el de la coleta—: Tú quédate vigilándola —le indicó, refiriéndose a Eugenia—. Dame los sacos.

El esbirro lanzó un rollo de tela negra que su jefe cogió al vuelo. Luego, Gustavo agarró a Joaquín del brazo.

—Acompáñame arriba —le ordenó. Tal era la cara de incapacidad del galerista que a Gustavo no le importó que llevara consigo su elegante bastón victoriano.

—Si le haces daño a alguno, te mataré —dijo Eugenia, levantándose.

—Cierra la boca o te la cierro a golpes —respondió Gustavo.

Escaleras abajo, hacia el sótano, el hombre ancho lastimaba a Carmela sujetándola del brazo. Ella iba cavilando cómo librarse de él; si no, nada de lo que habían dicho los perros en el fenómeno tendría sentido, aunque ya no estaba segura de qué significaba. Su mente se hallaba tan agitada como su respiración. A mitad del corredor que llevaba al cuarto de la electricidad, Carmela se detuvo.

—Es por ahí. —Señaló el estrecho pasillo que desembocaba en la puertecita de los patios, sin

saber qué ventaja le daría eso.

El hombre dudó, pero acabó creyéndola. Carmela buscó la llave. «Donde quiera que voy, los abridores me acompañan», había ladrado Azuquítar. Por eso ella iba cargada con todas sus llaves desde la mañana.

Al introducirse en el angosto pasillo, el hombre ancho tuvo que soltarla para que ella caminara delante. Él apenas cabía por el lugar. Las cosas fueron cobrando sentido. En cuanto Carmela abrió la diminuta puerta, se lanzó al otro lado. El hombre luchó por pasar por el hueco mientras le ordenaba que se parase.

—¡Socorro! —gritó Carmela por los patios, bajo la lluvia, deseando que alguien se hubiera retrasado en irse.

Pero no tuvo suerte. Tenía la pierna débil al apenas haberla ejercitado y sintió dolor dentro de la bota ortopédica. Llegó a una cancela cerrada. Nerviosa, buscó la llave mientras oía acercarse los pesados pasos del hombre. Prefirió no volverse para no perder un segundo. Abrió la puerta y la cruzó, pero no le dio tiempo a cerrarla. El hombre tiró con fuerza de la cancela y obligó a Carmela a soltarla. Cuando él iba a echarle el guante, Tiposo apareció desde fuera para ladrarle. El acosador titubeó y Carmela aprovechó el instante para huir, dejándolo atrás con el perro. Atravesó el laberinto de rosas, que ya conocía como para no detenerse a pensar.

«¡Se escabulle hacia el bosque!», habían sido las palabras de Revoltoso. Carmela tenía más claros los siguientes pasos. Estaba forzando demasiado la pierna, el dolor la hacía cojear, pero no podía desistir. Entró en la oscura arboleda y pronto quedó oculta entre las sombras. Avanzó a tientas hasta que el hombre llegó y encendió su linterna, la que también era una porra. Carmela continuó por fuera del camino central, entre los arbustos, pisando barro y recibiendo arañazos de las ramas. El hombre, jadeante, apuntaba con la linterna aquí y allá. Cuando Carmela calculó que había andado lo suficiente, retomó agachada el camino y tocó la fría piedra de san Espanto. Lo que buscaba tenía que estar ahí cerca. Tanteó el suelo hasta encontrarlo.

«Regresamos como musarañas al lugar que nos vio temer», había dicho Tozudo. ¿En serio debía volver? Mientras lo pensaba, abrió el candado de la rejilla intentando no hacer ruido. Pero, ofuscada por la duda, el candado se le cayó, rebotó en el metal y se perdió en la oscuridad del corredor.

La luz del hombre la enfocó y se acercó en línea recta. Carmela casi rodó por las escaleras de piedra al meterse en el túnel. Cerró la rejilla tras ella, aunque sin candado. A ciegas, trotó por el ancestral corredor con los brazos extendidos, dejándose devorar por la negrura. Un par de veces acabó en el suelo, entre terribles dolores de la pierna. Solo oía sus propios jadeos.

Cuando por fin se topó con la puerta que daba a la habitación privada, la alivió no ver a su espalda la linterna de su perseguidor. Por fortuna, aún tenía el juego de llaves en las manos.

Subió coja las escaleras del sótano, procurando ser sigilosa. Conforme se acercaban las dos últimas pistas de los perros, más dudaba de que funcionaran. ¿Qué debía hacer? ¿Localizar un teléfono? ¿Huir de la villa en busca de ayuda? ¿O adentrarse en el corazón de la casa siguiendo sus quimeras?

«Las quimeras que me han permitido librarme de mi secuestrador», pensó. Todo era demencial.

Llegó a la escalera principal que subía al segundo piso. Las luces de emergencia continuaban siendo la única iluminación. En la planta baja debía estar el tipo de la coleta con Eugenia, y el teléfono más próximo, si no lo habían inutilizado. Arriba, Gustavo con Joaquín. Y también...

«Ven», fue lo único que había dicho Mudito. Otra persona se habría preguntado a dónde. Pero

ella sabía a qué se refería el perro más taciturno. Tomó su decisión.

Avanzó por la segunda planta sintiendo el pecho oprimido, escondiéndose a cada paso tras las esquinas y el mobiliario. Podía darse de bruces con Gustavo. Se asomó al pasillo que conducía a la sala de seguridad y la vio medio abierta. Pero oyó un ruido estrepitoso en el despacho de Eugenia, un poco antes de la sala. Se asomó con cuidado. Gustavo saqueaba el cuarto abriendo muebles y cajones para tirar al suelo lo que había en su interior. Varios sacos negros descansaban en la alfombra, se veían llenos. Joaquín se encontraba de pie junto a la ventana, pálido y con manchas de sangre en la camisa; miraba temerosamente a Gustavo, sin atreverse a mover un dedo. Carmela pasó por delante del despacho, aprovechando que Gustavo se giró. Prefería que Joaquín tampoco se percatara, una reacción espontánea del galerista podría delatarla.

Entró en la sala de seguridad y dejó la puerta entornada para que no sospechasen. El lugar era un caos, con todo esparcido por el piso. Gustavo ya había arramblado con lo que le interesaba. Pero los cuadros seguían ahí. Se fue hacia el de los perros, que estaba en el suelo, bajo la tela. Puso de pie el caballete y descubrió el lienzo. La imagen estaba tan estática y callada como cuando no era más que una pintura corriente.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. Nerviosa, miró hacia la puerta, por si aparecía Gustavo. Solo quedaba una indicación que cumplir del último fenómeno. Esa, por primera vez en su vida, se la había dado el perro negro. Había asomado las fauces por el hueco del árbol, mostrando los cuchillos de hielo que tenía por dientes. Y, con una voz tan grave que erizaba el vello, la bestia había dicho:

—Libérame.

Temía tanto hacer eso que casi sintió alivio de no saber cómo hacerlo. Oyó ruido fuera. No se le ocurrió otra idea que coger el cuadro y llevarlo consigo hasta la puerta. Al asomarse, vio que Gustavo obligaba a Joaquín a cargar con algunos sacos y a que caminara detrás de él. Pero en el momento en que Gustavo giró la esquina, el galerista se detuvo, dejó caer los fardos y, muy tembloroso, manipuló el bastón. Gustavo regresó con sus sacos al hombro.

—¿Qué coño haces? —preguntó con desprecio. Joaquín siguió a lo suyo—. ¿Es que quieres que te dé otra hostia?

Entonces el galerista le apuntó con el bastón. Se oyó como si explotase un petardo diminuto y algo impactó contra la pared, a pocos centímetros de la cara de Gustavo. Este miró el agujerito que quedó ahí. Joaquín, atemorizado, se apresuró a cargar de nuevo lo que se había revelado como un arma, pero no daba pie con bola. El otro se acercó lentamente. El galerista sudaba y jadeaba. El bastón se le resbaló de las manos y, vencido, se apoyó contra la pared sin atreverse a mirar a Gustavo, que ya estaba a su lado.

—Te voy a matar, cojo cabrón —amenazó—. Lo sabes, ¿no?

Joaquín se dejó deslizar por la pared hasta que se sentó, blanco como la cal. Gustavo se rio. Después, le dio un rodillazo en la cara.

Carmela tuvo que taparse la boca para no gritar; se apartó de la puerta, rezando para no haber sido oída. Se preguntó si debía cerrar la sala de seguridad, aunque delatara que estaba ahí. Pero, antes de que pudiera hacer nada, la puerta se abrió violentamente. Dio un paso atrás, sobresaltada.

—Mira tú —dijo Gustavo, divertido. Miró el cuadro que ella sujetaba—. ¿Y eso? —Carmela lo apretó contra sí—. Si tanto vale, me lo llevaré también.

Cuando llegaron al salón, aún iluminado por las luces de emergencia, la joven se alegró al ver que Eugenia se encontraba bien. La mujer corrió hacia ella para comprobar que estaba ilesa,

salvo porque renqueaba por la pierna dolorida y tenía algunos arañazos.

El tipo de la coleta estaba sentado en la mesa, donde Gustavo y Joaquín dejaron los sacos. El galerista volvía a sangrar por la nariz, ahora rota; pero, de tan dócil, ni se limpiaba.

—Métete ahí —dijo Gustavo—, estás castigado.

Los dos asaltantes rieron mientras Joaquín, en silencio, se dirigía a un mueble empotrado. Entró y cerró la puerta con la mirada perdida, como si le hubieran arrancado la consciencia.

—¿No ha vuelto? —preguntó Gustavo al hombre de la coleta. Este negó con la cabeza—. ¡Tú! —gritó a Carmela—. ¿Dónde lo has dejado?

Ella, que aún sostenía el cuadro entre las manos, no respondió. Todo pasó muy rápido.

—Te voy a... —Gustavo se fue agresivamente hacia ella. Carmela retrocedió un poco. Eugenia avanzó para interponerse. Un lastimoso quejido hizo que todos mirasen hacia el tipo de la coleta, sentado en la mesa.

La punta de un afilado cuchillo le asomaba por el pecho. Cayó hacia delante mirando a Gustavo, como si le pidiera ayuda para salvar lo que ya estaba muerto.

El campero mantenía el largo cuchillo en la mano, la sangre corría por el filo mientras sus ojos llenos de furia se clavaban en Gustavo. Este se fue hacia el machete tirado en el suelo, Eugenia intentó impedirlo, pero Gustavo le propinó un puñetazo tan fuerte que la derribó. Para entonces, el campero ya estaba encima de él. Los dos forcejearon por el cuchillo, rodando por tierra. Carmela dejó caer el cuadro, dudó entre ayudar a Eugenia, aún desplomada, o al campero en su lucha.

El machete había caído debajo de ellos, así que optó por coger un jarrón verde que tenía a mano, gritar y romperselo a Gustavo en la cabeza, que estaba sobre el campero. Gustavo quedó aturdido y eso le permitió a Chisco zafarse y ponerse sobre la espalda de su adversario, desde donde le hizo un corte, aunque no profundo. Gustavo gritó. Chisco, rojo de cólera, alzó el cuchillo con las dos manos, dispuesto a descargarlo con todas sus fuerzas. Pero entonces reparó en que Eugenia lo miraba desde el suelo, a pocos metros, horrorizada por la escena. El campero vaciló.

Una vida entera debió desfilar entre ellos, pero, visto desde fuera, solo duró un segundo. Lo justo para que Gustavo se revolviera y desmontara a Chisco de su espalda. Carmela cogió el machete que quedó al descubierto. Pero un movimiento rápido de Gustavo, nacido de la juventud y de la agresividad, acabó con el cuchillo clavado en el pecho del pintor.

El alarido de Eugenia debió de estremecer a la villa. Gustavo se incorporó de un salto, se fue hacia Carmela, que en vano blandió el machete, y le propinó un puñetazo en la cara. La joven notó que se le clavarón los dientes en la lengua; nada más caer, un hilo de sangre le brotó de la boca. La patada posterior que Gustavo le dio en el estómago terminó de lastimarla.

El agresor sangraba por la cabeza y por la espalda. Cogió el machete y se dirigió hacia Eugenia, que lloraba y gritaba, arrastrándose hacia Chisco. Agarró la cara de la mujer.

—Te vas a acordar de esto toda tu vida. —Con la punta del machete, le hizo un pequeño corte en la mejilla. Luego se echó sobre ella mientras se desabrochaba el pantalón.

Carmela casi no podía respirar ni moverse; le respondían los brazos, pero no las piernas. Lloró por la impotencia, que le dolía más que todos los puñetazos y patadas del mundo. No podía hacer nada por Eugenia, que a duras penas luchaba para evitar que Gustavo le quitara la ropa.

Entonces reparó en el cuadro que había en el suelo, cerca de ella.

—¡Sal! —gritó Carmela, arrastrándose hacia la obra maldita. Le costaba pronunciar debido a la herida de la lengua, la sangre le salía por los labios—. ¡Yo te libero! ¿Me oyes? ¡Te libero!

Pero no pasó nada. La desesperación estuvo a punto de enloquecerla. Al llegar a la pintura, la cogió y, apoyándose en una silla, apretó los dientes para ponerse en pie.

—¡Sal, perro asesino! ¡Protégenos! —Con las últimas fuerzas que le quedaban, descargó el cuadro contra la silla. La obra quedó atravesada por los cuernos del respaldo.

No supo si fue un trueno del exterior que se dejó sentir dentro, pero le pareció que algo restalló en el salón, donde la sombra vencía a la luz. Gustavo también debió de percibirlo, porque se detuvo para mirar.

Ahí, sin embargo, no había un perro, sino un hombre.

Respiraba con agitación y estaba tan manchado de sangre como la porra que sostenía, la misma que llevaba el tipo ancho. Sus ojos, quién sabía si por la ira, eran lo más rojo de todo. Miraban a Gustavo con el odio de mil condenados.

—Fernando —balbuceó Carmela, atónita.

Gustavo se apartó de Eugenia para buscar el machete; pero, con más rapidez de la que Carmela pudo asimilar, Fernando corrió y saltó por encima de la mesa. Para cuando Gustavo cogió el arma, el muchacho estaba junto a él. Gustavo intentó girarse para cortarlo, pero Fernando le golpeó la muñeca con la porra. El impacto hizo que Gustavo se retorciera de dolor y dejara caer el machete. Luego intentó agarrarse a la cintura de Fernando, pero este lo empujó con tanta fuerza que lo tiró al suelo y comenzó a aporrearlo. En cada una de las descargas se oía un crujido espantoso. Cuando los brazos de Gustavo, rotos, ya no podían defender al resto del cuerpo, el muchacho le dio en la cabeza hasta que se quedó inmóvil. Y siguió hasta que le aplastó el cráneo y lo dejó como un amasijo de huesos, piel y sangre tan horrible que Carmela no soportó mirarlo. Al final, Fernando soltó el arma y se sentó en el suelo, jadeante, con la vista en la pared como si estuviera en éxtasis.

Carmela se giró hacia Eugenia. Esta tenía la frente enrojecida, sangraba un poco por el corte de la cara y sostenía entre los brazos el cuerpo sin vida de Chisco. La joven tuvo que gatear para ir hacia ella. Al llegar, la abrazó por la espalda. Eugenia le cogió la mano a Carmela. Y ambas compartieron el llanto.

La puerta del mueble empotrado se abrió y Joaquín se sentó en el borde. Se secaba la sangre de la nariz con un pañuelo. Ahora parecía más avergonzado que incapacitado.

Fernando salió de su trance. Contempló la terrible y desoladora situación.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el muchacho.

Carmela no lo sabía. ¿Debían ir a la policía? Aunque no lo condenaran, ¿la gente lo aceptaría después de lo ocurrido?

—Sigue con tu vida —dijo Eugenia sin volverse, después de forzarse a interrumpir las lágrimas—. Di que has tenido un accidente.

—¿Qué pasó con el otro? —preguntó Joaquín, que empezaba a recuperarse.

—Muerto —contestó Fernando—, en la arboleda.

—Me facilita el trabajo —dijo el galerista, resignado—. Tú solo tienes que ayudarme. No es la primera vez que lo hago. Al menos en eso puedo ser útil.

Carmela prefería no preguntar dónde pensaban esconder los cadáveres. Seguramente el gestor descansaba en el mismo sitio. Fernando se giró hacia ella, pidiéndole permiso con la mirada.

—Si identifican a Chisco —dijo Eugenia con los ojos puestos en el cuerpo que tenía entre los brazos—, lo averiguarán todo.

—¿Entonces...? —intentó preguntar Carmela. El corte de la lengua le dificultaba emitir palabras.

—Esto no ha ocurrido —dijo Eugenia—. Es de lo que están hechas las vidas, de cosas que pasaron y de cosas que nunca pasaron.

Puede que fuera cierto, se dijo Carmela. Pero si algo le había quedado claro era que no podría estar con Fernando. Tendría que contentarse con sentirlo cerca y saber que se encontraba bien. Apartó la vista del muchacho y abrazó más fuerte a Eugenia, quien la besó en la mano.

De esta manera continuaron agarradas la una a la otra, la joven y la viuda.

Epílogo

La pared rocosa sobre la cabeza de Ernesto ofrecía un buen refugio a la sombra. Por ahí caía una pequeña cascada. No tenía una altura imponente, pero había bastado para acabar con la vida de Chorritos. Seguía tan apenado por el animal como enojado consigo mismo.

Estaba sentado sobre una piedra junto a la tumba del perro, a pocos metros de donde lo había encontrado muerto. Fue una estupidez esconder el cadáver para que su exmujer y su hija no lo consideraran un padre negligente. Todos sabían que lo era. Pero, iniciado el engaño, no había tenido más remedio que continuarlo.

Una tabla que había hallado aquel día, probablemente desprendida de algún mueble viejo, había servido de discreta lápida. Ernesto la tocó como si pasara la mano por el lomo del animal. El agua que discurría por la pared cercana conmemoraba el nombre de Chorritos. Después de tanto tiempo, hasta su exmujer parecía haberse olvidado de la mascota. Solo su hija la mencionaba, con mucha pena. Y Ernesto, en ocasiones, visitaba la sepultura clandestina cuando pasaba por la zona, a pesar de que siempre se proponía no regresar. El suceso le había afectado más de lo que reconoció al principio. Todavía se irritaba por sus malas decisiones cuando le venía a la mente lo ocurrido. Había hecho algo horrible.

Y hubiera sido lo más feo del mundo de no ser por el animal que en esos momentos deambulaba por ahí. Estaba seguro de no haber visto en su vida un perro más deslucido. Se acordaría. Contrahecho y con un ridículo mechón en la cabeza, solo lo salvaba un simpático pañuelo rojo que llevaba al cuello. Gracias al adorno, y a que el perro parecía caminar feliz, no temió que se hubiera accidentado ni que necesitara ayuda. Pero fue tanto lo que le llamó la atención que se levantó y lo siguió.

La brisa y los colores de la costa amenizaban el sendero ascendente que el perro recorría. Cerca, el mar resplandecía en calma, complacido por su poder. Enseguida llegaron a una pequeña explanada donde Ernesto presenció una escena que, al instante, le resultó idílica. Dos mujeres compartían un día de campo. La más joven vestía unos pantalones azules, una bonita blusa blanca con volantes y un sombrero marrón. Sentada en una banqueta, pintaba un cuadro que reposaba en un soporte de madera. La otra, algo mayor que la primera, de inmediato destacaba por lo guapa que era. Llevaba un elegante sombrero negro y un floreado vestido corto de tonos tierra y escarlata. Descansaba de costado en una manta de *camping*, apoyando la cabeza sobre una mano, de cara al mar que la joven trataba de representar. El perro fue a olisquear a la pintora. Ambas se fijaron en Ernesto.

—Buenos días —dijo él, que de pronto se sintió un impertinente que estropeaba la armonía, sobre todo cuando se dio cuenta de que el sendero terminaba ahí.

—Buenos días —contestó con amabilidad la del vestido, que pasó a sentarse.

—Hola —saludó, risueña, la pintora.

—Qué buen día, ¿no? —dijo, nervioso—. Estaba paseando por aquí y me he cruzado con su perro y lo he seguido y, bueno, me ha traído a este rincón. —Rio—. No conocía este rincón.

—Es un lugar tranquilo —dijo la pintora. Tenía una sonrisa encantadora—. Y las vistas son muy bonitas, ¿no crees?

—Vaya que sí —confirmó Ernesto. El sitio era realmente precioso, desde ahí se divisaban unos verdes y azules llenos de vigor. La explanada se encontraba a media altura del monte, escondida de los que se asomaran más arriba o más abajo—. Pero no pretendo importunarlas —

dijo mientras retrocedía un paso.

—No se preocupe —lo tranquilizó la del vestido—. ¿Le apetece tomar algo?

Sobre la manta había algunas cosas para picar y una nevera portátil.

—Oh, no, no se moleste —dijo, ruborizado por la cortesía.

Se aproximó a ellas para no parecer un maleducado que hablaba a voces. Entonces advirtió que la mujer del vestido tenía una pequeña cicatriz en la cara, pero eso solo aumentaba su atractivo. En ese momento, creyó haberla visto antes. ¿Era una actriz? ¿Una modelo? Observó que la más joven, que tenía menos años de los que le había calculado al principio, no era demasiado buena con los pinceles.

—¿Usted también pinta? —preguntó Ernesto a la mujer sobre la manta.

—Digamos que no me apasiona. Yo solo doy las indicaciones —sonrió.

—Dar las indicaciones sí le gusta —rio la otra, que había pausado la tarea para echarse protección solar—. Gracias a eso estoy aprendiendo.

—¡Ah! —exclamó Ernesto—. Pues no lo haces nada mal.

—Te agradezco la compasión —dijo la joven.

—Su verdadero arte está en escribir monólogos —dijo la del vestido.

—¿En serio? —se maravilló él.

—En serio —afirmó—, es muy ingeniosa.

—Solo los sábados por la noche —dijo la pintora.

—Un día deberías escribir uno sobre el yoga —sugirió la guapa—. Podrías interpretarlo en casa para mis amigas.

—Ay —se quejó—. Prefiero actuar en un circo romano. Mejor lo interpretaré para ti y para Tiposo.

—Te tomo la palabra —le aceptó la de la manta.

Ernesto no sabía quién era Tiposo, pero pensó que se trataba de alguien afortunado. Le estaban gustando aquellas dos mujeres.

—¿Eres de por aquí? —preguntó la pintora a Ernesto.

—No, pero conozco algunas zonas de esta comarca. —Desconocía por qué, pero se sentía con confianza para contar su historia. La versión pública, claro—. Hace un tiempo se me perdió por aquí el perro de mi hija y he venido a buscarlo en varias ocasiones.

—No me digas que eres el dueño de Chorritos —se sorprendió la pintora.

—Así se llamaba —confirmó Ernesto—. O se llama.

—He visto muchos carteles anunciando su desaparición —dijo la joven.

—No me extraña. Empapelé toda la costa con ellos.

—¿Y no lo encontró? —preguntó la otra.

Ernesto negó con cara de circunstancias.

—Qué pena —dijo la pintora—, lo siento mucho.

—El caso es que... —Dudó un segundo si revelar lo que llevaba tiempo meditando—. El caso es que había pensado en darlo por muerto, ¿saben? Decirle a mi hija que lo encontré atropellado y que falleció al instante. Así podríamos simular un funeral. Para que ella se despidiera y pasara página, no sé si me explico.

Las dos se miraron.

—No es mala idea —dijo la mujer del vestido.

—¿Pero qué harías si después de eso apareciera el perro? —preguntó la pintora.

—Pues... —Lo pensó un momento—. No permitiría que mi hija pasara por eso. Me tocaría

esconderlo, aunque no sabría dónde.

Se hizo un silencio.

—Si eso ocurre —dijo la guapa—, tráigalo a mi villa. Se llama Almunia del Mar. Allí estará bien.

Al hombre le sonaba el sitio.

—Caramba, son ustedes muy amables —reconoció—. Lo tendré en cuenta.

—Pero, cuando el perro muera —añadió la del vestido—, no podrá hacerle un funeral público.

—No puede enterrarse lo mismo dos veces —coincidió la joven.

La mirada de Ernesto saltó de una a otra durante unos momentos. Chorrillos no iba a aparecer, por supuesto; era solo que percibía una gran compenetración entre las dos.

—Supongo que no —admitió, resignado.

Se oyó el aviso de un móvil. La mujer del vestido consultó el suyo.

—Antonio nos espera en la carretera —dijo.

—Sí, es hora de irnos —confirmó la pintora.

Ambas recogieron todo con diligencia.

—¿Las ayudo? —se ofreció Ernesto.

—No hace falta, gracias —dijo la simpática joven del cuadro.

—Nos apañamos solas —dijo con una sonrisa la apuesta dama del vestido.

Seguidas por el perro más feo del mundo, las dos mujeres se marcharon juntas. Mientras se alejaban, las observó.

Justo antes de que desaparecieran tras una cala, una de ellas se quedó unos instantes contemplando el mar con el sombrero y el pelo mecidos por la brisa. Ernesto no había visto en su vida una imagen tan hermosa.

Sobre el autor

David Orellana es un escritor que explora la naturaleza humana a través de géneros narrativos bien asentados, siempre a la búsqueda de historias intensas y divertidas. Formado como guionista y habiendo realizado prácticas en una productora, decidió dedicarse plenamente a la escritura de novelas.

Su primera obra, *La farsa: Una tragicomedia de impostores*, tuvo buena acogida por parte del público, destacando por su frescura y capacidad para entretener. Los lectores describieron este trabajo como «sorprendente», «original y adictivo», «fácil de leer» y «una auténtica aventura».

Si has disfrutado de *La viuda del pintor: Secretos en la villa de los últimos cuadros*, el autor te agradecería enormemente una valoración en la plataforma donde la hayas adquirido o en las redes sociales.

Contacto

LetraOrellana@gmail.com

Instagram, Facebook, X: @LetraOrellana

Más en: <https://letraorellana.es/>